

# A SOLAS CON UN EXTRAÑO

HONEY BROWN

Lectulandia

DOS PUEDEN JUGAR A UN JUEGO PELIGROSO.

GANARLO, SOLO UNO.

Sarah y Heath. Se han encontrado durante la noche. Una riada y una tormenta les han dejado aislados e incomunicados en la montaña.

Él está herido; es amable, encantador, muy atractivo. Desde el primer momento, Sarah desconfía. ¿Le ha dado su verdadero nombre? ¿Qué hacía en la montaña sin equipo ni provisiones? ¿Por qué no le dice dónde dejó el coche? ¿Y por qué no parece interesado en que vengan a rescatarles?

Están obligados a convivir, en una intimidad forzosa, en el refugio. Pero entonces desaparece el rifle de Sarah, y luego la batería de su móvil.

No hay escapatoria. Si quiere salir con vida tendrá que seguir el juego al que la empuja este extraño. Un hombre del que sospecha. Y que la atrae.

Una historia intensa, turbadora, íntima, amenazadora, sensual y desasosegante. Un *thriller* psicológico adictivo y distinto.

**Lectulandia**

Honey Brown

# **A solas con un extraño**

ePub r1.0

sleepwithghosts 06.07.14

Título original: *Dark Horse*  
Honey Brown, 2013  
Traducción: Montse Roca

Editor digital: sleepwithghosts  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

¿Dónde está la tierra fértil, oscura, parda y húmeda?  
¿Dónde está el olor a lluvia que gotea de los eucaliptos?

JOHN MARSDEN, *Los conejos*

# Día de Navidad

El golpetazo tiró a Sarah al suelo. Que estaba en posición horizontal fue lo primero que registró su mente; luego llegó la descarga de dolor, que borró cualquier otro detalle. Se le escapó un suspiro de entre los labios y se quedó inmóvil, aturdida por la fuerza brutal del impacto.

Notó el sabor de la sangre, tenía entumecida la parte inferior de la cara y sentía como si los dientes no estuvieran en su sitio. Le ardía la punta de la nariz. Le zumbaban los oídos. Se giró de medio lado. Le entró polvo en la garganta. Se le clavaron piedrecitas en los hombros, luego en los codos y finalmente en la palma de las manos mientras se incorporaba. La camisa y los vaqueros no la habían protegido lo más mínimo. Las botas de montar pesaban como si fueran de plomo. Aunque era de constitución delgada, había perdido por completo la sensación de ser liviana. Se puso de pie y avanzó tambaleante hacia un lado. Una tonta de dos patas, eclipsada por Tansy, un cuadrúpedo impresionante, que daba vueltas cerca, resoplando de arrepentimiento por los ollares dilatados, con la cuerda de la cabezada colgando suelta y un destello de inquietud en los ojos. «Perdona», le decía la yegua, «pero ¿en parte no te lo esperabas?».

Tansy se había detenido en seco al pie de la rampa, había levantado la cabeza en gesto de protesta y el amplio hueso del morro había impactado en la mandíbula, la barbilla y la boca de Sarah. Peor habría sido que le hubiese dado un centímetro más arriba. Sarah se palpó la nariz para asegurarse de que estaba intacta. Comprobó que los dientes siguieran en las encías. Lo que sí había recibido una sacudida era la sustancia blanda del interior del cráneo. Se le empezó a nublar la vista y se acuclilló, con los dedos extendidos en la tierra.

El foco del patio iluminaba el remolque y la vieja camioneta Ford F100 de Sarah. La puerta del conductor del vehículo estaba abierta. La luz amarillenta del interior se reflejaba en el parabrisas y el salpicadero. Más allá de la larga hilera de caballerizas, en la oscuridad, se oían los primeros trinos que anunciaban el amanecer. No corría aire. Aparte del gorjeo de los pájaros, no se oía nada. No llegaba ningún sonido de los corrales a oscuras ni de las caballerizas, y el silencio aumentaba la inquietud de Tansy. Sarah intentó levantarse de nuevo. Esta vez le salió mejor.

Tansy seguía dando vueltas, manteniéndose alejada del haz de luz. La yegua era una silueta borrosa, parecía que su cuerpo no tuviera partes definidas: ni flancos, ni zona interna de las patas, ni cernejas, ni pestañas; un ser azabache, negro como la tinta desde la punta de las orejas hasta el extremo de la cola. Tansy sacudió la cabeza y se oyó el sonido metálico de la anilla de la cabezada. Ahora que prácticamente había noqueado a Sarah, al parecer consideraba más correcto mantener una actitud beligerante, como si fuera reacia a la idea de haber causado daño sin un buen motivo.

Sarah dio unos pasos y se apoyó en el guardabarros de una rueda del remolque.

Volvió a tocarse la cara. Todavía notaba zonas entumecidas. Tenía sangre en los dedos. La pechera y los puños abrochados de la camisa estaban moteados de puntos oscuros. Había manchas de sangre en el dorso de la mano izquierda. Salpicaduras rojas en los costados del pantalón. ¿Cómo habían ido a parar allí? Se dio toquecitos en la cara con una punta de la camisa, que llevaba por fuera de los vaqueros.

Ya clareaba y se intensificaron los trinos. Sarah se pasó la lengua por los labios para eliminar el polvo y la sangre. Las urracas comenzaron a graznar. Las polillas que habían revoloteado en torno al foco desaparecieron. Las sombras perdieron densidad. Empezaba a dolerle la mandíbula y el aire frío le provocaba punzadas en el hueso. Le rondaba una jaqueca.

Miró la hilera de caballerizas vacías. Paseó la vista por los cobertizos desiertos y el hormigón barrido, contempló el patio pulcro y las estanterías despejadas del guadarnés. Pensó que su cara magullada armonizaba con ese escenario desolado. En aquel momento, no quedaba ni rastro de la belleza juvenil que aún conservaba a los treinta y cinco. Sarah era morena, pero se sentía canosa y desvaída; tenía una melena lustrosa que le llegaba hasta los hombros, pero los mechones que se habían soltado de la cola de caballo caían lacios sobre la cara; era de tez olivácea, pero ahora se sentía pálida, y notaba carnosa y protuberante la nariz, que era respingona y pequeña. Y los labios, que algunos consideraban su rasgo más atractivo y sexy, estaban muy hinchados, ensangrentados y amoratados; la sonrisa de un payaso. El golpetazo de Tansy no había añadido humillación al daño, sino al revés.

A través de la hilera de manzanos veía la gran estructura de madera reforzada que sostenía el enorme letrero de «Se vende». Una propiedad como esa exigía estrategias de marketing vistosas. El agente inmobiliario había empezado a hablar de las posibilidades antes de que Sarah terminase de estampar su rúbrica en el contrato en exclusiva con la agencia. Los rayos de sol caían sesgados sobre el valle. Bañarían en un resplandor cobrizo, para deleite de quienes pasasen por la carretera, las fotografías de la sala de Sarah, de la chimenea de piedra, de la cocina rústica, de los techos abovedados, de las paredes forradas de madera de cedro. También estaban expuestas, a la vista de cualquiera, imágenes de los patios y de la oficina, y una foto antigua de una fila de caballos con sus jinetes saliendo por la entrada principal.

«¡Casa increíble! ¡Excelente parcela! ¡Negocio local consolidado!», proclamaba el anuncio con burdas letras rojas. Y más abajo: «¡EL TRIPLETE!». Los agentes inmobiliarios se consideraban muy inteligentes por haber dado con ese juego de palabras. Como si las excursiones a caballo tuvieran algo que ver con las apuestas en las carreras. Imbéciles.

Sarah desvió la mirada hacia las montañas y la masa de nubes que estaba formándose en un cielo por lo demás azul. Era un insulto, una afrenta, perder un negocio y una casa, una forma de vida. Era profundamente ofensivo, una completa

humillación, sobre todo en una localidad pequeña, donde todos te observan. Junto a la entrada de atrás, Tansy piafaba. Quería ir al cercado grande, el que le permitiría alejarse lo máximo posible de las caballerizas vacías y el remolque.

Sarah soltó en el corral central a la yegua, de cuya cabezada todavía colgaba la cuerda. Metió la rampa en el remolque vacío y la encajó en su sitio. Cerró la puerta de la camioneta y se dirigió hacia la casa.

Tansy relinchó: «Eh, no me dejes colgada». Siguió otro relincho más fuerte: «Sarah, no te vayas...».

Taciturna, voluble, terca, con arranques de mal comportamiento, pero por dentro frágil, propensa a sentirse perdida y rechazada. Una adolescente, ese sería el equivalente humano de Tansy. Sarah se acordaba bien de esos años. Se sentía identificada. Subió los escalones del porche.

En las fotografías desperdigadas por la casa de Sarah (descolgadas de las paredes, apoyadas en el zócalo y en las cajas de embalaje) aparecía Tansy en todas las etapas de crecimiento: una potrilla tímida y negra como el carbón al llegar a su nuevo hogar, una cría juguetona que se iba aclimatando, una yegua joven y cautelosa recién domada, una hembra adulta en el cercado con los demás caballos. En el pasillo se apilaban los dibujos al carbón de Tansy que Sarah había encargado a su pintor de animales favorito. A través del plástico de burbujas y la cinta aislante apenas se distinguía la silueta de la yegua negra, una sombra bajo las capas de envoltorio. En las paredes del dormitorio de Sarah colgaban las cintas de colores brillantes y los certificados de competición enmarcados de Tansy.

Sarah se quitó la camisa, se despojó de las botas a puntapiés y se inclinó sobre la pila para examinar las heridas en el espejo. Adelantó la cara. Le saldrían unos buenos moretones pero, aparte del labio partido y el corte en la lengua, no tenía nada grave. Apretó hacia dentro los labios ensangrentados para hacerlos desaparecer. Con suavidad se cubrió la barbilla con la mano para ocultar la rojez, se soltó la cola de caballo y se acercó el pelo a la mandíbula para tapar la hinchazón. Bajó la mano y relajó la boca. Las gafas de sol no servirían para nada. Una mascarilla de cirujano era la única opción que se le ocurría. Ojalá una epidemia vírica asolara los estados del este de Australia.

Durante unos segundos sostuvo la mirada de su reflejo en el espejo y buscó algo dentro de sí: una chispa, energía, un motivo para... seguir adelante. Apartó la vista.

Se quitó el sujetador manchado de sangre y los vaqueros. Se pasaba el verano en camiseta sin mangas y pantalones largos, como demostraban las marcas de bronceado. Tenía los brazos del color del café solo, el cuello atezado y el escote un poco demasiado tostado, mientras que el pecho y el torso eran de un moreno más claro, quizá café con leche. La ascendencia de Sarah no era tan pura como la de Tansy. Una pincelada de distintas nacionalidades le confería su color de piel. Tenía

las piernas largas y de una suavidad aterciopelada. La ropa interior era un triángulo de tela negra transparente. Una buena amazona siempre tenía los muslos, las pantorrillas y el trasero bien torneados, los brazos de una cuidadora de caballos eran bonitos y musculosos. Sarah atraía las miradas en el pueblo, y no solo por las habladurías. Se tomó un calmante y se metió en la ducha para desprenderse de los restos de polvo y sangre, para quitarse de encima la sensación de que la habían derribado.

—Papá, no creo que pueda ir hoy, lo siento.

Sarah se quedó callada, escuchando la respuesta de su padre. Cuando se dio cuenta de que no podría meter baza en un buen rato, conectó el altavoz del móvil y siguió vistiéndose. Escogió unos vaqueros negros y una camiseta ceñida azul marino. Se puso botas altas de montar. Su padre seguía regañándola desde el tocador, un chorro de ira apenas contenida, el tipo de sonido que hace que los perros gimoteen y se escondan.

—Lo siento, papá —contestó ella en dirección al teléfono.

Lo bueno de que la casa ya estuviera recogida y lista para la mudanza era que quedaban pocas señales del otro hombre que imponía su presencia en la vida de Sarah. Todo lo que él había dejado se hallaba en el fondo de una caja o había sido tirado desde lo alto, con fuerza, al cubo de la basura. Ahora, al atravesar las habitaciones sorteando los enseres domésticos agrupados y las pilas clasificadas de ropa de casa, no se tenía la sensación de que Sarah solo fuese la mitad de una ecuación. Los objetos que no se empaquetaban, los de mayor tamaño, eran demasiado comunes para dar pistas: el escritorio del estudio no decía «pareja casada», la televisión no decía «señor y señora», la mesa del comedor no decía «almas gemelas», y tampoco la lavadora-secadora, ni siquiera la cama extragrande. Podía ser que a Sarah le gustase dormir despatarrada, o que llevara una vida sexual muy activa y necesitase un colchón inmenso para sus variadas aventuras de alcoba. Bastante improbable. Ojalá la cama extragrande hubiese sido un volcán de promiscuidad. Ojalá su marido nunca hubiese recostado en ella su enorme cuerpo. Pero entonces tendría que retroceder aún más en el tiempo, ¿verdad?, de modo que nunca hubiesen estado juntos para comprarse la cama. Tendría que retroceder varios años, borrar pedazos de historia: vacaciones, fiestas, innumerables paseos a caballo, cumpleaños, cenas, la luna de miel, la boda, la compra de la finca. ¿O todo se reducía a la cama? Al fin y al cabo, el sexo era el nexo, lo que inicialmente les unió y lo que les había separado.

Su marido, su ex marido, era alto. De adulto siempre había querido una cama extragrande. Finalmente la consiguió. Sarah estaba al pie de ella y el retumbo de la reprimenda paterna, que ahora le llegaba directamente del teléfono al oído, le

acentuaba el dolor de cabeza. Desenrolló su cinturón de piel favorito y, con una mano, lo pasó por las trabillas de la cintura y abrochó la hebilla. El problema era que el colchón extragrande no había impedido que su marido se subiera a otros del tamaño que fuese. Nada, ni siquiera el anillo de casado, había puesto fin a eso.

Ya en la cocina, Sarah dijo:

—Papá, tengo que colgar.

Desde la ventana vio, más allá de la entrada principal, a la niña del otro lado de la carretera, que conducía una motocicleta infantil. En el manillar brillaban unas guirnaldas navideñas. La niña llevaba un casco con astas peludas de reno. Su madre, en bata y zapatillas, le hacía fotos desde el arcén. Eran las seis. El día poseía ya ese dulce ímpetu exclusivo de la mañana de Navidad. Como si la buena voluntad hubiera cambiado las cosas a nivel molecular. Todos esos pensamientos de niños sobreexcitados y de padres que rogaban haber acertado con el regalo cargaban la atmósfera.

En casa de Sarah no había ningún adorno. Montar un árbol de Navidad no había sido una tarea prioritaria para ella. Miró el montón de felicitaciones navideñas sin abrir que había en el banco de la cocina.

Su padre no paraba ni para respirar. Continuaba hablando mientras la niña de la motocicleta se subía al bordillo, viraba para esquivar el buzón de Sarah, derrapaba en la grava y caía entre una nube de polvo. La madre corrió hacia ella, le sacudió la ropa, enderezó las astas, la ayudó a montar en la motocicleta (¡de vuelta al sillín!), y su padre seguía hablando.

—No eres la primera que se divorcia, y desde luego no eres la primera que descubre que su pareja es un maldito mentiroso infiel. Tu madre lleva semanas cocinando. ¿Y si todos los que están en pleno divorcio no se presentaran a la comida de Navidad? ¿Y qué me dices de las parejas con hijos? Para ellos es más duro y aun así se las apañan.

—Tienes razón.

—Entonces, ¿vendrás?

—No.

—¡Sarah!

Era el momento en que los truenos y los relámpagos llegaban a la vez y sabías que la tormenta estaba justo encima. Pero solo a los niños y a los perros les asustaba un tiempo así; a los adultos a veces les apetecía salir a empaparse de la furia de la naturaleza.

—Feliz Navidad, papá.

—¿Cómo?

—Y feliz Año Nuevo.

—Juro por Dios que si no mueves el culo y...

Apartó el móvil de la oreja. Sin la debida distancia, la tormenta tendía a alterar un poco los nervios.

Cogió el montón de cartas. Le llamó la atención un sobre dirigido a «Dean y Sarah Barnard». Sacó la felicitación navideña.

Ponía: «¡Felices fiestas, pareja de la montaña del Diablo! Esperamos que todo vaya bien. Tenemos que vernos en cuanto volvamos a Australia. Con cariño, el dúo de senderistas».

Incluía una foto de los dos, vestidos con el equipo de senderismo, en la ladera de una colina, sonrientes, cogidos por los hombros. Sarah levantó la cabeza y clavó los ojos en el otro extremo de la cocina.

Mentalmente vio a su marido entrar por la puerta, con las gafas de sol puestas, la barba recortada y el pelo acicalado con fijador, impecable. Debería haberse dado cuenta hacía años. Los caballos no necesitaban verlo tan peripuesto. Sarah tampoco, a ella le gustaba más en plena cabalgada, sudoroso, con la vista fija en el camino, sin prestar atención a lo guapo que era. Ella adoraba el olor a naturaleza, los perfumes la hacían estornudar, los aromas artificiales le repelían, por tanto, ¿por qué se rociaba él de loción para después del afeitado todas las mañanas y tras cada ducha? ¿Y a santo de qué tantas duchas? ¿Tres al día? ¿Era preciso? Sarah había empezado a preguntarse ingenuamente si padecía un TOC, un trastorno obsesivo compulsivo.

No, no era eso, a menos que TOC también significase trastorno de un obseso por el coito. A los auténticos enfermos de TOC sin duda les horrorizaría tanto contacto íntimo, tanto conocimiento carnal.

Sarah dejó la foto de sus amigos y levantó el teléfono del banco.

—Papá, dile a mamá que lo siento.

Dio por terminada la llamada.

A su padre iba a sentarle fatal que le hubiese colgado, pero a Sarah no podía importarle menos. Se metió el móvil en el bolsillo.

Todos los años los distribuidores de pienso para caballos enviaban cestas de Navidad a sus mejores clientes. Sarah fue a buscarla al lavadero, donde la había dejado. Retiró el celofán verde y rojo. La cesta contenía un pudín de ciruelas pequeño, un tarro mini de natillas al brandy con fecha de caducidad larga, una lata de jamón cocido, queso ahumado, un brie entero, galletas saladas, galletas de mantequilla, frutos secos, tartaletas de frutas y chokolatinas. Todo era ligero y de tamaño mediano, perfecto para llevarlo en una mochila, junto con un saco de dormir, una linterna, unas petacas de alcohol, una taza, un cuchillo y un tenedor, más alcohol y una caja de calmantes para el dolor de cabeza.

Sarah colgó la toalla húmeda, recogió la ropa sucia y ensangrentada, la llevó al lavadero y la metió en la lavadora.

Se puso una chaqueta impermeable ligera encima de la camiseta y se caló una gorra.

Tansy estaba arrepentida, y también contenta de hacer algo que entendía. Sarah la ensilló. Tiró fuerte de la cincha y, sin esperar un momento antes de apretar un punto más, como solía hacer, la tensó. Tansy seguramente pensó que era una forma de castigo. Pero no lo era, ni siquiera inconsciente. Sarah no estaba enfadada con Tansy. El golpe en la cara la había impulsado a dejarse de tonterías; dirigirse al monte es lo que debería haber hecho.

Sarah se detuvo un momento y contempló la casa. Las plantas de las macetas a lo largo del porche estaban secándose. Las ventanas necesitaban una limpieza. Brotaban hierbajos junto a los escalones. Había sido la casa de sus sueños. Un rancho acogedor con ventanas de madera y un sencillo tejado de aluminio. El césped que lo rodeaba estaba salpicado de robles jóvenes que un día aumentarían definitivamente la categoría de la propiedad. Sarah también había plantado robles a ambos lados del camino de entrada. Un roble necesita treinta o cuarenta años para hacerse notar. Ella había creído que estaría allí para verlos crecer. La habían despojado de muchos sueños, ideas personales, aspiraciones...

Cerró la casa, guardó el remolque en el cobertizo, lo desenganchó de la F100 y aparcó la camioneta en el garaje. Metió el brazo detrás de los asientos del vehículo para sacar el rifle que guardaba allí. Su única posesión inmune a las habladurías. Retiró la polvorienta tela de lona que lo envolvía. No era un arma vistosa; el cañón tenía ralladuras y el metal había perdido brillo, la madera estaba descolorida y seca. Poca gente sabía que lo tenía siquiera. No disponía de licencia de armas. Sacó de la guantera un pequeño cargador con cinco balas. Se lo metió en el bolsillo y bajó la puerta del garaje.

Desde la verja de atrás de su propiedad se llegaba a un atajo que llevaba a la sierra de Mortimer. Sarah evitó la calle principal de Lauriston; de hecho, todas las

calles de Lauriston, que no eran muchas. Lauriston era una población condensada. Quienes no vivían en la arteria principal vivían un poco por encima, en la falda de la montaña, con vistas a los tejados de las tiendas y a los patios traseros de los vecinos. La gente o bien se enamoraba de ese terreno montañoso o bien lo consideraba claustrofóbico. Parecía que la sierra convergiera hacia dentro y comprimiese el cielo. Los días azules y despejados lo tenían difícil para llegar hasta la calle. En todas las épocas del año sin distinción, el fresco de la noche cerrada ya empezaba a colarse a primera hora de la tarde y, en los meses más fríos, la neblina flotaba durante todo el día en los valles y entre los troncos de los altísimos fresnos de montaña. Por otro lado, si el verano era particularmente largo y cálido, el monte se secaba tanto que el aire parecía a punto de combustión, butano puro, como si con sostener en alto una cerilla encendida fuera a arder todo.

Solo había una carretera para entrar y salir del pueblo. Sarah vivía en el extremo más alejado, casi en las afueras, al pie de las estribaciones onduladas, donde las franjas de terreno despejado eran fértiles y relativamente llanas, y las parcelas, más grandes.

Cuando el año anterior un incendio forestal en la sierra de Mortimer estuvo a punto de arrasar la cima de la montaña del Diablo y bajar hasta Lauriston, muchos vecinos pensaron en marcharse del pueblo para siempre, y algunos incluso lo hicieron. Para Sarah era impensable vivir en otro sitio. Quedarse después de aquel incendio requirió bastante valentía. Cuando el calendario se acercaba a los meses más secos y la flecha del cartel de riesgo de incendio forestal iniciaba su continua progresión hacia el rojo, todos los habitantes de Lauriston sufrían el ataque de nervios anual.

Pero esta Navidad, no; este verano era suave y húmedo. La flecha de peligro de incendio no se había movido del verde. Riesgo bajo. Los días previos al de Navidad habían sido placenteros. Para el pueblo. Sarah podía notarlo mientras subía con Tansy a un peñasco y, por entre los árboles, vislumbraba la calle principal. La luz del sol moteada matizaba los escaparates. Hojas húmedas atestaban los canalones. El césped se veía verde, los arroyos fluían, los depósitos de agua estaban llenos. En las calles, los niños subidos en sus monopatines nuevos y montados en bicicletas llevaban un suéter encima del pijama para no enfriarse. Las chokolatinas no se habían derretido en los calcetines de Navidad. La cerveza estaba fría y las chucherías de gelatina habían aguantado. Hoy ningún vecino se agobiaría pensando en marcharse de Lauriston. Excepto Sarah.

Atajó por el extremo del parque local donde se alzaban, como columnas, tres fresnos de montaña inmensos, un anticipo de lo que aguardaba más adelante. Eran los abuelos de los eucaliptos. Sus hojas formaban un dosel en lo alto. Sus raíces sobresalían de la tierra por la fuerza y quebraban los caminos. Cortezas anchas como

mantas de cama individual y dos veces más largas se habían desprendido del tronco y se acumulaban en la base, amortajaban los helechos arborescentes que crecían allí, sombreaban la masa de culantrillo, líquen y musgo. Los tres árboles atestiguaban la condición de parque nacional de la sierra. Los leñadores siempre se sentían desafiados ante ellos, y ante árboles como aquellos: instintiva y automáticamente los pies se clavaban en el suelo, echabas la cabeza hacia atrás, separabas los labios, se te dilataban los pulmones, aumentabas el consumo de oxígeno y te quedabas con los ojos abiertos como platos. Era natural, te afectaba. Los seres humanos tienen debilidad por las cosas grandes. «Si la tradición hubiera situado el infierno de Satán en las copas de los árboles, en lugar de en las entrañas de la tierra, y todo el mundo tuviese que alzar la vista al referirse a él, le venerarían», pensó Sarah. Después de ver rodar bolas de fuego de cincuenta metros como mínimo el año anterior, se había preguntado si las copas de los árboles eran el verdadero hogar de Satán. Y si Dios residía en el agua. Todo lo de aquel incendio había olido a infierno.

Había circuitos específicos que los visitantes podían seguir en la sierra. Bajo una señal que decía «Bienvenido a la sierra de Mortimer», había un mojón con flechas que señalaban los diferentes senderos y, en un tablón protegido de la lluvia con una plancha de metacrilato grueso, un mapa de las montañas. El plano era sencillo, simplificado para el gran público. Los circuitos se indicaban con rayitas negras y las zonas vírgenes eran manchas verdes; las crestas, líneas onduladas marrones; los barrancos, trazos grises; los picos de las montañas, un par de triángulos verdes en la parte superior del mapa. El río de las Truchas y los demás arroyos eran imprecisas líneas azules que descendían desde las cumbres y aparecían y desaparecían de los circuitos, como si esas vías fluviales fueran en parte imaginarias. Los puntos de referencia construidos por el hombre se habían dibujado con mayor cuidado: los puentes y las pasarelas, las mesitas de picnic, la figurita mirando por el telescopio que indicaba los miradores. Observando el plano, se podía pensar que las zonas vírgenes eran algo secundario, manchas de color borrosas de camino a las mesas de picnic. La escala de la sierra era completamente errónea. Desde un punto de vista topológico, el mapa era superfluo.

Los senderistas podían escoger entre varios circuitos, cuyo nombre reflejaba el grado de dificultad: la Hondonada Verde, la Ladera de los Cornejos, el Ascenso del Diablo. El Ascenso del Diablo se acompañaba de una advertencia: «Solo excursionistas experimentados, consúltense las condiciones meteorológicas antes de emprender camino».

Aparte de esas rutas forestales estaba la «Excursión de una noche a la Cabaña del Ahorcado». En el mapa se señalaba con una línea continua roja al inicio de la cual se veían dos figuras con mochilas, cantimploras, kits de primeros auxilios y bastones de montaña. La línea iba ascendiendo, alejándose de las mesas de picnic y de los otros

senderos, y se afinaba cada vez más hasta llegar a una pequeña cabaña roja cercana a la cima de la montaña del Diablo. Impresa en un trozo de cartón pegado junto a la cabaña, se leía la siguiente información adicional: «Cabaña del Ahorcado: CERRADA POR REFORMAS. Para la fecha de reapertura prevista, consulte en los comercios locales o llame a Parques Victoria 13 19 63».

Sarah dejó atrás el mapa y los carteles. Enfiló un camino de tierra. A menudo, cuando Tansy relajaba el paso como en ese momento, Sarah sentía una punzada de emoción. El valor que concedía a la felicidad de su caballo provenía del pasado del animal. Había fotografías de Tansy que no estaban enmarcadas ni expuestas en las paredes. La hinchazón y las magulladuras de la cara de Sarah hablaban de algo mucho más profundo que la simple tozudez de una yegua; Tansy tenía motivos para temer el espacio cerrado del remolque. Mientras avanzaban, Sarah le acarició el lomo en señal de disculpa y comprensión.

Tras un corto tramo del camino llegaron a una verja cerrada.

Un letrero grande atado al alambre repetía: «Cabaña del Ahorcado: CERRADA POR REFORMAS».

En un cartel más antiguo ponía: «Acceso a la Cabaña del Ahorcado. Solo vehículos autorizados. Únicamente coches con tracción a las cuatro ruedas. Peligro de inundaciones en el camino». Y en letra cursiva y tono de reprimenda: «Al conducir no olvide que comparte este sendero con jinetes». Finalmente, con un matiz más jovial: «¡Deseamos que disfrute de su excursión a la Cabaña del Ahorcado, el famoso lugar donde está enterrado el bandido Sid Gibson!».

Sarah sacó una llave del bolsillo de la chaqueta y se inclinó en la silla para abrir el candado. Tansy, que conocía el procedimiento, se mantuvo cerca del cerrojo. La cadena y el candado resbalaron en cuanto Sarah los tocó y cayeron al suelo con un golpe seco y un tintineo. Alguien había cortado la gruesa cadena.

No era la primera vez que Sarah descubría que habían manipulado la verja. En una ocasión se encontró con que la habían arrancado y tirado a un lado, en señal de protesta. A muchos motoristas y conductores de todoterrenos les molestaba que les impidieran el paso, se creían con todo el derecho a subir hasta la Cabaña del Ahorcado aunque estuviera en obras. Incluso cuando el camino estaba abierto, la necesidad de un permiso era un tema polémico.

Huellas recientes de neumáticos indicaban que un vehículo había cruzado hacía poco la entrada. El eslabón de la cadena que habían cortado estaba limpio y brillante. Sarah inspiró y se preguntó si no percibía incluso un ligero rastro de olor a gasóleo. Aguzó el oído y le pareció captar el acelerón de un motor más arriba, en el camino sinuoso que llevaba a la sierra. Pero una ráfaga de aire meció las copas de los árboles y el sonido desapareció.

Sarah volvió a meterse la llave en el bolsillo y abrió la verja. Una vez que hubo

cruzado, desmontó, pasó la cadena rota por la reja y la puso alrededor del candado, tal como la había encontrado. Al menos así parecía cerrada, bastaría para disuadir al próximo que parara el coche y pensase en saltarse las normas.

En el camino de tierra se veían marcas del continuo paso de caballos: huellas de cascos y excrementos secos. La empresa de rutas ecuestres de Sarah disponía de un permiso especial para utilizar el camino de la Cabaña del Ahorcado para sus excursiones. De ese modo, los jinetes podían dispersarse y no congestionaban las rutas de senderismo. Sarah consultó su reloj. Las siete de la mañana.

Antes de reemprender la marcha sacó el móvil. Pero después de mirar la pantalla un momento volvió a metérselo en el bolsillo. Lo que la disuadió de llamar a sus padres no fue la perspectiva de los sermones inconexos de su padre, sino el miedo a que contestara su madre. Una cosa era expresar la decepción a gritos; no expresarla en absoluto era algo totalmente distinto.

Sarah subió a la silla de un salto y puso a Tansy al trote.

Eucaliptos de cuarenta metros de altura se agolpaban a ambos lados del camino, que se había vuelto más empinado. Los grupos de fresnos de montaña eran densos y el sotobosque, una alfombra de helechos de color verde lima. Tras las hojas oscuras de las enormes acacias empezaban a asomar peñascos y escarpadas paredes de roca. El camino serpenteaba y se enroscaba sobre sí mismo. Gigantes caídos mantenían un equilibrio inestable en lo alto de los riscos, y otros yacían atravesados en diversos ángulos sobre cauces y zanjas. El pelaje de Tansy brillaba, y Sarah notaba que el calor había impregnado todos sus músculos y hacía bombear sangre caliente y engrasaba las articulaciones.

A pesar del calmante que se había tomado, aún le dolía la cabeza. Aflojó el paso para beber y tomarse otra pastilla. Se dio cuenta de que el monte estaba extrañamente silencioso. No se oían pájaros. El poco aire que corría era espeso. La masa de nubes había adquirido un tono gris oscuro. Pero la mayor parte del cielo seguía siendo azul. Si se avecinara una tormenta, las ranas habrían estado croando. En cambio, permanecían calladas. Tansy no paraba de agitar las orejas. Estaba inquieta.

Sarah se acercaba al cruce en el que quería abandonar el camino principal y tomar una de las muchas antiguas pistas forestales en que se ramificaba. Deseaba una comida de Navidad privada en su hondonada favorita, un lugar resguardado en cuyo húmedo suelo crecían helechos de todo tipo y donde se apiñaban como colegas los antiguos bosques de latifolias negras. Pero Tansy tenía otras intenciones. Se apartó hacia un lado y dio un respingo cuando Sarah inclinó el cuerpo para indicar que iban a desviarse.

—Eh —dijo Sarah—. ¿Qué pasa?

Tansy pasó al trote el cruce y siguió subiendo con impaciencia por el camino principal. Sarah cerró la cantimplora y se dejó llevar. No pensaba discutir ni tirar de las riendas. Podían llegar a su hondonada por otros senderos. Tenía en la cabeza un mapa de la montaña mucho más detallado y fiel que el que se exponía para los turistas. De momento Tansy podía guiar la marcha. Sarah no se perdería. Su regalo de Navidad para Tansy sería dejarle dar el paseo que le apeteciese. La yegua también tenía sus lugares preferidos.

Sarah se quedó ensimismada, mirando al frente con los ojos vidriosos.

Pero Tansy no se apartó del camino principal. Su nerviosismo aumentó. A veces vacilaba, como si sintiera el impulso de dar media vuelta.

Entraron en una zona talada. Habían plantado especies nativas para recuperar el paisaje. Los árboles eran frondosos y jóvenes. Los claros permitían ver la zona virgen que acababan de atravesar. También proporcionaban la oportunidad de examinar el terreno montañoso que tenían delante. Sarah frunció el ceño al ver el cielo, que tenía el tono azul turbio habitual, con una masa de nubes negras tan bajas y densas que, en

la distancia, parecían enganchadas en el pico de la montaña más alta. Estaban cargadas de lluvia. Sin embargo, descargaban en una zona más alta de la sierra. No parecía un frente tormentoso exactamente; Sarah ignoraba de qué tipo de aguacero podía tratarse. El inquietante silencio y el recuerdo de una quietud parecida la mañana del incendio del año anterior la impulsaron a sacar el móvil. Había creído ver el resplandor de los primeros rayos en la vertiente más seca de la sierra. Abrió la aplicación de la previsión meteorológica. No estaba actualizada, mostraba la misma información que la última vez que la había consultado. La cobertura era irregular en la sierra. Allí, junto al viejo aserradero, siempre era mala.

Sarah pasó junto al cobertizo de chapa oxidada y el montón de serrín. El puente del río de las Truchas estaba más adelante. Allí aparecían a veces dos barras en el indicador de cobertura. Espoleó a Tansy.

Un movimiento veloz atrajo la mirada de Sarah. A su derecha, un ualabí saltaba entre los árboles jóvenes. Remontó una pendiente para dirigirse a un terreno más elevado. Otro ualabí le siguió. De repente, un equidna atravesó el sendero justo delante de Tansy, con toda la rapidez que le permitían sus patitas, demasiado decidido para preocuparse por el caballo y la amazona. Entonces Sarah se fijó en algo realmente extraño: el tronco de una mimosa cercana estaba cubierto por una masa compacta de hormigas. Subían por las ramas y se pegaban a las hojas. Todas las mimosas que bordeaban el camino estaban igual; las ramas se movían, cobraban vida con las hormigas, y las hojas se doblaban y giraban con el peso de los insectos que trepaban. Sarah detuvo a Tansy. Por las ramas subían también insectos más grandes y escarabajos. Salido de la nada, un pájaro solitario cruzó raudo entre los árboles, como si llegara tarde a algún sitio.

La gota que colmó el vaso fue la serpiente negra de vientre rojo que apareció reptando entre las patas de Tansy. Sarah se quedó inmóvil mientras el animal avanzaba por debajo de ambas, en la misma dirección que los ualabíes y el equidna, en la misma dirección que el pájaro. Pensó que Tansy percibiría a la serpiente, la vería, se encabritaría y echaría a correr. Pero la yegua estaba como los otros animales de la montaña; algo más importante le había llamado la atención.

Un incendio forestal parecía imposible. Sarah no olía a humo. Oía la corriente y el borboteo del río de las Truchas. El aire era fresco y húmedo, no seco. El rocío brillaba en las rocas cubiertas de musgo bajo los helechos, había agua y humedad por todas partes, incluso el camino estaba blando; una serie de huellas recientes de neumático, donde un conductor no había calculado lo embarrado que estaba el terreno, así lo demostraba. Todo estaba empapado.

¿Un terremoto quizá? Sarah alzó el teléfono por encima de la cabeza con la esperanza de conseguir señal y espoleó a Tansy hacia el puente del río de las Truchas.

La yegua aplanó las orejas mientras caminaba sobre los tablones del puente. A

Sarah se le erizó el vello de la nuca. El móvil consiguió cobertura y emitió una señal de llamada perdida. La aplicación del tiempo se actualizó. A Sarah no le hacía falta mirar el mapa de presión atmosférica; oía qué ocurría. Sus ojos repararon en la masa de actividad meteorológica sobre la región de Mortimer que aparecía en la pantalla del móvil; leyó y asimiló hasta cierto punto el mensaje intermitente de «Peligro: lluvias intensas».

Sarah y Tansy se detuvieron en mitad del puente. El río de las Truchas fluía a sus pies más rápido que nunca. De sus fuentes descendía un rugido por el barranco, un muro de ruido tan intenso y profundo que parecía zarandear el centro de la tierra y el aire al mismo tiempo. Todo vibraba. El sonido giró y volvió a rotar sobre sí mismo, como si la sierra estuviera concebida para contener y ampliar el estruendo. En ese momento, un ciervo irrumpió corriendo en el puente y se paró al lado de Tansy y Sarah. Era grande, seguramente pesaba tanto como el caballo, aunque no era tan alto como este. Sus astas, cubiertas de terciopelo pardusco, estaban lo bastante cerca para que Sarah pudiera tocarlas. El muro de sonido también había golpeado al animal. Sarah lo miró fijamente. Durante esos segundos el ciervo le devolvió la mirada y las diferencias entre ambos desaparecieron; Sarah no era humana y el venado no era salvaje, eran dos seres enfrentados al mismo dilema: cómo escapar de lo que se avecinaba.

Sarah miró más allá del animal. Unos cien metros río arriba, había un recodo en el barranco. La corriente desaparecía detrás de un peñasco. Mientras Sarah observaba, un torrente de agua espumosa y marrón, tan alto como las paredes del barranco, tan ancho como estas, rodeó con ímpetu el risco. Supo de inmediato que ninguna criatura terrestre podría dejar atrás aquella masa de agua. Durante esos segundos el paso del tiempo se distorsionó. Sarah se dio cuenta de cosas que no debería haber tenido tiempo de advertir. Habían cambiado algunos tornillos del puente: los de color gris claro desentonaban entre los viejos y oxidados. Habían repintado de blanco las barandillas protectoras de madera. La llamada perdida era de su padre. El ciervo tenía una larga cicatriz dentada en el cuello. Y un árbol tan grande como los fresnos de montaña del parque municipal de Lauriston venía en su dirección... La fuerza del agua puso vertical el árbol arrancado de cuajo. Si Sarah no lo hubiera visto levantarse en la corriente de ese modo, jamás habría creído que fuera posible algo así. El leviatán del bosque daba volteretas, las raíces sobre la copa frondosa, la cabeza sobre la cola. Los efectos especiales de la madre naturaleza eran tan espectaculares como los de Hollywood. Ya debería haberlo aprendido de los incendios forestales.

En aquellos instantes elásticos, Sarah debió de tener la presencia de ánimo necesaria para guardarse el móvil en el bolsillo. No se le ocurría en qué otro momento pudo haberlo hecho. Tansy y el ciervo estaban de cara a la orilla más alejada del río. Sabían que no debían mirar la ola que venía de tierra adentro. Se

precipitaron hacia delante. La fuerza de Tansy al echar a galopar propulsó a Sarah hacia atrás. Se le salieron los pies de los estribos, los dedos le resbalaron del cuerno de la silla, y hubo un momento en que dejó de estar agarrada. En lugar de sentir pánico, solo pensó que Tansy escaparía más fácilmente sola... Ella podía caerse, dejarse caer, y todo habría acabado... El ciervo volvió la cabeza, el movimiento hacia atrás de Sarah le había distraído, ¿o acaso presentía que uno de ellos ya estaba sentenciado? El nítido destello de alarma en sus ojos fue un revulsivo para Sarah. Forcejeó con todas sus fuerzas, los músculos tensos, cada fibra de su ser en lucha contra la gravedad; los dedos le resbalaban mientras se escurría de la silla de montar. Clavó las uñas en el cuero, cerró los dedos alrededor del faldón de la silla. Se dio impulso y se irguió. Se inclinó hacia delante, apretó las piernas, se aferró con fuerza.

El torrente no se precipitó hacia el puente; simplemente apareció donde un segundo antes no estaba. El tiempo, además de enlentecerse de forma extraña, saltaba como un conejo. Hacía un instante el agua se arremolinaba en torno al peñasco, y al siguiente estampaba el árbol contra el puente de madera.

Cuando eso sucedió, Tansy, Sarah y el ciervo aún estaban cruzándolo, más cerca de la tierra pero todavía no en ella, a salvo. Una sacudida violenta impulsó hacia arriba el puente, lo dejó caer, lo zarandó y tiró de él hasta dejarlo en un ángulo inesperado. Fue como si la esfera terrestre se hubiera desprendido del eje. Tansy y el ciervo trastabillaron, pero recuperaron el equilibrio. El rugido amortiguó el crujido de los tablones al quebrarse y el chirrido de los pilotes en tensión, que luego se partieron. El puente empezó a romperse. A desprenderse de la orilla.

A Sarah no le asustó saber que el puente se astillaba y desintegraba, ver que se separaba de la tierra que tenía enfrente. No chilló. Ahora sabía, al igual que los animales, qué había que hacer. Tenían que cubrir la distancia de un salto o morirían. Lo único que importaba era no morir.

Salvaron los tres, de un brinco, sin detenerse, un espacio de un metro que parecía mucho más ancho y por el que corría lodo líquido y viscoso.

Primero aterrizó Tansy, con Sarah a salvo en la silla, y, una milésima de segundo después, el ciervo. Sobre la tierra seca, por encima del torrente, en terreno firme, Sarah supo que había escapado de algo más que el agua. El ciervo corrió sendero arriba, con pasos raudos y seguros, y desapareció discretamente, libre para esquivar a la muerte otro día.

El ruido seguía siendo una amenaza. Era angustiosamente fuerte. Sarah miró hacia atrás mientras huían. El puente no había desaparecido por completo. El agua se había llevado el tramo desde el que habían saltado, pero parte del otro extremo estaba intacta. El árbol había acabado apoyado en ese pequeño resto del puente. La raigambre quedaba en dirección a Sarah. La copa descansaba sobre la otra orilla, apuntando hacia el camino, de modo que desviaba el curso del agua y creaba un pequeño torrente en el camino de tierra por el que Sarah había subido.

En cuanto doblaron el siguiente recodo, Tansy redujo el paso. Sarah sabía que la yegua no se pararía en un buen rato. El ruido del agua disminuyó. Tansy iba a galope sostenido. Su miedo era palpable. Para ella subir era algo instintivo. Sarah no dispuso ni de un minuto para recuperar el aliento. Los animales no se detienen a reflexionar acerca del dramatismo de los acontecimientos ni a meditar sobre lo increíble de su escapada. Sarah tenía que cabalgar. Cabalgar en condiciones difíciles, además. Los movimientos de Tansy no eran fluidos ni fáciles de prever. Vacilaba y daba sacudidas y tropezaba. Sarah no estaba conectada a su caballo como solía estarlo, el vínculo que compartían era tosco y descarnado; Tansy estaba al mando. Daba la sensación de que si se presentaba otro momento crítico, si la tierra volvía a vibrar y una pared de ruido y agua las perseguía, quizá sería excesivo para Tansy y dejaría que Sarah se las arreglara por su cuenta. Sarah se aferraba a ella y temía que un pequeño susto, como el estampido de un trueno en el cielo cada vez más oscuro, bastara para que la yegua la tirase.

Al cabo de un kilómetro aproximadamente, Tansy volvió a reducir la marcha y empezó a parecerse al caballo que Sarah conocía.

—Estamos bien, no pasa nada, chica.

Tansy aflojó aún más el paso y se puso al trote. Después de varios metros se paró y se quedó quieta en el sendero, dilatando y contrayendo los flancos, con la cabeza gacha.

A Sarah le preocupaba desmontar, temía que, una vez que se hubiese apeado, Tansy se asustara y echase a correr. Las nubes negras se acumulaban en el cielo. A Sarah le temblaban los brazos. Tenía el estómago suelto y revuelto. Se oyeron truenos, un estruendo sordo que rozó las copas de los árboles. En cuanto empezaron, ya no pararon. Al menos no se oían estampidos repentinos. La temperatura bajó.

—Vale —dijo Sarah. Tragó saliva—. Vale... —repitió.

Nadie la escuchaba. A la naturaleza no le importaba que estuviera conmocionada. El monte, antes familiar, se mostraba hostil. Riscos, musgo, piedras, helechos, todo había perdido su cercanía. Soplaban rachas de viento invernal. Ni siquiera las estaciones jugaban limpio hoy.

Sarah recordó que en las alforjas llevaba cerillas y un encendedor, una linterna y

una muda de ropa interior térmica. Se volvió y vio que todavía conservaba el saco de dormir, la mochila con comida y agua, y el arma. Llevaba una chaqueta impermeable y calzado resistente. No estaba herida. Se acordó del teléfono y rebuscó en los bolsillos. Lo encontró, comprobó que funcionase y miró cuánta batería le quedaba. Un ochenta por ciento. Le temblaban las manos. Allí solía haber buena cobertura, pero lo único que aparecía en pantalla era «Sin servicio». El mal tiempo lo alteraba todo. Al menos le quedaba mucha batería.

Tansy empezó a avanzar otra vez. Pisaba con cuidado, como si sospechase que la montaña entera estuviera sembrada de minas. Se acercaron a la bifurcación del camino. A la derecha estaba la antigua pista forestal que partía de una planicie talada. Los leñadores no habían podido llegar más allá, a partir de ese punto la naturaleza resultaba demasiado agreste para la maquinaria. A la izquierda quedaba el camino que llevaba a la Cabaña del Ahorcado. Tansy redujo el paso y volvió a pararse. Tal vez concedía tiempo al instinto de Sarah, esa necesidad humana de analizar y evaluar las situaciones. O tal vez estaba confusa; ahí era donde solían hacer un descanso.

Cualquier otro día, con un grupo de personas moderadamente aventureras, Sarah habría optado por la senda de la planicie, donde estaría esperándoles la camioneta de comida de Rutas Ecuéstres de la montaña del Diablo, que ofrecía rollitos vegetales y sopa caliente, tartaletas y porciones de pastel, en el sitio ideal para disfrutar de las vistas. Nada de esos lujos hoy. Sarah hizo que Tansy avanzara en círculo mientras ella buscaba un punto con cobertura. La yegua aguzó las orejas y volvió las ancas en dirección al río, negándose en redondo a emprender ese camino.

Cuando los truenos retumbaron con un tono particularmente sordo y gutural, Sarah renunció a seguir buscando cobertura para el móvil. Los truenos le indicaban que no debía pararse. Tenía que concentrarse en encontrar un refugio. Apagó el teléfono y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. Se subió la cremallera.

Sarah vació la mente, la dejó como una pizarra limpia y luego intentó visualizar la ladera de la montaña y sus arroyos y caminos. El río de las Truchas era el límite de esa zona de la cadena montañosa. En los lugares donde no constituía una auténtica frontera, que envolvía y separaba la parte alta de la montaña y la baja, otros accidentes geográficos cumplían esa función: la loma de las Parejas, los Diez Cerros, el desfiladero del Vértigo. Las habituales crecidas anuales bastaban para aislar la parte superior de la montaña, quién sabía qué podía haber causado el volumen de agua que acababa de ver bajando por el río de las Truchas. Los vados estarían varios metros bajo el agua. El puente colgante que había corriente abajo habría quedado destruido, al igual que otro más pequeño situado río arriba, por encima del puente principal. Se habrían partido. Sarah no tuvo que reflexionar mucho ni muy a fondo para saber que estaban atrapadas.

Se inclinó para acariciar el cuello de Tansy. La yegua temblaba. El sentido de la

responsabilidad para con su caballo se impuso y aniquiló el miedo que sentía.

—No te asustes.

Tomaron la senda que llevaba a la Cabaña del Ahorcado. La habían aplanado y nivelado hacía poco. Sarah supuso que las mejoras estaban destinadas a facilitar el acceso de vehículos durante la restauración de la cabaña. En la gravilla reciente aún se veían huellas de neumáticos de los trabajadores. Sin embargo, eran más antiguas que las que ella había seguido al subir por el camino principal.

Sarah miró por encima del hombro. Vio que las rodadas más recientes giraban en el cruce, en dirección a la planicie. Pero ir en busca de un vehículo que podía estar o no estar en la montaña sería perder un tiempo muy valioso.

En aquel momento se hizo de noche. Solo era mediodía. Sarah se puso la capucha de la chaqueta sobre la gorra. Tensó los cordones alrededor de la cara. Las nubes no se abrieron para descender hasta el suelo y aporrear la tierra con agua. Chicken Little tenía razón: el cielo se desplomaba. Sarah y Tansy siguieron subiendo por el sendero mientras el agua les chorreaba por el cuerpo. Sarah estaba calada hasta los huesos. De la visera de la gorra caía una cortina de agua. Su chaqueta no estaba preparada para resistir arremetidas de ese tipo.

Centró toda la atención en llegar a la cabaña antes de que cayera la noche. La cima de la montaña estaba a solo una hora de camino, pero en esas condiciones supondría un gran esfuerzo. Siguieron adelante, hacia arriba, bajo la lluvia.

El agua empapó la ladera de la montaña durante una hora y luego la lluvia amainó. Como una especie de burla, una sonrisa pícara desde las alturas, el cielo azul reapareció y el sol brilló.

Sarah se sentía como si hubiera salido trepando de un pozo completamente vestida. Los vaqueros se le pegaban a las piernas. Las botas estaban empapadas. Bajo la chaqueta, el algodón delgado y frío de la camiseta se le adhería al pecho y la espalda. Le resbalaban gotitas por la cara y el cuello. El sujetador era como una mano húmeda y pegajosa aferrada a cada seno. Cerró un ojo para protegerse del resplandor. Tansy también estaba incómoda. Su cuello y sus hombros emanaban vaho. Le goteaba la crin. Pequeñas moscas negras empezaron a zumbar a su alrededor.

Sarah, preocupada por el estado del móvil, metió la mano en el bolsillo. Esforzándose para no dejarlo caer, se encorvó y lo mantuvo pegado al vientre. Tenía las manos arrugadas y torpes. El teléfono no se encendía. Se había mojado por dentro.

El paso fatigoso de Tansy no mejoró durante esa tregua meteorológica, si acaso se volvió más lento y pesado. Ver de nuevo con claridad no resultaba tan maravilloso. Los riachuelos de la ladera de la montaña se habían desbordado, las hondonadas estaban inundadas. De la cima bajaba un torrente que serpenteaba en todas las direcciones. El agua salía a borbotones de no se sabía dónde, entre las rocas y bajo

los troncos podridos. En algunos tramos del camino se habían producido deslizamientos.

Llegaron a una parte de la pista que se había agrietado y desmoronado hasta dejar un socavón del tamaño de un coche pequeño. Sarah tuvo que guiar a Tansy fuera del camino y por la ladera escarpada del margen; los cascos de la yegua resbalaban mientras subían. Dejaron atrás la zona erosionada y bajaron de nuevo al sendero.

Daba la impresión de que la cima de la montaña podría diluirse con solo que lloviera un poco más, pensó Sarah.

Empezaba a sentirse mareada de hambre. Metió la mano en la mochila y buscó a tientas algo para picar. El envoltorio de cartón de las tartaletas de frutas estaba empapado. Sarah lo rasgó y se llevó una alegría al palpar la bolsa de celofán, porque los pastelitos estarían secos. Buscó algún paquete individual. Las chocolatinas iban en unidades. Se comió tres de menta. La cara magullada le dolió solo con chuparlas. No era necesario racionar el agua; bebió de la cantimplora con avidez.

El cielo volvió a cerrarse. Empezaron a soplar ráfagas de viento frío. Sarah animó a Tansy a avanzar a galope sostenido. Tenían que aprovechar la visibilidad antes de que volviera a desaparecer. Empezó a granizar. Siguieron a galope sostenido. Los pedriscos helados golpeaban a Sarah en la cara. Le dolía la mandíbula, ya maltrecha. Bajó la cabeza para que la visera de la gorra la protegiera.

Una lluvia persistente sustituyó al granizo. Sarah tenía demasiado frío para permanecer inactiva. Desmontó y guio a Tansy. Mientras andaba, a fin de no pensar en la situación, recordó épocas mejores en la montaña y a algunos de los personajes más memorables que había conducido a través de la sierra. La equitación solía sacar lo mejor de las personas. Completos desconocidos se habían mostrado cordiales con ella, le habían contado chistes y confidencias. Las barreras de la edad se desmoronaban durante las excursiones ecuestres. Los adolescentes se reían con padres y abuelas. Los abuelos se volvían competitivos y rivalizaban con hombres más jóvenes.

Los pensamientos de Sarah se vieron interrumpidos por el estrépito de un árbol al caer al suelo en el interior del escarpado bosque de eucaliptos grises, junto al camino. Calculó la distancia que les quedaba por recorrer y volvió a pensar en sus clientes; se preguntó qué les habría parecido esta aventura, imaginó qué habría pasado si una de sus expediciones se hubiera complicado de este modo.

Sarah no había llegado nunca a esa altura de la montaña en sus rutas ecuestres. La Cabaña del Ahorcado no era uno de sus destinos. Su negocio iba enfocado a gente de vacaciones y a jinetes novatos. «Turismo a caballo», decían sus folletos, para indicar el carácter relajado de la cabalgada. Las excursiones de dos días o de una semana entera eran otro tipo de negocio, y la sierra de Mortimer no era el lugar más idóneo. Las grandes planicies, las playas y la sabana eran ideales para los recorridos largos.

En Mortimer había demasiado terreno inaccesible y zonas que obligaban a avanzar despacio. Sarah imaginó a uno de sus grupos de novatos, un puñado de turistas entusiastas, en el puente del río de las Truchas al llegar la riada. Podían haber estado allí perfectamente. O quizá no, ella habría consultado la predicción del tiempo antes de salir. Lo habría barruntado mucho antes que el enjambre de hormigas. Al revivirlo en ese momento, Sarah supo lo aturdida que había estado, quizá incluso con una leve conmoción cerebral. Los calmantes tampoco habían ayudado.

La lluvia se convirtió en aguanieve. Empezó a nevar. Copos ligeros que se derretían al tocar la tierra húmeda, pero nieve en diciembre al fin y al cabo.

«Quienquiera que le puso el nombre de montaña del Diablo se equivocó», reflexionó Sarah. «Satán no vive en la sierra; Santa Claus, sí». Encontró las fuerzas necesarias para sonreír. Sin embargo, la ocurrencia no consiguió relajarla y se le borró la sonrisa de los labios.

Sarah llegó a la cabaña antes del anochecer y se encontró con la acogedora imagen de una caravana metida en uno de los cuatro enormes compartimentos de un cobertizo alargado. Una especie de milagro de Navidad. El cobertizo era una construcción de cubierta plana sin puertas, con una pared posterior y cerramientos en los extremos. La parte frontal quedaba abierta. Como un soportal. Junto a la caravana había una estufa de leña. El conducto que salía por el techo del cobertizo no habría podido tener mejor aspecto en contraste con el cielo inhóspito, salvo quizá si hubiera estado expulsando humo blanco.

Sarah caminó hacia allí por la hierba alta y húmeda. Había un baño anexo recién construido, un montón de leña al lado de la estufa y una tonelada de astillas de madera junto a la cabaña. Esta estaba hecha un desastre. Faltaba una pared de piedra, un andamio cubría la parte posterior de la estructura catalogada como patrimonio. Vio que solo habían llevado a cabo la mitad de la restauración. Pero no importaba, ahí estaban la caravana de los trabajadores, aparcada de forma tan conveniente, y el resto de las instalaciones alrededor de la obra acabada.

El viento helado azotaba el claro. Fueron derechas al cobertizo. Se había construido como refugio extra para campistas, para albergar los caballos y para que los motoristas aparcaran sus motos al abrigo del mal tiempo. Sarah había sido uno de los empresarios locales a quienes el comité de parques se había dirigido en busca de propuestas para la reforma, que ellos consideraban necesaria. Le habían enseñado planos, informado de las obras. Sin embargo, ella no había seguido el proyecto en los últimos meses, no se había enterado de que habían avanzado tanto.

Sarah soltó las riendas de Tansy y se derrumbó en el primer pedazo de suelo seco que encontró. La yegua dio un par de pasos dentro del cobertizo y luego se detuvo también.

Ninguna de las dos se movió ni hizo ruido. La luz quedó reducida a una neblina gris y ya no varió. Todavía faltaba para la puesta de sol. Rachas de lluvia tamborileaban sobre el tejado del cobertizo.

Sarah se reinició por pasos: movió el pie, se sacudió la suciedad de la palma de las manos, aspiró, parpadeó, echó un vistazo a Tansy. La yegua tenía la cabeza vuelta, no le interesaba observar nada; el día había sido una sobrecarga de sensaciones. Sarah hizo un esfuerzo para ponerse de pie. Se desabrochó la cremallera de la chaqueta y se acercó a la estufa que había junto a la caravana. La portezuela estaba abierta y dejaba ver un lecho gris de carbón frío en su interior. La caravana tenía el chasis muy alto, neumáticos todoterreno. Una placa junto a la puerta decía «Bush Master 2». Si había una caravana que pudiera considerarse para machos, era esa. La barra de enganche era sólida; las barras laterales y la trasera, de acero galvanizado, y el escalón, una plancha cuadrada y gruesa.

Había sillas plegables y una mesa de camping al lado de la estufa de leña; sobre la mesa, dos tazas de café y un plato polvoriento. En el suelo había un par de latas de cerveza vacías y la base de papel de plata de un pastel de carne. Mientras Sarah estaba plantada allí, un remolino de viento frío empujó las latas, que rodaron por el suelo de tierra.

En el compartimento de Tansy se advertían indicios de un segundo campamento, rodadas y hendiduras de los postes de un anexo. Más trabajadores, o quizá solo dos hombres que dormían en espacios separados. Sarah dejó la chaqueta en el respaldo de una silla. Le castañeteaban los dientes. Echó un vistazo a la caravana pensando en la ropa que quizá hubiera dentro. La esquina superior de la puerta estaba cubierta de telarañas. Movi6 el picaporte. La caravana estaba cerrada con llave. En una caja junto al escal6n haba una pila de peri6dicos viejos. Sarah la volc6 y busc6 llaves, cerillas o un encendedor. Se enderez6 con las manos vacas.

Empez6 a despojarse de las diversas capas de ropa h6meda mientras echaba un vistazo alrededor de la estufa y la pila de leña. Despu6s de los incendios de Mortimer era comprensible que los hombres no hubieran dejado material combustible tirado por ah6.

Quitarse los vaqueros empapados y r6gidos fue una tortura que dej6 a Sarah sin respiraci6n. Notaba pinchazos en las manos congeladas. Se las llev6 al cuello para calentarlas. El sabor de sangre fresca de las enc6as inflamadas le llenaba la boca. Estaba de cara a la parte posterior de la cabaña. El andamio haba resistido bien el viento y la lluvia. Algunos canalones se haban combado. El extremo de la cabaña, donde faltaba la pared de piedra, quiz6 no haba aguantado tan bien. Pero a primera vista, bajo la luz turbia, la lluvia no haba destrozado nada ni inundado ninguna zona del claro. La 6nica agua corriente que Sarah vea proceda del tubo del dep6sito desbordado. Un riachuelo diminuto atravesaba la explanada cubierta de hierba y descendia hacia el bosque. En la pared oriental de la cabaña, la chimenea seguia tan recta y robusta como Sarah la recordaba. Siempre haba pensado que el resto de la cabaña no hac6a honor a esa noble columna vertebral que era la chimenea.

En su misi6n en busca de cerillas, la chimenea era la tercera parada obligada. La segunda era su alforja, aunque tena pocas esperanzas de que las cerillas estuvieran secas. En cuanto a su fiable encendedor Zippo, Sarah haba recordado a medio camino hacia la montaa que se lo haba dado como recuerdo al mozo del establo cuando este se march6.

Sarah se qued6 en ropa interior y volvi6 a ponerse la chaqueta. El m6vil seguia sin funcionar, de manera que lo deposit6 con cuidado sobre una viga de madera para que se secara. Escurri6 el agua de los calcetines y los dej6 en el escal6n de la caravana. Se calz6 otra vez las botas h6medas y volvi6 con Tansy.

Las cerillas de la alforja eran una masa pastosa. Empez6 a desensillar a Tansy. El

cuerpo de la yegua ya estaba caliente, mucho más que el de Sarah. Notó el calor que despedía el animal. Deslizó las manos por el pelaje de Tansy para eliminar toda el agua que pudiera. Colgó la manta de la silla en el travesaño que estaba frente al caballo. Construyó un hogar a la yegua con todos los objetos familiares: le acercó la silla de montar, ató las riendas en la riostra de madera más próxima. Cuando Tansy apoyó todo el peso de su cuerpo en un costado y relajó una pata trasera, a Sarah le embargó la emoción. Los ojos le escocieron por las lágrimas.

—Ya lo ves, estamos bien.

Temblando de frío, Sarah cogió la mochila, la ropa interior térmica empapada que había sacado de la alforja y el rifle, y lo llevó todo a la caravana. Apoyó el arma en el escalón. Salió con la linterna para enfrentarse de nuevo a las inclemencias del tiempo, intentando no pensar en el cielo plomizo.

La hierba vencida formaba una alfombra y evitó que las botas chapotearan y se hundieran demasiado. El terreno despejado del campamento alrededor de la cabaña había actuado como una esponja, se había empapado de agua y la había retenido. Sarah descendió por la leve pendiente hasta la choza y se agachó para pasar bajo el andamio.

La Cabaña del Ahorcado tenía dos puertas —delante y detrás— y dos cuartos; el principal era el de la chimenea. Habían retirado la puerta entre las habitaciones. La pequeña era la de la pared derruida y tenía el suelo podrido. Una cinta amarilla cruzaba la entrada para impedir el acceso.

Había tres ventanucos: dos delante y uno detrás. El techo era de tablas de madera contrachapada. Rudimentario sería una exageración. Ni siquiera había un porche que añadiera un poco de encanto. Las puertas originales, los marcos de las ventanas y el mobiliario habían desaparecido a causa del abandono y el paso del tiempo, y los materiales baratos utilizados para sustituirlos habían rebajado el estilo aún más.

Sarah enfocó la linterna hacia la chimenea. Los trabajadores habían guardado en la cabaña los maderos para la reforma y los andamios sobrantes. Se encaramó a los tablones y postes y alumbró con la linterna el hogar de piedra de la chimenea. Excrementos secos de zarigüeya australiana formaban una costra sobre los bloques de granito.

Después de pasar el haz de luz por la repisa vacía de la chimenea, Sarah bajó del montón de maderos. La linterna alumbró el contrachapado de la puerta principal. En la parte de atrás estaba escrito «Sid estuvo aquí», en referencia al bandido que se había ahorcado en la cabaña. Alguien había añadido: «Y folla como un demonio», y bajo la frase había un dibujo bastante bueno de un esqueleto sonriendo de oreja a oreja mientras montaba a una mujer desnuda.

Encima de Sarah estaban las vigas de madera noble originales, de las que se había colgado Sid. Fue hacia la ventana desde la que el bandido, supuestamente, había visto

a la policía subir por el sendero. La cima de la montaña estaba envuelta en lluvia y neblina luminosa.

El barranco de Sid era un afloramiento rocoso que abría una grieta en el monte. Debía de haberse erosionado a lo largo de los años, porque había enraizado una vegetación densa y el follaje impedía ver el sinuoso camino que subía por la montaña. La lápida de Sid estaba delante de la cabaña, de cara al barranco, de forma que el bandolero pudiera mantenerse ojo avizor por toda la eternidad.

Sarah escuchó un momento la lluvia y el agua que goteaba de los canalones.

Volvió al cobertizo, rodeó la caravana y vio que la ventana de atrás estaba abierta. Tuvo que ponerse de lado para meterse entre la pared del cobertizo y el vehículo. Alumbró con la linterna la abertura de la ventana. Vio una tentadora perspectiva de la cama y las mantas. Después de escoger un leño puntiagudo del montón junto a la estufa, lo usó para golpear y finalmente empujar la tela metálica de la ventana. La malla cayó sobre las almohadas de la cama. Sarah tendría que contorsionarse para entrar, así que se deshizo de las botas a puntapiés y se quitó la holgada chaqueta.

Con un hábil contoneo y metiendo a presión las caderas poco a poco, consiguió pasar y cayó sin elegancia sobre la cama. Se envolvió con la manta que había arriba. Estaba impregnada del olor desagradable de un desconocido. Se cubrió con otra manta y se sentó hecha un ovillo sobre el colchón. Durante un momento concentró toda la energía hacia dentro, deseando entrar en calor. Estaba a oscuras. Sacó la linterna entre los pliegues de las mantas y enfocó alrededor.

La caravana tenía lo básico: un fregadero, una neverita, un fogón, un microondas, una mesa de cocina, un banco y la cama. Extendidos sobre la mesa había planos y croquis de la obra. Apoyadas en la pared había palas y una palanca, junto a unos cuantos cascos de obra y un cubo lleno de gafas protectoras.

Sarah enfocó la luz hacia arriba, por encima de las latas de comida apiladas sobre el estrecho banco. Alumbró las cacerolas y sartenes limpias del fregadero, el protector solar sobre el escurridero y el Jack Daniel's sin abrir, con un lazo navideño pegado a la botella.

Abrió un cajón junto a la cama y un cosquilleo de placer incrementó la sensación de calor. Calcetines gruesos y varias camisas de franela. En el cajón contiguo, bermudas.

El propietario de la ropa no era un hombre corpulento. A Sarah le quedaba bien la camisa. Los pantalones cortos también le servirían con ayuda de su cinturón. Se puso dos pares de calcetines gruesos, se echó la liviana manta polar alrededor del cuello, como hacía con las toallas de playa cuando era adolescente, y buscó en los cajones de la cocina algo para encender fuego.

Al cabo de unos minutos abrió de golpe la puerta de la caravana. Estaba a punto

de anochecer y el viento ululaba. Tansy se movía en la penumbra. Sarah levantó el encendedor de gas en forma de pistola que había encontrado y apretó el gatillo varias veces seguidas. El último clic mantuvo la llamita encendida. Tansy relinchó.

La oscuridad se había convertido en noche cerrada. Sobre la mesa, la lámpara de pilas que había encontrado Sarah iluminaba el pequeño surtido de comida navideña que había sacado de la mochila. Faltaba una tartaleta de frutas del paquete. La estufa irradiaba bastante calor. Su ropa se estaba secando, las botas se calentaban en una silla, el agua del hervidor bullía, el estofado de lata estaba al fuego. Había descubierto que habían desconectado la bombona de gas de la caravana y se la habían llevado. Había indicios de que también habían retirado y trasladado un generador. Sarah se deshizo la cola de caballo y se secó el pelo con una toalla.

Acercó el móvil al calor para que se secase más rápido. Había dejado un cubo de agua al lado de Tansy y le había cubierto el lomo con una manta.

Sarah entró en la caravana y volvió a salir con dos tazas, una bolsita de té, una cuchara y la botella de Jack Daniel's. Se sirvió un buen trago y se lo bebió de golpe. Se sirvió otro. Ya notaba un hormigueo en las extremidades, se le habían quedado heladas y ahora empezaban a entrar en calor. La abrasadora dosis de alcohol incrementó la sensación.

Se preparó una taza de té y dejó la cacerola del estofado en el suelo de tierra para que se enfriara. Se sentó en una silla, se echó una manta sobre la espalda y los hombros e inclinó el torso entre las rodillas para comer un par de cucharadas de estofado.

Sostuvo la taza de té con ambas manos y sopló el vapor, dio un sorbo y pensó. Cogió el teléfono y miró una vez más si funcionaba. Quizá la pantalla vacía contuviera un mensaje: «Coge este tiempo y aprovéchalo». La ascensión había puesto distancia entre ella y el caos de los últimos meses. Tenía una visión panorámica de lo ocurrido, y desde arriba era más fácil ver las mejores vías para salir adelante. Sarah volvió a dejar el teléfono sobre el bloque de madera. Pensó también en esos arneses que usaban para aerotransportar animales grandes, le preocupaba el impacto que la experiencia tendría en Tansy. ¿Volar era algo tan antinatural que los animales eran incapaces de asimilarlo? ¿O les aterrorizaba? Tansy no entendería que la estaban rescatando.

Tansy tiró del ronzal. La tromba de agua había amainado y dado paso a una tormenta. Se oían todos los sonidos correspondientes: el golpeteo de los helechos empapados y la hierba alta contra las paredes del cobertizo, el tintineo del acero ondulado, ráfagas de viento, el balanceo de los arbustos y el crujido de las ramas, el tamborileo de la lluvia oblicua sobre el tejado. Entre esos ruidos, Tansy había oído algo que desentonaba. Sarah prestó atención para captarlo. El caballo tiró con fuerza. Sarah dejó la bebida caliente. Si se avecinaba otro fenómeno climático extremo, solo pensó: «Ya no hay otro sitio adonde ir». No podían subir más arriba. Entonces oyó el silbido. Era humano. Volvió a oírlo, flojo, luego fuerte, una declaración amistosa.

Llegaba entre las ráfagas de viento. Parecía que venía del claro, de detrás del cobertizo.

Sarah no se puso de pie automáticamente, no corrió a ver quién lo emitía. Le vinieron a la mente otras cosas. Apartó despacio la silla de la estufa y se puso la chaqueta medio seca. La munición del rifle seguía en el bolsillo de los vaqueros húmedos. La sacó y guardó el cargador en el bolsillo con botón del pantalón corto. Cogió la linterna, se puso las botas de montar mojadas. Pensó en la cadena cortada de la verja, en las huellas de neumáticos, en las rodadas en el barro antes del puente del río de las Truchas y en esas mismas rodadas que giraban en dirección a la planicie. Dudaba que un apacible hombre, o mujer, de familia saliera a cortar troncos la mañana de Navidad y subiera a las montañas en un todoterreno. Si se trataba de la persona relacionada con el vehículo, Sarah ya desconfiaba de ella.

Antes de sumergirse otra vez en el aguacero, cogió el rifle del escalón donde estaba apoyado. Rodeó la caravana hasta el otro extremo, lejos de Tansy, y enfocó con la linterna un palé de madera que había en un rincón del cobertizo.

Sobre él se apilaban sacos de cemento y mortero. Sarah se acercó y metió el rifle en el espacio entre las tablas inferiores del palé y las superiores, cubiertas de sacos. Lo deslizó hasta el fondo, donde no se veía, a menos que tuvieras una linterna y te pusieras a cuatro patas, como hizo ella en ese momento para ver el aspecto del arma en su escondite. Se veía peligrosa y amenazante, razón por la cual había pensado en quitarla de en medio. Se puso la capucha de la chaqueta y fue en busca de quien había silbado.

No le costó encontrarlo. Llevaba una linterna de cabeza parpadeante. Al acercarse ella, convirtió la luz intermitente en un haz fijo y bajó la cabeza para que incidiera en el suelo que tenía delante y no en los ojos de Sarah. Estaba sentado en un tronco, con la cabeza gacha.

—Cuidado —dijo sin alzar la vista—, está embarrado.

Habló con un tono grave y firme. De lo cual Sarah dedujo que no sufría un dolor intenso ni se estaba congelando. Más bien parecía relajado. Sarah se detuvo a un par de metros de él. El suelo alrededor del tronco en el que estaba sentado se había convertido en una papilla. Sarah lo comprobó con la punta de la bota. La hierba se hundió y una masa de agua sucia llenó inmediatamente la hendidura que ella había creado. La zona pantanosa rodeaba al hombre. Sin embargo, la distancia podía salvarse de un salto. Sarah le alumbró con la linterna. Vio que llevaba pantalones de camuflaje, pero no rústicos, sino elegantes, a la moda, y una camisa negra ceñida de manga corta. El tipo estaba en forma. Tenía que estarlo para aguantar ese tiempo con una ropa tan ligera sin que en apariencia acusara el frío. Tenía las botas y la mitad inferior de los pantalones cubiertos de lodo. Se hallaba en una especie de isla, rodeado de un barrizal. Sarah se preguntó por qué no intentaba saltar al otro lado.

Él reguló de nuevo la linterna para que emitiera una luz más suave y difusa antes de levantar la cabeza.

—Hola.

La luz grisácea de la linterna, al alumbrarle desde arriba, le deformaba las facciones y creaba manchas oscuras y sombras alargadas en su cara.

—He visto el humo y he pensado que probaría a silbar para pedir ayuda antes de arrastrarme. No sé qué me he hecho en la rodilla. —Se dio unos golpecitos con los nudillos en el muslo izquierdo, por encima de la rodilla—. Se ha reventado algo. No puedo cargar peso sobre ella. Pero... —sonrió, fue un gesto lascivo y macabro por culpa de la linterna—, hola.

—Hola.

—¿Qué me dices de eso? —Hizo un gesto hacia el aguacero.

—¿Tienes mal la rodilla? Esta parte es bastante firme. —Sarah dio un pisotón—. ¿No puedes saltar?

A fin de mostrarle el problema, él hizo un esfuerzo para ponerse en pie y probar cuánto le costaba apoyarse sobre la pierna izquierda.

—No sé lo que he hecho. Cedió bajo mi peso.

Sin demasiada sutileza, Sarah le iluminó con la linterna de arriba abajo. Quería saber con quién estaba a punto de pasar una noche en la montaña. El tío tenía un cuerpazo. No era musculoso como esos hombretones fornidos, sino esbelto y recio. Algo la llevó a alumbrar la vegetación que había detrás de él. Era una masa de hojas relucientes de acacia negra. Las ramas de los árboles se extendían hasta el suelo del bosque formando un seto alrededor de ese recóndito margen del claro. Mucho más allá, la pista de senderismo desembocaba en el campamento. Sarah no lograba adivinar de qué parte del monte había venido ese hombre y cómo había llegado hasta donde estaba. Si había subido por la pista de los senderistas, solo le habría quedado un trecho relativamente corto y directo hasta el cobertizo, y si había venido por el camino para vehículos, como ella, habría estado en condiciones de ver el cobertizo y habría ido derecho a él.

El hombre apoyó una mano en el tronco e, intrigado, se volvió hacia el bosque para ver qué estaba mirando ella.

—¿No hay nadie contigo?

Él se volvió hacia Sarah.

—Estoy solo.

Ella empezó a quitarse las botas.

—No quiero que se llenen de barro.

—No cruces. ¿Tú no estás con gente?

—También yo estoy sola.

—No te ensucies. Pensé que quizá habría hombres contigo que pudieran echarme

una mano. Quédate ahí.

Antes de que Sarah tuviera la oportunidad de insistir en ayudarlo, él se dio impulso con la pierna buena, saltó por encima de la zona más embarrada y cayó sobre el costado derecho en mitad del lodazal. El agua sucia salpicó a su alrededor. Se palpó la rodilla.

—Vaya... cómo duele.

Se quedó quieto un momento. Tenía la cara cubierta de agua sucia y barro en la lente de la linterna de cabeza. Habría sido mejor que tratara de cruzar reptando. Empezó a arrastrarse y luego se detuvo, con la respiración entrecortada, dolorido.

—Maldita sea —masculló.

Sarah se quitó las botas y los calcetines y se metió en el cenagal. Inmediatamente se hundió hasta las rodillas. Una tierra gélida y espesa le envolvió las piernas. El instinto de conservación la hizo salir con la misma naturalidad con que había entrado.

—Es más peligroso de lo que parece.

—Pues sí.

Sarah iluminó con la linterna el terreno circundante en busca de palos y leños. Solo vio ramitas delgadas o grandes ramas muertas, que pesaban demasiado para arrastrarlas. Se quitó la chaqueta, se desabrochó la camisa y se la quitó también. La franela era más resistente que la tela de la chaqueta. Se enrolló una manga en la muñeca y lanzó la otra al hombre para que se agarrara.

Él se la enroscó en la mano.

—Muévete todo lo que puedas, para ayudarme. —Sarah se agachó y tiró hacia atrás.

Él se retorció y se impulsó con la pierna buena. Como no era un peso muerto, Sarah logró arrastrarle varios centímetros cada vez hasta sacarle.

Una vez fuera del cenagal, él se sentó, estiró la pierna lesionada y, arrastrando el culo, llegó a terreno más firme. Sarah le ayudó a ponerse de pie. Estaba cubierto de lodo. Aguantándose sobre una pierna, se quitó la linterna para limpiarse. Sarah le ofreció el hombro para que se apoyara. Al ver que él trastabillaba, le rodeó la cintura con el brazo. La cinturilla del pantalón le había bajado a la altura de las caderas. Se le había subido la camisa, de modo que los dedos de ella tocaban la piel cubierta de barro. Sarah llevaba las botas de montar en la otra mano. Él le sacaba una cabeza.

—Puedo cargar algo de peso en la rodilla. A lo mejor no es tan grave como pensaba... —De repente se le dobló. Se aferró al hombro de Sarah—. O quizá sí.

—Te habrás lesionado el cartílago.

La lluvia había amainado. El viento se había aplacado. Como él ya no llevaba en la frente la linterna, que ahora alumbraba desde otro ángulo, las sombras de su rostro habían cambiado y su edad era más evidente. No debía de haber cumplido los treinta. Aún aterido y maltrecho, tenía un brillo juvenil en los ojos, chispa. Cualquiera habría

pensado que estaba disfrutando de la intensidad de la experiencia, exactamente como haría un hombre joven, para el que todo era una aventura. La sonrisa que dedicó a Sarah brotó nítida de la máscara de lodo.

—Te prometo que no soy Ted Bundy.

—¿Cómo?

—El asesino.

—¿Qué?

—El asesino que fingía que tenía una pierna rota para atraer a las mujeres.

Sarah frunció el ceño.

—Una broma de mal gusto —dijo él.

En el rato que tardaron en llegar al cobertizo él empezó a tiritar. No tenía grasa en el cuerpo para regular la pérdida de calor. Al sentarse en el tronco había provocado un descenso de la temperatura del organismo, y el barro helado lo aceleró. Sus movimientos eran descoordinados. Dio los últimos pasos hasta el cobertizo renqueando y tambaleándose. Sarah oyó el tintineo de un juego de llaves en un bolsillo de sus pantalones de camuflaje. En el bolsillo de la otra pernera llevaba algo, un teléfono, o quizá una cartera. Ambos tenían la cremallera cerrada.

—Vaya... —dijo él, asombrado de que su cuerpo tuviera límites—, ahora empiezo a sentir algo.

—Hay mejores formas de atraer a las mujeres.

—Los momentos desesperados exigen medidas desesperadas.

Ese coqueteo a cualquier precio convenció a Sarah de que era un veinteañero. Solo quienes eran lo bastante jóvenes para no avergonzarse de no tener pareja actuaban de ese modo.

Bajo la capa de lodo su cara había adquirido una palidez cadavérica y los labios un tono azulado. Tenía los ojos de un color oliva claro y vidriosos, la mirada errante y desenfocada. Sarah le ayudó a sentarse en la silla más cercana a la estufa.

—Te traeré ropa seca y algo para que te limpies. ¿Estás bien?

—Sí. —Se inclinó hacia delante y cerró los ojos, sintiendo el calor de la estufa en la cara y las manos—. Gracias —dijo sin apenas mover los labios.

Sarah dejó una manta en la silla que estaba junto a él y fue a buscar la cacerola grande que había visto en la caravana.

Cuando volvió con ella, él no se había movido.

—Entrarás en calor más deprisa si te quitas la ropa mojada.

Vertió en la cacerola el agua caliente del hervidor y añadió agua fría. Sumergió un trapo y luego lo escurrió. Él seguía sin moverse.

—Aquí. —Sarah le señaló el cuello de la camisa. Él se echó hacia atrás y Sarah se lo desabrochó.

—Gracias.

Él fijó la mirada en la boca y el mentón de Sarah.

Ella recordó sus heridas y se presionó los labios hinchados con los dedos.

—Esto no me ha pasado en la montaña.

—Tiene mala pinta.

Cuando ella se agachó para quitarle las botas, él oyó a Tansy y escudriñó la penumbra del compartimento contiguo.

—¿Qué es eso?

—Mi caballo.

Él se quedó mirando en aquella dirección. Tansy era una sombra inquieta en las

tinieblas, acompañada de resoplidos y ruido de cascos. Él siguió observándola.

—Hace poco que hemos llegado y aún está nerviosa.

Sarah le quitó las botas. Vio que no llevaba calcetines. Al principio pensó que se los había quitado ella al tirar del calzado húmedo, pero cuando metió la mano para pescarlos... solo había barro. Las preguntas empezaban a acumularse en la mente. Sin embargo, teniendo en cuenta las circunstancias, decidió ser cauta en el modo de plantearlas.

—No me he presentado. Soy Sarah.

El joven seguía mirando en dirección a Tansy. Desvió la vista al suelo y luego hacia la noche. Hizo una pausa antes de decir su nombre.

—Yo soy... Heath.

Su vacilación provocó que Sarah arqueara las cejas sin querer.

Él soltó una risa entrecortada y tembló.

—Lo intentaré otra vez... Soy Heath. Encantado de conocerte.

—Te daría la mano, pero las tengo frías y las tuyas están heladas. No te preocupes por Tansy. —Sarah se puso de pie. Se apartó para no seguir tapando la estufa—. Menudo día ha tenido. Casi se nos lleva la riada... ¿La has visto? ¿Sabes que estamos aislados?

—Sí.

—¿A ti te pilló? Nosotras nos libramos por poco.

—No, yo la vi desde un poco más arriba.

—¿Desde dónde?

—Desde la planicie.

—Creo que vi tus huellas. Subiste en coche por el puente de las Truchas.

—Mmm.

—¿Dejaste el coche para venir andando hasta aquí?

—Sí.

—¿Buscabas cobertura?

—Eso es.

—Pararé de bombardearte con preguntas y dejaré que te desnudes.

Sarah entró en la caravana. La luz de la lámpara sobre la mesa no llegaba hasta el interior, que estaba a oscuras. Había cogido la linterna, pero no la encendió. Se sumergió en las sombras y observó al joven. Él se envolvió con la manta y se contorsionó para quitarse los pantalones. Ella se fijó en el cuidado con que los recogía y los ponía debajo de su silla, en cómo se detenían sus manos en los bolsillos. Le vio echar un vistazo a su móvil, sobre el bloque de madera. Él se quitó la camisa, se acercó la cacerola de agua y se lavó la cara, los brazos y el cuello. A toda prisa. Le quedaron restos de suciedad. Ahora que tenía el torso desnudo, Sarah vio que lucía un tatuaje grande en un costado, formas geométricas entrelazadas que empezaban bajo la

axila y llegaban hasta la cadera. El joven volvió a sentarse en la silla y se tapó hasta las rodillas con la manta echada sobre los hombros. Tenía el pelo corto y moreno, más largo y juvenil sobre la frente, rasurado a los lados, dejando ver unas orejas pequeñas. Las cejas eran pobladas y oscuras. La delgadez acentuaba las pronunciadas facciones: cuencas de los ojos hundidas, mejillas enjutas y mandíbula huesuda, pómulos angulosos. Era llamativo más que una belleza convencional, poseía un atractivo ante el cual era imposible no sentirse un poco indefensa.

Sarah encendió la linterna y le llevó un par de bermudas, calcetines y una camisa.

—Supongo que no habrás visto si el agua destruyó el puente colgante —dijo al darle la ropa—. Sé que arrastró el principal. —Sarah buscó la mirada del joven, pero él estaba observando la caravana y la comida navideña sobre la mesa. Ella continuó —: Lo sé porque mi caballo y yo estábamos sobre el puente principal cuando se partió.

Él no asimiló lo que ella había dicho, o no se hizo cargo de la gravedad.

—No volví a bajar para ver si el puente colgante no estaba. Supongo que debió de llevárselo por delante.

—¿Oíste el ruido que hacía el agua?

—Sí, era impresionante.

Sarah se dedicó a echar leña en el fuego mientras él se vestía.

—Nunca había visto ni oído nada igual.

Rellenó el hervidor con el agua de lluvia que había recogido en un cubo. Cuando se dio la vuelta, él había terminado de vestirse. Ahora llevaban ropas idénticas: bermudas, camisas de franela de cuadros azules. Él se envolvió con la manta y regresó a la silla. Le sonrió; tenía los labios finos y blancos como el papel.

—¿Sabías lo de la tormenta antes de venir a la montaña?

—No tenía ni idea. No oí ningún parte.

Ella le observó. Él no le sostuvo la mirada. Estaba más erguido en la silla, con el cuello estirado y los hombros caídos. Al parecer combatía los efectos del frío con mayor determinación que unos minutos antes; estaba mentalizado y decidido a no tiritar.

—¿Has podido ponerte en contacto con tu familia? ¿Saben que estás aquí y van a mandar ayuda? —Mientras hablaba, Sarah empezó a lavarse los pies y las pantorrillas para eliminar el lodo.

Él se calentó las manos.

—No he podido ponerme en contacto con nadie. Me quedé sin batería a mitad de camino. Ya tenía poca cuando salí.

—Es Navidad, estoy segura de que tu familia no tardará en echarte en falta. Estarán preocupados.

—Sí que lo estarán.

Ella se secó las piernas y volvió a ponerse los calcetines.

—Mi móvil no funciona, de lo contrario te lo dejaría. —Señaló el pedazo de madera—. Le ha entrado agua. Aquí arriba suele haber algo de cobertura. Pero, con este tiempo, quizá no. De todos modos, no creo que estemos atrapados mucho tiempo. Mandarán un helicóptero por la mañana. Saben que cualquiera que se quedase atrapado vendría a la cabaña. Verán el humo. Y mientras tanto podemos apañarnos bastante bien. Hay comida en la caravana. Es probable que en Lauriston no haya luz, así que seguramente nosotros pasamos menos frío que los del pueblo. —Matizó la afirmación—: Cuando estés seco, quiero decir; entonces estarás más cómodo.

Sarah acercó una silla a la de Heath y se sentó. Estaban uno al lado del otro, a similar distancia de la estufa, de cara a ella. Sarah tenía el pelo oscuro y húmedo como Heath.

—Al menos verán tu coche desde el aire y se pondrán en marcha.

—El clásico idiota, dejé el coche, no iba preparado, no comprobé nada, como un imbécil, sin el menor respeto por el monte. Podría haberme visto en un buen aprieto de no ser por ti.

—Habrías conseguido llegar al cobertizo.

—No estoy seguro. Se leen casos así en los periódicos, de personas que mueren a pocos metros de un refugio.

Recorrió el cobertizo con la vista, prestando más atención al entorno. Se movió en la silla y miró a Tansy. La yegua tenía la grupa vuelta hacia ellos. La luz del fuego de la estufa se reflejaba en el aceite de su pelaje. Sarah percibía la energía inquieta del animal y su agotamiento. También ella sentía en su interior una chocante mezcla de tensión y fatiga.

—La congelación llega mucho más rápido de lo que crees.

—Tú todavía estás mojada —dijo Heath mirándola de arriba abajo.

Sarah tenía empapada la camisa y mojadas y manchadas de barro algunas partes de las bermudas. No llevaba botas, solo los calcetines.

—No nos queda ninguna muda seca.

—Esta ropa deberías llevarla tú.

—Estoy seca como una pasa en comparación con cómo estaba cuando llegué.

—¿No hay más calcetines?

—Yo no los he visto. La ropa no es mía. Me colé en la caravana. Todo es de los trabajadores. —Sarah cogió el Jack Daniel's, sirvió un poco a Heath, se lo pasó—. Con esto entrarás en calor.

Él se bebió el whisky. Después de dejar que se asentara, hizo un gesto de asentimiento.

—Me ha sentado muy bien.

—Entonces, ¿tú no eres de aquí?

Él negó con la cabeza.

—No soy de Lauriston.

—¿Pero eres de la zona?

—De Royden.

—Yo crecí en Royden.

—Yo acabo de volver.

—¿Eres de allí?

—Es donde nací, pero he pasado poco tiempo allí. Mis padres viven fuera de la población.

—Ah, ya. ¿Cómo se llaman? Seguro que les conozco.

—No tratan mucho con la gente.

—¿A qué colegio fuiste?

—No estudié en el pueblo.

—Mis padres dan clases en el colegio de Saint Andrews. Es donde estudié yo.

—Sí, lo conozco.

—Mi apellido es Lehman.

—No me suena.

Sarah hizo un leve chasquido con la lengua. Por un momento se planteó si debía seguir sonsacándole información.

—¿Tienes hambre? —preguntó con toda naturalidad—. Yo me estaba calentando un poco de estofado. —Se deslizó hasta el borde de la silla y volvió a poner la cacerola en el hornillo—. El hervidor puede que tarde un poco. Esto se calentará más deprisa. ¿Más whisky?

—Será mejor que coma primero. No quiero emborracharme.

—Yo me lo estaba planteando.

Después de recalentar el estofado, lo compartieron, comiendo directamente de la cacerola, sin molestarse en usar platos, cada uno con una cuchara. Acampar barre los hábitos normales bajo la alfombra incluso en las mejores condiciones, y mucho más en circunstancias extremas como esas. Él seguía mirando de reojo hacia la yegua. Tansy roía el travesaño, con la cabeza baja, las orejas amusgadas, el cuello estirado, el cuerpo grande e indefinido en la oscuridad; su amenazadora silueta iba acompañada de ruido de mordiscos y crujidos. Parecía empeñada en hacer todo lo posible para poner frenético al tipo.

—¿Cómo se llama el caballo?

—Tansy.

Las mejillas del hombre empezaban a recuperar el color. Sus labios pasaban del azul a un rosa intenso. Parecía que se hubiera aplicado con sumo cuidado los

churretes que tenía en la cara para aparentar que estaba exhausto tras la batalla, destrozado por la guerra. Tenía una mancha en la frente, una salpicadura de barro en la sien, y las arrugas a los lados de la nariz, negras de mugre. Sus ojos seguían siendo de color verde claro. Ahora que había comido y entrado en calor, Sarah esperaba sus preguntas. Sin duda tendría que preguntarle si había encontrado la forma de dar la voz de alarma. Y si había personas que informarían de su desaparición. Seguro que quería conocer sus circunstancias: dónde, cómo, por qué y cuándo.

Sarah se sirvió varios dedos de whisky en la taza. Como remate al alcohol, una nueva descarga de fatiga recorrió sus extremidades en cuanto se lo hubo bebido.

—Que yo sepa, es la primera Navidad que no recibo ningún regalo —dijo él. Levantó la taza hacia Sarah antes de tomar su segundo lingotazo de whisky.

Ella alzó la suya, aunque estaba vacía.

—Hay que celebrarlo. Nada de marcos de foto cutres ni corbatas feas.

Quizá el hecho de que evitaran los temas importantes describía mejor el día que cualquier otra conversación que hubieran podido tener. Sarah dejó la taza y se reclinó en la silla. Cerró los ojos. No parecía un tipo peligroso. No percibía en él rasgos de perfidia o lascivia. Eso tendría que bastar. No obstante, partes de su cerebro debían de haber estado en alerta máxima para haber llegado a esas conclusiones, trabajando más de la cuenta para calarle: su cara se le representó en la mente con toda claridad. Tenía los labios finos. Su parte más expresiva eran los ojos. Le veía las manos —callos en los dedos, cortes y arañazos de hacía tiempo, uñas cortas y gruesas: manos fuertes de trabajador— y los antebrazos, con músculos nervudos, no de esos que se consiguen en un gimnasio. Recordó el tatuaje, el torso lampiño, los pectorales planos y esos abdominales que sí se consiguen en un gimnasio.

Le oyó moverse en la silla.

Debía de haber consultado la hora.

—Y casi ha terminado. Es casi medianoche.

Sarah no recordaba haberle visto un reloj en la muñeca. Abrió los ojos. Él se recostó en la silla. Los pantalones seguían doblados debajo. Sarah comprendió que él se había inclinado a mirar el reloj de pulsera que llevaba ella. Que le birlara la hora de ese modo le pareció un acto amistoso y excesivamente amistoso a la vez.

—Deberíamos preparar las camas. Ve tú a la caravana, yo tengo un saco y dormiré aquí, delante del fuego.

—Ni hablar de que vaya yo a la caravana. —La miró a los ojos con gesto de cansancio—. Ve tú. Yo me quedo aquí.

—Quiero estar cerca de Tansy, por si se asusta.

—No me parece bien que sea yo quien se acueste en la cama.

—Yo no voy a dormir. Solo quiero tumbarme.

—Entonces tú te quedas las dos mantas. Si no, no acepto el trato.

—De todos modos hay otras dos en la caravana.

—De acuerdo —repuso él, e hizo ademán de levantarse—. Yo me llevo esta y tú te quedas con la tuya y las otras dos. —Se puso de pie envuelto en la manta. Mientras cogía los pantalones y la camisa mojados añadió—: Mañana los lavaré, así que no hace falta que los deje aquí para que se sequen. Gracias otra vez, Sarah.

—Llévate la lámpara de la mesa. Yo tengo mi linterna.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Traeré las mantas.

Cogió la lámpara y subió el escalón de la caravana. No cojeaba. Ni siquiera se inclinaba levemente hacia la izquierda. Sarah apartó la mirada, desconcertada al ver sus andares firmes.

Aunque le apetecía retroceder, interponer una repentina distancia entre ellos, se obligó a levantarse y dar un paso al frente. Se quedó en la puerta de la caravana, con un pie sobre el escalón, esbozó una sonrisa dulce y extendió las manos cuando él reapareció con el fardo de mantas en los brazos.

—Gracias, Heath.

—Buenas noches, Sarah.

Una intensa descarga de lluvia la despertó. Sarah se incorporó en el saco de dormir. El fuego de la estufa había menguado. Caía una cascada de agua de los canalones desbordados. Había soñado que Heath limpiaba el lodo del barrizal y resultaba ser su marido.

El recuerdo del sueño se desvanecía a medida que Sarah se orientaba. Se le había acelerado el corazón, que ahora volvía a latir más despacio. El estruendo de la riada resonaba en su mente. Completamente despierta pero exhausta, reflexionó. Se rascó el cuero cabelludo, se frotó la espalda arriba y abajo con los nudillos. Le picaba todo el cuerpo. Bajó la vista al regazo y, al tenue resplandor del fuego de la estufa, vio algo raro en la ropa de cama. Se... movía.

Tardó un par de segundos en darse cuenta de que las mantas estaban cubiertas de insectos que reptaban. No chilló, pero emitió un siseo parecido al de una serpiente de cascabel, notó tirante la piel de la cara y frío en los dientes al aspirar. Se levantó de un salto, se sacudió el cuerpo a manotazos, retrocedió a trompicones; estaba demasiado asustada para gritar, tenía un nudo en la garganta, los músculos tensos y el cuello agarrotado. El picor que había sentido en el cuello, los brazos y las piernas, lo que había considerado una comezón normal porque tenía la piel húmeda y no se había lavado, no era eso: habían sido las patitas de los escarabajos y las largas patas de las arañas, habían sido las patas pegajosas de las polillas y las numerosas patas de los ciempiés.

—Oh, mierda —acertó a decir una vez que se hubo alejado del saco, mientras se restregaba las extremidades con las manos para asegurarse de que cada centímetro de su piel estuviera libre de cuerpos trepadores, y también la ropa, los pliegues y los bolsillos de la camisa y los pantalones cortos, y detrás de las orejas. Se pasó los dedos por entre el pelo. Cada cinco segundos se estremecía, la misma cantidad de tiempo que tardaba en decirse que estaba bien, que ya no tenía más insectos encima, antes de que volviera a dominarla el pánico de que hubieran regresado. Siguió pasándose las manos por el cuerpo compulsivamente. La linterna estaba sobre el saco. Al otro lado de la mesa, Sarah pateaba, temblaba y se retorció. Se armó de valor para acercarse al saco y buscó a tientas la linterna.

Retiró las mantas de un tirón. La linterna rodó por el suelo de tierra. El leve sonido de los insectos al caer fue repulsivo. Sarah encendió la linterna e iluminó el espacio.

—Oh, joder.

Las partes secas del suelo del cobertizo habían sido invadidas por insectos que buscaban cobijo en lugares libres de humedad, como había hecho ella. En las zonas mojadas no había bichos. Sarah no salió de los refugios empapados. Saltó de una franja a otra, se acercó a Tansy y enfocó la luz hacia las patas del caballo. Cuanto más

llovía, más empapado estaba el suelo del cobertizo. Una zona húmeda junto a la pared del fondo se había extendido hasta Tansy. El animal estaba sobre una fina capa de lodo. Al menos no tenía insectos encima. Sin embargo, algunos habían llegado hasta las paredes del cobertizo, unos pocos trepaban por el techo, reptaban por las vigas metálicas y amenazaban con caer desde lo alto.

Tansy era consciente de lo desagradable de la situación. Estaba apática, con la cabeza baja, y de vez en cuando coceaba con las patas traseras; el asco se reflejaba en los estremecimientos que le recorrían el flanco, en los espasmos del cuello y los hombros. Tenía el oído más fino que Sarah; si esta oía el ruido repugnante del enjambre de insectos masticando, para Tansy debía de ser un sonido envolvente en estéreo. Tenía las orejas gachas, apuntando hacia los lados, la mejor posición para impedir que entrara el ruido.

Heath había dejado abierta la puerta de la caravana. Sarah supuso que debía llamar de todos modos. Lo hizo. Pero no oyó nada dentro. Subió al escalón y se inclinó hacia el interior.

—Heath... tengo que entrar, lo siento, pero tenemos visita.

Llamó un poco más fuerte con los nudillos. Él no se movió. Sarah mantuvo la linterna enfocada hacia abajo y entró en la caravana. La luz rebotó en el linóleo amarillento e iluminó el interior lo bastante para permitirle ver el contorno de la cama y las mantas. Heath no estaba. Sarah alumbró el colchón. La ausencia de Heath neutralizó por un momento su capacidad de raciocinio, le vació la cabeza y la convirtió en un recipiente hueco, plantada como un zombi con la cara larga y la mirada perdida. Se espabiló. La ropa húmeda de Heath estaba sobre el banco. Faltaban las botas. No vio la linterna de cabeza por ninguna parte. Debía de haber salido al baño.

Sarah esquivó los insectos, se subió a la barra de enganche y se dirigió al otro extremo de la caravana. El suelo de esa parte del cobertizo estaba totalmente mojado, con algunos charcos dispersos. Ahí no había bichos, pero el palé de cemento y mortero se había convertido en una metrópolis de insectos, un montículo negro y marrón que parecía vibrar. Frunció el ceño. Los folletos satinados de la sierra jamás incluían imágenes como esa. «Naturaleza espectacular» nunca implicaba ese tipo de perspectiva. La lluvia arreció. Era un diluvio como el que ella había atravesado a caballo para subir hasta ahí. Sarah iluminó con la linterna el largo cobertizo abierto. Heath no estaba en un costado echando una meada; debía de estar fuera, bajo el aguacero. Sarah era incapaz de imaginar por qué había salido y desechó los posibles motivos que le vinieron a la mente. Pensó en el rifle.

Se había detenido bastante lejos del palé y no quería acercarse más. Desde donde estaba apuntó la linterna para ver si el arma seguía donde la había dejado.

—Oh Dios...

Una serpiente se había refugiado debajo del palé y en ese momento la estaban devorando; se retorció, luchaba y moría bajo la alfombra de vida reptante. Sarah se acuclilló e hizo una mueca de incredulidad. Enfocó la linterna para tratar de ver más allá de la horripilante escena. No pudo. Si el rifle no estaba, era imposible saberlo. Y, por irónico que resultara, si seguía allí estaba perfectamente escondido y a buen recaudo. No había forma de recuperarlo en breve. Al oír un ruido a su espalda Sarah se enderezó y se dio la vuelta.

Con la linterna de cabeza encendida, Heath se acercaba bajo la lluvia. Se detuvo, pálido y chorreando, dentro del perímetro del cobertizo. Sus ojos reflejaban dolor y arrepentimiento, estaba claro que no se había escabullido para ir al baño... había ido a algún otro sitio. Se había marchado y no tenía planeado volver necesariamente.

Sarah frunció el ceño en un gesto de desconcierto y notó con gran frustración que le dolía. Se dio un masaje en la frente con la punta de los dedos. No tenía derecho a estar ofendida ni desconcertada. Eran dos desconocidos bajo el mismo techo. ¿Y qué si él se marchaba? Debería alegrarse de que quisiera largarse. Probablemente estaría más segura si se quedaba sola; sin duda correría menos peligro sola, a juzgar por cómo se comportaba él.

Aun así, le tocó la fibra sensible que la hubiera abandonado.

Recordó aquel momento en el puente, el ciervo y la conexión que sintió; debería pensar solo en sobrevivir.

—Una noche preciosa para dar un paseo —dijo.

Heath inclinó la cabeza y apagó la linterna. Sarah vio que del bolsillo de sus bermudas asomaba una bolsa de plástico hermética. Lo que quiera que contuviese ensanchaba mucho el bolsillo. Ella no había visto bolsas herméticas al registrar la caravana y todos los cajones y armarios, de modo que supuso que él había venido con sus artículos personales protegidos.

—¿Funciona tu teléfono, Heath?

Él no contestó.

—¿Era eso lo que estabas haciendo? ¿Una llamada? Porque el mejor sitio es delante de la cabaña, cerca de la tumba... si tienes suerte. —Sarah sonrió sin ganas—. Si no quieres gastar batería, dilo. Lo entiendo. No tienes por qué ayudarme.

—No tiene batería. —Él sacó la bolsa hermética del bolsillo. Dentro llevaba la cartera y el teléfono. Sacó el móvil y fue renqueando hacia ella. Volvía a dolerle la rodilla. ¿Acaso era una lesión que iba y venía? Las lesiones de los tejidos blandos a veces eran así.

Él trató de pasarle el teléfono. Ella no lo cogió.

—Quiero que veas que se ha quedado sin batería. —Le mostró el móvil. Era un smartphone de pantalla táctil con una funda contra golpes y todo tipo de inclemencias meteorológicas, como las que usan los obreros. Apretó el botón inferior un par de

veces, con la pantalla vuelta hacia ella, y luego el botón superior para encenderlo—. Nada.

—A mí me da igual. El teléfono es tuyo.

—Estaba perfecto cuando llegué. Y... y pensé que a lo mejor tú eras guardabosques.

—Ya entiendo.

—Me entró el pánico. De todas formas, debí decirte que funcionaba. No eres guarda, ¿verdad?

—No.

—Pues qué bien.

—Y que lo digas.

—Seguramente es lo mejor. —Él se secó una gota que le bajaba por el puente de la nariz—. No he conseguido cobertura. He agotado la batería intentando hacer llamadas y enviar mensajes. No ha habido forma.

—¿No has hecho una llamada de emergencia?

—No he podido.

Estaba empapado, apoyaba el peso en la pierna buena, empezaba a tiritar otra vez. Estaban cerca el uno del otro y hablaban en voz alta y clara para hacerse oír por encima del sonido del agua. El ruido no era de la lluvia sobre el tejado metálico; era el de la cascada que se desbordaba de los canalones y salpicaba todo el terreno alrededor del cobertizo. Se curvaba en torno a ellos como unas cataratas del Niágara en miniatura. El agua comenzaba a colarse por debajo de las paredes del cobertizo y encharcaba las partes más bajas del suelo.

La mirada culpable que Heath tenía al aparecer bajo la lluvia no había desaparecido de sus ojos, de modo que, aunque Sarah buscaba pruebas de que mentía, quedaban encubiertas bajo su sentimiento de culpa general. En cualquier caso la experiencia le decía que la verdad surgía a trozos, cachos de sinceridad escupidos como bolas de pelo.

—Debería haber sido más franco, de verdad que lo siento.

—Al menos ahora las cosas están claras. Quería decirte que no me importa lo que estuvieras haciendo en el monte. No sabía cómo decirlo sin que pareciera que en realidad sí me importaba. Pues no.

—No era nada malo —le aseguró él. Miró bajo el palé, hacia donde Sarah había enfocado la linterna. Un atisbo de preocupación le alteró las facciones. Miró por todas partes al ver los insectos—. Hostia...

—En el otro lado de la caravana es aún mejor.

—Esto parece...

—Lo sé. Yo estoy esperando que Harry, Ron y Hermione aparezcan en cualquier momento.

En la mirada de Heath volvió a brillar una chispa de ironía. Reprimió una sonrisa. Se oyó el chasquido de una rama mojada en el monte, seguido del golpe sordo que produjo al caer en la tierra empapada.

—Y ahí está Hagrid.

Él sonrió.

—Gracias por no estar enfadada. Debería haberte avisado. Prometo que no volveré a marcharme así.

Sarah imaginaba lo desvalida y frágil que debía de parecerle: prendas que no eran de su talla, calcetines arrebujados en los tobillos, suelas empapadas porque se había metido en un charco, ojos inyectados en sangre, pálida, el pelo lacio y la cara magullada.

—Resistiremos juntos —dijo él—, ¿no crees?

—No nos queda otro remedio, diría yo. Al parecer tendremos que compartir la caravana hasta que los bichos trasladen su casa de los horrores a otro lado.

—La compartiremos de todas formas. No quería que empezáramos con mal pie. Te compensaré, ya lo verás. Seremos un equipo, ¿vale?

Esta vez ella tuvo sueños submarinos. No había personas ni imágenes, trama ni tema; simplemente sabía que estaba en el fondo del mar. Se despertó. Estaba oscuro. Seguía lloviendo. Heath se encontraba a su lado en la cama. Sarah advirtió que aún no se había dormido: tiritaba bajo las mantas; le rechinaban y castañeteaban los dientes.

Mientras seguía tumbada, se dio cuenta de que había dormido poco, una cabezada de diez minutos como máximo. El modo de descansar de los animales: breves intervalos de sueño y, luego, alertas de nuevo, con un oído atento al tiempo y el otro pendiente de los demás ruidos.

—Me pregunto si la cosa estará muy mal río abajo —dijo.

—Bastante mal, creo yo.

—Pronto dejará de llover.

—¿No va a diluviar siete días y siete noches?

—Eso parece.

Estaba tumbada boca arriba. Levantó la mano despacio y se tocó la zona dolorida de la mandíbula, se examinó el interior de la boca con la lengua, se chupó con cuidado las partes más sensibles para ver cómo estaban.

Heath debió de adivinar, o notar, lo que hacía.

—¿Te duele la cara?

Sarah volvió a meter la mano bajo la manta y cerró los ojos para protegerlos de la humedad ambiental.

Él seguía tiritando muchísimo y le castañeteaban los dientes. Estaba de espaldas a ella. No les quedaban camisas secas, y no llevaba nada de cintura para arriba. Ella le

había dado sus pantalones cortos para que no tuviera que dormir desnudo. Sarah estaba bastante abrigada con la única camisa de franela que quedaba; en comparación con él, tenía calor. La munición del rifle, guardada ahora en el bolsillo abrochado de la camisa, se le clavaba en el pecho.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó ella.

—Veintiocho.

Sarah se pegó a la espalda de Heath. Él gimió al sentir su calor.

—Chisss, nada de gemidos.

—Ohhh —él respiró más profundamente y relajó la espalda—, gracias.

—Nada de «ohhh» tampoco.

Él susurró con fingida lascivia:

—Oh Dios, sííí...

Ella no dijo nada. Creyó advertir que él sonreía.

Cuando él volvió a hablar, su tono era serio.

—Siento haberme marchado.

Su voz sonó rota y vulnerable. Sarah fingió que no lo había notado, que no había notado eso ni lo inesperadamente familiar que le resultaba sentir su cuerpo pegado a ella, ni que la lluvia le había limpiado y suavizado el cabello, le había eliminado el lodo y le había dejado un aroma a monte, a hojas mojadas de eucalipto y a corteza empapada, un olor metálico y frío de roca húmeda y el perfume fresco de las frondas de helecho cargadas de agua. Él se había despojado de sus propios aceites y estaba escrupulosamente limpio, no quedaba olor a Heath, o apenas un rastro. Si Sarah se abstraía de los aromas del bosque, sus fosas nasales detectaban el vestigio de algo más cálido. Tampoco les quedaban calcetines secos. Ambos estaban descalzos. Tenía la punta de los dedos sobre el puente de los pies de Heath. Advirtió que él se daba cuenta de que aspiraba su olor.

—Hueles a monte, ¿hasta dónde fuiste para buscar cobertura?

—Más allá del tronco ese. He subido aquí con amigos otras veces y creía recordar que allí había buena cobertura.

—¿Son drogas?

Las palabras quedaron suspendidas en la oscuridad.

Él tardó un poco en contestar.

—No es nada peligroso... lo juro —dijo en voz lo bastante alta para hacerse oír por encima del ruido de las cortinas de lluvia que caían de los canalones, mientras los enjambres de insectos pululaban y torrentes de agua cada vez más anchos recorrían el suelo del cobertizo.

26 de diciembre

Alas y caparazones y pequeños cadáveres de arañas patas arriba eran los únicos indicios de que el enjambre de insectos había estado allí y se había ido. La lluvia había cesado. La niebla descendió como un pesado telón hasta posarse firmemente en el suelo, ocultando la cabaña, los árboles, la cumbre, el cielo, el sol, el mundo más allá de la montaña.

Sarah y Heath estaban confinados en el cobertizo y el recinto del campamento. Tansy, atada al grifo junto al tanque de agua, era una silueta etérea en la niebla. Pastaba la hierba alta que rodeaba el depósito. El aire denso intensificaba todos los sonidos; se oía cada vez que Tansy arrancaba hierba y cada vez que mascaba, al igual que los pasos renqueantes de Heath en el suelo encharcado.

Transportaba montones de leña de la pila que había junto a la cabaña y la dejaba en el cobertizo para que se secara. Desaparecía en la niebla, reaparecía, sin quejarse de que la rodilla le obligase a ir más despacio o le doliera. Sarah dedujo que había acarreado mucha leña en su vida. La tiraba, la amontonaba, la levantaba con total seguridad.

La estufa ardía. Sarah se había despertado y había encontrado a Heath avivando el fuego al bajar de la caravana. Con la misma destreza que mostraba ahora, él había abierto la portezuela, retirado la ceniza y puesto unas cuantas ramitas sobre las pocas brasas que quedaban, y en un pispás habían prendido.

Sarah removía la crema de calabaza en un cazo. Esa mañana tomarían un cuenco cada uno y una galleta salada en lugar de pan. La responsabilidad de racionar las provisiones le había tocado a ella, seguramente porque era quien había descubierto la caravana. Hizo gestos para indicar que la sopa estaba lista. Heath dejó su tarea y se acercó.

Llevaba una camisa seca, los pantalones cortos con los que había dormido y las botas. Una hilera de pares de calcetines se secaban junto a la estufa. Un bigote y una barba incipientes le sombreaban el labio superior y la mandíbula. Cuando las personas delgadas pierden ni que sea un kilo, se nota, y se le veía más enjuto que la noche anterior. Quizá ella también parecía más flaca. Sarah se sentía demacrada.

Heath se sentó a la mesa. La masa de niebla se inflaba a lo largo del lado abierto del cobertizo y reventaba. Espirales de neblina se colaban dentro.

—Da la impresión de que va a estar igual todo el día —dijo Sarah—. Si sigue así, no vendrá ningún helicóptero.

—¿Has ido a la cabaña?

—Estuve ayer. ¿Por qué?

—Hay un montón de madera y andamios que no se han usado. Estaba pensando —sorbió por la nariz y alzó los hombros— que podría intentar construirle un corral a Tansy, si quieres.

Sarah se sentó ante su cuenco de sopa. La mesa era cuadrada, del mismo tamaño que las de una cafetería. Las patas metálicas desplegadas estaban salpicadas de óxido. Sarah había guardado los artículos de la cesta de Navidad en la caravana, con el resto de la comida. Había recogido los desperdicios de los trabajadores y limpiado el polvo.

—Oh —se limitó a decir en respuesta al ofrecimiento.

—Con el andamio podríamos levantar una cerca. No creo que sea muy difícil. —Heath tenía hebras de corteza húmeda pegadas a la camisa. Volvió a sorber por la nariz; le goteaba por culpa del frío. Tomó una cucharada de sopa—. Con los tablones podría hacer una valla en el compartimento del extremo del cobertizo y cerrarlo por fuera; así tendrá un establo y un corral. —Dejó la cuchara, señaló la zona de la que hablaba y dibujó con la mano un cuadrado delante del último compartimento del cobertizo—. No tendría que estar siempre atada.

—¿Cuánto tiempo crees que estaremos aquí?

—No lo sé. —Volvió a la sopa.

Sarah desmenuzó la galleta salada en el cuenco. A Heath debió de gustarle el sistema, porque lo copió.

—¿Has pensado qué vas a hacer si vienen y no pueden rescatar a Tansy? Seguramente tendremos que construir un corral. Pase lo que pase.

—Pensaba quedarme con ella hasta que el río baje lo suficiente para que podamos cruzarlo.

—Eso podría tardar muchísimo en ocurrir. —Heath removió los trocitos de galleta—. Si dispone de un corral y un lugar cubierto, podrían lanzarle balas de paja y bajar a alguien para que la alimente y vea cómo está hasta que pase la riada. O eso, o tendrán que aerotransportarla.

—No quiero que la transporten por el aire. Y no la dejaré encerrada en un corral si no estoy yo con ella. ¿No te duele la rodilla? —Sarah empezó a comerse la sopa.

—No mucho, pero tampoco está fuerte. No sé... es molesto, nada más.

—Probablemente la estás dañando al forzarla.

—¿Te parece buena idea construir un corral? Así estará más cómoda mientras estemos aquí. ¿Lo intentamos?

Sarah asintió.

—Gracias por pensar en ella.

—Es mi forma de conquistarla. —Heath inclinó la cabeza sobre el cuenco y cogió una cucharada de la capa más fría de la sopa—. Sigue mirándome mal.

—Si no eres aficionado a los caballos ella lo sabe; no perderá un minuto contigo.

—¿Quién dice que no soy aficionado a los caballos? —preguntó él arqueando una ceja.

—Pues dime de qué raza es.

Heath se frotó los labios y miró a la yegua con los ojos entornados, aunque apenas se veía nada con la niebla.

—¿Cuarto de milla?

—Inglés. Es un caballo de resistencia.

—¿De resistencia? ¿Para rutas de montaña?

—Para rutas de montaña no, más rápido. Competición. Rutas de montaña con anabolizantes. Distancia. Velocidad. Sin parar.

—¿Eso es un deporte?

—Desde luego. Puedes competir en todo el mundo.

Heath meneó la cabeza, parecía impresionado.

—¿Una especie de Dakar para caballos?

—Más o menos. Y ella es la mejor del país. Lo será dentro de un par de años, en cualquier caso. Los árabes la desecharon. Se equivocaron.

—Ahora sí que tengo ganas de ser amigo suyo. ¿La montas tú en las competiciones?

—Sí.

—Debes de ser muy buena amazona.

—Lo soy.

—Mmm. —A Heath le brillaban los ojos. Esa mañana tenían un tono verde más oscuro y habían recuperado profundidad e intensidad. Los realzaban unas pestañas cortas y negras.

Sarah se preguntó de qué serviría saber cómo se apellidaba. Ella había adoptado el apellido de un hombre y aun así había estado en la inopia. No necesitaba conocer el pasado de Heath, sus gustos y sus fobias, a su familia, a sus amigos; se puede saber todo eso y sin embargo no conocer a un hombre. El amor la había engañado hasta hacerle creer que podía entender a una persona y confiar en ella. Visto en perspectiva, le parecía de una ingenuidad tremenda. ¿Por qué había creído tan ciegamente que su marido se había mostrado vulnerable y había desnudado su alma ante ella? No lo hizo. Si acaso, todas esas mujeres, las conquistas de una noche, las habituales, las prostitutas que solo le habían conocido por el nombre de pila, habían visto sus interioridades más que ella, habían percibido sus debilidades y sus sombras, y esas dos cosas eran más reveladoras que la fortaleza y la bondad de una persona. O eso creía ella. Sin duda estaba amargada.

Sarah, que miraba fijamente a Heath mientras reflexionaba, de pronto se dio cuenta de que él no había desviado la vista. El rato que había estado sumida en sus pensamientos, él había estado estudiando su rostro, observando sus ojos abiertos y absortos, escudriñando en su interior.

El calor subió despacio por el cuello de Sarah y le invadió las mejillas. Bajó la vista.

—Y yo que temía que me robaras la yegua para ir a echar un vistazo a tu campo de adormideras. En cambio, te sientas y me dices que quieres construir un corral para que esté a gusto. No te entiendo.

—Las adormideras no crecen en este clima.

—Claro que no.

—Pues yo pagué caro el descubrimiento. Me llevé un buen palo.

—Valía la pena intentarlo, supongo.

Sarah le oyó reír entre dientes. Se comió la sopa.

—¿Tomaremos café después? —dijo él.

—Solo queda un poco en el bote, además de unas pocas bolsitas de té.

—Supongo que es mejor que gastemos con prudencia lo que tenemos.

—Por si acaso, pienso yo.

Parecía que él volvía a comer; Sarah no levantó la vista para averiguarlo.

Los trabajadores se habían llevado casi todas las herramientas. Sarah y Heath buscaron alrededor y dentro de la cabaña, la caravana y el enorme cobertizo. Él utilizó la palanca para levantar unas cuantas tablas de la puerta del baño anexo de estilo colonial. Tras echar una ojeada a las paredes de madera y al suelo de hormigón, examinar las pintorescas duchas de chapa ondulada, ver los accesorios nuevos diseñados para que parecieran antiguos, las tuberías a la vista y las pilas independientes, no consiguieron encontrar nada. Seguían faltándoles las herramientas básicas. Les habría venido bien un martillo. Una llave inglesa. Alambre. Una caja de clavos. Una carretilla habría sido un regalo del cielo. Al igual que sierras, tenazas, todos esos utensilios sin los cuales tendrían que arreglarse. Lo que tenían, y valoraban muchísimo debido a la falta de otras herramientas, eran la palanca y las palas.

En la Cabaña del Ahorcado, Heath dividió los elementos del andamio en diferentes montones según su tamaño y apartó los postes con acoplamientos o ensamblajes incorporados. Sarah trasladó los tablones de madera. Para dejar espacio en el suelo, apoyó las vigas y los maderos en las paredes de piedra. Era un trabajo pesado. La niebla se les pegaba como sudor frío. Lo humedecía todo. De vez en cuando hablaban; unas veces era Sarah quien rompía el silencio, otras era Heath; observaciones espontáneas, comentarios de carácter práctico.

—¿Crees que necesitaremos estos trozos pequeños de madera?

—Seguramente no, pero apílalos de todos modos.

Una vez seleccionados los materiales, Heath comenzó a poner piedras delante del cobertizo para indicar dónde debían clavar los postes de aluminio.

—Sin pensar, dime tu disco favorito —dijo.

—Nina Simone. Concierto del Carnegie Hall.

—Vaya. —Él se echó a reír.

—¿Lo conoces?

—Más o menos. No me lo esperaba.

—¿Qué quieres decir, que parezco...?

—Una chica aficionada al country.

Ella fingió una arcada.

—Oye, que a mí me gusta el country.

—Perdón.

Sarah reconsideró su opinión sobre él. Quizá el brillo era eso, ese fervor casi evangélico por la vida que tenían ciertas personas de campo. Gente optimista. Supuso que con sombrero y pantalones largos, Heath podía tener cierto aspecto rural. Era difícil saberlo porque ambos iban vestidos como una pareja de marginados de *Deliverance*. Llevaban bermudas holgadas a juego, botas y las pantorrillas al aire. Se habían abrigado lo mejor que habían podido, se habían puesto calcetines, Sarah llevaba la chaqueta impermeable encima de la camisa y Heath dos camisas.

—¿Qué coche tienes?

Ella solo quería saber si el coche de Heath completaba la imagen de chico de campo: una camioneta que llevara en la ventanilla trasera esa pegatina de los cuernos de la marca R. M. Williams. Sin embargo, al oír la pregunta él le dio la espalda bajo la niebla.

—Uno muy corriente.

—Pero ¿tiene tracción a las cuatro ruedas?

—Sí.

—¿En qué parte de la planicie está?

—De hecho la crucé. —Seguía de espaldas a ella—. Y me desorienté un poco en las pistas del otro lado.

—Si está en una pista será más difícil que lo vean desde el aire, ¿verdad?

—De todos modos, como tú dijiste, sobrevolarán el campamento y nos verán. Supongo que da igual que encuentren o no mi coche.

La niebla era tan densa que Sarah no veía a Heath mientras ella sostenía los largos postes por un extremo y él por el otro. Era como si un fantasma aguantara la otra punta. Sacaban los postes y los tablones por la puerta trasera de la cabaña, subían la pendiente y se dirigían al cobertizo pasando por delante del lugar donde Tansy estaba atada a una estaca puntiaguda bien hundida en la tierra. Sarah percibía la presencia de Heath durante esos viajes, oía sus pasos y su respiración, su voz le llegaba clara entre la niebla cuando hablaba, pero él era invisible. Charlaron del tiempo, de la tormenta, recordaron el color de las nubes y el estruendo constante de los truenos, la fuerza de la lluvia y el volumen de agua. La conversación fluía sin problemas. Sarah le habló del puente. Él se acercó y escuchó. Ella le veía bien ahora y observó que su reacción ante el relato era la que había esperado la noche anterior: separó los labios y abrió los

ojos como platos en señal de incredulidad; ella no estaba exagerando, ¿verdad?

—¿El árbol chocó unos pocos metros detrás de ti?

—Sí.

—¿Y era muy grande?

—Grande como alguno que he visto en la sierra. Como los del parque de Lauriston.

—Joder. —Él ladeó la cabeza y apoyó una mano en la cadera—. ¿Y... y qué hiciste después?

Ella le contó que Tansy había echado a correr. Por la razón que fuera no mencionó al ciervo. No lo excluyó de la historia a propósito, solo hacia el final pensó en hablar de él, pero entonces le pareció que quedaría raro: «Ah, sí, y había un ciervo enorme». ¿Acaso el animal era su secreto? ¿Quería que aquel momento especial quedara entre el ciervo y ella? Nadie entendería lo que había pasado entre ellos.

Heath habló sin reservas de su caminata hasta la cabaña. A ella le pareció que había sabido exactamente dónde se encontraba al producirse la riada y cómo llegar al sitio al que se dirigía.

—Tomé un antiguo camino de tramperos. Mientras subía se formaban torrentes, de golpe aparecían ríos. Me costó mucho cruzar algunas zonas. Y como desde entonces ha seguido lloviendo no me sorprendería que no solo nos sea imposible acceder a la falda de la montaña, a Lauriston, sino también al río de las Truchas. Eso creo yo. Podemos ir a ver cómo está el camino, pero sé que ahora será imposible bajar por donde yo subí. Creo que ni siquiera podremos volver a la planicie y a aquella parte.

—Hubo deslizamientos en algunos tramos del camino. Pero me parece que se podría ir a pie monte a través.

—Te digo que se han abierto auténticos barrancos. La cima de la montaña se ha desmoronado. No lo he dicho por no asustarte pero, por lo que veo, el único modo de salir de aquí es que nos saque un helicóptero. Por eso hemos de construir el corral. No debemos dejarnos llevar por el pánico... Tal como dijiste, tenemos comida y un techo, y vendrán a rescatarnos, pero durante cierto tiempo nadie podrá entrar ni salir a pie.

Sarah se puso a cavar los agujeros para los postes en los lugares marcados. Heath, incapaz de excavar porque tenía la rodilla débil, se apartó y empezó a construir la valla divisoria en el interior del cobertizo. Estaban aislados en sus respectivas tareas, la niebla les impedía verse, mantenían solo un contacto verbal, nada más.

Al cabo de un rato Sarah se percató de que no le llegaba ningún ruido del sitio donde Heath estaba trabajando. Se detuvo y aguzó el oído. Percibió movimiento en el otro extremo del cobertizo, no donde debería estar él.

Gritó envuelta en la niebla, en tono de broma para disimular su recelo:

—¿Eres tú, Sid?

—Sí, ciertamente —contestó Heath desde algún punto próximo a la caravana.

—No sabía que Sid fuera pirata además de bandido.

—Sí, no sé por qué he pensado en Jack Sparrow.

—Espero que no estés birlando comida.

Sarah vació la pala de tierra empapada y escudriñó la niebla con los ojos entornados. No corría ni una pizca de viento que la dispersara, y era más sofocante a medida que avanzaba la mañana. Tansy resopló. Del monte llegaban tímidos trinos y gorjeos, vacilantes cantos de pájaro; ninguna ave grande —las cucaburras, los verdugos, las urracas y los cuervos— había regresado aún.

Sarah oyó chirriar la suspensión de la caravana. Se palpó los bolsillos. Llevaba el cargador encima, pero tenía el móvil en el vehículo. Lo había dejado en el banco la noche anterior, cuando le dio a Heath sus bermudas para que se las pusiera, y no lo había cogido por la mañana. Sarah iba a moverse, pero se contuvo. Si se acercaba a la caravana quedaría claro que le estaba vigilando. Esperó a que él le contestara.

No lo hizo.

—Estás robando comida, ¿verdad? —Su expresión no se correspondía en absoluto con el tono desenfadado.

—Me estoy cambiando los calcetines.

Habían puesto a secar los calcetines junto a la estufa, no estaban en la caravana. Sarah clavó la pala en la tierra blanda y la dejó en vertical junto al agujero. Entró en el compartimento del cobertizo más cercano y echó un vistazo a la valla interior que él estaba construyendo. Había montado cuatro postes con troncos de leña, equidistantes entre sí, y les había dejado hendiduras para encajar los extremos de las vigas y tablas sin necesidad de clavos. Había hecho mucho en muy poco tiempo. Cerca de la pared del cobertizo había dejado una zona abierta para acceder al establo y al corral. Sarah siguió caminando hasta la estufa: ni el menor indicio de que Heath hubiera cogido o cambiado de sitio un solo calcetín. Se acercó a la puerta de la caravana.

Él salió al umbral. Llevaba en la mano un rollo de film transparente.

—Recordé que lo había visto —dijo alzándolo—. Lo usaré para vendarme la rodilla.

Era un rollo de tamaño industrial, de plástico más grueso y resistente que los que se venden en los supermercados.

—Buena idea. Iba a decirte que si te molesta la rodilla tengo calmantes.

—Creo que esto me ayudará. Guarda las pastillas.

Heath bloqueaba la entrada de la caravana.

—Quiero probar el móvil. Ver si ya funciona.

Él se apartó, ella pasó a su lado y entró. El teléfono estaba en el banco, donde lo

había dejado, tan muerto como antes. Había unas pocas manchas de tierra y trocitos de corteza sobre el banco. Las huellas de las botas embarradas de Heath se concentraban en esa zona del suelo. Sarah supuso que era de esperar que también él quisiera ver si el móvil funcionaba... Pero el aparato, ¿no lo notaba más ligero en la mano? ¿No estaba su peso un poco descompensado?

Heath estaba apoyado en el extremo del banco, con la pierna herida extendida en el estrecho pasillo. Palpaba el rollo en busca del borde del film transparente.

—Tú tienes uñas. ¿Puedes buscar el extremo?

Ella cogió el rollo.

—¿No hay suerte con el móvil?

Sarah encontró la punta del film y le devolvió el rollo.

—No.

Después de vendarse la rodilla, Heath hizo lo que había prometido: construyó un corral. Fue extraordinario verle trabajar. No perdió el tiempo levantando una estructura demasiado grande o complicada: su objetivo era mantener a Tansy en un lugar seguro. Se esforzó sobre todo en que fuera resistente. Ciertamente lo consiguió. Trabajó deprisa y sin más pausas.

El principal problema era el suelo enfangado. Los agujeros que Sarah había cavado se llenaban de agua. La tierra húmeda no quedaba compacta alrededor de los postes de las esquinas. Para compensarlo, Heath añadió un larguero al pie de la cerca. Extendió postes del andamio sobre la hierba y los fijó a la base de los de las esquinas. Ahora la cerca tenía un larguero arriba y otro a ras del suelo, que reforzaba la estructura.

Como toque final para asegurar el corral, Heath colocó de través varios postes cortos en las esquinas y los sujetó con las fijaciones y los codos del andamio. Los que escogió eran lisos, sin juntas ni tornillos que sobresalieran, para que Tansy no se hiciera daño. Cuando hubo cavado los agujeros, Sarah se puso a ayudarlo. Era su aprendiz, estaba a su lado, esperando instrucciones, pasándole y yendo a buscar lo que le pedía, sin estorbarle. Era difícil pensar mal de él viéndole trabajar con tanto ahínco por su caballo. Aun así, una vocecita dentro de la cabeza de Sarah se preguntaba si con esa amabilidad esperaba algo a cambio: «Mira lo que he hecho por ti; ahora lo único que tienes que hacer tú es no interrogarme».

Heath acabó muy sucio, con las rodillas embarradas y la ropa empapada. Gotitas de niebla le perlaban los mechones de pelo y tenía la cara pegajosa de sudor. Se dio golpes en los dedos, se los pilló, se rascó la piel del brazo, se arañó el codo. Era exasperante que la niebla no se disipara. Sarah sentía una opresión en el pecho, y él también: contenía la respiración y meneaba la cabeza para intentar despejarla.

—Más que bruma parece contaminación.

A pesar de que habían hablado de ahorrar provisiones, empezaron a comentar lo

que comerían después.

—¿Y si celebráramos la Navidad? —propuso Sarah—. Nos la hemos perdido.

—Yo me muero de hambre.

—Yo también.

—Pero ¿no trajiste tú toda esa comida navideña? Es tuya.

—Como si no fuera a compartirla.

—Supongo que es lo que se estropeará antes.

—El queso y el jamón tenemos que comérselo hoy.

—Sí, deberíamos.

Una vez fijada la última juntura y colocadas todas las barras, les venció el hambre y se decidieron: después de trabajar tanto se merecían un premio. Era media tarde. A Sarah le gruñía el estómago. Heath levantó la mano para mostrarle cómo temblaba.

—Nuestra verdadera reserva de provisiones será la comida de los obreros —dijo ella.

Saber que iban a comer bien bastó para aplacar los retortijones del hambre durante un rato. Terminaron y recogieron. Heath apoyó en la pared trasera del cobertizo los postes que no había utilizado. Con bloques de madera y tablones sobrantes, Sarah improvisó unos bancos donde depositar la silla de montar y otros objetos importantes que no quería dejar en el suelo. Heath salió del cobertizo para contemplar su obra desde distintos ángulos y observó con ojo crítico el corral. Empujó el travesaño superior con ambas manos y descargó en él todo su peso. La pieza no se movió.

—Heath, es estupendo.

—No sé...

—¿Estás de broma? Míralo.

La mitad de los corrales permanentes que Sarah había visto en su vida no estaban tan bien contruidos. Le gustaba lo limpio y simple que era. La valla de tablas y leños del interior del cobertizo se veía más chapucera, pero al menos tenía la ventaja de dar un aire rústico y hogareño a la zona techada.

Él se pellizcó la nariz y se la frotó.

—Aguantará lo que aguante el punto más débil. La puerta y la valla del interior del cobertizo no están bien...

—Pero esa parte no está al aire libre y podemos fijarla y repararla en cualquier momento. Lo más importante es la cerca exterior, por si vuelve a llover... Así que ¿podemos ir a buscar a Tansy?

—Creo que sí.

La yegua había madurado durante las últimas veinticuatro horas. Sarah lo veía y lo notaba. Mientras que la antigua Tansy se habría pasado el día tirando del ronzal y piafando indignada en la hierba crecida y cargada de agua, la nueva Tansy había

pastado como mejor había podido y ahora estaba plantada pacientemente entre la niebla. Percibía la necesidad de un cambio de actitud. Ahorraba energía. Y quizá también la niebla fuera como unas anteojeras que la sometían.

Sarah y su ropa olían a Heath. Tansy acercó el hocico a su hombro y olfateó la manga de la chaqueta.

—No pasa nada —le dijo Sarah muy bajito—. Te hemos construido un corral precioso. —Le acarició un lado de la cara y le dio una palmadita—. Nada de cabezazos, ¿vale?

Heath se encontraba junto a la entrada del establo. Había dejado abierta la puerta improvisada: un simple tablón atravesado. Estaba de espaldas a ellas, concentrado en quitarse el barro seco de la palma de las manos.

Esa actitud relajada demostraba que había dicho la verdad sobre una cosa: estaba acostumbrado a tratar con caballos. En comparación con el modo en que había actuado al ver a Tansy la primera vez, eso revelaba cierto sentido común. Seguía sin mirarlas. Se examinaba las manos y se las frotaba para eliminar el barro seco. Tansy estiró las orejas hacia delante y Sarah percibió un cambio en ella. En un abrir y cerrar de ojos la yegua pasó de la indignación a la curiosidad. Se quedó quieta y alzó la cabeza para mirar a Heath. Verlo tan ensimismado despertó su interés. Se inclinó hacia él. Heath se agachó para examinarse el vendaje de la rodilla, lo toqueteó, y la yegua se inclinó más. Al ver que él no la miraba, se impacientó y relinchó.

Sarah la llevó hacia la entrada.

—Vamos. Te está ignorando a propósito... Es el truco más viejo del mundo.

Como él seguía sin darse la vuelta, Tansy hizo lo que ningún caballo bien educado haría: se alzó de manos, bajó suavemente las patas delanteras y coceó con las traseras; no estaba asustada, sino que exhibía su agilidad.

Sin volver la cara, Heath sonrió. Sarah le oyó espirar levemente, contento.

—Es preciosa.

—Estaba pensando que quizá hubiera madurado. Ahora ya no estoy tan segura.

Heath se apoyó en la valla y contempló el establo desierto. Se acodó en el travesaño superior, como si dispusiera de todo el día para examinar el corral vacío.

—¿El nombre se lo pusiste tú? —dijo sin mirar atrás.

—Ya tenía nombre, un nombre largo. —Sarah pasó la mano por el hocico de Tansy—. Se lo cambié. Tansy significa «eternamente».

A la yegua no le gustó que hablaran de ella sin hacerle caso. Se lanzó hacia delante, dispuesta a acercarse a Heath para olisquearlo, o para empujarle descaradamente, pero Sarah le tiró de la cabeza, la condujo hacia la puerta y la metió en el establo. Una vez en el recinto, Tansy se interesó sobre todo por el aspecto y las vibraciones del lugar donde iba a estar encerrada. Tensó el cuerpo y volvió la cabeza para asimilar sus nuevos límites. Sarah desató la brida y se la quitó para que

explorara el espacio por sí misma.

—No pasa nada, cariño.

Aunque el caballo estaba lejos de casa, sin brida y en un corral, Sarah se sentía más tranquila. Tansy se dirigió a la parte exterior y bajó la cabeza para olisquear la tierra y la hierba. Fue hasta el extremo más alejado de la cerca y dio un respingo al notar y olisquear por primera vez el travesaño metálico. Relinchó y brincó en el reducido espacio.

Heath la observaba con atención.

—Es completamente negra.

—Sí.

—Es preciosa.

—Chiss, te oirá y se volverá aún más creída.

Él siguió mirándola.

—Tiene algo, ¿verdad? Algo especial.

—La creencia popular sobre las yeguas negras, quizá es eso lo que ves.

—¿No soy amante de los caballos si no entiendo lo que quieres decir?

—Las yeguas negras viven eternamente.

—Vaya, pues está muy bien para su edad —comentó Heath entre risas.

—Dicen que cuando una yegua negra muere su espíritu no abandona la tierra; pasa a la siguiente yegua que nace, y así sucesivamente...

—¿Tú no lo crees?

—No, pero eso es la reencarnación; en realidad eso es lo único que dice la leyenda popular. Hay mucha gente que cree en la reencarnación. ¿Y si fuera una maldición? Yo no sé si querría ser una yegua negra eternamente.

—¿Y los sementales negros?

—Según la creencia popular, están demasiado concentrados en una sola cosa para recordar el pasado. Obsesionados con el sexo. Eso sí me parece creíble.

—¿Cómo se porta cuando la montan otras personas?

—¿Por qué?

—Esas adormideras no se cosechan solas —contestó él sonriendo.

—Entonces más vale que te lo advierta —repuso Sarah sin sonreír—. No dejará que la monte nadie salvo yo. Te tirará al suelo, te harás daño en la otra pierna y te quedarás atrapado en la montaña con dos rodillas hinchadas.

—Me alegra que hayamos aclarado este punto.

Diversas tonalidades de gris se filtraban en la niebla, aunque todavía faltaban unas horas para el atardecer. Sarah cogió el cepillo de dientes del albañil (el único que había, de marca blanca, con el mango rojo) y hundió las cerdas en el agua caliente del hervidor. En la otra mano tenía un tubo de dentífrico y la ropa interior térmica. Heath estaba en el baño anexo, lavándose y cambiándose, sin cepillo de dientes. Se había llevado la pastilla de jabón. El sonido del agua de la ducha llegaba a través de la niebla.

Sarah tenía un problema: quería ducharse, pero no al mismo tiempo que él y, por otra parte, la intranquilizaba dejarle solo con Tansy. Si Heath se parecía un poco a Sarah, aprovecharía ese rato a solas para actuar de forma abiertamente furtiva... como acababa de hacer ella. Ya había examinado su móvil (no vio ningún indicio de que hubiera sido manipulado ni supo abrirlo para mirar la batería), había buscado el teléfono y la cartera de Heath (no los encontró), había guardado la brida de Tansy detrás del depósito de agua potable, había desatado la cincha de la silla de montar, la había doblado y se la había metido en el bolsillo de la chaqueta. Colega, intenta alejarte con Tansy sin bocado, riendas, brida ni silla. Estaba a punto de dejar el cepillo de dientes en remojo e ir a echar un vistazo al rifle cuando el ruido de la ducha cesó.

Camino apresurada por la hierba en dirección al baño anexo.

—Voy a entrar —dijo. Se coló de lado por el hueco de la puerta y se internó en la penumbra de la construcción de madera sin ventanas.

—Eh...

—No miro, no te preocupes. —Sarah volvió la cabeza y levantó la mano. Con el rabillo del ojo vio cómo el cuerpo desnudo retrocedía a toda velocidad hacia el cubículo de la ducha, atisbó el tatuaje y vislumbró otro en la parte superior del muslo, en el mismo lado del cuerpo.

—Mmm... si no te importa esperar, yo no tardaré mucho.

—Tranquilo.

Había dos duchas, una al lado de la otra. Sarah calculó que si se apresuraba podría ducharse mientras él se vestía y luego secarse cuando él se marchara. De ese modo se sentiría presionado, sin tiempo para husmear, robarle el caballo o realizar cualquier otro acto furtivo al que parecía abocado.

Les separaba una fina lámina de chapa ondulada, y Sarah se alegró de que la luz del baño fuera débil. Se sentía más vulnerable que cuando se había acostado medio desnuda junto a él. Se desvistió y dejó la ropa sobre los grifos del lavabo para que no se mojara, lo que la obligó a salir un poquito del cubículo. Él respiraba sonoramente, resoplaba, se recuperaba de la ducha fría. Ella le oía frotarse el cuerpo con energía para secarse.

—¿Estás lista para que te pase el jabón?

Desnuda, Sarah se preguntó de repente si estaba loca. ¿De verdad estaba en cueros en el lóbrego baño, aislada en una montaña con un completo desconocido? Y joven, además. ¿Cómo había podido pensar que era prudente ducharse con ese hombre, desnudarse a su lado, acurrucarse en una cama con él la noche anterior? El tiempo pegaba saltos de conejo, como había sucedido en el puente. La cabeza le daba vueltas, porque tenía la sensación de que apenas un segundo antes se había duchado con agua caliente en su propio baño, sola.

Por un lado de la mampara de chapa apareció la mano de él, con el jabón en la palma.

—Iba a colarlo por debajo, pero he pensado que sería mejor que no tuvieras que agacharte.

Sarah le había visto la muñeca desnuda antes, pero en ese momento, al surgir del cubículo de la ducha, le pareció muy desnuda. Era muy consciente de que la mano y el antebrazo de Heath estaban unidos a su cuerpo sin ropa. Quizá la desnudez del hombre era lo que le había llevado a pensar que aquello era una buena idea: mojado, helado y temblando, circunstancias difíciles para mostrarse agresivo. Pero ahora eso no bastaba para aplacar el miedo. El cuerpo y la mente de Sarah unieron fuerzas y acordaron que la situación era mala. Solo pensaba, su cuerpo solo sabía, que ese hombre era un desconocido, más fuerte que ella, incluso con una pierna lesionada, y que ella no llevaba ni un centímetro de ropa encima. Eso, y esa frase inmemorial: no había nadie que la oyera gritar.

—¿Sarah?

Ella echó un vistazo a su ropa y se abrazó los pechos con fuerza. Juntó las piernas. Su cuerpo no le resultaba femenino ni sexy, en absoluto. Se sentía pequeña, inútil, y con un cuerpo que la perjudicaba. Quería que él se marchara, que la dejara en paz, que dejara a su caballo en paz, que desapareciera en la niebla.

Él adivinó el problema.

—Eh —susurró. Su mano desapareció tras la mampara. Siguió un breve silencio, mientras ordenaba sus ideas y rumiaba lo que iba a decir—. Sarah, te juro que no tienes por qué preocuparte. Has entrado aquí porque pensaste que no había ningún problema, y tenías razón. —Trató de bromear—. Si pudiera pasar ahí y demostrarte que todo está bien, lo haría. Y cuando digo que está bien quiero decir... realmente impresionante. Es una broma. No te preocupes, no voy a pasar. ¿Sarah? No pasaré.

Una oleada de agotamiento se adueñó de Sarah. Se tapó la boca con la mano y cerró los ojos. Le caían lágrimas por las mejillas. Se presionó los labios con la palma, se clavó los dedos en la cara y apretó los dientes para contener la emoción. Si tenía que estar atrapada, si su mala suerte no había terminado aún y Dios, o quien fuera, había decidido que necesitaba recibir unas cuantas lecciones más, ¿por qué no podía

hacerlo sola? ¿O con una mujer? Habría sido agradable tener compañía femenina.

Heath intuyó que estaba llorando. Inspiró.

—La culpa es mía. No quieres dejarme solo con Tansy porque no confías en mí. Pero no tienes que preocuparte. No pienso llevarme el caballo. Te aseguro con toda sinceridad que no quiero hacerte daño, en ningún sentido. De hecho, ahora que te conozco mejor, deseo lo contrario. Me pareces realmente fantástica, Sarah. De veras. Si te digo... si te digo que sé que no he sido del todo claro, pero que trato de ser todo lo sincero que puedo... ¿sirve de algo que te lo diga?

Sarah no contestó.

—Supongo que no. No hace falta que digas nada —añadió al ver que ella no hablaba—. Me iré para que te duches. Te dejaré el jabón en este lado. Tarda todo lo que quieras... aunque el agua está helada; no digas que no te he avisado.

Sarah levantó la vista de la comida un par de veces y vio que Heath contemplaba la niebla con la cabeza ladeada, escuchando. Estaba limpia, abrigada y seca, llevaba la ropa interior térmica debajo de los vaqueros y la camisa. Tansy pastaba en el corral. Heath ya tenía su silla favorita y Sarah la suya; ambos tenían un lado favorito en la mesa: ella de cara a Tansy; él de cara a la caravana y, más abajo, la cabaña. Cuando comían, acercaban la mesa a la estufa. Sarah tenía la cara roja por el calor, los ojos y las mejillas especialmente calientes, la piel hinchada y con manchas debido a las lágrimas del ataque de nervios en la ducha: su momento «femenino». Se habría dado con gusto una patada por ser tan débil.

Eran las cuatro de la tarde. En los platos tenían lonchas gruesas de jamón cocido y gran cantidad de porciones de queso rico en calorías, la mitad de un brie cada uno y pedazos de gouda ahumado del tamaño de pastelitos. El postre estaba entre los dos. Se estaban terminando los platos, se acercaban poco a poco al pudín de ciruelas, las natillas y las tartaletas de frutas que había en el centro de la mesa.

—¿Puedo preguntar en qué trabajas? —dijo ella.

—En este momento, en nada en concreto. Hago algún trabajillo de granja.

—¿Tus padres tienen una granja? ¿Eres de una familia de granjeros?

—Sí.

Por un momento pareció que iba a extenderse. No lo hizo.

—Deberíamos tener fichas con temas de conversación. Yo podría escribirlas, tú las repasas y vetas los temas.

—Tienes mucha paciencia, Sarah.

—Normalmente no.

Ella apartó el plato vacío. Sacó el whisky. Necesitaba una copa. Sirvió una cantidad generosa en cada taza.

—Es una granja de ganado —informó él de pronto—. Vacuno. La heredaré yo.

Hasta entonces intento hacer de todo en otros sitios, adquirir experiencia fuera de la propiedad. Mamá y papá me echaron de casa con toda la amabilidad del mundo. Para que con el tiempo no me canse del lugar. Para que lo valore cuando vuelva. —Se le había soltado la lengua de forma espontánea. Todavía no había probado el alcohol. En ese momento bebió un sorbo.

—¿No tienes hermanos?

—Tengo un hermano. Pero no quiere la granja.

—¿No le va la ganadería?

—Tiene ciertos problemas. —Heath se había manchado de grasa de jamón una comisura de la boca. Se la limpió con los nudillos. Miró a Sarah entre las pestañas—. Es depresivo.

—Ah.

—Está casado —prosiguió Heath *motu proprio*—. Tiene una hija. Al verle nadie diría que no está bien. Dirige un gimnasio con su mujer, tienen una casa impresionante, de más de tres mil metros cuadrados. —Estiró el brazo para apoyar la mano junto al plato. Empezó a frotar el borde esmaltado con el pulgar—. Cuando pasa por un mal momento acaba en la granja. Todo se le viene encima. Se limita a esforzarse para evitar que todo se desmorone.

—¿Tienes una buena relación con él?

—Es difícil tener una buena relación con él. Es curioso, porque me quiere, me quiere de verdad, pero yo... —Heath se calló y el remordimiento se reflejó en sus ojos. Sarah comprendió que estaba a punto de decir que él no quería a su hermano del mismo modo—. No sé por qué me quiere tanto. Se pueden contar con los dedos de una mano las veces que hemos hecho algo juntos.

—¿Es mayor que tú?

—Cuatro años.

—Quizá se siente culpable por no ser el hermano mayor que querría ser.

—Cuando está bien, se esfuerza al máximo en ser hijo, marido y padre, pero nunca, jamás, es fraternal. Él... —Heath levantó las manos y empujó una pared invisible—... guarda las distancias.

—Puede que no quiera agobiarte con su tristeza.

—Tal vez. —Heath dio un sorbo de whisky.

Sarah intuyó que reflexionaba sobre lo que había dicho y que quizá se arrepentía de haberse mostrado tan franco.

Sirvió el postre. Tenían los platos más llenos ahora que antes. Sarah añadió un poco de agua fría al whisky para que le durara más y dio un sorbo para probarlo.

—Cuando en una familia hay alguien con una enfermedad como esa, debe de ser duro ser el sano.

—Es más duro ser el enfermo, creo yo.

—¿Se parece a ti?

—Se nota que somos parientes. La gente dice que tenemos la misma voz. Pero él es muy guapo.

—¿Y tú no? —exclamó Sarah con sorna—. Caramba, pues debe de ser espectacular. —Se le escaparon las palabras. Apretó los labios; demasiado tarde. ¿Cómo podía decir eso, pensar eso, cuando hacía un ratito estaba a su lado en la ducha paralizada de miedo? ¿Qué demonios le pasaba? Se le presentaba la oportunidad de resaltar la naturaleza platónica de las cosas, y tenía que enlodarla con comentarios como ese. Parecía que quisiera introducir entre ellos un elemento de «quizá sí, quizá no». Si él le hubiera lanzado una de sus resplandecientes miradas verdes, Dios sabe de qué tonalidad de rojo intenso se habría teñido su rostro.

Él levantó el plato y examinó el contenido. Como si hiciera caso omiso del cumplido para no avergonzarla.

—Siento un cosquilleo en el estómago. Esto tiene una pinta estupenda. Y eso que a mí no me gusta el pudin de ciruelas.

A Sarah se le aceleró el pulso... era ridículo. La ropa interior de lana le daba calor, la piel le picaba. Le sudaban las palmas de las manos. Por primera vez en muchos años se sentía soltera. Ni casada, ni socia, ni machacada, escupida, embaucada, utilizada y dolida. Solo soltera. Y menudo momento para sentirse así. Ese era el problema de las personas con un atractivo notable: se hacían notar. Hasta que llegabas a conocerlas, solo veías su belleza exterior. La familiaridad moderaría el aspecto físico de Heath, pero la información que le proporcionaba gota a gota no lo conseguía; más bien aumentaba su atractivo. Sarah recuperó la compostura. Se dijo que no era que Heath le pareciera atractivo; es que lo era, lo cual era muy distinto.

Él movió la silla y apoyó los pies en un pedazo de madera, con el plato contra el pecho.

—¿Cómo irá el partido de críquet de hoy? Daría cualquier cosa por saber el resultado.

La barba incipiente se había vuelto más tupida. Tenía las mejillas rojas por el calor. Sarah observó cómo cambiaba de posición. De no ser por la cojera, se habría percatado mucho antes de que Heath movía el cuerpo como un gato. Vio que estiraba un solo grupo de músculos mediante un lento bamboleo del hombro, un leve giro de la cabeza. Estaba cómodo con su tamaño y su altura, y a menudo levantaba los brazos y arqueaba el cuerpo para extenderlo. En el establo se oía a Tansy sacudir el cuerpo. También ella se sentía cada vez más a gusto, menos alerta y más cómoda.

—Mmm... —Heath se arrellanó en la silla y se llevó a la boca un poco de postre—. Mis gustos están cambiando a medida que mastico.

Sarah apartó su plato. Se bebió el whisky.

—El pudin de ciruelas es una de las cosas que más me gustan. El mío lo guardo

para luego.

—Debes de ser una adulta. Mamá dice que el pudin de ciruelas solo les gusta a los adultos. En Navidad me obliga a comerme el helado de chocolate en la mesa de los niños. Creo que después de esto tendré una silla en la de los mayores.

—Será divertido si conozco a tus padres. ¿La granja está muy apartada? ¿Fuiste a una pequeña escuela rural?

—Fui a un internado.

—Ah, un esnob educado en la ciudad. Suerte que no nos conocíamos; me habrías mirado por encima del hombro.

—No lo creo.

—Mi propiedad de Lauriston ha estado en venta —le contó—. La compraron hace una semana. La verdad es que no sé adónde iré después de esto.

—A mí gustan las montañas.

—Eso lo dices ahora. Puede que no opines lo mismo si seguimos aquí un par de días más.

—Qué va. Toquemos madera y todo eso... —Golpeó el bloque de madera con la punta de la bota—. De todos modos, esto no está mal. Tengo toda la vida para ver críquet tumbado en el sofá. Los momentos como estos se recuerdan siempre.

—Es una forma de verlo.

—Ya sé que para ti es distinto. Porque eres una mujer, vulnerable y todo eso.

—Eso es un comentario sexista.

—Me he expresado mal.

—Antes de que te pusieras en plan leñador rudo, estaba tentada de pensar que para mí también era un momento bastante agradable.

—Y entonces voy yo y te destrozo el estado zen. —Heath sonrió con la cuchara vuelta del revés en la boca.

La vaga atracción que había sentido Sarah por él ya había pasado. Pero él la avivó de nuevo con su sonrisa burlona.

—Yo no lo calificaría de estado zen. —Sarah cogió la botella. Se sirvió un poco de whisky en la taza—. Solo digo que yo tampoco estoy segura de que vaya a volverme loca de alegría cuando vea al equipo de rescate.

—Nos rebelaremos y exigiremos nuestro derecho a quedarnos aquí para siempre.

—Hasta que nos den lo que pedimos. Yo quiero recuperar mi granja. Y mi negocio. Y también mis caballos. Tengo toda una lista.

—Eso parece.

—¿Tú qué pedirías?

Él tuvo que pensarlo.

—¿Aparte de cinco millones en billetes sin marcar?

—Eso por descontado. Acordamos que iríamos a medias, ¿verdad?

—Pues mi perro —dijo él—. Quiero recuperar a mi perro. Quizá parezca un poco pobre al lado de tus exigencias.

—En absoluto.

Heath pensó qué otras cosas podía añadir.

—Nada más, solo mi perro.

—¿Lo perdiste?

—Murió hace poco. De viejo. —Heath comió más despacio—. Creo que ahora no tendría un perro, porque sufres mucho cuando se muere. O sea, quiero tener uno, pero no quiero encariñarme demasiado con él. —Sonrió con dulzura—. No sé cómo la gente se atreve a tener hijos, cuando a mí me asusta cogerle cariño a un perro.

—Yo quiero a Tansy como si fuera mi hija. Me pasa lo mismo que a ti. Solo de pensar que pueda ocurrirle algo... —Sarah meneó la cabeza.

—Te conquistan por completo.

—¿Cómo se llamaba el perro?

—Jasper.

—¿De qué raza era?

—Una mezcla. Básicamente era un sabueso.

Sopló una ráfaga de viento, lo bastante repentina para espantar a Tansy y lo bastante fuerte para levantar un trozo de cuerda atada a la baca de la caravana. La cuerda serpenteaba y azotaba el vehículo. Tansy echó a correr hacia el cercado buscando la seguridad de los espacios abiertos.

Heath observó la cuerda suelta. Con el viento, la niebla empezó a aclararse, o se había ido disipando poco a poco mientras hablaban, pero Sarah no se dio cuenta hasta entonces.

—Se va a levantar la niebla. —Consultó su reloj.

—¿Qué hora es? —preguntó él.

—Poco más de las cuatro y media.

Heath escudriñó la niebla, cada vez más fina. Ahora se distinguían las siluetas de la cabaña y del baño.

—Oiremos un helicóptero —dijo Sarah.

Una nueva ráfaga barrió el suelo del campamento. La cubierta de chapa del cobertizo repiqueteó y la cuerda desprendida fustigó la caravana.

—O se levantará demasiado viento para que venga el helicóptero —añadió—. He vivido un par de rescates en la montaña. Siempre les retiene el viento o la niebla. Lo uno o lo otro.

—No suele ser el viento —argumentó Heath, con la seguridad de quien tiene experiencia de primera mano—, sino la niebla. La visibilidad. No pueden volar con poca visibilidad. El helipuerto —señaló por encima del hombro hacia la pared posterior del cobertizo, para indicar el terreno despejado que había al otro lado— es

una de las pistas de aterrizaje de montaña más peligrosas de la zona por eso, porque la niebla se cierra de repente aquí arriba.

Sarah se lo quedó mirando un momento. En parte deseaba que él contara su historia con franqueza —¿conocía la montaña o no la conocía?—, porque cada vez que se apartaba de su versión ella volvía a inquietarse.

—¿Y si intentáramos secar mi móvil por dentro? —propuso—. ¿Por qué no? Tal como está no funciona. Si lográramos repararlo, al menos sabríamos cómo está el tiempo y qué pasa en los pueblos, cuándo podrán venir.

Cada vez era más difícil pasar por alto los latigazos de la cuerda. Heath se puso de pie y se subió a la barra de enganche para alcanzar el extremo atado a la baca. La suspensión de la caravana chirrió bajo su peso. No llevaba el vendaje de film transparente en la rodilla. Colocó la pierna hacia fuera en un ángulo extraño e intentó desatar la cuerda con una mano, mientras se sujetaba con la otra para mantener el equilibrio.

—Puedo hacerlo yo —dijo Sarah, y se levantó.

—Ya la tengo.

Las facciones de Heath se crisparon y palidieron de dolor cuando se apoyó en las dos piernas sobre la barra de enganche. Ella vio que tensaba y movía la mandíbula hacia atrás y hacia delante, incómodo, mientras acababa de desatar la cuerda. No cabía duda de que se había hecho daño, pero era tan tozudo como lo sería ella en esas circunstancias.

—Es la cuerda en la que los trabajadores tienden la ropa. —Sarah levantó la vista hacia las vigas del techo—. Debieron de atar el otro extremo ahí arriba.

Heath se enrolló la cuerda suelta en la mano. Parecía que no tenía muy claro cómo bajar. Sarah se acercó y le ofreció el hombro para que se apoyara, como había hecho en el lodazal. Él seguía sin saber cómo dar aquel saltito. Ella se volvió y le ofreció la espalda.

—Sube.

—Tengo que vendármela otra vez —dijo él, un tanto abochornado por la situación.

La maniobra no implicaba que montara a caballito, sino más bien que se deslizara. Sarah se encorvó y él apoyó el cuerpo sobre su espalda. Ella empezaba a acostumbrarse a su peso después de tirar de él para sacarle del lodazal, ayudarlo a llegar al cobertizo, sentarlo en la silla. Cuando se enderezó, él se dejó caer suavemente en el suelo. Al principio se aguantó sobre un pie y luego apoyó el otro con mucho cuidado.

—Está peor. —Tenía la cara blanca, por la preocupación o el dolor, o por ambas cosas.

—Te ayudaré a vendarla.

Él se metió la cuerda en el bolsillo. Puso las manos alrededor de la rodilla. Por primera vez Sarah vio en sus ojos una mirada de miedo indisimulado.

—Ve a la pata coja hasta la silla.

Él así lo hizo.

—¿Dónde guardaste el film transparente?

—En el cajón bajo la cama.

—¿Necesitas un calmante?

—No, no —respondió él.

No era fácil encontrar el cajón bajo la cama de la caravana. Estaba escondido y Sarah no lo había visto en los primeros registros. Empujó un panel que había a los pies y apareció un cajón alargado. Dentro estaba la ropa con la que había llegado Heath, limpia, seca y bien doblada. Apretó las prendas para ver si había algo en los bolsillos. Pero sin sacudir los pantalones era difícil saberlo. Y la meticulosidad con que estaba doblada la ropa le indicó que Heath notaría que había estado rebuscando en sus cosas. El rollo de film transparente también estaba en el cajón, junto con una cantimplora que Sarah había visto sobre el armario de la cocina y un montón de bolsas de basura apiladas que él debía de haber sacado también de algún armario.

Cuando volvió donde estaba Heath, llevaba su móvil además del rollo de film transparente.

—Quizá se te dé mejor que a mí abrirlo.

Le pasó el teléfono. Se acuclilló junto a la pierna de Heath y empezó a despegar el film transparente del rollo. Al parecer él dudaba si coger o tocar siquiera el móvil. Lo dejó a su lado sobre la mesa.

—Temo estropearlo al abrirlo.

—Ya está estropeado. Voy a abrirlo de todos modos. —Sarah desenrolló un pedazo de film—. Si consigo que funcione, les diré a los del equipo de rescate que no pienso abandonar a mi caballo, que solo necesito que me tiren comida y suministros. —Sarah dirigió la mirada hacia donde estaba Tansy—. No lo digo por decir... no voy a abandonar a mi caballo. —Quizá fuera el whisky, pero de repente sintió la seguridad necesaria para decir—: Si he de convivir con alguien, me alegro de que sea contigo, Heath. Si no quieres que diga nada sobre ti, no lo haré.

—Lo que pasa es que no creo que el móvil vaya a funcionar si lo abrimos.

—Tiene que secarse, nada más.

Sarah esperaba ver una hinchazón en la rodilla de Heath, pero solo había un bultito sobre la rótula, probablemente una carnosidad normal. Tendría que ver la otra pierna extendida para poder comparar. Heath tenía la otra rodilla doblada y una mano apoyada encima. No podía decirle de pronto que confiara en ella y a continuación pedirle que le enseñara las dos piernas para que pudiera juzgar por sí misma la

gravedad de la lesión.

—¿He de vendarla de algún modo especial?

—Dame. —Él se inclinó hacia delante y cogió el rollo—. Por encima y alrededor. Ella se quedó acuclillada mirando cómo lo hacía.

Heath hizo un vendaje en forma de rombo evitando la rótula. Al estar inclinado hacia delante, su cabeza quedaba a la misma altura que la de ella.

Hay mujeres que, al casarse, no arrinconan la habilidad de mirar a un hombre, de lanzar una mirada directa de significado inequívoco; el contacto visual que hiende la camaradería, las convenciones, la buena educación, que lo disuelve todo por un momento. «Tú tienes algo que me gusta». Sarah había tirado a la papelera esa mirada hacía mucho. No había sido un acto consciente. Leal por naturaleza, había perdido sus aptitudes para ligar mucho antes del altar, antes del anillo de compromiso, había pensado que no necesitaría volver a ligar en el momento en que su marido le dijo «Te quiero» y ella le respondió lo mismo, con fe ciega en el Amor Único. Otros diez años de polvo se habían posado sobre su mirada, sobre sus aptitudes para ligar. Debía de tenerlas oxidadas. Heath apenas la miró. Rasgó el film transparente y remitió el extremo.

—Sí que me tomaría un calmante. ¿No te importa?

Probablemente era mejor que no se fijara en ella. Sarah daba bandazos de un sentimiento a otro, cambiaba de rumbo a mitad de camino, se agarraba a cualquier cosa que le pareciera un posible bote salvavidas. Estar constantemente en dos cabezas la mareaba.

Los calmantes estaban en la alforja. Soplaban ráfagas de viento cada pocos minutos. A través de las finas capas de niebla se vislumbraba un cielo gris de última hora de la tarde. Sarah fue hacia la silla de montar. Se tambaleaba. La comida no había sido suficiente para impedir que el alcohol se le subiera a la cabeza.

Sus calmantes no eran de los que se venden sin receta. Sarah había padecido la primera migraña de su vida semanas después del derrumbe de su matrimonio. Tres días en cama, vomitando y postrada por el dolor de cabeza. Temía el ataque de aquel transatlántico de dolor, la proa de aquel crucero que avanzaba trabajosamente dentro de su cráneo. No se fiaba del paracetamol después de la migraña. Últimamente, en cuanto sentía la primera punzada en la cabeza recurría al armamento pesado. Cortaba de cuajo.

—Puede que solo necesites media pastilla —dijo al volver a la mesa—. Son fuertes. No eres alérgico a la morfina, ¿verdad?

—¿Qué?

—Son realmente fuertes.

Sarah le enseñó la caja. Él dio un respingo.

—¿Qué son?

—Nordoxin.

—Yo pensaba en un par de Panadol...

—Solo tengo esto.

—Pues paso. —La miró a la cara—. Gracias de todas formas.

Sarah volvió a llevar las pastillas a la alforja y las guardó. La reacción de Heath había dejado clara una cosa: no era un traficante de drogas. Se diría que nunca había caído bajo el embrujo de nada más fuerte que las vitaminas.

—Creo que iré a acostarme —le gritó él.

Heath se levantó y entró en la caravana antes de que Sarah tuviera tiempo de contestar. Ella se dejó caer de lado sobre la silla de montar y se quedó mirando la mesa vacía. Era un aspecto de la soltería que había olvidado: la absoluta confusión y el carácter voluble de todo, el aguijón del rechazo, incluso en esa situación, en que era mejor ser rechazada.

Cuando volvió a la mesa, tapó la botella de whisky y la guardó, para no tenerla a la vista. Se comió el postre. El móvil estaba en el lado de la mesa de Heath, abandonado, rechazado, un poco como ella. El exceso de alcohol se manifestaba como un sonido uniforme en sus oídos. Intentó pensar con claridad. No pudo. Sí se fijó en que Heath se había llevado el rollo de film transparente y en que el trozo de cuerda había desaparecido.

Acuclillarse en la hierba era una opción más rápida y fácil que ir al baño anexo. Sarah cogió la linterna y fue detrás del cobertizo. Al volver sobre sus pasos se acercó al palé del rincón. Alumbró con la linterna debajo. El cuerpo retorcido y torturado de la serpiente la sobresaltó. Por alguna razón había imaginado que desaparecería con los insectos, como si el ejército hubiera retirado a sus heridos y sus muertos del campo de batalla al partir, llevándose a hombros el reptil.

La serpiente no se había enroscado para morir. Se había desenrollado en su agonía como un alambre largo, con la boca abierta, los colmillos a la vista. Mordida, picada, asfixiada y ahogada por los insectos. Menuda manera de morir. Sarah trató de ver qué había alrededor. Miró detrás del animal, que debía de impedir el paso de la luz, porque ella no veía el arma...

Se tumbó en el suelo y metió el brazo bajo el palé. Con el extremo de la linterna empujó el cuerpo del reptil para asegurarse de que estaba muerto. Tieso como un palo, el cuerpo del animal se movió como una tira gruesa de cecina. Era una serpiente marrón, la más mortífera. No hacen falta un tamaño impresionante ni un vientre escarlata cuando se tiene un veneno tan potente como el suyo. Sarah la apartó para que ningún obstáculo le impidiera ver claramente la zona que quedaba detrás. El rifle no estaba.

Sarah permaneció tendida boca abajo en el suelo, con el brazo extendido bajo el palé, tratando de explicarse la ausencia del arma. La tierra estaba empapada. Las partes del cuerpo que tenía pegadas al suelo comenzaban a humedecerse. Con la mano libre palpó las balas que llevaba en el bolsillo de los vaqueros. Al menos aún las tenía. Las natillas, el pudín de ciruelas y el whisky le borboteaban en el estómago. El corazón le aporreaba las costillas. Heath la había visto enfocar la linterna bajo el palé al regresar de aquel paseo poco claro bajo la lluvia. Además, la había intrigado que él no se acercara al palé cuando estuvieron buscando herramientas. Heath no había dicho ni media palabra del palé ni de lo que había encima, no había considerado útiles los sacos de mortero y cemento, mientras que había aprovechado el resto de los objetos relacionados con la construcción. ¿No podría haber usado esos sacos tan pesados para los postes del interior de la cerca? Habrían sido más útiles que los leños.

—¿Estás bien?

Sarah chilló al oír la voz. Heath estaba detrás de ella.

—Lo siento. No pretendía asustarte. ¿Qué estás haciendo?

Ella se puso de pie. Vio que él no llevaba el arma. En las manos solo tenía la lámpara de la mesa. Sarah desvió la mirada. Los pensamientos daban vueltas en su mente, se perseguían unos a otros, como un perro que trata de atraparse la cola.

—¿Qué hay debajo del palé? —dijo él.

—Nada.

—Estás pálida, ¿te encuentras bien?

—Estoy bien.

—¿Qué pasa?

—Así no vamos a ninguna parte. —Las palabras carecían de lógica; si una parte de ella decía: «Para, piensa primero», no la oía—. No sé qué está pasando.

Él avanzó. Sarah retrocedió, sus talones quedaron a escasos centímetros del palé. Lo esquivó y se dirigió hacia la pared del fondo del cobertizo, que podía recorrer con la espalda pegada a ella, sin dejar de mirar a Heath, hasta que tuviera detrás el campamento, donde podría dar media vuelta y echar a correr... ¿Había construido Heath el corral para que a Sarah le resultara difícil llevarse a Tansy? Ella tendría que ir a por la yegua, ensillarla, conducirla a través de la puerta. ¿Había ideado él una astuta pista de obstáculos para Sarah? Si Tansy estuviera atada, a ella le bastaría con desatar las riendas, montar a pelo y marcharse. Sin embargo, si él era tan peligroso, esa forma de impedir que se marchara parecía bastante complicada y trabajosa.

—Soy yo, que te doy miedo —dijo él—. No sé qué hacer para que te tranquilices. ¿No ves que no soy la clase de persona que va a hacerte daño? Me encuentro en una situación complicada, nada más. Estoy atrapado y esperando. Los dos estamos igual.

—No son drogas —replicó ella.

La parte sensata de Sarah recuperó la voz y gritó en su mente «¡Cállate!», con un estridente tono de alarma. Él tiene el rifle. No discutas con quien está en posesión del arma. Ella tenía el doble de cosas de las que preocuparse: de él y de sí misma, de las estupideces que había dicho.

Heath se acercó al palé y se agachó para mirar debajo. La luz de la lámpara no era lo bastante directa.

—¿Es prudente que meta la nariz aquí debajo?

—¿Por qué no has usado hoy esos sacos para construir el corral?

Él se enderezó.

—¿Estos? —Miró el mortero y el cemento—. No tenemos nada para mezclar cemento.

—Pero los sacos, el palé... ¿no pensaste que podían servirte?

—¿Eso es lo que te preocupa? ¿Que no los usara?

—Ya sabes que no. —Una descarga de miedo y frustración la impulsó a decir—: Has cogido mi arma.

Él frunció el ceño.

—Vaaale. Tienes un arma.

—No. La tienes tú.

—No... yo no.

—Estaba ahí. —Sarah señaló el lugar—. Ha desaparecido.

Él abrió una mano y luego la otra, tras dejar la lámpara a sus pies, y las tendió hacia ella.

—No he tocado ningún arma. Lo juro por Dios. —Alargó las manos, con los brazos extendidos, los dedos separados, las palmas planas—. Me parece un poco inquietante que tuvieras un arma escondida, pero yo no la he tocado.

—No mientas —dijo ella meneando la cabeza.

—¿Qué quieres que diga? Yo no la he tocado.

—No quiero que mientas.

—No miento.

—No está en su sitio.

—Yo no la he cogido.

—¿Insinúas que se la ha llevado otra persona? —La linterna enfocaba el suelo del cobertizo y formaba un círculo luminoso cerca de Heath, pero no sobre él. Sarah la levantó para alumbrarle la cara—. ¿Quién más hay aquí?

Él retrocedió y tapó la luz con las manos extendidas.

—Mierda. Vamos.

—¿Vamos qué? ¿Qué quieres decir?

—Tranquilízate.

—Hay alguien contigo.

—Cálmate.

—No. Mi arma ha desaparecido y tú no quieres decirme quién eres ni por qué estás aquí, ni tampoco me preguntas nada. ¿Por qué no me preguntas nada? No sabes quién soy. No sabes por qué estoy aquí.

—Sé por qué estás aquí.

—Yo no te lo he dicho —replicó ella. Entonces tuvo que esforzarse por hacer memoria: ¿qué le había contado exactamente? Sus pensamientos eran incoherentes, tenía la mente embarullada. Él la estaba confundiendo; la confundía a propósito.

—¿Podrías apartarme la luz de los ojos?

—No.

Con los párpados entornados y la cabeza vuelta, él masculló algo. Sarah solo captó la palabra «matar». Se derrumbó por dentro. Se le heló la sangre. Era lo que su parte más oscura había sospechado, la razón por la que él se mostraba evasivo, por la que no le decía su apellido: asesinato, homicidio; esas palabras habían estado arrastrándose por los confines de la mente de Sarah, ocultas en las sombras, en la niebla.

—¿Qué has dicho? —musitó.

—Apártame la luz de la cara.

Sarah le enfocó el torso.

—¿Qué has dicho?

Tenía el cuerpo preparado para salir corriendo, los músculos de las piernas listos, los brazos y el torso habían perdido rigidez y estaban a punto para seguir a las piernas, y sus ojos examinaban el terreno circundante en busca de la mejor vía de escape.

—He dicho... —él se secó los labios y parpadeó— que has venido aquí para matarte.

Ella seguía lista para correr mientras las palabras de Heath se filtraban a través de sus otros pensamientos.

—No... —escapó de sus labios. Frunció el ceño—. No —repitió. Se le aflojaron los músculos. Las palabras de Heath habían cortado las fibras que unían sus huesos y articulaciones—. ¿Cómo dices? —Pero le había oído.

—Las pastillas, y ahora me dices que tienes un arma. Eso lo confirma en cierto modo. Saliste sola el día de Navidad, al monte, te habían pegado, llevabas calmantes y un arma, y... se te nota en los ojos, Sarah, yo lo veo.

—¿Por qué dices eso?

—Siento que te moleste que sea tan directo.

—No digas constantemente que lo sientes.

—Ahora estás a la defensiva.

—¿Qué?

La miró de arriba abajo. Naturalmente ella se puso tensa al ver que la examinaba de esa manera.

—Si tú me dijeras que he subido aquí para matarme y yo supiera que no es así, no me enfadaría ni me pondría a la defensiva. Simplemente diría que no es así.

—No es así.

—¿Por qué trajiste un arma?

—No es asunto tuyo.

—Tu marido te engañó, te pegó; eso me lo has dicho sin decírmelo. Salta a la vista. Querías suicidarte. No digo que ahora quieras, ni que lo hubieras hecho; creo que salir con vida del puente te cambió, te ayudó a ver las cosas de otra manera. Pero querías suicidarte.

—Vete a la mierda.

Él bajó la mirada.

—Estar deprimido no es una debilidad.

—Ah... ya entiendo. Por eso me contaste lo de tu hermano. Vaya, esto es genial. Estoy atrapada con el consejero perfecto. Eres un experto en la materia. Deduzco que tu hermano también se enfada y se pone a la defensiva, ¿o no?

—Pues sí.

—¿Cuándo llegaste a la conclusión de que quería suicidarme?

—Esta mañana.

—Y durante todo el día no he hecho más que confirmártelo, ¿verdad? Que me pusiera a llorar en la ducha debió de ser decisivo.

—Tú no quieres hablar de eso.

—¿No hablar es el primer o el segundo paso del camino a ninguna parte? ¿Estoy a mitad de camino?

—Yo creo que has llegado un poco más lejos —respondió él con tono firme pero amable.

Ella le miró fijamente.

—No te estoy juzgando, Sarah. Deberías preguntarte por qué te sientes juzgada.

—Mierda, sí, ¿por qué demonios iba a sentirme juzgada? No se me ocurre ningún motivo. —Sarah abandonó el sarcasmo al añadir—: Si tú no has cogido el arma, otra persona se la ha llevado. Esto... —enfocó la linterna hacia el palé, el sitio de donde había desaparecido el rifle— no me tranquiliza. ¿Te ha pasado por la cabeza que si me siento juzgada y me pongo a la defensiva es porque no tengo otro remedio? He intentado cruzarme de brazos y fingir que no eres un mentiroso, y hubiera seguido así, pero tú... —Perdió el hilo de sus pensamientos. El viento y un ruido en la oscuridad la distrajeron. Aguzó el oído: ráfagas y el gruñido de un pequeño marsupial nocturno, una zarigüeya australiana, en el monte. Trató de concentrarse otra vez—. ¿No quieres que sepa nada de ti? Entonces seguramente es mejor que no lo sepa. —Empezó a retroceder, pensó un momento en los peligros de la negrura que se extendía a su espalda y se paró.

La noche la envolvía. La montaña parecía pequeña, como una de esas habitaciones con truco de las casas encantadas de feria, donde da la impresión de que el suelo está inclinado y las esquinas se estrechan; nada era lo que parecía. Sarah comprendió que estaba totalmente atrapada. Todas las salidas estaban cerradas; huir, quedarse, llevarse bien con ese hombre, no llevarse bien con él, creerle, no creerle, en el fondo daba igual, la única escapatoria era el camino por el que había venido, y estaba inundado.

—Creo... que será mejor que me quede en la cabaña.

—No era mi intención... molestarte, Sarah. Pero saliste a cabalgar por las montañas la mañana de Navidad con un arma y calmantes. ¿Qué pensarías tú si estuvieras en mi lugar?

Sarah se pasó la mano por el pelo y lo notó áspero, se tocó la cara, como si tuviera que recordarse a sí misma quién era, se frotó los pómulos, deslizó las manos por el cuello suavemente. Percibió el pulso alterado bajo los dedos. El corazón se mantenía leal, bombeando, indiferente. Su jactancia y fanfarronería empezaron a desvanecerse. Lamentaba haberse enfadado. Al perder los nervios se había puesto en manos de Heath, que había demostrado ser mucho mejor estrategia que ella. ¿Y si ni siquiera tuviera un hermano? ¿Se había inventado la historia para pillarla y

descolocarla? Lo había conseguido.

—Tansy puede estar atada en la cabaña, conmigo. Tú tienes algún problema. — Señaló hacia la inmensidad de la noche para aclarar esa afirmación sarcástica—. Te dejaré solo para que lo resuelvas. —De espaldas a la oscuridad, de repente se sintió vulnerable. Se arrimó a la pared del cobertizo. Solo consiguió tener la sensación de que la parte delantera de su cuerpo se hallaba en primera línea de fuego—. ¿Hay alguien más? —dijo.

En cuanto esas tres palabras salieron de su boca, no pudo por menos que reparar en la ironía: eran las palabras con que había empezado todo. De no ser por esas tres palabras, ella ni siquiera estaría en la montaña. ¿Qué posibilidades había de que tuviera que volver a preguntar «hay alguien más» estando allí?

Heath la miraba fijamente a la cara.

—Sarah, ¿has cambiado tú el arma de sitio?

—¿Qué?

—No te alteres, por favor —susurró él—. Quizá la has cambiado de sitio y no te acuerdas.

—¿Cómo no iba a acordarme?

—Puede que hayas querido ocultártela a ti misma. Ocultar el motivo por el que pensaste que debías guardarla donde te costara encontrarla.

—Déjame en paz —musitó ella—. Esto va a ser una lata; ya lo veo.

Era absurdo, ¿en qué embrollo pretendía meterla? Él se había llevado el arma, y apostaría lo que fuera a que también había sacado la batería del móvil. Por eso se había negado a abrirlo.

—Abramos mi móvil y solucionemos esto —dijo, sin pensar.

Una vez en la caravana, Sarah notó distinto el móvil en cuanto lo cogió. Pesaba menos. Heath estaba fuera, junto a la puerta abierta.

—Yo no voy a entrar —dijo—. No pienso tocarlo.

Sarah golpeó el teléfono contra el borde del banco y volvió a golpearlo.

Heath se inclinó hacia dentro.

—¿De verdad quieres romperlo?

Sarah enfocó con la linterna el borde del banco y aporreó contra él el costado del móvil repetidamente, hasta que este se rajó.

—Por Dios, Sarah...

El móvil no se había abierto. Ella sacó un cuchillo para la mantequilla y, haciendo palanca, lo partió en dos.

Oyó a Heath murmurar para sí y acercarse a la mesa junto a la estufa. Pareció que apartaba una silla y se sentaba.

—Creo que hemos de hacer una pausa y pensar qué es lo realmente importante —dijo cuando ella salió. Reclinó el torso sobre la mesa, apartó los platos y se quedó con el pecho pegado al tablero, expresión de súplica bajo la lámpara, las manos abiertas e implorantes.

¿También era mentira esa pose? ¿Hacía eso para confundirla: se encerraba en sí mismo y al cabo de un minuto se mostraba abierto y accesible?

—Estamos aquí y hemos de mantenernos a salvo. Esa es nuestra prioridad. Es un problema que tu arma no esté en su sitio, pero no hay por qué perder el control.

Sarah dejó las dos mitades del móvil sobre la mesa y las iluminó con la linterna.

—Has sacado la batería —dijo ella sin alterarse—. No está.

Él levantó la cabeza y miró.

—No digas que no la has cogido tú.

—Yo no la he cogido.

—Ha desaparecido. —Sarah acercó más la linterna—. ¿Dónde está?

—Yo no he abierto tu teléfono.

—¿Podrías dejar de mentir un segundo?

—¿Se cayó cuando le estabas dando golpes?

—No —respondió ella con toda la afabilidad que pudo.

—Bien... —Él se recostó en la silla—. Debe de haberse caído.

—Te diré qué pienso yo. —Sarah se sentó frente a él—. O bien no querías correr el riesgo de que el teléfono empezara a funcionar, o bien viste que había empezado a funcionar, sacaste la batería y volviste a cerrarlo para que yo no notara nada.

—No —dijo él—. Escucha, Sarah: no saqué el tema de mi hermano porque quisiera mostrarme paternalista contigo. Me pareció que podía hablar de eso contigo. Y creo que quizá herí tus sentimientos antes, cuando me miraste y no te devolví la

mirada. —Su mirada adulta, clavada en Sarah, y sus aptitudes para ligar no estaban oxidadas, sino pulidas con destreza, dirigidas hacia un punto, concebidas para entrar en el cuerpo, penetrar la mente, excitar el corazón, hacer vibrar la sangre y caldear la piel—. Quería hacerlo —prosiguió bajando una octava la voz—, pero no lo hice porque me había dado cuenta de lo dolida que estabas y sabía que no estaría bien.

Sarah estaba anonadada, no por el atractivo de Heath, sino por sus métodos.

—¿Fue para ahorrar batería? —dijo al cabo de un momento.

—Yo no he tocado tu móvil.

Sarah respiró despacio para calmarse. Sujetaba la linterna contra el pecho; la bajó con cuidado.

—Si de verdad pensaras que soy el tipo de persona que haría algo como eso, no estarías así —añadió él—. No me habrías mirado de ese modo antes. No habrías entrado en la ducha estando yo, ni habrías dormido en la misma cama que yo anoche. Tú sabes que soy legal.

—¿Cómo pretendes que me sienta? —La voz la traicionó, alta y vacilante, alterada por sus sentimientos—. Me han quitado el arma, me han quitado la batería, no viene nadie a buscarnos y tú te niegas a decirme quién eres. ¿Qué pretendes que haga?

—Pretendo que esperes a que te rescaten.

—Mi móvil era la última posibilidad que teníamos de avisar de que estamos aquí. ¿A ti no te preocupa eso?

—Me preocupa, sobre todo ahora que lo has destrozado.

—¿Y mi arma qué? Ha desaparecido.

—Confío en que haya una explicación.

—¿Tienes alguna idea de cuál puede ser?

—Ya te he dicho lo que pensaba —contestó él con cautela—. Has puesto el arma en algún sitio y has optado por no recordar dónde.

—¿He hecho lo mismo con la batería?

—La batería se cayó cuando golpeaste el teléfono.

Sarah se levantó de la mesa.

—Muy bien, pues vamos a verlo.

Cuando Heath se puso en pie de mala gana, tiró la botella de whisky que había bajo la mesa. Se inclinó y se fijó en la cantidad que había. Quedaba menos de un cuarto. Era evidente lo que estaba pensando.

—Yo no me he bebido todo eso —dijo Sarah.

—Pues yo no he sido.

—Yo tampoco —aseguró ella con firmeza—. La puse ahí debajo para... no... beber más... —Realmente esa frase no contribuía a dar fuerza a su afirmación.

Para alcanzar la botella sin tener que doblar la rodilla, Heath se sentó en la silla y

alargó el brazo bajo la mesa. Le costó incorporarse. Dejó el whisky sobre el tablero y se inclinó hacia delante, para recuperarse, con las manos en el regazo.

Sarah agachó rápidamente la cabeza y miró bajo la mesa; le parecía sospechoso que él mantuviera las manos ocultas. Heath abrió los dedos y le enseñó las palmas vacías. Su cara, cuando ella lo miró, reflejaba incredulidad.

—Creo que necesitas tranquilizarte.

La siguió renqueando, entró tras ella en la caravana y se sentó en la silla de la cocina. Sarah iluminó el suelo con la linterna. El haz de luz alumbraba lo suficiente para que se distinguieran las latas de comida y otros objetos diversos.

Heath no miraba al suelo. Miraba las petacas que había al lado de las latas, las bebidas alcohólicas que Sarah había incluido en su picnic de Navidad.

—¿Desde cuándo bebes? —le preguntó.

Ella hizo oídos sordos.

—Seguro que desde hace tiempo, porque lo toleras bastante bien. No diría que estás borracha.

—No lo estoy.

—¿Están vacías esas petacas?

—Yo no las he tocado.

Él las alcanzó sin levantarse. Las agitó una por una. Sonó un tintineo opaco de restos de líquido.

La gélida semilla del miedo se incrustó en el pecho de Sarah; desató una nueva oleada de inquietud y náuseas. ¿Sería él tan hábil como para haber planeado todo eso a conciencia? Estaba segura de que no había bebido de las petacas...

Mantuvo la cabeza gacha.

—La batería no está aquí.

—¿Qué es eso?

Él señaló un bulto oscuro entre las sombras que había a los pies de la cama. Sarah lo iluminó con la linterna. Solo era pelusa acumulada.

Inició un barrido lento y metódico con la linterna. Procedía de manera sistemática por Heath; ella ya sabía que la batería no estaba allí. De pronto el haz de luz pasó por encima de una pieza plana, pequeña y negra bajo la mesa de la cocina. Sarah la alumbró. Meneó la cabeza.

Heath se inclinó para mirar debajo de la mesa.

—Parece que es eso.

Sarah no se acercó, dejó que él recogiera el objeto causante de todo aquello. Heath se lo tendió, pero ella no quiso cogerlo. Él lo depositó en el otro extremo de la mesa, al lado de los croquis de las obras enrollados.

—No se cayó...

—¿Quién te pegó en la cara, Sarah?

—Tansy.

—¿Tansy?

—Tú cortaste la cadena de la verja del camino del Ahorcado.

—Sí.

—¿Por qué?

—Tenía prisa por subir. Para recoger una cosa.

—¿Para recoger qué?

—No es lo que te imaginas.

—¿Algo ilegal?

—No.

—Así que mentiste sobre eso. Seguro que tampoco te llamas Heath. Tú has cogido mi rifle. ¿Por qué?

—Yo no lo he cogido.

—¿Sabes lo que veo yo en tus ojos? Veo que crees que esto es un juego.

Heath salió, se sentó a la mesa mientras Sarah recogía sus cosas y, cuando ella pasó a su lado, dijo:

—No tienes por qué irte.

Cuando ella salió del cobertizo, seguida de Tansy, él gritó:

—Esto una locura.

Sí, parecía una locura bajar con Tansy a la cabaña, hender la oscuridad con la luz de la linterna. Sarah llevaba el saco de dormir bajo el brazo, con una almohada y mantas enrolladas dentro.

Heath entró en la cabaña por la puerta trasera con un montón de astillas y leña. Barrió los excrementos secos de los animales y encendió el fuego. Sarah ató a Tansy al poste conmemorativo que había junto a la tumba de Sid. Dejó abierta la puerta delantera de la cabaña. El aire de la noche invadió y recorrió el interior. A la luz tenue de la lumbre recién encendida, la estancia era hostil. El material que ellos habían trasladado estaba distribuido en montones. El orden que habían conseguido antes era adecuado si el lugar se usaba como almacén, pero no resultaba acogedor como sitio donde dormir y refugiarse.

Heath empezó a despejar un espacio para que Sarah se acostara.

—Puedo hacerlo yo —dijo ella.

—No debería haberte hablado con tanta rudeza —reconoció él—. No soy quien para hablar de la depresión, ni mucho menos, así que no tendría que haber abierto la boca. No quiero dejarte sola aquí, y no porque crea que vayas a hacerte daño a ti misma, Sarah, ya sé que no lo harás, sino porque desde el principio te lo he puesto todo muy difícil, y es lo último que quiero. Por favor... —Extendió la mano, como si esperara que ella la cogiera y que regresaran los dos juntos a la caravana—. No tienes que quedarte aquí.

—Me gustaría que te marcharas ahora.

La zarigüeya cuyos gruñidos había oído antes no estaba en el monte, sino que emitía sus ruidos poscrepusculares desde la cabaña. Las zarigüeyas no suelen hablar para sí mismas. Otra zarigüeya se unió al silbido áspero y seco. Ambas conversaban y retozaban en el tejado, parecían ratas enormes con enfisema. Sarah estaba tumbada en el saco, con la vista clavada en la madera contrachapada del techo.

Dio un porrazo en el suelo, en un intento de acallar a los animales. Estos dejaron de jugar y sisear, pero volvieron a empezar. Cuando Sarah golpeó el suelo por segunda vez, siguieron como si tal cosa. Se incorporó en el saco y cogió un trozo de madera que tenía a mano. Lo estampó contra el suelo; las zarigüeyas se pararon a escuchar, consideraron que aquel ruido también era casual y volvieron a armar jaleo.

Sobre las mantas de Sarah aterrizaron pavesas voladoras. Se apartó de las llamas, arrimó el saco a un montón de postes de acero. Entraban corrientes de aire por ambas puertas —la principal y la interior, que daba a la habitación derruida— y tenía frío. Volvió a levantarse y arrastró la cama un poco más cerca del fuego. Al otro lado de la puerta abierta, Tansy también se movía sin parar, cambiando de postura sobre la hierba húmeda. Ruidos dispersos y golpeteos a lo largo de las paredes de la habitación anunciaron la llegada de las ratas. Se adaptaron a Sarah como habían hecho las zarigüeyas, impávidas ante su presencia tras los primeros y escasos chillidos de sobresalto y carreras. Enseguida se comportaron como si Sarah formara parte del mobiliario. Roedores que no tenían nada más que hacer con su tiempo que trepar por los postes, escabullirse detrás de la madera, corretear a los pies de su cama.

¿Qué animal caza ratas y zarigüeyas?

Sarah se tapó las orejas en un intento de bloquear los ruidos. Decidió, mientras en sus oídos resonaba cada tictac del reloj de pulsera, que el monte australiano estaba descompensado sin lobos de Tasmania. Los grandes felinos, las manadas de carnívoros, habían desaparecido de la montaña hacía tiempo. Los lobos de Tasmania habrían atrapado todas las ratas y trepado al techo para cazar a las zarigüeyas. Si el superdepredador hubiera sobrevivido a la extinción, tal vez Sarah no se habría atrevido a trasladarse a la cabaña. Del mismo modo, si los dingos se hubieran marchado de las regiones llanas y costeras para instalarse en las zonas boscosas y templadas de Australia, Sarah no habría abandonado tan rápidamente la caravana. Con o sin depredadores peligrosos que liquidaran a las ratas y las zarigüeyas, seguro que Heath estaba descansando mejor que ella. Sarah empezó a valorar lo importante que era dormir para la supervivencia. ¿Cómo podía enfrentarse a Heath si desvariaba de agotamiento? Él le había enseñado que la agudeza mental era tan importante como la fuerza física. Tenía que ser más lista. Los mosquitos zumbaban a su alrededor. Le escocían los nudillos y los dedos por sus picaduras. Se tapó hasta la cabeza de forma que pudiera ver. Era un par de ojos mirando desde un montón de mantas.

Probablemente Sid se había ahorcado desesperado por el frío, el barullo de las zarigüeyas, el ruido de las ratas y el ataque de los mosquitos, no por los policías.

Sarah comprendió que no conseguiría dormir hasta que estuviera exhausta. Entonces se le cerrarían los ojos, el sentido del oído se debilitaría, los músculos, ahora rígidos, se agotarían de estar tensos y la mente se rendiría. Hasta entonces solo había esperar. Eran las dos de la madrugada, cada vez estaba más cansada de esperar. Ahora costaba distinguir el ruido de las zarigüeyas y el de las ratas; ya no se oían bramidos desagradables, solo golpetazos y correteos, chillidos y gruñidos suaves, que sonaban por todas partes, en lo alto y en el suelo a su alrededor. En ocasiones notaba el peso de una rata a los pies del saco. Cuando eso ocurría, se le arrugaba la barbilla. Se le alteraba la respiración. Chillar sería una tontería. Llevaba horas hecha un ovillo, con las rodillas dobladas a la altura del pecho. Suponía que si las ratas se le acercaban a la cara gimotearía, se rendiría y volvería a la caravana con el rabo entre las piernas. Eso demostraría que, ante la disyuntiva de dormir con criaturas salvajes predecibles e inofensivas (los correteos y los olisqueos eran de esperar, en general las ratas se limitarían a darle un mordisquito movidas por la curiosidad) o dormir con un hombre totalmente impredecible, se sentía impelida a escoger esto último. El cerebro le decía que los animales no representaban una amenaza y que Heath bien podía serlo, y aun así su instinto hacía caso omiso de las complejas conexiones y le decía que se aferrara a su propia especie, para lo bueno y para lo malo. La puerta trasera de la cabaña se abrió con un chirrido.

La voz de Heath llegó del otro lado de la habitación.

—No pasa nada, soy yo —susurró—. ¿Estás despierta?

Las ratas salieron disparadas en todas las direcciones y las zarigüeyas trotaron por el techo como ponis patosos. Sabía que no estaba dormida. Sarah le oyó acercarse. Apareció ante ella. Traía más leña y la mosquitera de la ventana trasera de la caravana. Iba muy abrigado, llevaba puestos los pantalones de camuflaje. Parecía mayor y más guapo con la barba de dos días.

—¿Qué tal estás?

—Bien, estupendamente —masculló ella bajo las mantas.

Heath se quedó junto al fuego mirándola, serio al principio, triste al verla tan abatida, pero luego dio la impresión de que le costaba mantener la expresión hosca.

—No parece que te diviertas mucho.

—Estoy bien. Muy a gusto.

Él trató de reprimir una sonrisa. Las personas guapas deberían tener prohibido sonreír. Era un arma: entorpecía el pensamiento.

—He venido por el cambio de turno. La segunda mitad de la noche me toca a mí. No hay más que hablar.

Puso la leña en el fuego. Sarah salió del saco. Mientras estaba acostada la habitación le había parecido cada vez más grande y espeluznante, las sombras más negras, pero, una vez que estuvo en pie, la estancia recuperó las dimensiones normales y dejó de ser siniestra.

Sarah se sentó en el poyo de la chimenea, de espaldas al fuego.

Heath se sentó a su lado.

Ella cerró los ojos.

—Mola bastante que seas tan tozuda —dijo él.

Sarah buscó un momento de soledad y descanso tras la familiaridad de sus manos. Inclined hacia delante, con los codos en las rodillas, las manos sobre la cara, respiró en la pequeña cueva que formaban las palmas y los dedos. Heath se sacudió una pavesa encendida de la punta de la bota. Quedó un rastro de hollín. Miró a Sarah y luego alargó el brazo para cogerle la mano. Vio que tenía el dorso y los dedos cubiertos de puntos rojos.

—Mira cómo te han picado.

—Me escuece todo el cuerpo; no sé por dónde empezar.

—No te tocaré —dijo él, y le soltó la mano—. O te picará aún más.

Se quedaron en silencio, contemplando las sombras cambiantes que proyectaba la lumbre.

—No sé si subí aquí para matarme —dijo Sarah. Había excrementos de rata en el suelo. Los observó y luego echó una ojeada para ver si había más, sin interés, sin fijar la vista en ningún sitio ni en nada, solo porque no quería mirar a Heath mientras hablaba. El contacto visual solo provocaría tensión, y de eso ya había de sobra—. No estoy segura de lo que tenía en mente. En el puente... Supongo que se me pasó por la cabeza la posibilidad de que el agua se me llevara por delante. —Arrugó la nariz y se la frotó.

—Yo no te estoy juzgando, lo sabes, ¿verdad?

Después de una pausa Sarah continuó:

—Durante una temporada, un mes más o menos, al despertar por la mañana me quedaba en la cama imaginando formas de quitarme la vida; supongo que lo planeé entonces. Pensé en internarme en el monte y llamar a la policía antes. Me figuré que tardarían en localizarme y que para entonces ya estaría más que muerta. Además, así no me encontraría ningún pobre vecino. Y nadie del pueblo podría señalar el sitio donde lo haría y decir: «Aquí es donde Sarah Barnard se mató». Me planteé hacerlo en una zona apartada del monte. Para ir sobre seguro, pensé que tomaría calmantes y me pegaría un tiro. Esa combinación me pareció el método más eficaz e infalible. Pero tampoco quería que me encontrara un senderista. Siempre tuve claro que yo misma llamaría a la policía. —Miró de reojo a Heath. Estaba inclinado hacia ella, con una postura relajada, la mirada respetuosa y vacilante—. Les mandaría las

coordenadas del GPS acompañadas del mensaje: «Sarah se ha suicidado aquí». Me pareció bastante bonito. —Tragó saliva—. Curiosamente, creo que en realidad no tenía la intención de hacerlo mientras trazaba todos esos planes tan complejos. Es como si enterrara la idea para que resurgiera con más fuerza.

—Por lo que veo, no llevabas los auriculares cuando saliste a caballo; por lo tanto, no podías oír los gimoteos de Nina Simone, de modo que seguramente no corrías ningún peligro de todas formas.

—Perdona, Nina Simone no gimotea. —El comentario insolente de Heath la impulsó a sostenerle la mirada—. El maldito... —Sarah intentó recordar el nombre de algún cantante country— Waylon Jennings sí gimotea.

—Eso es lo bueno de la música country, que nunca tienes tantos problemas como el cantante. Acabas compadeciéndote de él más que de ti mismo.

—Más bien te dan ganas de matarlo.

—Eh, no te pases. Estás hablando de «mis muchachos» —dijo él con un deje rústico exagerado.

—O existe el peligro de que te metas una bala en los sesos para acabar con la tortura de escucharle.

Se quedaron callados. Sarah volvió a mirar los excrementos de rata.

—Bastante flojo, ¿verdad? —dijo.

—La tristeza te impide pensar.

—No tengo adónde ir. Mi marido mintió sobre nuestra situación económica y sobre todo lo demás. La empresa estaba a mi nombre, por motivos fiscales, según él, pero quién sabe si esa es la verdadera razón. He tenido que declararme en quiebra. No tengo ni idea de qué voy a hacer. Ninguna inmobiliaria querrá tener tratos conmigo; no puedo alquilar una casa. Los bancos no querrán saber nada de mí. El negocio de excursiones a caballo era mi trabajo; ya no volveré a conseguir nada parecido. La quiebra será oficial dentro de un par de semanas y mi nombre quedará manchado para el mundo de la hípica. Todos los amigos que creía que tenía le han apoyado a él. Se han ocupado de sus caballos, que, por cierto, son míos. Fui tan tonta que dejé que él firmara los cheques cuando los compramos. Ha dicho a todo el mundo que la ruptura le perjudica económicamente más que a mí... qué va.

—¿Y tenía una aventura?

—Por enésima vez. Sí.

El fuego se había avivado y Sarah notaba muy caliente la espalda. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y contempló las llamas, el enorme hogar, el cañón de la chimenea. Imaginó la cabaña en su apogeo, con piedras de colores vivos, vigas de madera clara, techo de tablillas. Una cabaña nueva, sólida y sencilla, todo lo contrario de esa vieja choza en ruinas. La vida de un bandido era una serie de problemas amontonados unos sobre otros: dinero, cobijo, caballos, clima, comida. Las cosas no

habían cambiado mucho.

—Tengo pensado dejar a Tansy en una granja, trasladarme a casa de mis padres y pedirles dinero. No se puede caer más bajo —afirmó—. Recurrir a los padres es como tragarse cuchillas de afeitar.

Heath también cambió de sitio. Se sentó al lado de Sarah.

—¿Cuál es tu veredicto? —preguntó ella—. ¿Hay alguna canción country que hable de esto?

—De hecho esto está pidiendo a gritos que lo conviertan en canción. —Él se acercó más, lo bastante para que se rozaran. Tenía el hombro pegado al de ella—. ¿Quieres oír algo agradable?

—Sí, por favor.

—Tengo setecientos acres por los que Tansy puede correr.

—¿Eso será antes o después de que se me permita saber quién eres? ¿Será un lugar secreto? ¿Me vendarán los ojos para llevarme allí?

—Recibirás las coordenadas escritas con tinta invisible en papel soluble. Te subirán a una camioneta negra al final de un callejón oscuro y tendrás que repetirle las coordenadas a un conductor ciego.

—¿Un conductor ciego?

—Sí.

—Pero ¿no me resultará muy difícil leer la tinta invisible?

—Imposible.

—¿Y luego?

—Descubrirás que el conductor es sordo también.

—Interesante. —Ella se echó a reír.

Heath le dijo en voz baja:

—Si consigo bajar de esta montaña sin escándalo, te prometo que te llevaré a probar el pudín de ciruelas de mi madre.

—¿Así que ahora es un chantaje?

—Te doy mi palabra.

## Horas en el limbo

El viento cesó durante las primeras horas del día 27 y volvió la niebla. Sarah llevó a Tansy al establo. Esta vez la yegua entró en el recinto con entusiasmo. Sarah regresó a la caravana con una sensación de alivio similar. Heath trasladó sus cosas. Había retirado la botella de whisky y las petacas, las había guardado en un sitio discreto. Sarah estaba sentada en la cama, inmóvil. Heath se tumbó junto a ella. Ya tenía su lado preferido, el derecho, y ella el suyo, el izquierdo. Se tendieron de costado, Sarah de espaldas a Heath, él con el cuerpo curvado junto al de ella. Ninguno de los dos durmió. No estaban incómodos, pero tampoco cómodos del todo. Tenían dudas, pero al menos no les dominaba la incertidumbre. Él tenía la mano apoyada sobre el muslo de Sarah. Ella llevaba la muda térmica, la suave lana gris le cubría del cuello a los tobillos y hasta las muñecas. Él llevaba los pantalones de camuflaje, una camisa negra y calcetines gruesos. Tenía la rodilla vendada. Había dejado las botas a los pies de la cama. Estaba preparado para huir. Sarah estaba preparada para quedarse.

En todo el mundo, la gente mataba el tiempo y esperaba. Los días posteriores al 26 de diciembre y previos a Año Nuevo eran como días perdidos. El Parlamento estaba cerrado, no se redactaban ni se modificaban leyes, no se celebraban juicios, los financieros invertían sobre seguro hasta que la bolsa volviera a abrir. Todo el mundo vivía en una especie de neblina. Todo el mundo vivía abotargado. Sarah estaba sentada en su silla junto a la estufa, con la portezuela abierta para ver las llamas. Como si el fuego fuera una televisión, contemplaba el espectáculo de las brasas ardientes y las pequeñas llamaradas. Heath había encontrado un periódico viejo y lo estaba leyendo, palabra por palabra. La niebla era densa. En el monte reinaba un silencio opresivo. Solo oían a Tansy pacer en su corral, los chasquidos de la estufa, el siseo de la leña húmeda al arder.

Contestaron el cuestionario del periódico.

—¿En qué Juegos Olímpicos consiguió una medalla el australiano Steve Hooker?  
¿De qué país asiático fue capital Nara?

Cuando lo terminaron, se hizo el silencio y se dieron cuenta de que habían respondido las preguntas demasiado rápido. Deberían haberlas racionado a una por hora.

—Joder —dijo Heath.

Con el crucigrama fueron más cautos. Los trabajadores habían resuelto el más fácil, pero solo habían escrito dos palabras del críptico. Sarah se acercó a la mesa y quedaron con las cabezas juntas sobre la página. Heath tenía el bolígrafo. Se le daba mejor solucionar los enigmas, proporcionaba pistas a Sarah y esperaba, porque ella tardaba el doble en encontrar la respuesta. Heath escribía en letras mayúsculas pequeñas y nítidas, apretando mucho el bolígrafo sobre el papel.

Sin embargo, volvió a pasarles lo mismo: después de prolongarlo tres horas, se

echaron hacia atrás y contemplaron el crucigrama resuelto, satisfechos de sí mismos durante un par de minutos y luego molestos por no haberlo alargado más.

Eran las doce del mediodía.

Sarah se puso a leer el periódico. Heath se inclinó sobre la mesa y empezó a colorear las oes de las páginas que ella había terminado. Dibujó cuernos de diablo y bigotes a las caras de las fotografías. Convirtió en cejijuntos a los retratados. Necesitaba estímulos mentales y físicos en mayor medida que Sarah. Se levantó y empezó a dar vueltas, por hacer algo. Cojeaba. Apoyó el peso en la pierna buena y contempló la niebla, levantó los brazos por encima de la cabeza, entrelazó las manos en la nuca, acercó los codos a las orejas y respiró hondo.

—Ya te ha entrado el agobio de estar aislado.

En ese sentido Heath no era como un gato; no se amodorraba y dormía para matar el tiempo.

—¿Qué dijiste de los sacos de cemento? Hagamos una cosa —dijo—. Derribemos la parte chapucera de la cerca y reconstruyámosla con ellos.

—¿Yo voy a cargar todos esos sacos? —Sarah era algo más felina y aceptaba sin demasiados problemas no tener nada que hacer. Había colocado los pies sobre otra silla y arrancaba la corteza de un palo hasta dejar al descubierto la ramita tierna que había debajo—. ¿No deberíamos ahorrar energía?

—Yo la quemo cuando me aburro. Te iré pasando sacos.

—Solo trasladaré uno cada vez. A diferencia de ti, yo no quiero desgarrarme un tendón ni tener una distensión muscular.

Tansy disfrutó con la actividad repentina y viéndolos trabajar cerca de ella. No paraba de meter el hocico y de estornudar por culpa del polvo que desprendían los sacos de cemento y mortero.

—Yo podría conseguirte un trabajo —dijo Heath, como si hubiera llegado a esa conclusión al ver a Sarah transportando los pesados sacos—. No será muy interesante, solo para que salgas del apuro. Nuestro vecino tiene una vaquería y siempre busca gente para ordeñar. Te gustará. Las vacas tienen su propia personalidad. Acabarás conociéndolas.

—Gracias —dijo Sarah sinceramente—. Me gustaría ese trabajo.

Él estaba desmontando una parte de la antigua cerca y, tras hacer el ofrecimiento, dejó de trabajar. Absorto en sus pensamientos, tenía una expresión triste y reflexiva. Sarah comprendió que durante un momento Heath había olvidado cómo eran las cosas. La oferta de trabajo había sido sincera, pero en realidad él no podía conseguirle un empleo. Ni podía acoger a Tansy en su finca. Sarah creía que a Heath le gustaría ayudar, pero no veía cómo podía hacerlo. Ella nunca iría a comer a su casa el día de Navidad, ni probaría el pudín de ciruelas de su madre. El desenlace más probable: no volvería a ver a Heath después de aquello.

Los veintitrés pesados sacos del palé, combinados con leños, se convirtieron en cuatro buenos postes robustos. Entre ellos insertaron los extremos de los travesaños de madera. Los sacos de mortero y cemento se podían moldear un poco, como los de arena, y consiguieron comprimirlos y adaptarlos tal como Heath quería. Una vez colocados los travesaños, Heath empujó las tablas para ver si aguantaban; no eran ni la mitad de resistentes que las barras metálicas de fuera, pero suponían una gran mejora respecto a lo anterior. Tansy podía derribar de una coz esa parte si quería; sin embargo, eso no era malo. Sarah se quedó tranquila sabiendo que la yegua tenía una forma de salir si ella se planteaba en serio huir. Así debía ser. Tansy necesitaba una escapatoria.

Una vez vaciado el palé, era evidente que el rifle había desaparecido. No estaba al fondo, oculto por lo que fuera. La serpiente muerta seguía allí.

Sarah se sentó a descansar en el palé vacío. Pensó en lo que le había dicho a Heath la noche anterior en la cabaña. Exhausta, agotada emocionalmente, a las dos de la madrugada, ¿se había abierto demasiado? Él había cogido el rifle; no cabía duda. Estaba claro: quería el control del arma. Y era lógico. Al fin y al cabo ella tenía la munición. Sarah no podía discutir. No tenía derecho a discutir; fingiendo que no tenía el arma, él había conseguido esquivar ese problema con astucia.

Habían reñido a voces y pactado una tregua. La niebla era importante. La comida era importante. Las riadas eran importantes. Llevarse bien era importante. La verdad tendría que esperar.

Sarah entró en el corral de Tansy, recogió el estiércol con la pala y lo tiró sobre la hierba del otro lado de la cerca. Heath partía leña menuda.

Pasaron la tarde juntos en la caravana revisando la comida. Fue uno de tantos inventarios nerviosos. Las provisiones parecían mucho más escasas después de cada período de veinticuatro horas. Había ocho latas: tres de salchichas con verduras (por lo visto, uno de los platos favoritos de los albañiles), una de sustancioso estofado de carne, una de sopa de tomate, dos de alubias y una plana de mejillones ahumados en aceite. Quedaba la mitad de un paquete de galletas saladas, un paquete entero de cuatro raciones de fideos instantáneos con pollo y tres cuartas partes de un paquete de cereales rancios. No había leche. Cuando habían colocado los productos de la cesta navideña al lado de los víveres de los trabajadores, el banco había quedado lleno de comida. Ya no estaba lleno, ni mucho menos.

Heath cogió una lata de salchichas con verduras.

—Así que esta es la cena de hoy. A partir de mañana comeremos dos latas y un paquete de fideos al día.

Dividió los alimentos en raciones diarias.

—Comeremos dos veces al día, a última hora de la mañana y a última hora de la

tarde, una galleta salada por cabeza con la lata de sopa, la mitad de los fideos cada uno, y compartiremos una lata para cenar. No moriremos de hambre. Tenemos para cuatro días más. Hasta Año Nuevo. A esas alturas ya habrá pasado algo.

Sarah sacó a Tansy de la cerca para que paciera. La hierba del corral estaba pisoteada y no duraría mucho. La niebla era tan densa que Sarah se sirvió de los ruidos que hacía Heath para orientarse. Él estaba en el cobertizo desmontando el palé con la palanca; arrancaba los tablones y les quitaba los clavos. Sarah caminó despacio con la yegua a su lado, tranquila al verla comer a dos carrillos y masticar con energía. Había pasto de sobra alrededor de la cabaña y el cobertizo. Tansy no pasaría hambre.

Cuando Heath dejó de hacer ruido, Tansy pastaba en una zona cubierta de un verde uniforme. Sin puntos de referencia que la guiaran, Sarah se desorientó en cuestión de segundos. Se limitó a abrir los ojos como platos, aterrada ante la blancura que la rodeaba, y a esperar a que Heath volviera a hacer ruido. Tansy seguía paciando, impertérrita. A Sarah se le aceleró el pulso durante ese intervalo de silencio. Apretó las riendas que tenía en la mano y se acercó más a la yegua.

Heath solo había parado para beber o descansar la pierna un momento. El sonido de madera arrastrada y de la palanca partiéndola volvió a poner las cosas en su sitio. Sarah se dio la vuelta hacia el lugar de donde procedía el ruido y condujo a Tansy en esa dirección.

Heath la llamó desde el interior del cobertizo.

—¿Sarah?

—Estoy aquí.

—Esta niebla te cae encima en cuestión de segundos —le advirtió él.

Ella le imaginó con la palanca en la mano, la pierna lesionada un poco doblada, la cabeza alzada, los ojos entornados. Sus labios parecían más suaves con la barba de dos días.

Después de dejar a Tansy en el corral, Sarah caminó despacio hasta la estufa de leña y se quedó allí. Heath estaba destripando y quitando la bolsa de veneno a la serpiente muerta. Preparó un lecho en la ceniza y las brasas para depositarla.

—Olía bastante y pensé: ahora o nunca —le dijo.

Acordaron asar mucho la carne, hasta que se chamuscara, para matar cualquier microbio dañino.

Partieron el reptil con unas tenazas, separaron la piel escamosa con un tenedor y mezclaron la carne cocida con la comida de lata. Era correosa.

Con la madera del palé Heath había hecho un entablado alrededor de la estufa que llegaba hasta la puerta de la caravana. La mesa y las sillas ya no estaban sobre el suelo de tierra. Ya no tendrían que esquivar zonas polvorientas o embarradas, al menos en su saloncito y su cocina al aire libre.

—Vaya, qué refinados somos —dijo Sarah, y restregó los pies sobre las maderas limpias que tenía bajo la silla mientras se comía el guiso de serpiente.

Heath cogió el cepillo de dientes y lo limpió antes de volverlo a guardar. Se lavaron la cara con agua caliente del hervidor. Se acostaban temprano porque sentarse junto a la estufa ya se había convertido en un pasatiempo de lo más banal. La tenue luz plateada que se colaba por la puerta abierta iluminaba débilmente el interior de la caravana. Sarah no tenía hambre ni frío cuando se instaló en la cama. El pánico, la inquietud, la preocupación, esas cosas también tenían que descansar a veces. Se tumbó boca abajo, con los calcetines puestos y los pies sobre la almohada. Tenía la cabeza en los pies de la cama. Se arropó con una manta y contempló lo que tenía a la vista: el fondo de la caravana, la despensa y un pedazo del gris espectral del exterior a través de la rendija de la puerta. Heath estaba sentado con la espalda apoyada en la cabecera y una manta sobre las rodillas.

—Te hablaré de mis relaciones fracasadas —dijo— y tú las analizas y me dices qué falló, desde la perspectiva de una mujer.

La vida amorosa de Heath se componía de una sucesión de historias divertidas y episodios sexuales predecibles. Llamarlas relaciones era excesivo. Había salido con un amplio surtido de chicas, o a lo mejor solo lo parecía porque se refería a cada una por un apelativo. La Fiestera quizá fuera un ratón de biblioteca en su tiempo libre, a diferencia de la «muñeca con gafas y pinta de bibliotecaria». Por lo que Sarah oía, nunca había estado enamorado.

—¿Con quién tuviste tu primera relación seria? —le preguntó él.

—¿Hay alguna razón especial para que sigamos con este tema?

—Tú nunca propones ninguno. Te he contado más cosas que tú a mí. Ahora sabes algo de todas las mujeres con las que he salido. Yo ni siquiera sé si tienes hermanos.

—No tengo.

—Solo has hablado de tu padre; ¿tu madre vive?

—¿Qué edad crees que tengo?

—La misma que yo.

—Eres un maldito embustero. —Sarah se echó a reír—. Sí, vive.

—¿Cuánto tiempo estuviste casada?

—Diez años. Me casé a los veinticinco.

El cálculo era fácil.

—Vale —dijo Heath.

—¿Algo más?

—¿Con quién tuviste tu primera relación seria? —dijo él volviendo a su primera pregunta.

—No me acuerdo.

—Sí te acuerdas, pero no quieres decírmelo.

—Tienes razón, no quiero decírtelo.

—¿Por qué no? —Ella captó la dulzura serena de su voz—. Soy un tío comprensivo.

—¿Por qué piensas que es algo que necesita comprensión?

—Porque no quieres decírmelo. Vale, pues cuéntame más cosas de los concursos de resistencia. Sé que de eso sí hablarás. ¿Con qué frecuencia compites?

—Varias veces al año.

—¿Cuándo te metiste en eso?

—A los veintipocos. Tenía otra yegua de resistencia antes que Tansy. Se estaba haciendo vieja y la retiré.

—¿Cuánto vale un buen caballo de resistencia como Tansy?

—Depende.

—¿Cuánto pagaste por ella?

Después de reflexionar un momento, Sarah respondió:

—No pagué nada por ella.

—¿Te la regalaron?

—No. Me la llevé.

—¿Vas a confesar un delito? Bajaré el cono del silencio. —Heath hizo una especie de zumbido mientras movía las manos como si fueran una cúpula que descendiera sobre ellos.

—Fui a uno de los mejores criaderos de caballos de resistencia de Australia porque quería comprar uno. —Al recordar aquel sitio, Sarah arrugó la nariz sin poder evitarlo. Veía la verja, el amplio camino de acceso, una limusina aparcada junto a una hilera de remolques para caballos—. Solo podía permitirme los de los primeros establos. Los mejores, los que valían un millón de dólares, estaban al fondo. Así que me colé allí, por curiosidad, para verlos.

Sarah notaba que Heath la miraba fijamente. La tensión ya se le reflejaba en la voz. Advertía la rigidez que adquiriría su cuerpo sobre la cama.

—Estuve haciendo fotos con el móvil disimuladamente, para enseñarle a todo el mundo lo fabuloso que era el lugar; como un hotel de cinco estrellas, pero para caballos... Hasta que di toda la vuelta para regresar a los establos de delante, tratando de meterme en los sitios donde no se oía nada ni había nadie. Entonces oí algo, no era siquiera un relincho, no parecía siquiera un caballo.

Heath suspiró.

—No sé si quiero oírlo. —Lo dijo con ese tono que utiliza la gente cuando ya está resignada a escucharlo de todos modos.

—Estaba chillando —prosiguió Sarah. Se tocó los labios un momento y respiró para contener las náuseas que acompañaban al recuerdo—. Chillando como un niño.

—No, no va a gustarme.

—Estaba en un establo en desuso. Le aplicaban picanas para el ganado. Luego me dijeron que la estaban entrenando, pero evidentemente no era eso. Le hacían daño a propósito, se reían. No te daré detalles. No quiero. No se lo cuento a nadie porque... Tansy es preciosa, esa es la verdad; no es lo que vi en esa cuadra. Era apenas una potrancia, una potrilla. Creo que había supuesto una decepción para el criadero porque tenía el pelaje negro. Los mejores para ese deporte son los caballos grises. Su madre era gris. Debían de haber confiado en que Tansy también lo sería. Pero era negra. Los caballos negros tienden a acalorarse en las distancias largas. Los compradores importantes no la habrían querido. El que le hacía daño era el hijo del propietario. Más tarde oí decir que es un cabrón retorcido. Pero no creo que actuara así porque no pudiera venderla a buen precio; simplemente le gusta hacer daño. —Sarah apretó los dientes—. Conseguí sacar unas fotos. Me las mandé por correo electrónico y fui a la oficina central. Les dije que había un incendio... para que acudieran inmediatamente. No quería que tuvieran tiempo de esconderla. Volví al establo con un montón de gente y me negué a irme si no era con ella.

Sarah se calló y recordó aquel día, el cielo azul, los sonidos y los olores, la brisa, el propietario acercándose hecho una furia por una vereda estrecha con un traje blanco y una camisa negra, su bronceado coriáceo y la calva resplandeciente, y su propia voz, clara ahora en sus oídos, airada y amenazante, exigiendo, sin miedo, en una situación que seguramente era peligrosa. Unos jeques, con ondulantes túnicas blancas, observaban la escena desde lejos.

—Pensé que tenía que rescatarla —prosiguió Sarah—. Del mismo modo que tú no abandonarías a un niño secuestrado, que no te quedarías de brazos cruzados ante algo así. —Miró a Heath con el ceño fruncido al decirlo—. Ver que alguien, algo, está siendo maltratado de esa forma y decir «Ah, no pasa nada, ya mandaré ayuda más tarde». No podía marcharme. Me dijeron que estaba loca porque me negué a irme. Los locos eran ellos, por intentar minimizar esa crueldad. Pero no me denunciaron a la policía; sabían que tendrían problemas.

—Hiciste bien en quedarte.

—Sabía que nadie más lo consideraría tan importante, ni siquiera la protectora de animales; ven casos similares a diario. Se habrían interesado, pero al final la habrían dejado. Por otra parte, su traslado habría quedado estancado por trabas burocráticas. Además, era el hijo del dueño; no podían reconocer determinadas cosas ni despedirle. Yo la oí chillar. Oí su miedo. Ante algo así es imposible irse sin más.

—Te entiendo. Yo he oído ese grito. Mi perro, el sabueso, una vez metió la cabeza en la madriguera de un wombat y se quedó atrapado. Yo llevaba horas buscándole. Era un grito de ese tipo, pero amortiguado, subterráneo. No era un sonido animal, era algo más. Nunca lo olvidaré. Yo también habría hecho cualquier cosa por salvarlo...

Lo hice, excavé con las manos y lo saqué. Al igual que tú, no podía irme. Ni siquiera fui a buscar una pala, tenía que rescatarlo inmediatamente.

—¿El wombat estaba en la madriguera?

Heath asintió.

—Eso siempre es espantoso. Pero lo sacaste.

Heath abrió las manos y se frotó las palmas.

—Me destrocé las manos, aunque Jasper acabó con más cicatrices que yo. —  
Sonrió—. El wombat también sobrevivió. Era un malnacido.

Siguió un prolongado silencio hasta que Sarah dijo:

—No podía abandonarla.

—Lo entiendo.

—Acepté no hacerlo público si el criadero me la entregaba de inmediato. Pero de todos modos me ocupé de que corriera la voz. Las personas apropiadas vieron las fotos. El criadero se merecía la reacción violenta que se produjo, sinceramente.

Sarah exhaló un suspiro trémulo.

—¿Cómo se portó cuando la llevaste a casa? ¿Estaba bien?

—Estaba más tranquila de lo que cabía esperar. Fue realmente valiente. Pero no soportaba estar en el establo. Odia los establos aún hoy, odia las paredes y las puertas, los suelos de cemento. Durante muchísimo tiempo no pisó una cuadra. Sé que todavía se acuerda.

Una mosca enorme entró revoloteando. Se oyó el zumbido de las alas mientras realizaba un recorrido por la caravana en penumbra. Con la misma facilidad con que había entrado, salió por la puerta, vibrando.

—¿Puedo tocarte? —preguntó Heath.

Sarah se incorporó en la cama y se dio la vuelta para mirarle. Dobló las rodillas a la altura del pecho y se rodeó las piernas con los brazos.

—¿Por qué has dicho eso?

—Me refería a un abrazo, una caricia. Me ha parecido que lo necesitabas.

—Pues no.

La niebla había ocultado las estrellas y convertido la luna llena en un disco gris borroso. Sarah estaba acuclillada detrás del cobertizo y observaba el inquietante miasma. Heath estaba a la vuelta de la esquina, haciendo pis también. El silencio velado acentuaba el sonido de la orina. Heath empezó a cantar para disimular el ruido. Marcó el ritmo con los dedos de la mano libre, apoyada en el cobertizo.

Ella se puso de pie y se subió las mallas térmicas. Le oyó cerrar la cremallera.

—Te explicaré por qué detesto la niebla —dijo él cuando terminó la canción—. Me recuerda que todo el mundo respira el mismo aire. Da la impresión de que estamos rodeados de una masa de aire estancado y de que todos lo aspiramos una y

otra vez. ¿A ti no te lo parece?

Sarah gruñó, como si le diera la razón hasta cierto punto. Encendió la linterna y caminaron juntos hasta el cobertizo.

—Esto te obliga a afrontar la verdad —prosiguió él—. Esta... —hizo un gesto hacia la niebla— sensación de encierro... en el mundo entero, el mismo aire, atrapado por la atmósfera. Yo inspiro lo que otro ha espirado. Las ciudades me oprimen los pulmones. Aquí no me importa tanto, no es un sitio muy poblado y estoy contigo, no me importa compartir tu aire, y además sé que viene de la sierra y que debe de estar razonablemente limpio. Incluso en la playa a veces, al notar el aire en la cara, pienso: ¿dónde ha estado? Es un poco pegajoso, ¿sabes? Me siento más cómodo sabiendo que viene de un valle boscoso. Por eso me encanta el monte, porque en un día claro hueles lo limpio que es el aire. Lo saboreas. Es tan bueno que te dan ganas de bebértelo.

Entraron en la caravana.

—Lo pasaría realmente mal si estuviera atrapado con esta niebla en un bloque de pisos de una ciudad, con centenares de personas inspirando y espirando a mi alrededor. —Se estremeció.

Sarah se sentó para descalzarse y Heath se dejó caer en la cama boca abajo, con las botas puestas. Había renqueado mucho y ella sabía que estaba harto de la cojera. No estaba atrapado por culpa del río, sino de su pierna y la niebla.

—Eres un solitario —afirmó Sarah—. Por eso no tienes pareja. No eres sociable. Por Dios, ni siquiera te gusta respirar el mismo aire que los demás. Eres tú quien guarda las distancias. No quieres que la gente se acerque a ti. Por eso nadie lo ha hecho.

Apartó sus botas y le descalzó a él. Dejó las botas de Heath juntas y bien alineadas, como a él le gustaba. Heath se metió bajo las mantas. Ella apagó la linterna. El colchón ocupaba todo el extremo de la caravana, de pared a pared. La única forma de acostarse era subir por los pies de la cama. En la oscuridad, Sarah gateó hasta la cabecera y se deslizó bajo las mantas. Heath la atrajo hacia sí. Ella dejó que la abrazara. Era un gesto casi fraternal. Él no la acarició, se limitó a estrecharle la cintura con un brazo, pegar el torso a su espalda, hundir la cara en su nuca.

—No me importa estar cerca de ti —dijo.

Una lechuza ululó en la noche. Se oía muy lejos, en la cima de alguna montaña despejada de niebla, como si fuera de otro mundo. Las ranas croaban de forma intermitente, con largos intervalos de silencio.

Muy pocos pájaros cantaban al alba para anunciar el comienzo de un nuevo día. Tansy estaba en el corral exterior, rodeada de niebla, con la mirada lánguida y soñolienta. La pila de leña iba menguando.

Heath hacía dibujos con el dedo en la espalda de Sarah. Estaban tumbados en la cama, encima de las mantas. Él esbozaba escenas de su infancia. Ella las adivinaba: él dando saltos en un trampolín, él en una piscina y en un desfile, él jugando a críquet y a fútbol australiano. Heath metió la mano bajo la camiseta y dibujó las escenas directamente sobre su piel.

—Dibújame tú algo en la espalda —le dijo cuando ella empezó a contestar con desgana.

—No me apetece.

—Cuéntame algo.

Sarah seguía de espaldas a él.

—No se me ocurre nada.

—Sí se te ocurre.

Él se sentó y empezó a desenrollar el vendaje plástico de la rodilla.

—Tuve mi primera relación seria con un amigo de mi padre.

—¿Cuántos años tenías?

—Diecisiete.

—¿Y él?

—Cuarenta y ocho.

—¿Todas tus historias hay que digerirlas con una bebida fuerte?

—Pues deja de preguntar —repuso ella a la defensiva. Se apartó aún más—. No todo el mundo ha tenido una vida maravillosa.

—No te enfades.

—Lárgate.

—No puedo. —Heath apuntó—: Él tenía cuarenta y ocho, tú tenías diecisiete y... —Suspiró al ver que ella no contestaba—. Tener un hermano enfermo no es una vida maravillosa. Es ser constantemente el hijo bueno, no equivocarse jamás, no ponerles nunca las cosas difíciles a mamá y a papá. No dejar ver en ningún momento que estás triste o enfadado, no hacer nunca la más mínima locura. Es que todo el mundo dé por sentado que vas a perder los papeles por muy bien que te comportes. Si no eres absolutamente cuerdo y perfecto al cien por cien, impones una presión excesiva a tu familia. —Ella le oyó tragar saliva—. Yo quiero a mi familia. No deseo provocarles más estrés, no deseo decepcionarles, pero a veces... ser el sano es una especie de

camisa de fuerza.

—Era el mejor amigo de mi padre —explicó Sarah—. Sigue siéndolo. Estaba separado de su mujer y cuando yo era adolescente pasaba mucho tiempo en nuestra casa. Mi padre sigue sin saberlo. Mi madre lo descubrió justo antes de que se acabara; probablemente se acabó por eso. Entró cuando estábamos los dos juntos en el baño, se disculpó, cerró la puerta y se fue. No sé... —añadió Sarah encogiéndose de hombros—, solo noté que estaba enfadada conmigo, y que se enfadaría aún más si yo sacaba el tema. Tardé mucho en darme cuenta de que todo aquello fue un error, y de lo errónea que fue su reacción. Pero no se lo reprocho; ella no sabía qué hacer.

—¿Eso ha influido en la relación con tus padres?

—Oh Dios, sí. Bueno, con mamá desde luego. No hablamos de eso, no hemos hablado nunca de eso, pero está presente siempre que estoy con ella.

—¿Él sigue viendo a tus padres?

—Come con ellos el día de Navidad todos los años.

Heath no había vuelto a tumbarse. Por el ruido que hacía, Sarah dedujo que había hecho una pelota con el film transparente y se la pasaba de una mano a la otra. Imaginó que probablemente tenía la cabeza vuelta y estaba mirándola, mirándola como ella no le miraría a él.

—La relación de mis padres se iría a pique si papá se enterara —prosiguió—. Es muy controlador. Me llevo bien con él, pero... siempre impone su voluntad. No física, sino emocionalmente. A veces da miedo. Si descubriera que le hemos ocultado ese secreto durante todos estos años, no sé qué haría, la verdad. De ahí el rencor de mamá: me culpa de lo que tiene que esconder.

Sin pedir permiso esta vez, Heath apoyó la mano sobre la pantorrilla de Sarah y la deslizó sobre la fina lana de las mallas térmicas. Apretó y frotó con los dedos. Sarah cerró los ojos.

¿Cómo podía saber por qué el corazón le latía más deprisa en ese momento? En medio de la niebla, bajo la tenue luz de la caravana, en la montaña, era difícil saberlo. Después de la conversación que habían tenido, era imposible saberlo. El ardor que provocaba la caricia, la necesidad de que esa caricia continuara, el deseo de algo más, sumado al absurdo impulso de llorar, procedían de un lugar confuso. Sarah inspiró apenada. Heath era peligroso porque la hacía sentir así, porque la hacía hablar. Él subió la mano. El colchón se hundió con su peso. Durante casi una hora él había estado tocándola, insensibilizándola al tiempo que agudizaba su sensibilidad. Sarah abrió los ojos y miró al techo cuando él la tumbó boca arriba.

—Dime qué quieres.

Heath lo dijo como si fuera muy fácil. Ella buscó en su interior una respuesta igualmente directa. Él se tendió a su lado, tuvo la prudencia de no arrodillarse junto a Sarah, se colocó a su nivel, acercó la cara a la de ella y le puso una mano en el

vientre.

—¿Doy la impresión de ser una persona manipulable?

—Das la impresión de ser fuerte y sexy.

—No, no es cierto.

Él movió la mano hacia delante y hacia atrás entre los huesos de la cadera de Sarah y la subió por el torso para palparle las costillas; pasó el pulgar entre los pechos al tiempo que apretaba los labios contra su hombro, que la besaban, con los ojos fijos en el lado de su cara.

—Sí lo es.

Deslizó los nudillos por debajo de los senos. La lana gris era una segunda piel. A ella le hervía la sangre, tenía la mente en blanco. Él pasó los dedos por la curva de los pechos. Sarah se mordió el labio inferior. Se arqueó bajo la mano de Heath. Él murmuró complacido, sin apartar los labios de su hombro.

Separó los dedos para abarcar más partes del cuerpo de Sarah, le acarició el muslo y el costado. Le recorrió el vientre con los dedos. Ella volvió la cara. Cerró los ojos con fuerza. El deseo era veloz, intenso e incómodo. La necesidad era indudable, ya fuera necesidad de él o necesidad en general; era muy difícil determinarlo.

—Esto está bien —dijo él.

Su voz se había vuelto grave y ronca. Sarah se frotaba contra su mano. Él la había tenido una fracción de segundo entre las piernas de ella, que había levantado las caderas para alcanzarla. Frotándose contra él tenía la impresión de que la incertidumbre no existía. Sin embargo, no le resultaba fácil responder a la pregunta de si aún albergaba dudas.

—Sarah —dijo él, y le alzó la barbilla para obligarla a mirarle.

Era un Heath distinto, más auténtico, menos contenido. El contacto visual le permitió asegurarse de que ella estaba bien. Sarah no sabía su apellido, él tenía el rifle, le había mentado sobre eso, se estaban quedando sin comida y tal vez nunca llegaría a averiguar quién era, pero... se sentía mejor con él de lo que se había sentido con nadie. Heath deslizó la mano bajo las mallas. La acarició suavemente por encima de la ropa interior.

Durante los cinco minutos más o menos que condujeron a Sarah al orgasmo, se produjo una enorme marea de sensaciones inconfundibles. Ella le rodeó la muñeca con la mano y le guio los dedos. Giró el cuerpo hacia él. Se arrimó más. Él le levantó la camiseta, bajó la cabeza y le besó los pechos. Sarah pronunció su nombre, porque «Heath» era como un grito de rebeldía contra todos los «él» de su vida. «Heath» era un motín contra el clima y la montaña, contra Lauriston, contra el mundo. Tuvo un orgasmo intenso.

Fuera, junto al fuego y bajo la suave luz matizada por la niebla, Sarah observó el

tatuaje del torso de Heath. Estaba sentado en una silla, de cara a la estufa. Ella se acuclilló entre sus rodillas y le hizo inclinarse hacia atrás. Recorrió el tatuaje con los dedos y luego con el pulgar. No era un dibujo original; era parecido a los de la mayoría de los jóvenes, símbolos prestados de otras culturas y diseños sacados de una página web o una revista. Lo recorrió con los dedos y le acarició el pecho.

—Tienes un cuerpo magnífico —le dijo.

Había varios elementos dignos de admiración: los finos poros de la piel, el tacto y el aspecto de los músculos y huesos de debajo, la línea de vello negro que ascendía hasta el ombligo, el hermoso contorno de los hombros, un cuerpo que no era predecible como los tatuajes, sino único, grácil y masculino. Todo en él era proporcionado y nada destacaba especialmente. Pero tampoco era perfecto. Tenía las tetillas pequeñas y pálidas, vello moreno que comenzaba a crecer en el pecho y un leve sarpullido provocado sin duda por un depilado a la cera, fruto de la vanidad. El vello facial le llegaba hasta el cuello y dejaba a la vista algunas zonas de piel rojiza e irritada.

Después de respirar de forma regular durante un rato, Heath inspiró hondo, expandió el pecho e hizo un ruidito con la garganta. Ella le miró. Las pupilas dilatadas de él le recordaron dónde se encontraba y qué estaba haciendo. Él se inclinó hacia delante y la besó. Antes, en la caravana, solo le había besado los pechos, los hombros y el cuello. Ahí estaban ahora la sacudida y la chispa de electricidad que acompañan a la novedad del primer beso, junto con una ternura que la dejó sin respiración. Él le puso la mano ahuecada en la nuca y ladeó la cabeza de modo insinuante. La premura y la pasión que imprimió al beso tenían que halagarla. Tal intensidad podía llevar a pensar que se hallaban en otro lugar, que eran dos personas en una discoteca o que se besaban después de una cena romántica. Ella se apartó. Le desabrochó el botón de los pantalones y le indicó que se levantara. Él se los bajó hasta los tobillos, sacó un pie de una pernera y dejó que la otra cayera alrededor del otro. Sarah volvió a sentarle y le separó las rodillas para meterse otra vez entre ellas. El tatuaje del muslo representaba una especie de dagas retorcidas que formaban las palabras «Bravo Hotel». Sarah se fijó también en el otro muslo, desprovisto de tatuajes.

Le gustaron las reacciones del cuerpo de Heath cuando le recorrió las piernas con los dedos. Y también le gustó lo que él decía, su aparente empeño en convertir el momento en especial. El romanticismo era dulce y tranquilizador. Los sonidos que salían del pecho de él eran sensuales. Le alteraron la respiración. La envalentonaron. Sarah acarició la erección a través de la ropa interior de algodón. La aturdió estar acariciándole acuclillada y vestida, con el día frío a la espalda y la montaña detrás. Lo comparó con su marido. La erección de Heath no era tan grande pero sí mejor, más dura; el pene parecía más en consonancia con él, no un órgano con vida propia.

Además, era mucho más sensible al tacto. Cuando estuvieron piel contra piel (la mano de Sarah bajo la cinturilla de los calzoncillos), él tomó la iniciativa un momento para enseñarle cómo debía tocarle, de forma menos directa, el método que él prefería. Le gustaban las caricias lentas e incitantes. Si algo tenían era tiempo. Ella le bajó un milímetro la ropa interior, le pasó un dedo por el pene, lo apretó con los labios pero no lo lamió, luego lo lamió pero no lo chupó, y así sucesivamente. No es de extrañar que ella se excitara al notar que él se debilitaba y que al mismo tiempo el miembro palpitaba visiblemente.

Seguía vestida, con las botas y la muda térmica puestas, una camisa encima de la camiseta. Si él intentaba tocarla, ella se apartaba.

—Esto es lo que hemos de hacer. Uno de los dos tiene que estar vestido; si no, nos despistaremos y tendremos sexo.

—En este momento, regalaría toda la comida a cambio de un condón.

—No, no lo harías. Yo no te dejaría.

Ella se enderezó y le besó el cuello, se quedó de pie a su lado y le echó la cabeza hacia atrás, saboreó su piel y le mordió suavemente. Le besó los labios con la boca cerrada, frotándola contra la de él, y luego bajó otra vez por su cuerpo, sintiéndose libre de presión, sin movimientos obligados; eso no era sexo común y corriente. Heath gemía como si le doliera. Con la caricia más inocente, se retorció en la silla.

—Estate quieto.

Tansy no paraba de relinchar porque no entendía qué hacían o porque le impacientaba que no terminaran de una vez.

Durante aquel día y el siguiente, esos momentos superaron a cualquier otro método para matar una hora sin problemas, incluido dormir.

—Un congreso —dijo Heath—. ¿Te gusta? Un congreso de salamandras. Creo que es mi favorito. Te las imaginas arrastrándose sobre dos patas, con una chaquetita puesta y la cola detrás.

Alardeaba de su dominio de los sustantivos colectivos después de que hubieran contestado a una pregunta del cuestionario del periódico: el sustantivo colectivo de un grupo de caimanes. Heath lo había acertado. Una manada. Y ahora enumeraba otros.

—Una colonia de... —dijo.

—Ese me lo sé, lo he oído.

—Si quieres, te doy una pista. —Heath movió la mano en zigzag y luego la agitó como si tocara una campanilla.

—Serpientes de cascabel. Una colonia de serpientes de cascabel.

—Un banco de...

—¿Peces?

—Del mismo hábitat.

—Un banco de... unos bichos de mar... cangrejos.

Él alzó los dos pulgares.

—Más —pidió Sarah—. Sin tantas pistas.

Un fuerte retumbo en una zona inferior de la montaña atrajo su atención. Estaban encorvados en las sillas, cerca de la estufa; se enderezaron a la vez y aguzaron el oído. Era el ruido de rocas que caían rodando, lo bastante lejos para no alarmarles, pero aun así era inquietante. Tansy, inmóvil y con las orejas tiesas, escuchaba también. Poco a poco el estruendo cesó. Sarah se levantó.

En un gesto aparentemente automático y protector, Heath le sujetó el brazo. En sus ojos apareció una mirada extraña; quizá le avergonzaba ser tan nervioso. La soltó y se puso de pie a su lado.

La niebla matutina era un velo móvil que se desplazaba y fluctuaba, pero sin disiparse. Sarah tembló.

—Eso no ha sonado nada bien.

—Un desprendimiento de tierra.

—¿Tú crees que lo habrá provocado el equipo de rescate al intentar subir por el camino?

—Espero que no, por su bien. Ha sonado como si se hubiera movido un montón de tierra.

Tansy resopló y cabeceó. Relinchó fuerte, como si plantara cara a lo que ocurría. Sarah se apoyó en Heath y se pegó a él.

—Si estuviera sola aquí, ya habría empezado a preocuparme.

—Quiero decirte una cosa —susurró él.

Ni las palabras ni el tono contribuyeron a mitigar la inquietud de Sarah.

—Me pasé todo el día de ayer y anteayer pensando en cómo decírtelo. No me parece bien ocultártelo, porque tú has sufrido por culpa de un engaño... Yo he engañado.

—Crees que son los del equipo de rescate, ¿verdad?

—Tendrán que venir tarde o temprano, pero te lo digo porque necesito que sepas que me importa lo que pienses de mí.

—¿Qué tipo de engaño?

—Feo. Estando contigo me he dado cuenta de lo feo que es.

Se apartó, apoyó las manos en las caderas y se colocó frente a ella, dispuesto a confesar, pero mirando hacia otro lado. Habló con amargura en la voz, como si estuviera decepcionado de sí mismo.

—Me repugna. Creo que no era consciente de lo doloroso y destructivo que puede ser para cualquiera. Podría destrozar a mi familia. Como ese secreto con tu madre.

—O sea, que no se trata de que engañaras a una de esas novias de tu lista.

—Ojalá.

—¿La mujer de tu hermano? —dedujo ella.

Heath asintió. Torció las comisuras de la boca con gesto de auténtica tristeza. Era incapaz de mirarla a los ojos.

—Creo que me he dado cuenta al ver el daño que te han hecho a ti. Me cuesta creer que pensara que... —meneó la cabeza— no pasaba nada o algo así. No sé qué pensaba. Quizá estaba enfadado con él. No quería portarme bien por una vez en la vida. Pero..., mierda..., a eso lo llamo yo hacer mal las cosas y pasarse.

—¿Cuánto tiempo hace?

Él se limitó a apretar los labios, avergonzado.

—Vaya.

—Pero ahora, estando contigo, esto... —se señaló el pecho y luego señaló el de ella— significa que ha terminado. Y que estuvo muy mal.

Sarah cruzó los brazos y metió las manos debajo, para protegerlas del frío.

—En realidad no habrá terminado hasta que tú le pongas punto final.

—La riada le puso punto final, esto de aquí le ha puesto punto final. He recuperado la sensatez de golpe. Nos habíamos vuelto muy imprudentes. Nos enviábamos fotos al móvil. Nos dejábamos notas y cosas para sorprendernos mutuamente, nos pasábamos de la raya a propósito. Ahora me parece una locura. A veces ella no iba a trabajar al gimnasio, le decía a él que estaba con amigas y se pasaba el día entero conmigo.

—Me duele un poco que me cuentes esto.

—Lo sé.

—Tú no sabes lo que es descubrir este tipo de cosas, enterarte de mentiras como

esta. Te destroza.

—Ahora me doy cuenta.

—¿Alguien más está enterado?

—No.

—Tu hermano no te lo perdonará; lo sabes, ¿verdad?

—No puedo decírselo. Él no lo soportaría. Ese es el problema. No es suficientemente fuerte. Sería la gota que colmaría el vaso.

—En ocasiones a mí me gustaría no haberme enterado, al menos no haber conocido todos los detalles. Crees que quieres oírlo pero, una vez que lo sabes, harías cualquier cosa por borrar las imágenes que te vienen a la cabeza. Saberlo es... — reflexionó un momento, buscando la expresión adecuada— es lo peor.

—Por eso él no debe enterarse. Seguramente he sido egoísta al contártelo. Lo he hecho para sentirme mejor conmigo mismo. Para quitarme un peso de encima. De todos modos, Sarah, necesito que sepas hasta qué punto me arrepiento. Yo no soy así. No quiero ser así... ¿Me crees?

—Arrepentirse es fácil.

—No es fácil arrepentirse tanto como me arrepiento yo. ¿Me crees?

—Me parece que sí.

Él se acercó y le acarició los brazos para que ella los abriera y le aceptara. La estrechó con fuerza.

—Cuando bajemos de aquí, quiero que pienses en lo que ha pasado y entiendas las cosas, que me entiendas a mí, que sepas quién soy.

—Crees que no tardarán en llegar. El tiempo se acaba, ¿eh? —Sarah apoyó las manos en los hombros de él—. No pasa nada. Me alegro de que me lo hayas contado.

Él le puso las manos en la parte baja de la espalda.

—Te diré una cosa: cuando subí aquí la mañana de Navidad, no esperaba esto, a ti.

—No, ya me lo imagino.

Sarah tenía la cara curada. Los moratones habían desaparecido. Heath le apartó el flequillo de los ojos y le pasó un dedo por la sien. Al abrazarla le había dado la vuelta. Ahora Sarah estaba de espaldas a la niebla. Heath le recorrió el cuello con la boca, con su aliento cálido y su lengua suave, le rozó la piel con los dientes.

Mientras Heath le besaba el cuello, ella notó que miraba por encima de su hombro hacia la niebla: durante un momento la besó mecánicamente, distraído, como si vigilara los alrededores; luego recuperó la creatividad, el deseo.

El día llegó a su fin sin rescate. La luz se desvaneció. La cena no les llenó. Las provisiones se reducían a dos latas de alubias, un paquete de fideos y raciones de cereales rancios, que tomarían en caso de extrema necesidad. Heath estaba tumbado

en la cama, boca arriba, con las rodillas dobladas, los pies separados, las manos juntas en la nuca y el cuerpo tenso, rebelándose contra esa postura relajada. Sarah estaba junto a la puerta, apoyada en los armarios.

—Muy bien —dijo ella—, ya está. No podemos esperar más. Mañana bajaré a caballo a ver si es posible cruzar el río. No me apartaré del camino. Así no me perderé.

—Si hay niebla, te perderás.

—Conozco la montaña. Si tengo que salir del camino, bajaré hasta llegar al río de las Truchas y lo seguiré en dirección al puente.

—Conocías la montaña. Con esta niebla no reconocerás nada. No sabrás en qué parte del río estás. Ni siquiera llegarás a él.

—La niebla no se disipará nunca. Es culpa del calentamiento global. Ha llovido igual en todas partes, todo es un caos y nadie va a venir a buscarnos. Bajaré por la mañana.

—No bajarás.

—¿Ah, no? ¿Piensas impedírmelo?

Heath miró al techo sin decir nada.

—No te preocupes, no me acercaré a tu coche, Heath. No pienso fisgonear para enterarme de lo que no me quieres contar... ¿O es que no quieres que me vaya porque tienes la rodilla inflamada y no sabes cómo vas a bajar?

—¿Qué quieres decir?

—Tansy.

—¡No quiero bajar de la montaña en tu caballo! —Heath habló en dirección al techo—. Métete en la cabeza que no planeo robarte el maldito caballo.

—¿El maldito caballo?

—Yo sé cómo bajar. —Lanzó a Sarah una mirada cortante, de soslayo—. No debes preocuparte por mí.

—A lo mejor no me preocuparía... —replicó ella alzando la voz— si no hicieras ese tipo de comentarios insidiosos.

—Deja que te diga que yo no soy tu principal problema, Sarah.

—¿Y por qué no me dices cuál es mi principal problema?

—La niebla.

—No des a entender esa mierda que te niegas a decirme y luego te echas atrás.

—Me refería a la niebla.

—No es cierto.

—No empieces a ponerte paranoica.

—No empieces tú con eso.

Sarah había estado a punto de pedirle que le devolviera el rifle, de acusarle de dejar la batería del móvil bajo la mesa, pero ¿cómo iba a hacerlo ahora que él había

dicho eso?

Rio con sarcasmo.

—Qué bien se te da, ¿eh? Supongo que siendo un embustero tienes que saber cómo reaccionar ante cualquier cosa. Y sabes hacerlo, sin duda.

—Gracias —contestó él con desdén.

—Vaya, esto sí que es un cambio.

—En realidad no. Incluso cuando tenemos relaciones sexuales me siento frustrado. Espera... —chasqueó los dedos—, es verdad, nosotros no tenemos relaciones sexuales. Mierda, no me extraña que esté perdiendo la chaveta.

Ella le fulminó con la mirada.

Siguieron enfadados durante un rato. Luego él se hundió en la cama.

—Eh. —Se volvió hacia ella—. Yo también tengo miedo. También estoy preocupado. Esto me está alterando tanto como a ti. No tengo ni puñetera idea de lo que ocurre allí abajo. Acusamos la tensión, simplemente. La niebla se disipará, solo hemos de esperar.

—No podemos esperar más.

—Sarah, no quiero que nos peleemos.

—La situación ha cambiado, nos estamos quedando sin comida. Nos estamos quedando sin leña seca. Tu rodilla no mejora. Empeora. Hemos de hacer algo. Esta vez no te vuelvas contra mí, porque sabes que tengo razón.

Él cerró los ojos y suspiró.

—Solo nos queda comida para un día.

—Tienes razón. —Él abrió los ojos—. ¿Esperarás un día más?

—No. Bajaré mañana a caballo. Será interesante ver si intentas impedírmelo.

En la oscuridad absoluta y compacta, Sarah notó que Heath se incorporaba de golpe en la cama.

—¿Qué pasa? —dijo.

—Escucha. La lluvia. Está lloviendo.

—Debes de haberte dormido. Lleva así un rato.

—Llueve mucho.

—Es raro que vuelva a llover tanto.

Él se tumbó.

—Sí.

Sarah estaba boca arriba. Con las piernas estiradas, los brazos cruzados sobre el torso y las manos enlazadas entre los pechos, parecía una momia egipcia. Se había tapado con las mantas hasta la barbilla, pero los movimientos de Heath las habían desplazado.

—¿Qué haces?

No le bastó la voz de Heath para saber cómo estaba tumbado. Sarah extendió el brazo y palpó bajo las mantas. Él también estaba boca arriba. Ella le dio unas palmaditas en el pecho para confirmarlo.

—No sabía si estabas boca arriba. —Apartó la mano.

—No me extraña, está muy oscuro.

—El río de las Truchas volverá a desbordarse.

—No digas eso.

—Debería haber bajado para intentar cruzarlo.

—Cuando salgamos por la mañana estaremos rodeados de agua. El mar habrá llegado hasta el barranco de Sid.

—No me cuesta imaginármelo.

Heath giró el cuerpo hacia ella.

—¿Te das cuenta de que somos como un matrimonio de viejos? Primero discutimos y al cabo de un rato charlamos del tiempo en la cama. Incluso empezamos a hablar los dos de forma parecida.

—¿Eh?

—Digo cosas que luego me parece que podrías haber dicho tú.

—¿Como qué?

—Como eso del barranco de Sid.

—Mmm. Supongo.

—A veces tú hablas como yo.

—¿Cuándo?

—Por ejemplo ahora.

—¿Solo ahora?

—Y antes.

La conversación provocó una risita a Sarah. Él también se rio entre dientes. Quizá se debiera al cambio de la presión atmosférica, pero la opresión disminuyó. La naturaleza de la tensión que sentían había cambiado. Sarah se movió.

—¿Qué haces?

—Ver cómo estás tumbado.

—¿No lo habías hecho ya?

—Esta es una inspección más concienzuda.

Él se bajó la cremallera de los pantalones cortos y con un contoneo se los quitó.

—Deja que te ayude.

—Siempre dispuesto a echar una mano... ¿Qué haces?

Él había empezado a desabrocharle la camisa. Le apartó la prenda de los hombros, metió los dedos en la cinturilla elástica de las mallas térmicas y se las quitó también.

—Estás saltándote las normas.

—De todos modos ya no recuerdo a quién le toca estar vestido. —Heath se quitó la camiseta y se estiró para buscar a tientas la linterna.

Cuando la encendió, la luz era demasiado fuerte y Sarah se apartó. Él la enfocó hacia otro lado. Proyectaba sombras siniestras en las paredes de la caravana, como el resplandor de un sórdido callejón.

—No me gusta.

—Iré a buscar la lámpara. —Él bajó de la cama—. No te vistas.

—Me estoy vistiendo.

—Ni se te ocurra.

Se oyó un ruido, como si Heath hubiera trastabillado y chocado con una silla de fuera.

—Mierda, llueve a cántaros —gritó.

—Echa un vistazo a Tansy —le pidió ella a voces.

—Sí, está bien. ¡No hay niebla!

—Me estoy poniendo las mallas... —bromeó Sarah cuando él subió el escalón de la caravana.

—Sarah, no. —Lo dijo con tono serio y un poco dolido.

Cerró la puerta. El ruido de la lluvia quedó amortiguado. Con un pudor poco habitual en él, Heath se tapaba las ingles con la lámpara aún sin encender. Tenía la linterna enfocada hacia abajo.

—¿Por qué has cerrado la puerta?

—Así es más acogedor.

—No deberíamos hacer esto. Las normas son las normas. —Sin embargo, Sarah seguía desnuda bajo las mantas.

Heath apagó la linterna y encendió la lámpara.

—¿Mejor ahora?

La luz era más tenue, un leve resplandor verdoso que les daba una tonalidad similar a la de Shrek pero, dada la situación, no estaba del todo mal. En cuanto a iluminación romántica, no iban a conseguir nada mejor estando en la montaña.

—Sigo pensando que no deberíamos hacer esto.

—Soy un adulto. Puedo controlarme.

—Yo soy adulta... y no puedo.

—Bien.

—Tú deseas que me deje llevar.

Él había traído consigo parte de la humedad y el frío del exterior. Ella empezó a temblar. Él se metió en la cama y se removió a su lado. El cuerpo desnudo de Heath era tabú para Sarah. Ese abrazo, estando los dos desnudos, le pareció lo más sexual de todo lo que habían hecho. Estaban uno en brazos del otro, frente a frente, en silencio, mirándose. Él iba a decir algo, pero se contuvo. Se habían precipitado al

prescindir de la linterna. Sarah quería que tuviera la cara iluminada.

—¿Qué pasa?

—Creo que echo en falta la niebla.

—Piensa que para mí la desilusión es mucho mayor —repuso ella—. Solo habré sido un nombre más en tu lista de conquistas, mientras que para mí tú eres... —se pasó la lengua por los labios— el Joven Enigmático y Guapísimo. Perderé el derecho a exhibirte. Me habría encantado pasearme contigo del brazo y hacer un corte de mangas a quien te mirara boquiabierto. ¿Quién me va a creer? Si ahora te parezco una loca, ¿qué pasará cuando desaparezcas y yo diga: «Juro que él estaba aquí, y estaba buenísimo»?

—No me pareces una loca.

Él se acercó más. Le metió la rodilla entre las piernas.

—Es que hay un riesgo importante —susurró ella—. Antes de separarme estuve intentando quedarme embarazada y conozco mis ciclos. Este sería el peor momento para hacerlo.

—Saldré enseguida.

—No tenemos dieciséis años, sabemos que eso no funciona.

Él se tumbó boca arriba y la colocó encima. Quedó inmovilizado debajo de ella. Sarah le puso las manos en los hombros e irguió el torso, con las piernas y las caderas pegadas a él. Le miró.

Conocía el sabor de Heath, lo recordó en un segundo; conocía su aroma, sus diversos grados de excitación; sabía cómo aumentar su deseo y cuándo estaba cerca del clímax; notaba cuándo su cuerpo estaba relajado y cuándo estaba tenso y preparado; conocía las diferentes tonalidades de verde que mostraban sus ojos. Conocía el tacto de la palma de sus manos, el grosor de sus dedos, la suavidad sedosa del empuje de sus pies, de los lóbulos, que eran pequeños; el timbre cansado de su voz por la noche, el tono grave de madrugada. Sabía lo que era notar su sonrisa en los labios; bastaba con que pensara en las veces que él desafinaba al tararear una canción country para que la invadiera una sensación de calidez. Repasar mentalmente lo que él decía, sus ideas y opiniones, se había convertido en el pasatiempo favorito de Sarah, superado únicamente por el de acariciarle.

—Mierda —dijo.

Se dispuso a bajar. Heath la detuvo agarrándole las piernas y tiró de ella hasta ponerla a horcajadas. Sentada encima de él y con la lámpara detrás, Sarah solo le veía la corta barba, el pelo negro y su hermosa silueta.

Tras mirarse un rato en silencio, él dijo:

—No quiero bajar de esta montaña sin saber qué es estar contigo de verdad.

—Búscame cuando nos hayamos ido de la montaña.

—No podré.

—Entonces no deberíamos hacer esto.

Él entrelazó las manos por encima de la cabeza. Se movió debajo de ella. Su postura era firme pero sumisa.

—A mí no me importa el riesgo. Nunca conoceré a nadie como tú. Te aseguro que en los momentos de tranquilidad volveré aquí una y otra vez; volveré mentalmente. ¿Tú no?

Sarah sabía que no podía mentir, por más que quisiera negarlo para enfriar la pasión.

—Yo también.

—Cuando me tocas tengo la sensación de que todo está bien. Cuando no me tocas no consigo poner en orden mis pensamientos. Quiero sentirte del todo. Quiero saber cómo es estar dentro de ti.

—En parte estoy triste porque me han arrebatado la posibilidad de ser madre. No quiero arriesgarme.

—Si crees que se te acaba el tiempo, ¿no deberías aprovecharlo? Nunca entenderé por qué la gente no se arriesga más cuando se hace mayor. Si tuvieras diecinueve años, no serías así; abrirías una lata de vodka con limón, le darías una calada a un porro y me montarías como una auténtica vaquera.

—Yo no era así a los diecinueve años.

—Pero tenías cuatro veces más posibilidades de quedarte embarazada.

—Gracias por recordármelo.

Heath le puso las manos en la cintura, le levantó las caderas, retorció el cuerpo y se retrepó en la cama; volvió a bajar a Sarah, de modo que esta vez su erección quedó plana bajo ella.

—Antes no estaba enfadado porque me asustara el mal tiempo y lo que esté ocurriendo al pie de la montaña. Estaba enfadado contigo. En cuanto hablas de marcharte, me enciendo. No hay ninguna razón lógica; simplemente me aterra la idea de no volver a verte.

—Esto no hará que las cosas sean...

—Creo que me he enamorado de ti.

—Tienes a tu familia —dijo Sarah juiciosamente al cabo de un momento—, a tus amigos, la granja, tienes juventud, nadie ha echado a perder diez años de tu vida... —Mientras hablaba, él le sujetó las caderas y empezó a moverla hacia delante y hacia atrás, a frotarla contra su erección—. No digas esas cosas; no piensas lo que dices, no sentirás lo mismo en cuanto bajes de aquí y vuelvas a tu vida normal.

—Debo de estar enamorado, porque sé que lo que dices es cierto y que si te quedas embarazada será un desastre, pero... —con un hábil movimiento de la mano, Heath se metió dentro de ella y embistió hasta el fondo— la verdad es que solo quiero follarte.

Sarah se quedó inmóvil. Tras días y noches negándose a sí mismos ese contacto íntimo, era extraordinariamente consciente del tamaño y el tacto de él.

—Decirle a una persona que estás enamorado de ella no es la manera de conseguir que el momento resulte más memorable.

Mientras ella hablaba, él se movía en su interior, como si las palabras y la conversación fueran el ritmo que le impulsaba. Arqueó el cuerpo y gimió.

—Esto no es amor.

—Explícame cómo es sentirlo.

—¿El amor?

—No, cómo es sentir mi pene dentro.

Sarah se apartó de él y cogió su ropa. La luz de la lámpara disminuyó y empezó a parpadear por falta de batería.

—Tú nunca has tenido que esperar para hacer el amor. Eso es lo único que sientes, Heath... una leve frustración.

Él le quitó la ropa de las manos y la empujó suavemente en la cama, boca abajo sobre la sábana. Ella tenía la parte superior de la cabeza en la almohada. Él le separó las piernas, se metió entre ellas y se guio con la mano en su interior, se tumbó encima, con el torso pegado a la espalda de Sarah y la boca junto a su oreja.

—Yo no diría que es leve.

La batería de la lámpara se terminó y la caravana se sumió en la oscuridad. Él adquirió un ritmo.

El deseo de Heath no era tan definido y recio como él; era más bien turbio y cautivador.

# Día de Fin de Año

Con la nueva lluvia llegó un tipo de humedad más cálida. Sarah no tenía frío fuera, junto a la estufa, no sentía el helor que la niebla le había provocado a veces. Estaba sentada en su silla con las rodillas en alto. Tansy estaba ensillada y preparada en el establo. Las riendas colgaban enrolladas del travesaño de madera. Eran las cinco de la madrugada. Se irían en cuanto amaneciera. La linterna estaba apagada y el suave resplandor del fuego recién encendido iluminaba a Sarah. Heath había empezado a moverse en la caravana. Abriría la puerta en cualquier momento. Ella no tenía ni idea de qué iba a decirle, ni qué le diría él.

Mientras escuchaba los ruidos que él hacía y esperaba a que apareciera, otro enigma empezó a rondarle la cabeza. Había algo en los chirridos que producía la suspensión de la caravana bajo el peso de Heath... o... no tanto eso como el hecho de que no chirriaba. Todas las veces que Heath había subido el escalón y se había dirigido renqueando a la cama, ella no había oído aquel sonido que recordaba de cuando él se encaramó a la barra de enganche. La última vez que había oído ese crujido característico fue cuando ella estuvo cavando agujeros bajo la niebla el 26 de diciembre. Miró hacia el tejado de la caravana.

Se subió a la silla y se puso de puntillas, levantó el brazo, enfocó la linterna desde arriba y miró con atención la baca mientras movía la luz hacia atrás y hacia delante.

Ahí estaba el rifle. Sarah bajó de la silla y fue hacia la barra de enganche. Como pesaba menos que Heath y era más ágil, consiguió subirse a ella sin que la caravana se inclinara ni chirriara. Desde ahí no llegaba al arma. Estiró el cuerpo, pero le faltaban unos pocos centímetros para alcanzarla.

Bajó y se dirigió a la parte trasera de la caravana, de donde colgaba una escalerilla que le permitiría llegar a la baca. Cuando empezó a subir, Heath abrió la puerta y bajó el escalón. Ella asomó la cabeza por la esquina del vehículo y vio su silueta envuelta en sombras. Él miraba hacia arriba, había visto el haz de la linterna en el techo del cobertizo y no sabía dónde estaba Sarah ni de dónde venía la luz. Ella siguió subiendo. Una vez arriba, echó un vistazo por el borde de la caravana. Heath había adivinado dónde estaba y miraba hacia arriba. Ella le recorrió con el foco de la linterna. Ninguno dijo nada.

Mientras recuperaba el arma, Sarah comprendió que Heath se había ocupado personalmente de desatar la cuerda de la baca porque le preocupaba que ella viera el rifle, y que con toda probabilidad se había lesionado definitivamente la rodilla al bajar de la barra de enganche la primera vez, por lo que no era de extrañar que la segunda hubiera tenido tanto miedo y tanto cuidado y se hubiera mostrado tan reacio a saltar. Sarah acercó el rifle a la escalerilla y empezó a descender. Cuando solo le faltaba un peldaño, alargó el brazo para coger el arma y saltó al suelo de tierra.

Todavía en la parte de atrás, donde Heath no podía verla, Sarah miró si el rifle

estaba cargado. No lo estaba. Volvió a deslizar el cerrojo y, al hacerlo, el suave sonido característico se oyó por encima del repiqueteo de la lluvia y Sarah cayó en la cuenta de que Heath no tenía forma de saber si acababa de cargarlo. Sin duda él sabía que ella llevaba munición cuando salió de casa a caballo. Al coger el rifle, debía de haber mirado si tenía balas.

Sarah echó a andar con el arma y comprendió que tenía razón: la silueta estaba rígida. A Heath le costaba mantenerse en su sitio mientras ella se acercaba.

—No eres ágil eligiendo escondites —dijo, y el doble sentido de la frase la hizo sonreír—, ha sido fácil encontrarlo y la rodilla te habría impedido trasladarlo a un lugar mejor. Es genial, hemos tenido un arma sobre la cabeza.

Heath hizo un ruido con la garganta y se sentó a la mesa. Sarah tomó asiento frente a él y se puso el rifle sobre las rodillas.

—Esto da un giro interesante al momento del interrogatorio. Es broma —añadió ella con una sonrisa.

Él no contestó.

—¿No hablas?

—¿Qué esperas, si me apuntas con un arma?

—No te estoy apuntando. La he recuperado; es mía.

—¿Por qué haces esto?

—Da igual que tenga yo el rifle o que lo tengas tú. Me lo quitaste. ¿Acaso esto es distinto de lo que hiciste tú? ¿Te incomoda que lo tenga sobre las rodillas?

—Sabes que sí.

—¿No confías en mí?

—Para.

—¿Qué crees que voy a hacer con él?

—Contigo nunca se sabe.

—Dime... —continuó ella con tono burlón—, ¿habrán encontrado ya tu coche? ¿Dónde dijiste que estaba? Y tampoco recuerdo la dirección de tus padres, ni el nombre de tu hermano, ni tu apellido, ahora que lo pienso. ¿No debería poner Hotel Bravo en tu pierna, Heath, y no al revés? B. H., ¿eh? ¿Brett? ¿Brian? ¿Barry?

Él sorbió por la nariz.

—Me parece una hipocresía —prosiguió ella— que tuvieras el arma y a mí no se me permitiera enfadarme por eso. Tuve que aceptar que tú tomaras las decisiones.

—No puedo creer que hagas esto.

—Tú me lo hiciste a mí.

—Yo no te he hecho nada. —Heath levantó un poco la voz.

—A los tíos os molesta ver amenazado vuestro liderazgo, ¿verdad? Me limito a constatar que hay una doble vara de medir.

—Anoche te dije que estoy enamorado de ti, por Dios. ¿Esta es tu reacción?

Ella dejó el rifle sobre la mesa.

—Si estás más tranquilo teniéndolo tú, toma. Y yo, lógicamente, seguiré guardando las balas.

—De acuerdo, yo lo puse en la baca. Fui yo. Lo hice para quitarlo de en medio. No sé por qué te has empeñado en volver a sacarlo.

—Fui yo quien lo quitó de en medio metiéndolo bajo el palé y tú lo sacaste para cambiarlo de sitio.

—¿Qué se supone que debía hacer? Tú tenías las balas.

Sarah le miró con los ojos entornados.

—¿Tenía?

Buscó la munición en el bolsillo de la camisa. Había notado su peso y forma familiares al vestirse por la mañana, pero no lo había mirado. Lo hizo en ese momento. El cargador estaba vacío.

Sarah dio la vuelta al estuche metálico vacío que tenía en la mano. Solo se había despegado de su cuerpo la noche anterior, cuando quedó en la cama entre el rebujo de ropa. De pronto recordó que Heath había cogido sus prendas y las había dejado fuera de su alcance.

—Esa norma de no quitarnos la ropa te tenía realmente frustrado.

Él tamborileó con los dedos sobre la mesa y meneó la cabeza.

—¿Vas a seguir con lo de «Me limito a ser precavido por tu propio bien»? ¿O probarás algún otro enfoque? Deja la táctica del «Te quiero», es cansina y poco original.

—No pretendo hacerte daño. Ni engañarte. Ya lo sabes.

—Entonces, ¿por qué no me pediste las balas?

—Porque creí que nosotros estábamos por encima de esas tonterías.

Heath cogió el rifle de la mesa, se levantó y entró en la caravana.

Sarah le oyó abrir el cajón bajo la cama. La luz se había abierto paso en el cielo. Llovía mucho. Tansy esperaba, ensillada y con las orejas levantadas; les miraba, oía y percibía el cambio.

Heath volvió a salir. Llevaba la linterna de cabeza, la bolsa hermética, que contenía su cartera y su móvil, una navaja que ella no había visto hasta entonces y la batería del teléfono de Sarah.

—¿De dónde ha salido la navaja?

—Creo que no debemos seguir hablando.

Acercó la silla a la mesa y colocó los objetos encima. Dejó la navaja en su lado del tablero. Se puso la linterna en la cabeza y enfocó hacia abajo para iluminar la superficie.

La navaja tenía muchas herramientas y Heath sacó una hoja delgada para tareas delicadas. Abrió su móvil haciendo palanca con ella. Separó las dos mitades en un

minuto, quizá menos.

Sarah se recostó en la silla con los brazos cruzados. Hundió las mejillas.

—Es increíble... si alguien se ha estado engañando a sí mismo, soy yo. Soy yo quien ha vivido en las nubes, creyendo que podía confiar en ti.

—Ya he dicho que seguramente es mejor que no hablemos.

Él intentó encajar la batería de Sarah en su móvil. No tenía la forma adecuada y era demasiado grande, los puntos metálicos de contacto no casaban. Se levantó con la navaja y fue hasta la luz trasera de la caravana, desenroscó la cubierta del intermitente, la sacó y empezó a separar los cables de las bombillas.

Entre los objetos que había dejado en la mesa estaba su cartera. Sarah hizo ademán de cogerla.

—No —dijo él junto a la caravana.

Ella mantuvo la mano encima.

—Sarah, piénsalo... Si me pones entre la espada y la pared...

Ella retiró la mano.

—Esto es el colmo. Tú me has puesto entre la espada y la pared. Me has hecho creer que podía hablar contigo. Es obvio que no tienes un hermano enfermo, o no aprovecharías la debilidad de una persona de esta manera. Me hiciste creer que el alcohol me lo había bebido yo. Me confundiste a propósito, porque sabías que podías.

Él depositó en la mesa todos los cables que había conseguido. Se proponía hacer un puente y llevar la corriente de la batería de Sarah a su móvil. Antes de empezar a conectarlos, se guardó la cartera en el bolsillo.

—¿Eres sincero? —preguntó ella con amargura.

—Sí, lo soy, lo he sido y lo fui anoche; sentía lo que dije. No estoy seguro de que tú hayas hablado con la misma sinceridad.

—¿Cómo puedes ser tan honrado?

—Me asombra que no seas capaz de ver las cosas en su contexto.

—Tú no piensas explicarme el contexto.

Él carraspeó y mantuvo la vista fija en el teléfono y los cables.

—Diga lo que diga, piensas bajar hasta el río. Por eso tengo que hacer una llamada. Siento que estés enfadada. Te quité la batería del móvil porque no tenía otro remedio. Mentí porque no tenía otro remedio. No debería haberme acostado contigo. Lo siento. Probablemente no debería haberte dicho que te quiero. Pero no me amences, no me presiones, no impidas que haga lo que debo hacer y, por favor, deja de insultarme; solo conseguirás que haga lo que sinceramente no quiero tener que hacer.

—Detesto que siempre estés diciendo «lo siento».

—Bien, pues eso también lo siento.

Él se levantó, volvió a entrar en la caravana y se puso a desmontar algo. Era un

manitas.

Entretanto, Sarah contempló la lluvia y pensó en irse. Pero ¿y si era imposible cruzar el río? Tendría que enfrentarse a una dura ascensión para regresar al cobertizo... con él.

Heath salió con una tira larga de cinta aislante usada en la mano; mantenía con cuidado la parte adherente hacia arriba. Se sentó sin mirar a Sarah y se puso a pegar los cables en las placas conductoras del teléfono.

—Si sabes arreglarlo, ¿por qué no lo hiciste antes? ¿Tenías pensado esperar a que yo lo sacara?

—Si hubiera hecho una llamada o recibido un mensaje te habrías sentido muy incómoda y habría habido un montón de problemas.

—¿Hasta este punto se han deteriorado las cosas?

—Pues sí.

Ella se levantó y se alejó de la mesa.

Era una conexión precaria, pero funcionó. La pantalla del móvil de Heath se encendió.

—Bien —murmuró él con las manos sobre el improvisado artilugio.

De la base salían cables y cinta aislante. Sarah volvió a la mesa. Vio el fondo de pantalla: la foto de un perro sabueso cubierto de cicatrices. Se inclinó para ver cuántas barras de cobertura aparecían. Sin servicio.

—Venga —dijo él con impaciencia mirando el teléfono.

—En la cabaña tendrás cobertura.

Él no miró a Sarah, pero ella advirtió que consideraba lo que acababa de decirle.

—En la caravana hay una fiambarrera de plástico. Mete dentro el móvil para que no se moje cuando bajas.

La lluvia no había amainado. Era una cota de malla titilante y ruidosa. El suelo estaría resbaladizo y los pasos de Sarah eran más seguros que los de Heath.

—El teléfono debería llevarlo yo —dijo ella.

—Lo dejarás caer a propósito.

—¿Por qué iba a hacerlo? ¿Por quién me tomas?

Él echó a andar bajo la lluvia, con el móvil dentro de la fiambarrera; avanzaba despacio, como si temiera que hubiera explosivos. Sarah se quitó la chaqueta y corrió hasta alcanzarle. Sostuvo la prenda por encima de la cabeza de Heath de modo que formara una especie de toldo delante para proteger el recipiente. Parpadeaba para que el agua no le entrara en los ojos, respiraba de forma entrecortada bajo aquel diluvio. Al cabo de pocos pasos ya estaba empapada. A Heath le costaba bajar por la pendiente. Cojeaba de mala manera, trastabillaba. Sarah le sujetó para impedir que cayera. Él se ablandó.

—Gracias —dijo.

Tras unos cuantos pasos torpes, cedió y le pasó la fiambarrera. Ella la mantuvo pegada al pecho.

—Por favor, no hagas ninguna tontería —le pidió él. El agua le chorreaba por la cara de tal modo que le impedía abrir un ojo.

Cuando entraron en la cabaña, no paró de repetir «No corras, ve despacio», mientras sorteaban los postes y leños.

Dentro de la fiambarrera sonó un tenue «da dum» que anunciaba un mensaje de texto. Sarah estuvo a punto de dejarla caer del sobresalto.

—¿Lo has oído?

—Funciona.

Sonó un «da dum» tras otro y luego, ante la avalancha, el móvil se paró y emitió un último aviso.

Sarah percibió la excitación nerviosa en la voz de Heath cuando él le dijo que dejara la fiambarrera cerca de la puerta principal. Acto seguido corrió él mismo a cerrarla para que el agua no salpicara dentro. Delante tenían el grafiti de Sid con la mujer. Sarah y Heath se miraron. En el dibujo había algo que les afectó. Al ver una levísima chispa de picardía en la mirada de Heath, que se detuvo en la frase «Y folla como un demonio», Sarah dijo:

—No va por ti.

—¿Casi como un demonio?

El momento pasó y él empezó a trabajar, a apilar trozos de madera para improvisar una mesa baja. Puso la fiambarrera encima. Sarah temblaba de expectación y de frío. La tapa de plástico estaba cubierta de gotas de lluvia que le impedían ver bien la pantalla. Heath la retiró. El móvil descansaba sobre un lecho de film transparente, pero Sarah no pudo leer la lista de mensajes porque él la apartó de un empujón. Heath se plantó delante de ella y agitó las manos para sacudirse el agua de los dedos. Del pelo le caían gotas que le calaban las mangas de la camisa y volvían a mojarle las manos.

—Lo humedecerás.

Heath se desnudó de cintura para arriba. Puso la tapa de través sobre la fiambarrera para que Sarah no viera la pantalla y fue hacia los sacos de arpillera del rincón. Cogió el de arriba y, tras sacudir el polvo y los excrementos de rata lo mejor que pudo, se secó el torso con él. Cuando volvió, olía a rata.

—Ahora tienes que regresar al cobertizo —dijo a Sarah.

—Hemos pasado por esto juntos. Quiero estar aquí cuando hagamos la llamada.

—Sarah, vete.

—Funciona con mi batería.

—Ve con tu caballo. Si viene un helicóptero, se asustará. Está amainando.

Sarah escuchó la lluvia y miró por la ventana; llovía menos.

—Seguramente ya están de camino —añadió Heath—. Has estado preocupada todos estos días; pues bien, ahora es cuando deberías preocuparte. Si no la tranquilizas, se escapará.

Tansy seguía junto a la cerca de madera. La lluvia se había convertido en llovizna. El mar no llegaba hasta el barranco de Sid. El mundo era como lo habían dejado siete días antes, húmedo y verde, con un cielo turbulento y cubierto de nubes de tormenta entre las que se vislumbraba el azul estival. Sarah ató a Tansy a la pared de atrás del cobertizo. No se molestó en quitarse la ropa mojada ni en secarse; caminó de un lado a otro, esperando. Al ver que los minutos se prolongaban, entró en la caravana. El rifle no estaba en el cajón bajo la cama, donde creía que él lo había guardado.

Pero al abrirlo oyó algo que rozaba. En el fondo del cajón se había enganchado un pedazo de cartón o papel que rascaba. Sarah miró en el hueco oscuro. Apenas distinguió el objeto: una cajita de cartón. Metió el brazo en el reducido espacio, lo extendió y movió los dedos para llegar a ella. Estaba muy al fondo. Tenía una solapa abierta, que había quedado atrapada en la guía del cajón. Sarah la arrancó. Palpó el extremo de un plástico fino dentro de la caja. Se hizo una idea de lo que había encontrado.

Se sentó en el suelo con la caja de calmantes en la mano. Heath había sacado todas las pastillas, las había tirado. Los dos blísteres estaban vacíos. Sarah imaginó cómo se defendería Heath si le preguntaba por la desaparición de la caja: esgrimiría los pensamientos de suicidio que ella misma había reconocido; afirmaría que la estaba protegiendo de sí misma. Sarah lanzó la caja con los blísteres vacíos por el suelo de la caravana y vio cómo resbalaban y se deslizaban.

Al abrir del todo el cajón, lo había sacado de las guías. Hizo malabarismos para volver a colocarlo en su sitio y lo cerró de golpe con impaciencia. La caravana osciló. Un objeto pequeño cayó al suelo, a su lado.

Sarah apartó una pelota de film transparente usado. Una bala de plata había ido a parar a un rincón. Heath había tardado tanto en vestirse por la mañana porque la había estado buscando. Las sábanas de la cama estaban retiradas, las almohadas, apiladas en el centro. Sarah le imaginó la noche anterior manipulando el cargador en la oscuridad para vaciarlo, con cuidado de no despertarla, y con tanta prisa que se le había caído una bala. Sarah la recogió y la hizo rodar entre los dedos. Sintió el impulso de tirarla, de lanzarla junto al envase de pastillas vacío.

Tansy relinchó. Sarah se puso de pie y fue hasta la puerta de la caravana. Se metió la bala en el bolsillo. La yegua tiraba del ronzal, encabritada. Coceaba y trataba de soltarse del travesaño de acero.

Sarah corrió hacia el establo mirando al cielo, pero el sonido no venía de arriba,

sino que se elevaba de la tierra; no era un helicóptero, sino un retumbo que sacudía el cobertizo. La chapa y el acero tintineaban. Sarah se quedó paralizada. Otra vez no. Era imposible que una ola llegara a la cima de una montaña. Si les caía encima una pared de agua, Sarah sabría que el mundo se había venido abajo y que nada volvería a ser igual. El retumbo cesó tan rápidamente como había surgido. Tansy seguía tirando del ronzal.

—Chisss... no pasa nada...

Sarah percibió un olor extraño. No hizo caso, concentrada como estaba en la yegua. Entró en el establo.

—Eh, no pasa nada.

Tansy no estaba de acuerdo. Reculó y resopló. Relinchó con fuerza para que la desatara. El olor se intensificó. Sarah olisqueó el aire. ¿Polvo? ¿Roca pulverizada? El aroma a tierra. Se dio la vuelta.

Ahora que no llovía, Sarah veía el barranco de Sid y el monte alrededor. Desde donde estaba, no debería ver el barranco de Sid. Normalmente la cabaña lo tapaba. Sarah tardó unos segundos en coordinar la vista y el cerebro. Entonces comprendió. Lo único que quedaba de la Cabaña del Ahorcado era la chimenea. El resto se había derrumbado.

Sarah tuvo la presencia de ánimo necesaria para coger una pala y una palanca antes de precipitarse bajo la lluvia en dirección a la cabaña. Se paró en seco después del baño anexo (todavía intacto), en el lugar donde antes se extendía una leve pendiente y ahora había un corte abrupto en el terreno. La parte baja del campamento se había deslizado uno o dos metros. Se había abierto una enorme brecha en la tierra empapada. El corrimiento había derrumbado las paredes de la cabaña. Esta vez ni siquiera la chimenea había resistido bien a los elementos. Estaba inclinada, amenazaba con desplomarse sobre las partes del edificio que seguían en pie.

—Heath —gritó Sarah hacia la estructura derruida—. ¡Heath!

Caminó en paralelo al deslizamiento y luego corrió hasta la zona en obras. El polvo de roca y el mortero triturado enturbiaban el aire húmedo. Sarah avanzó a toda prisa entre el caos. Arrastraba la pala y la palanca. Algunas partes de la cabaña habían quedado reducidas a montones de piedras. La zona alrededor de la puerta principal estaba derruida. Primero se abrió paso por ahí, apartando con cuidado las piedras y las vigas de madera, sin asegurarse de que los escombros aguantaran su peso. Una fuerza poderosa actuaba contra ella y contra Heath. La racha de mala suerte duraba demasiado y parecía que la tierra ya no quería acogerles. El mundo no solo no se preocupaba por ellos, sino que iba a hacer todo lo posible por echarles a patadas. Pero Sarah no debía pensar así. El derrumbe de la cabaña no era una cuestión de mala suerte; era natural que el terreno del campamento se hubiera movido, pues no había árboles cuyas raíces lo mantuvieran firme y absorbieran el agua. Pensándolo bien, la auténtica anomalía era que por lo general el agua y la tierra, las riadas y el fuego, los bichos y las serpientes, las alimañas, se mantuvieran a raya. En cuanto asomaban, provocaban un revuelo. No debería ser así. Sarah debía considerarse afortunada por no tener que enfrentarse a un corrimiento de tierras todos los malditos días de su vida.

Oyó un grito. Dejó de gatear.

—¡Heath!

Escuchó.

El grito amortiguado provenía de una parte medio derruida de la cabaña, debajo de la chimenea. Sarah se olvidó del peligro y trepó por el tejado. El polvo se le metía en la nariz. La chimenea de piedra se inclinaba amenazadora.

—Estoy aquí, estoy aquí, estoy aquí... —gritaba él.

Sarah bajó a la parte de la cabaña que todavía aguantaba. Se agachó entre las piedras caídas y los pedazos de madera contrachapada que cubrían el suelo.

—Estoy aquí. —Ahora le oía mejor, y parecía que él la veía.

Pero ella no le veía a él. El aire estaba lleno de polvo y de partículas de madera fibrosa. Oír la viveza de su voz era esperanzador; más que esperanzador: era un manantial de emoción ardiente en su interior, un puro clamor en su corazón y, en su

mente, la rotunda conciencia de que él le importaba, y mucho. Sarah agachó la cabeza y avanzó con cuidado hasta una zona donde el techo seguía intacto pero había bajado a menos de un metro del suelo.

—Por aquí...

Ella reptó por debajo de una viga partida.

Heath tenía una auténtica habilidad para apoltronarse, para relajarse cuando se hallaba en peligro; estaba sentado en el poyo de la chimenea, cubierto de polvo, con la espalda reclinada en la piedra que rodeaba el hogar, una pierna levantada y el codo apoyado en ella. El techo caído le rozaba la coronilla.

—No sé tú, pero yo empiezo a pensar que Sid se está burlando de nosotros.

Sarah se levantó. Podía estar de pie, medio erguida.

—No, eres tú, que intentas desaparecer de forma tan espectacular como apareciste.

—He fracasado.

Estaba con el torso desnudo, lúcido, a cubierto, pero atrapado. Tenía la pierna izquierda, la de la rodilla lesionada, bajo una larga viga de madera, un extremo de la cual estaba entre un montón de escombros; el otro seguía empotrado en el techo caído. No le presionaba la pierna, pero se encontraba firmemente apoyada en el suelo, y Heath tenía el pie aprisionado entre ella y el hogar de piedra.

—Bien, vamos a apartar esto.

Desde su posición a cubierto, Heath no era consciente de la gravedad de su situación; la chimenea inclinada, las piedras, la masa de agua y cemento, el caos de vigas gruesas, chapa, postes de andamios, todo indicaba que sacarle no sería una tarea tan fácil como él creía. Puso las manos sobre la viga y la empujó.

—Mete la palanca debajo.

Para liberar el pie había que hacer palanca. Sarah se agachó y deslizó la barra bajo la viga. La levantó mientras él empujaba. La viga pesaba mucho, como un coche; no daba la impresión de pesar tanto y, si en la posición adecuada era posible desplazarla un poquito, existía la tentadora posibilidad de que se moviera...; aun así, con la fuerza de dos personas no conseguirían nada. Sarah sacó la palanca. Los dos tosieron y recuperaron el aliento.

—¿Te has puesto en contacto con alguien? ¿Vienen a rescatarnos?

—Lo que viene es mal tiempo.

—¿De qué tipo? —Sarah se cuidó de no levantar la vista al preguntarlo.

—Vendavales.

La cara de Sarah debió de revelar algo, o bien él dedujo lo que había ocurrido.

—¿La parte que se ha derrumbado es la restaurada? Ha cedido la parte nueva, eso es lo que ha pasado, ¿verdad?

Hasta entonces Sarah daba por supuesto que él sabía lo que había sucedido; no fue lo bastante rápida para ocultar su sorpresa al ver que no era así.

—¿Es un corrimiento?

—Ya ha terminado.

Él empezó a empujar otra vez la viga con todas sus fuerzas y al cabo de un segundo tenía la cara roja.

—Dame la barra, tenemos que apartar esto...

—No te dejes llevar por el pánico.

—Todo esto puede ceder en cualquier momento. ¿Es muy grande el desprendimiento?

—Hasta el barranco de Sid, solamente.

—Joder. ¿El cobertizo ha aguantado?

—El corrimiento empieza después del baño.

—¿La chimenea se ha caído?

—Sí, se ha caído —mintió ella.

—No puedo esperar de brazos cruzados a que el suelo se deslice debajo de mí. Esta maldita viga me cortará el pie. Me lo arrancará.

—¿El móvil?

—No —se limitó a decir él.

—¿Lo dejaste al lado de la puerta?

—Sí. Pensé que se caía la pared reformada... —Miró alrededor para reevaluar su apurada situación—. Corrí hacia aquí para apartarme. ¿Cuánto terreno se ha movido?

—No es un desprendimiento grande. ¿Cuándo empezará el viento exactamente? ¿Te lo han dicho?

—Pronto. ¿Por qué?

Sarah se agachó para mirar de nuevo la posición del pie y calcular cuánto espacio tenía. Heath había conseguido quitarse la bota y el calcetín por sí solo. Tenía el pie pálido y el tobillo arañado y ensangrentado en la zona que se había rascado con las rocas de la chimenea al tirar para sacarlo. Ella palpó el hueso con los dedos. Heath levantó el pie e intentó sacarlo. Lo colocó en todos los ángulos posibles. Al ver cómo respiraba, Sarah dedujo que le dolía al moverlo.

—Falta muy poco —masculló él.

—Tú eres bueno en situaciones como esta; piensa, trata de no dejarte llevar por el pánico y piensa, tenemos que levantar la viga y empujarla un poco hacia aquí. Debemos hacerlo antes de que empiece el viento. ¿No había sierras ni nada de eso cuando miramos?

—No.

—¿Un cincel?

—Me habría fijado.

—¿Puedo mover la viga haciendo contrapeso con algo?

—¡Mierda! ¡No puedo pensar!

—Chisss, te sacaremos.

Él frunció el ceño.

—¿El suelo que hay bajo la viga es firme?

Sarah miró.

—Sí. Pero se ha metido tierra debajo, así que no podemos pasar nada bajo los tablones, aunque... De todos modos, creo que no podemos dejar caer la viga; si baja un poco más podría aplastarte el pie.

—¿Pero el suelo es firme?

—Sí.

Ella se quedó callada para dejarle pensar.

—La roldana, en la caravana —dijo Heath—, quizá baste con eso; podemos meterla debajo y usarla como gato.

—¿Aguantaría?

El techo crujió y se movió sobre ellos. Cayó una lluvia de mortero pulverizado.

—¡Ve a buscarla!

Sarah subió a toda velocidad por la ladera hasta el cobertizo. Cayó de rodillas al lado de la barra de enganche. La polea estaba sujeta a ella con una cadena y un candado. Tal como había imaginado. Frustrada, dio un puntapié al candado. Levantó la cabeza y trató de pensar con claridad. ¿Había visto llaves para el candado? Si estuvieran en la caravana, las habrían encontrado hacía días. Para colmo, la roldana era un robusto cilindro de acero, la manivela era sólida; parecía que podía servir para lo que Heath quería. A lo mejor él había visto las llaves y se las había quedado. A fin de cuentas, había cogido cuanto había encontrado.

Después de meter varias cosas en una caja —comida y agua, mantas, ropa seca, la lámpara de cabeza, la linterna, todos los cuchillos afilados e instrumentos puntiagudos que halló, cascos, gafas protectoras—, al buscar el juego de llaves de la polea (un último intento desesperado, por si acaso), encontró el rifle. Heath lo había metido debajo del colchón. Al lado del arma vio la cuerda que había estado atada a la boca de la caravana.

Sarah desperdició unos segundos preciosos mirándola.

Había dormido durante todo ese tiempo sobre una cuerda enrollada. ¿Puesta ahí para atarla? ¿Para que Heath pudiera, en cualquier momento, sujetarle las manos en la oscuridad y atarla sin que ella supiera qué estaba haciendo?

Sarah volvió a la cabaña y encontró a Heath inclinado hacia un lado, con el cuerpo estirado. Recogía todas las piedras sueltas que podía y las metía en un saco de arpillera que había sacado de debajo de los escombros y que tenía junto a la pierna, para que llenara el hueco entre la viga y el hogar de la chimenea.

—¿Para qué es eso?

—Es una barrera para impedir que la viga me aplaste la pierna si el suelo vuelve a moverse.

Sarah le pasó un casco.

—Está sujeta con un candado.

—¿No recuerdas haber visto llaves?

—Confiaba en que tú las hubieras visto.

Él agachó la cabeza para ponerse el casco.

—No.

Sarah dejó la caja junto a él, en el hogar.

—He encontrado un par de cosas. —Sacó la cuerda del bolsillo y la tiró a la caja—. Imagínate si me hubieras atado, Heath. Habría sido bastante irónico. Habría estado inmovilizada y amordazada, y no habría podido bajar aquí a salvarte el pellejo.

Él miró la cuerda en la caja.

—Joder, ¿no podríamos centrarnos en una sola cosa cada vez? ¿Ha aumentado el corrimiento? ¿Se ha deslizado más tierra?

—Por lo que he visto, no.

—Sarah, no pensaba atarte.

Ella se fijó entonces en que estaba encorvado, mientras que antes podía sentarse derecho. Volvió a sentir una oleada de pánico. Oyó ruido de escombros que se movían y caían en alguna parte de la cabaña derruida.

Él hurgó en la caja, en busca de instrumentos para cortar y serrar. Le temblaban las manos.

—¿Te he comentado que desde que saqué a Jasper de la madriguera del wombat mi peor pesadilla es ser enterrado vivo?

—¿Estás seguro de que el equipo de rescate no va a venir?

—Las ráfagas de viento alcanzarán los cien kilómetros por hora; no pueden venir. La chimenea sigue en pie y está inclinada hacia aquí, ¿verdad? Por eso te preocupaba el viento.

—A lo mejor podemos apuntalar esto. —Sarah tocó el techo caído—. Traeré los andamios y haremos una caja a tu alrededor; así estarás a salvo hasta que lleguen.

—El andamio no servirá de nada, solo para dejarme aprisionado aquí dentro. —Se palpó los bolsillos—. ¿Cuánto tardarías en llegar a caballo hasta la planicie y volver?

—Yo... Depende de cómo esté el camino.

—¿Cuánto tardarías?

Heath bajó la cremallera de un bolsillo lateral y sacó un juego de llaves.

—Quizá... dos horas. Una para bajar y otra para volver, si voy rápido.

—Yo intentaré romper esto mientras tú bajas. —Le dio las llaves—. Mi coche

está allí. En la planicie. —Se calló y esperó a ver cómo reaccionaba ella. Su mirada sencilla y franca indicaba que era consciente de la situación en que se había metido él solo.

—De acuerdo.

—Está atascado en el barro detrás de aquellos troncos apilados, ¿los has visto?

—Sí.

—En la parte de atrás de la camioneta hay un gato hidráulico dentro de una bolsa roja. No te olvides de coger la manivela. Estará en la bolsa, pero asegúrate. Espero que te quepa el gato en la mochila. Coge también la cizalla que hay dentro del coche, para la polea, por si acaso.

—¿Crees que puedo dejarte solo durante tanto rato?

—Podemos trastear por aquí e intentar varias cosas, pero sería una pérdida de tiempo. El gato la levantará.

De las cuatro llaves del llavero, la mayor era de un Toyota. Tenía la marca impresa en el metal. Los dientes estaban descoloridos y gastados. Había una llave verde, otra plateada y lisa, y una especie de llavín de un armario, roto, con la punta partida. El llavero era un juego de pesas en miniatura con «The Fitness Club» escrito sobre la plaquita metálica.

—Sarah...

Ella dejó de mirar las llaves.

—¿Volverás?

—Claro.

—No. —Él se quedó callado un momento, con gesto serio—. ¿Volverás pase lo que pase?

—No te dejaré en la estacada.

—Si vuelves, nunca lo olvidaré.

Ella se quitó el reloj y se lo dio.

—Si tardo más de dos horas será por culpa del camino y de los deslizamientos de tierra.

—Ayúdame a ponerme la bota. A lo mejor me salva el pie si esta cosa se mueve.

Le pasó la bota y el calcetín. Sarah se tumbó boca abajo y deslizó la mano bajo la viga para ponérselos. Si el suelo se movía en aquel momento y la viga caía, le aplastaría las manos y los brazos.

Le ató la bota sin apretar demasiado. Él metió la mano en el hueco y empezó a rascar la viga con la cuchilla de su navaja. Sonaba a madera compacta, tersa y densa. Heath utilizó una piedra del tamaño de una mano para golpear el otro extremo de la navaja. Debido a la estrechez del espacio, esa acción resultaba prácticamente imposible.

—Desde la planicie divisarás el río de las Truchas. Verás los equipos de rescate y

la maquinaria. Ellos saben que estamos aquí, Sarah. Han intentado reparar el puente para cruzar el río. Pero, por muy cerca que estén, no podrán llegar hasta aquí tan rápido como tú con Tansy. Tú lo sabes, pero ellos no. Si te ven, tratarán de detenerte.

—Cogeré el gato y volveré, no haré nada más.

—No dejes que te vean o te detendrán.

—Heath, voy a volver.

—No me llamo Heath.

Sarah se irguió. Mantuvo la mirada baja. Se concentró en la misión que tenía entre manos, la misión que la aguardaba.

—No sé si quiero oír nada más en este momento.

—Cómo me siento contigo, lo que siento por ti, es la razón por la que todo esto se ha ido al carajo. Si no me importaras, no estaría aquí. No estaría así.

—Si empiezas a contarme cosas ahora, no sé, Heath, puede... —Se calló al recordar que ese no era su nombre—. Eso no ayudará —concluyó.

—¿Quieres saber mi verdadero nombre?

—No. Ahora no. Podría hacerme sentir que eres un desconocido.

Él asintió, como si ya lo supiera.

—Si te sirve de consuelo, Heath es el apodo que me pusieron en el colegio. Heathy. —Parpadeó y trató de sonreír.

Ella se limpió el polvo que le obstruía las fosas nasales; al toser expulsó ese mismo aire seco de la garganta.

—Tápate la cara con la camisa que he traído para no inhalar este polvo. Humedécela y respira a través de ella.

—Sarah...

Ella no podía mirarle.

—Las mentiras eran... palabras que cubrían todas las cosas que realmente quería decir.

—De acuerdo.

—¿No piensas mirarme?

—Te miraré cuando vuelva.

—Hazlo por mí... vuelve, y te juro que estaré a tu lado. ¿Cuánto necesitas para saldar la deuda? ¿Necesitas un terreno para Tansy? ¿Cuarenta acres, un establo? —Le tendió la mano—. Chócala.

—Aparta la mano. No hagas eso.

—No vas a volver.

—Volveré.

—No te dejarán si te ven.

—No dejaré que me vean.

Las ráfagas de aire eran como un viento de cola que empujaba a Sarah hacia delante en la silla de montar e impulsaba a Tansy a galopar más rápido. Cubrieron el terreno a esa velocidad mientras pudieron, la parte más empinada quedaba más adelante, al igual que las franjas de tierra arrastrada por la corriente; a Sarah le sorprendió el buen estado del camino. Las torrenteras que se habían formado en la grava eran poco profundas; las zanjas abiertas a ambos lados habían cumplido su función de recoger el agua; eran hondas y estaban limpias. Sarah se dijo que no debía confiarse.

La cabalgada, la velocidad de Tansy, su conocimiento del terreno, su energía y su ritmo...; procuraba que todo eso ocupara el primer plano de su pensamiento. Realizó un rápido repaso mental de su condición física: estaba hidratada y no demasiado cansada, a pesar de no haber dormido. Llevaba vaqueros, se había puesto una camisa seca. La grava, su chirrido húmedo al deshacerse bajo los cascos de Tansy, el avance, el aire que expelían los ollares de la yegua, el terreno que tenía delante, las cuestiones logísticas ocupaban el pensamiento de Sarah.

A un lado del camino, un terraplén empinado se había venido abajo e impedía el paso. Arbolitos y arbustos se mezclaban con la tierra y las piedras. Sarah tuvo que dar media vuelta y retroceder cincuenta metros, hasta la parte en que el terraplén estaba intacto y era menos abrupto. Condujo a Tansy por la pendiente y la espoleó para que entrara en el monte que se extendía por encima del camino. El terreno era irregular. Había troncos que esquivar. Arbolillos que le azotaban las piernas y hojas que le rozaban los hombros y la cara. Se agachó para pasar bajo las ramas.

En cuanto pudo, tiró de las riendas para que Tansy bajara de nuevo al camino, que a lo largo de varios kilómetros estaba bordeado de eucaliptos que se inclinaban hacia él. El suelo estaba cubierto de ramas pequeñas y otras más grandes, de palos y vástagos; no había tiempo para sortearlos; saltaron por encima.

Las ráfagas de viento eran cada vez más fuertes y comenzaban a formarse masas de nubes grises. No hacía frío; una brisa continental cargada de humedad soplaba del norte. El pelaje de Tansy brillaba de sudor. La yegua mantenía el ritmo y sabía qué hacer, conocía su deber. Sarah no tenía que espolearla. El camino era empinado y cada paso provocaba una sacudida en las patas delanteras de Tansy, pero nada aminoraba su ritmo. Llegaron a un derrubio del tamaño de un coche y lo atravesaron como lo habían hecho siete días antes: redoblando la velocidad y sin mirar atrás. El camino empeoró a partir de ahí. Cuanto más descendían, mayor era la cuenca de drenaje que quedaba encima y, por lo tanto, más agua había y mayores eran los daños. Tuvieron que dejar el camino otra vez y cabalgar por el monte.

Algunos tramos eran tan escarpados que bajaron de lado, resbalando. Tansy se resistió en un par de sitios y tuvo que templar los nervios antes de avanzar por el terreno abrupto, con las ancas prácticamente al nivel del suelo y Sarah aferrada a la

silla. Superaban los obstáculos uno por uno, con tenacidad; Sarah iba recostada sobre el caballo, como el protagonista de *El hombre de río Nevado*, pero sin el estallido del látigo ni la velocidad suicida.

Tansy tropezaba, más de una vez Sarah estuvo a punto de caerse; estaban al límite de sus capacidades. Pero Sarah había llegado a un estado en el que nada le preocupaba; cuevas prácticamente verticales, obstáculos y troncos cubiertos de musgo, socavones, una roca puntiaguda oculta bajo los helechos, todo eso eran cosas que debía salvar, nada más. Tansy se tambaleó y Sarah se vio lanzada hacia delante; se agarró a la crin mientras recuperaba el equilibrio. Sus dedos se aferraron a la crin, sus piernas presionaron los costados de la yegua, el vientre se le contrajo, tensó el cuello y la espalda para resistir el impulso durante un par de segundos, hasta que volvió a estar en la silla y pudo moverse de nuevo al unísono con la yegua.

Regresaron al camino tras lo que pareció una hora de lento descenso por el monte. El sol estaba más alto. Las ráfagas de viento eran más fuertes. Con suerte, el trayecto por el monte no había durado tanto tiempo como parecía.

El agua había arrastrado la grava del camino, que se amontonaba a ambos lados. La pista parecía el lecho de un arroyo seco. Avanzaron a medio galope por el centro, saltaron ramas arrancadas por la lluvia, salvaron zanjas; el paisaje empezaba a ser más familiar, vistas a las que Sarah estaba más acostumbrada. El monte era cada vez más imponente, con altos eucaliptos y el sotobosque reducido a una capa de hierba baja. Un ave lira voló delante de ellas. Pájaros más pequeños rebuscaban en los montículos de mantillo y hojas arrastradas por la lluvia. El dolor muscular y de las articulaciones se convirtió en algo más que había que superar. Dar media vuelta para subir otra vez a la montaña completaría la sesión de ejercicios. Los músculos y las articulaciones que aún no estaban afectados lo estarían en el viaje de regreso, y para ciertas partes de su cuerpo supondría una dosis doble de esfuerzo.

Cuando faltaban pocos kilómetros para llegar a la bifurcación, Sarah cambió de criterio: dejó que Tansy cogiera las últimas curvas y rectas a su aire y ella se puso a pensar en lo que la aguardaba, en la planicie, en el coche de Heath. Imaginó que cabalgaba hasta allí, visualizó el vehículo (bien equipado, con tracción a las cuatro ruedas). Hizo conjeturas y se dedicó a preguntarse: «¿Y si...? ¿Y si hubiera drogas? ¿Y si hubiera pruebas de algo más?». En su imaginación, reaccionaba a todas esas cosas de forma similar: tras vacilar un momento, decidía seguir adelante, cogía el gato y volvía a subir a la montaña.

La bifurcación estaba más adelante. Por eso Tansy iba más despacio. Bufaba a cada paso, tenía motas de espumarajos en las comisuras de la boca, y la baba, al volar hacia atrás, le había manchado la cruz y se le había pegado a la crin. Avanzaron a medio galope hasta la bifurcación y tomaron el ramal que llevaba a la planicie, una

pista plana de un kilómetro donde pudieron correr a toda velocidad. La planicie estaba salpicada de tocones, producto de la última tala de gigantes del bosque. El terreno entre ellos era pantanoso, la hierba estaba vencida y los helechos, que se beneficiaban de la humedad y el espacio abierto, crecían altos y muy verdes. Al otro lado del claro de veinte acres, la pila de troncos de color pálido brillaba a la luz del mediodía. Sarah se dirigió hacia allí a medio galope. Mientras lo hacía, buscó un claro en el monte que se extendía debajo para echar un vistazo al riachuelo. No había oído nada, pero notaba que Tansy había detectado ruidos de actividad humana. La yegua se movía con brío renovado, como si creyera que la pesadilla estaba a punto de llegar a su fin.

Un camino con dos roderas atravesaba la planicie. Lo siguieron. Heath debía de haberlo recorrido con su vehículo. A Sarah le dio un vuelco el corazón al ver la puerta trasera del coche. Detuvo a Tansy a un par de metros de él.

Sarah desmontó y ató la yegua a uno de los troncos. El vehículo de Heath era una camioneta negra con dos cabinas, equipada con todos los extras: defensa frontal, enganche para remolques, cabestrante, barras laterales, antena multibanda. Las ruedas traseras estaban hundidas en el barro hasta el eje. Heath había extendido la cuerda del cabestrante y la había atado a un tocón que había delante del coche para moverlo. Algo le había detenido, el ruido de la riada quizá, o el diluvio, y había comprendido la inutilidad de sacar el vehículo. Aun así, lo había dejado preparado para moverlo cuando las condiciones lo permitieran.

Sarah sacó las llaves del bolsillo. Era el tipo de coche del que imaginaba a Heath bajando. Capaz de circular campo a través, pero igual de adecuado para ir por carretera. Con ese objeto tangible de Heath delante, él se convirtió en un ser real. El vehículo era cuanto él había dicho que era y cuanto aparentaba ser. Sarah expandió el pecho al tomar aliento. Libre del fuerte viento, empezaba a sudar bajo la ropa y le ardía la cara.

Una imagen apareció ante sus ojos: la de un hombre muerto en el otro extremo del coche, de bruces en el suelo, disparado por la espalda. Era tan clara y detallada — una herida de bala en la nuca, un reguero de sangre en la piel pálida, una acumulación de sangre oscura en el cuello de la camisa de cuadros— que Sarah se paró en seco y dio un respingo de miedo, como si tuviera la escena delante. Parpadeó para borrar la imagen y echó un vistazo alrededor de la camioneta. La hierba alta estaba intacta. No había ningún cadáver.

Sin embargo, seguía asustada por aquella imagen. Su incertidumbre estaba abriendo una caja fuerte de miedos y dejaba salir todos los pensamientos sombríos. Si no iba con cuidado, esa marea de dudas la dominaría y la llevaría a perder la perspectiva.

Abrió la puerta trasera. La caja de la camioneta estaba equipada con grandes

cajones de acero galvanizado que se deslizaban sobre guías. Los cajones podían cerrarse, pero en la ranura de la cerradura había la punta de una llave rota. Sarah abrió el primer cajón. Contenía equipo de acampada, muy bien envuelto, utensilios de cocina, un pequeño hornillo de gas, una silla plegable. Abrió el segundo cajón: tres rifles y una escopeta, cuchillos de caza en fundas, cuchillos de carnicero, munición. Cerró el cajón con el alijo de objetos mortales. Volvió a abrir el del equipo de acampada y encontró el gato. Estaba en una bolsa roja de algodón, como él había dicho. La manivela estaba dentro. Metió el gato en la mochila, se dirigió a la puerta del copiloto y abrió el coche.

En el suelo de la parte del copiloto había una cizalla, y sobre el asiento, una gran caja hermética gris. El salpicadero estaba equipado con radios, escáneres y aparatos eléctricos. El interior estaba bastante limpio, olía a tapicería de cuero frío y a plástico. Los dos asientos delanteros tenían protectores negros de piel de carnero. En el trasero había una bolsa de deporte abierta, llena de regalos de Navidad, con un par de chancletas al lado y un pack de seis latas de cerveza en el suelo. Intrigada por el contenido de la caja hermética, Sarah la sacó y la dejó sobre la hierba. Tenía una etiqueta adhesiva: «Propiedad de Parques Victoria 13 19 63».

Abrió los cerrojos y retiró la tapa. Dentro había varios objetos de tamaño similar envueltos en tela para protegerlos. Sarah se acuclilló en la hierba y desenvolvió uno con cuidado. Era una cámara de vigilancia, de las que los tramperos y cazadores colocaban en los árboles a fin de conocer los desplazamientos de los animales por la sierra. Las cámaras detectaban el movimiento en el monte. Cuando un animal pasaba al lado, se accionaba el obturador y hacían una serie de fotos. Eran más grandes que las cámaras normales, con forma de caja, resistentes al agua y recias. Esta tenía detrás una pequeña pantalla, debajo de la cual había un nombre y un código de serie: «Área C 05 (Hondonada del Molino). Propiedad de Parques Victoria, contacto: B. Heatherton, 0427 944 405».

Sarah apretó el botón de encendido.

El aparato se había colocado para que tomara fotografías de lo que a Sarah le pareció una charca para ciervos. Las primeras mostraban a una hembra por la noche, de cuello y cara esbeltos, ojos brillantes, cuerpo pálido y espectral. Había una serie de imágenes diurnas de pájaros desdibujados y otras en las que no se veía ningún animal, solo ramas oscilantes que quizá habían disparado el obturador. Luego había imágenes borrosas de un ciervo en la oscuridad. Al principio estaba parado en el borde de la charca, después caminaba por el centro; la calidad de las imágenes era mala, pero Sarah distinguió una cicatriz en el cuello. Era el animal que había estado con ella en el puente. Una sonrisa apareció en las comisuras de sus labios. Volvió a envolver la cámara y la dejó en su sitio. Pero al cerrar la tapa de la caja recordó algo: en la caja de la camioneta había visto un objeto envuelto que parecía otra cámara.

Volvió a la parte trasera del vehículo y abrió el cajón con el equipo de acampada. Había una cámara detrás de la silla plegable. Estaba envuelta de cualquier manera, a diferencia de las otras.

Retiró la tela. El código de serie decía: «Área C 03 (planicie), propiedad de Parques Victoria, contacto: B. Heatherton».

Apretó el botón de encendido. En las primeras fotos no había nada: árboles borrosos movidos por el viento, una serie de instantáneas nocturnas en las que no se veía nada. Las siguientes se habían tomado de día, por la mañana, y eran más claras; en el indicador de hora ponía 9.43. En ellas se veía a una mujer. Estaba apoyada en un árbol, mordiéndose las uñas tranquilamente. Llevaba pantalones cortos, zapatillas de deporte, una camiseta con unas pesas estampadas sobre el pecho y «The Fitness Club» escrito encima. Era difícil saber su edad debido al grano de las fotografías, pero no parecía especialmente joven ni mayor; era una mujer atractiva con aspecto de estar en forma. Llevaba el pelo recogido hacia atrás. Los shorts eran muy cortos. Tenía las piernas largas, los pies cruzados a la altura de los tobillos. Había un montón de fotos que la mostraban plantada allí, ajena a la cámara, esperando, con pinta de aburrida. Al fin veía la cámara. En la secuencia de fotografías se la veía andar hacia ella, inclinarse, mirar directamente la lente y desaparecer, quizá para echar un vistazo detrás del aparato. Luego reaparecía en unas pocas más, sonriendo, con la cara borrosa porque se movía deprisa. Era rubia. En las imágenes jugaba con la cámara, posaba, se daba la vuelta y se palmeaba el trasero, se reía por encima del hombro, enseñaba los pechos, se los juntaba, sacaba la lengua. En las últimas, acercaba los labios a la lente y se los cruzaba con un dedo para hacer «chis»; entonces se veía un anillo de casada. Luego desaparecía. Las fotos siguientes eran de pájaros que revoloteaban en la zona de monte ahora desierta. En el indicador de fecha ponía 24 de diciembre.

Sarah se quedó detrás del coche, pensando. Volvió a envolver la cámara pero, en lugar de dejarla donde la había encontrado, cerró el cajón y la llevó a la parte delantera del vehículo. La depositó sobre el salpicadero. Subió a la camioneta y alcanzó los regalos de Navidad.

En las etiquetas de los que estaban en la parte superior de la bolsa, Heath había escrito: «Mamá, con cariño, Brody», «Papá, con cariño, Brody», «Jamie, con cariño, Brodes», «Mia, con cariño, tío Brodes». Sarah abrió la guantera. Encontró un impreso de renovación del registro de animales mugriento y arrugado, dirigido a: «Brody Heatherton, Apdo. de correos 204, Royden». Más abajo figuraban impresos los datos del animal en cuestión: «Perro. Edad: 12. Sabueso». La factura estaba impagada y caducada.

Un carnet de estudiante hecho jirones era la prueba definitiva de que Heath era Brody Heatherton. En la foto era mucho más joven, llevaba corbata, camisa blanca y

chaqueta granate de uniforme, tenía el pelo más largo y sonreía satisfecho con los labios cerrados. El tipo de chico que a ella le habría gustado en el colegio, pero de quien en última instancia se habría mantenido alejada. Un chico privilegiado que no habría necesitado ni deseado nada, y mucho menos que una chica se fijara en él... debía de haberlas tenido a montones.

En apariencia, la vida de Brody era ordenada e inmaculada —el interior del coche limpio, la bolsa de regalos, las pertenencias bien colocadas—, pero por otra parte estaban las fotos almacenadas en la cámara de vigilancia, el pánico que revelaba esa llave rota en la cerradura; todo eso no tenía nada de ordenado e intachable.

Era complicado cargar con la cizalla. Sarah metió la larga y pesada herramienta en la mochila. La cremallera no se cerraba del todo, el mango negro sobresalía. Meditó un momento si llevarse la cizalla; el gato ya pesaba bastante. Pero si este fallaba por alguna razón y tenían que recurrir a la roldana, no se perdonaría nunca no haberla cogido. Se llevó también la cámara de vigilancia, bien guardada en el bolsillo. Dejó la caja con el resto de las de cámaras en el asiento del copiloto y cerró el coche con llave.

El río de las Truchas era un tajo gris que cruzaba la ladera de la montaña más abajo. A lo largo de las riberas se acumulaban árboles caídos. La corriente de agua sucia que bajaba por el cauce era un hilillo comparada con la que había causado el desastre. Tansy bebía de una charca de la planicie y Sarah volvía a estar sentada en la silla de montar. Mucho más abajo, en la falda de la montaña, se veían los tejaditos y el parque de Lauriston como una miniatura. La riada no había arrasado el municipio. El viento soplaba y agitaba la crin de Tansy. La yegua alzó la cabeza y escuchó un momento, luego volvió a bajar el morro y arrancó una mata de hierba que crecía junto a la charca. Cuando el viento llegaba de una dirección determinada, traía consigo el sonido amortiguado de las máquinas que removían la tierra. Se oían pitidos y golpeteos metálicos y el chirrido de las bombas hidráulicas más abajo, en algún lugar cercano al río.

De pronto se oyó otro ruido: un helicóptero.

Sarah miró hacia arriba. No lo veía, el viento empujaba y dispersaba el ruido y las nubes, pero estaba allí: ese sonido vibrante característico que había deseado oír todos los días. Procedía de lo alto de la montaña, cerca de la cumbre.

Sarah galopó con Tansy hasta la bifurcación, pero no tomó el ramal de la cabaña. El helicóptero cambiaba la situación. Si estaban en el campamento, podían rescatar a Brody mucho más deprisa que ella. Pero primero tenían que saber que estaba atrapado. Dirigió la yegua montaña abajo. Tansy se puso contenta. Les separaban cuatro kilómetros del puente de las Truchas. El camino era más ancho, el recorrido, más fácil, la pendiente, menos abrupta, de modo que podían ir deprisa.

En la orilla, excavadoras y cargadoras frontales retiraban el lodo y los árboles arrancados de raíz. Una grúa levantaba un bloque de cemento nuevo para el puente. Detrás de las máquinas que removían la tierra había aparcados vehículos de menor tamaño: camionetas del servicio de emergencias y dos todoterrenos de la policía. La actividad se centraba en el otro lado del arroyo, un hervidero de vehículos en movimiento y hombres con chalecos reflectantes. El enorme árbol que había caído y destrozado el puente estaba partido en dos, serrado por debajo de la frondosa copa, la cabeza seccionada, los pedazos apartados a un lado para dejar el paso libre. El camino que discurría detrás estaba recién aplanado y cubierto de grava. Llegó otro vehículo.

Sarah y Tansy aminoraron la marcha al acercarse desde su solitario lado del río. Un reducido grupo de trabajadores del servicio de emergencias formaban un corrillo en una loma junto a la orilla. Señalaban río arriba. Dos de ellos vestían de negro e iban provistos de arneses y cascos. Llevaban rifles colgados a la espalda. Un agente de policía que estaba en el grupo se apartó al llegar el nuevo vehículo. Era un equipo de noticias de televisión. Dos agentes uniformados bajaron del furgón policial. Como una patrulla, los tres agentes del orden se acercaron a los medios de comunicación.

Las máquinas, los hombres, la policía, el equipo de televisión, el trabajo en marcha, la mera dimensión de este, todo aquello era como una película muda ante Sarah; había sonido, pero era monótono y mecánico, crecidas átonas y vientos incoloros que soplaban veloces entre los árboles. La escena no era tan real como había esperado. No se sentía más cerca de la civilización. Los hombres eran como enanos. Las máquinas eran lentas. El bloque de cemento, a merced del viento, era difícil de manejar y oscilaba como un péndulo. La montaña del Diablo seguía afirmando su poder.

Espoleó a Tansy. El estruendo mecánico aumentó y ahogó los pasos de la yegua, el chasquido de las riendas y el leve golpe de la correa de los estribos cuando Sarah la puso al trote. Detuvo a Tansy a una distancia prudente del borde blando de la orilla hundida. Había una caída de treinta metros hasta el agua. El arroyo era como un cañón de paredes lisas. Sarah estaba a solo cincuenta metros del rescate, el largo de una piscina la separaba de la libertad, pero no era fácil salvar la brecha.

Un hombre que manejaba una cargadora frontal fue el primero en verla. Paró el motor y bajó a toda prisa de la cabina. Sarah le siguió con la mirada. Le vio correr hacia el grupo del servicio de emergencias, gritando y gesticulando, señalando hacia ella. Los hombres se volvieron a mirar. Un miembro del equipo de emergencias se separó del resto, gritando y gesticulando como había hecho el primero; corrió hasta las demás máquinas que removían la tierra, haciendo el gesto de rebanarse el cuello.

Las máquinas pararon una por una. A Sarah le aturdió pensar que todo aquello

estaba relacionado con ella, que en parte lo hacían por ella. Cada motor estuvo al ralentí un momento mientras se enfriaba y luego quedó en silencio. Los conductores abrieron las puertas de las cabinas, pero no bajaron. Un policía, designado portavoz, corrió hasta la ribera y se detuvo justo enfrente de Sarah.

De repente ella fue consciente de lo flaca que estaba, de que respiraba débilmente, de que tenía las uñas sucias de barro, los labios agrietados, el pelo alborotado por el viento, la mirada brillante y angustiada, mientras por dentro no sentía nada.

—¡Sarah Barnard! —gritó el policía por encima del ruido del agua y el viento.

—Sí —dijo ella, demasiado bajito.

—¿Está herida?

Ella alzó los pulgares para indicarle que estaba ilesa.

Él hizo bocina con las manos y dijo:

—Sarah, quédese donde está. ¿Hay alguien con usted?

Sarah negó con la cabeza.

Su respuesta causó consternación. El portavoz miró a sus espaldas. Había otros agentes detrás de él, casi fuera de la vista. Comentaron algo rápidamente.

—Sarah —gritó el portavoz volviéndose hacia ella—, ¿hay un hombre con usted?

—Está atrapado en la cabaña. Dígaselo a los del helicóptero. —Sarah señaló la cima de la montaña—. Tienen que ir a buscarle a la cabaña derruida.

—¿Me oye? ¿Hay un hombre con usted?

—Está atrapado en la Cabaña del Ahorcado —gritó ella más fuerte. Pero su voz era débil. El viento se la llevó—. Dígaselo a los de allí arriba. Hay que rescatarle.

Sigiloso, como una manada de chacales, el equipo de televisión se acercaba. Al llegar a una excavadora empezaron a grabar. Estaban encorvados, el técnico de sonido miraba hacia arriba, al micrófono y la jirafa de la que colgaba, pendiente de que no sobresalieran, pues no quería que les viera el conductor de la excavadora. Para no ser menos, y quizá con la intención de dar al traste con la exclusiva de los reporteros, el maquinista de la grúa grababa disimuladamente la escena con el móvil; le delataba la posición del aparato, colocado en horizontal. Tenía la mano levantada junto al hombro, miraba la imagen de la pantalla y de vez en cuando echaba ojeadas nerviosas alrededor.

—Sarah, ¿me oye? —gritaba el portavoz.

Le interrumpió otro policía que le pasó un megáfono.

El modo en que el segundo agente se inclinaba hacia delante desde su posición a cubierto, tratando de mantenerse atrás, alertó a Sarah de un par de hechos. Los policías normales se habían retirado. Los agentes que veía ahora pertenecían a alguna unidad especial. El portavoz llevaba un chaleco antibalas debajo de la chaqueta negra, pantalones de camuflaje oscuros y botas de montaña. Los hombres del servicio de emergencias con chalecos reflectantes habían desaparecido de la ribera, y los que

operaban las máquinas no permanecían en las cabinas para contemplar la escena a vista de pájaro (excepto quizá el conductor de la grúa, ansioso por hacerse famoso en YouTube); les habían dicho que no se movieran. Mientras Sarah miraba, otro policía vestido de negro y con chaleco antibalas subía a las cabinas, obligaba a bajar a los conductores y, actuando él mismo como escudo, los alejaba del lugar.

—Necesitamos saber dónde está el hombre —gritó el portavoz, sin utilizar todavía el megáfono que le habían dado—. ¿Está con usted?

Tansy se puso nerviosa. Dio varios pasos inquietos hacia atrás. Alzó la cabeza de golpe.

En el monte que se extendía tras la loma donde habían estado los hombres del servicio de emergencias, algo atrajo la mirada de Sarah. Una ráfaga de aire movió la maleza y apareció la silueta de un policía acucillado. Miraba a Sarah con unos prismáticos y hablaba por un dispositivo que tenía en la palma de la mano. A su lado había un segundo hombre tumbado, con un casco negro y un rifle apoyado en un pequeño trípode que tenía delante; no apuntaba con el arma, pero la tenía lista, preparada para disparar.

El peso y la incomodidad de las herramientas que llevaba en la espalda recordaron a Sarah que el mango de la cizalla asomaba por encima de su hombro derecho. Quizá fuera eso lo que provocaba el pánico. Fue a cogerla, estaba a punto de levantar la cizalla para enseñarles que no era un arma, pero la mano se le quedó paralizada al lado de la cabeza al ver la reacción que desencadenó el gesto: los hombres se agacharon, sacaron las armas.

Tansy retrocedió más.

Sirviéndose del megáfono, el portavoz dijo:

—Sarah, baje la mano. Desmonte.

El estruendo de la voz amplificadas inquietó más a Tansy. Se asustó y dio media vuelta. Sarah la tranquilizó y la obligó a ponerse otra vez de cara al arroyo.

—Sarah, no se mueva. Quédese ahí.

—¡Él está en la cabaña! —gritó ella—. ¡Está atrapado! Dígaselo a los del helicóptero. —Su voz sonó débil en sus propios oídos y distorsionada por las ráfagas de viento.

—Baje del caballo.

—Está debajo de toda aquella chapa, no le verán. Tienen que rescatarle.

Cada vez resultaba más difícil mantener quieta a Tansy. Sarah tiró de las riendas para que se pusiera de cara al arroyo; la yegua no quería.

Corriente arriba, en la zona hacia donde habían señalado los del servicio de emergencias, Sarah vio unas guías de alambre que atravesaban el río, una arriba y otra abajo, un arnés y un sistema de poleas sujeto a un árbol. Tansy se encabritó. Sarah se aferró a ella y en ese momento observó, entre los arbustos que crecían por

debajo del camino en la orilla donde ella estaba, que los dos hombres a quienes había visto con arneses y armas colgadas a la espalda se acercaban a toda velocidad, moviéndose sin temor a través de la maleza.

Entonces Sarah comprendió: el hecho de que el helicóptero estuviera arriba no significaba que fuera a aterrizar o a lanzar a un equipo de rescate. Había cometido un error, había hecho exactamente lo que Heath le había dicho que no hiciera. Le había fallado a Heath. Se le paró un momento el corazón.

A través del megáfono el portavoz dijo:

—Sarah, no se mueva.

Tansy echó a correr. Sarah se sujetó fuerte. Subieron por el camino a galope tendido, hacia la bifurcación. Avanzaban como si la cabalgada montaña abajo hubiera sido un precalentamiento. Ahora corrían contra reloj.

Pero al llegar al cruce Tansy se detuvo.

Tres hombres vestidos de negro, con cascos y rifles cruzados sobre el pecho, salieron del monte y se situaron en el camino para impedir el paso hacia la cabaña. Tansy se movió en círculos y relinchó. Un hombre se adelantó. Sarah notaba a la yegua tensa e irritada, apenas controlaba el miedo que sentía. El hombre observó los movimientos atolondrados del animal. Retrocedió unos pasos. Ese hombre tenía un tamaño normal. No había un desfiladero entre ambos. Era real, eficaz y amenazador. Tenía los hombros anchos y andaba con las piernas muy abiertas. Su rostro también era ancho, de facciones orientales. Ojos castaños y mirada firme. Tansy movía las patas, su mole se agitaba inquieta debajo de Sarah.

El hombre estaba lo bastante cerca para ver que lo que Sarah llevaba en la mochila no era un arma. Se lo indicó a sus compañeros: se señaló la espalda y luego agitó la mano en el aire. Pero los otros dos mantuvieron las armas cruzadas sobre el pecho.

—El hombre que les preocupa está atrapado en la Cabaña del Ahorcado —dijo Sarah cuando recobró el aliento.

—Brody —repuso el policía.

—Sí. He intentado decírselo ahí abajo. Está en la cabaña. Brody. —Sarah tartamudeó un poco, no habituada aún al nuevo nombre—. Tiene que decirles a los del helicóptero que está atrapado y dónde deben buscarle.

—Desmonte. —Estaba a medio camino entre una orden y una pregunta.

—Tienen que rescatarle. Dígaselo ya a los del helicóptero. —Ahora Sarah oía más fuerte la aeronave, suspendida en el cielo sobre ellos—. ¿Le han encontrado? ¿Le han sacado?

—La cabaña se ha derrumbado.

Al principio ella pensó que el hombre le confirmaba lo peor, que la cabaña se había venido abajo, pero al fijarse en la firmeza con que aquellos hombres estaban plantados en el suelo, sin suciedad en las botas, con camisas impecables, comprendió que habían estado en el helicóptero, que acababan de depositarles justo donde estaban.

—¿La han sobrevolado? ¿Han visto si se ha caído la chimenea?

—Desmonte del caballo.

—¿Por qué no me escucha?

El hombre entornó los ojos. No le gustaba que le interrogaran ni que le desobedecieran. Tampoco estaba dispuesto a dar explicaciones detalladas.

—Brody no está en el campamento. ¿Usted sabe dónde está?

—¡Dentro de la cabaña!

—Se ha derrumbado.

—Es lo que le estoy diciendo. ¡Él está dentro!

Al hombre le transmitieron algo por un auricular que llevaba dentro del casco. La miró mientras escuchaba.

—Desmóntese —ordenó centrando de nuevo su atención en ella—. La llevarán en helicóptero hasta allí.

—¿Y mi caballo?

—Sarah Barnard, baje del animal.

¿El animal? Para agravar la preocupación de Sarah fuera de toda duda, un punto láser bailoteó sobre las orejas de la yegua y se alejó rápidamente. No podía creer lo que había visto. ¿Lo había imaginado? ¿Era un error? ¿Dispararían a Tansy estando ella encima?

Los dos hombres situados cerca del camino tenían los rifles levantados, a punto. El láser no procedía de ninguno de ellos. Por lo tanto, un francotirador apostado en algún lugar del monte apuntaba el punto rojo sobre Tansy.

Sarah solo sabía que, si bajaba de la silla, aquellos hombres dejarían marchar al caballo en el mejor de los casos, y en el peor, le dispararían. De pronto se preguntó: «¿El punto láser está bailoteando entre mis ojos?». Se tocó la frente, como si pudiera notar la luz roja con la yema de los dedos; se miró el pecho, esperando que apareciera ahí.

El hombre de la cara ancha asentía a una orden que recibía por el auricular. Sarah no se quedó para averiguar cuál era la orden.

Si haces equilibrios en la cuerda floja, lo más sensato es no mirar abajo. Sarah concluyó que, si huyes de un cuerpo especial de policía, lo más sensato debía ser no mirar atrás. Ni siquiera echó un vistazo por encima del hombro. Se dirigió al galope hacia la planicie. No le costaba imaginar cómo reaccionarían ellos a su provocación y su huida: apuntarían los tres cañones hacia ella. ¿Qué haría si le disparaban? ¿Qué estaba haciendo?

Solo otra cosa en la montaña tenía la velocidad necesaria para atrapar a Tansy y Sarah. Descendió y voló tras ellas mientras galopaban hacia el coche de Brody. Era como la riada: algo estruendoso y aterrador que avanzaba raudo tras ellas. Sarah se fijó en la piel blanca y las motas rojas de sus nudillos, en el color azul verdoso de las venas de las manos; iba con la boca abierta por la impresión y el aire sabía a la máquina, al aceite y la grasa. Cada giro de las aspas le provocaba una presión enorme y dolorosa en los tímpanos. Tansy no galopó, sino que voló, alrededor de la pila de troncos, alrededor del coche de Brody. Sarah la hizo subir por una especie de camino de cabras hasta el monte. Los árboles se cerraron sobre ellas. Como un moscardón

enfadado y frustrado, el helicóptero se elevó y su zumbido se desvaneció. Tansy y Sarah tenían delante una ladera empinada. Sin hierba ni mantillo. Era un camino de tramperos, una parte de la montaña demasiado escarpada para los caballos, un atajo casi vertical hasta la cabaña. Sarah se inclinó sobre el cuello del caballo. Iba a ser una cabalgada en íntima comunión; las galopadas montaña arriba siempre lo eran. Su cuerpo se amoldó al de Tansy, tenía la cara tan cerca que veía cada pelo del cuello de la yegua, percibía su olor, sentía su calor; tenía los pies ladeados en los estribos, notaba la fuerza de los músculos del animal en cada salto que daba ladera arriba.

La descripción que Brody había hecho de la destrucción y de las zonas de la ladera arrasadas era exacta. Sarah se guio por lo que él le había explicado. Atravesaron un barranco lleno de lodo, se hundieron en él, a cada paso los cascos de Tansy chapoteaban y se empantanaban. En cierto sentido la devastación las ayudó, pues sin los montones de mantillo, hojas caídas y escombros Tansy no habría tenido nada que la ayudara a afianzar las patas. El helicóptero zumbó sobre ellas durante el primer tramo de la ascensión. Sarah lo vislumbró a través de los árboles, hasta que se elevó y desapareció por completo. Ella supuso que era debido al viento creciente. Las copas de los árboles chocaban y se agitaban. Las ramas se frotaban entre sí y crujían. Sarah se volvía una y otra vez en la silla para mirar la pendiente que tenía detrás. Le parecía que los hombres la seguían, pero aún no había visto ningún indicio que lo confirmara. La prueba podía llegar en forma de una bala. Quizá nunca sabría hasta dónde se habían acercado; moriría antes de saber qué la había alcanzado.

Tenía la esperanza de que la policía no conociera la montaña. Rezaba para que los agentes se hallaran en otro sendero, para que el helicóptero no la hubiera visto entre los árboles y no hubiera sido capaz de guiar a los hombres que iban a pie. Las veredas de los tramperos carecían de lógica para quienes no eran tramperos. Se perdían en la vegetación densa, serpenteaban, se cruzaban y terminaban inexplicablemente en un terreno poblado de maleza. Los tramperos no pretendían tomar la ruta más directa; pretendían ser más listos que los zorros. El camino donde estaba Sarah era una excepción a esa regla: conducía hasta la cabaña. Y cuando un trampero quería llegar a un sitio concreto, actuaba con suma eficacia.

Mientras subía, comprendió cómo Brody, con su naturaleza atlética, había conseguido llegar a la cima en medio de la tormenta aquel día. Debía de haber escalado la montaña rápidamente, incluso bajo el diluvio. No le costaba imaginárselo. La rodilla lesionada había sido una traba constante durante la semana que ella había pasado a su lado, pero no le había impedido apreciar que el chico sabía moverse. La voz de Brody resonaba en sus oídos. Era como si él la guiara por la montaña. Ella tenía su propio auricular, su propio servicio de información y asesoramiento: Brody.

Palmeó y azuzó a Tansy. Todo el esfuerzo recaía en la yegua. Sarah se limitaba a mantenerse en la silla. Le transmitió algunas de las cosas que Brody había explicado: «Más arriba, pasado el segundo barranco, el terreno se aplanan». Era preciso que el animal se relajara. Sarah tenía que actuar como lo hacía normalmente, y solía hablar a Tansy al cabalgar. Debía eliminar la confusión de su voz y el estrés de su cuerpo; si no, Tansy se cansaría enseguida y empezaría a avanzar con dificultad. Pero era difícil engañar a los animales. Podían detectar emociones a kilómetros de distancia. Solo había un modo de mentir a un caballo: Sarah tenía que creerse el embuste. En cuanto ella creyera que simplemente participaban en una carrera de resistencia más dura de

lo normal, Tansy también lo creería. Los policías eran la gente del puesto de control. El helicóptero era un poco de alboroto el día de la competición.

Tansy corría con una velocidad y una energía extraordinarias.

—Buena chica —dijo Sarah.

Un peñasco las protegía del viento. El camino se desviaba hacia la izquierda, donde antes ascendía por una pendiente más suave a través del monte, pero se había abierto una de esas quebradas de las que había hablado Brody. La corriente se había llevado la tierra blanda de la base del peñasco y formado una sima profunda de veinte metros de anchura cuyas paredes eran inestables. No había manera de cruzarla. Un saliente de tierra desmigajada amenazaba con desmoronarse con la mínima presión. Sarah dio media vuelta y condujo a Tansy hacia la derecha. Aire puro del monte, del que le gustaba a Brody, soplaba a lo largo del camino resguardado. Nada enturbiaba ese aire, era esencia destilada de corteza de árboles, de hojas secas marrones, de hojas tiernas de color verde claro, de largas briznas puntiagudas de hierba y de musgo triturado. Sarah lo aspiró hasta el fondo de los pulmones. Le recordaba a Brody. Él también había llegado a ese punto muerto. Había mirado la lluvia, del mismo modo que ella miraba el viento, y había contemplado la cima del peñasco con los ojos entornados. Había pensado que tendría que volver a bajar la montaña. Luego se había acordado de la cornisa.

Sarah desmontó y condujo a Tansy a través de los matorrales. Colgó las riendas de una rama y volvió sobre sus pasos para cubrir con troncos pequeños y rocas grandes las huellas de cascos que habían dejado. Esparció hojas, tiró unas cuantas ramas y enderezó la hierba aplastada. Cualquier poblador del monte experimentado se habría reído de sus esfuerzos por esconder las huellas. Lo bueno era que apenas quedaba gente que viviera en el monte. Los cuatro policías que la seguían no eran como los de antaño, los que habían perseguido a Sid. Aun así, fue de aquí para allá enderezando arbustos y ahuecando el musgo pisoteado. Eso dio a Tansy la oportunidad de recuperar el aliento. Sarah descansó un momento también. Aunque la mochila era acolchada, el gato se le había clavado en la columna vertebral. Tenía la parte baja de la espalda amoratada y dolorida. Le ardían los músculos del cuello. Dejó la mochila sobre la hierba y se acuclilló al lado. Recolocó los objetos pesados y encontró la bebida.

Tansy le dio un leve empujón. «¿Por qué nos paramos? La carrera no ha terminado, ¿verdad?»

—No, aún falta un poco.

Sarah llevó a la yegua a un terreno pizarroso. Avanzaron entre arbustos que afortunadamente volvían a cerrarse tras ellas. El viento les azotaba la cara y les golpeaba el cuerpo. Delante se extendía una amplia e indómita vista de la sierra. Se

hallaban en una cornisa rocosa en lo alto de los Diez Cerros. Más allá había una caída de la altura de un rascacielos. Abajo se veían los árboles con el tronco ennegrecido por el incendio del año anterior y el follaje verde que había vuelto a brotar. La cornisa rodeaba la ladera de la montaña. Era lo bastante amplia para las dos, pero a cada paso se enfrentarían a la posible caída.

Brody había bordeado ese precipicio bajo la lluvia, se había abierto camino a lo largo del corte, a gatas en algunos tramos. Durante una de sus conversaciones había hablado de eso, de la lluvia que caía como una catarata desde el saliente superior y se derramaba sobre él y sobre la cornisa, chorros de agua que tiraban de él, le empujaban, querían arrastrarle consigo. La luz era escasa. Él se había dado cuenta demasiado tarde de lo traicionero que era el desfiladero en plena tormenta; una vez en la cornisa, volver atrás habría sido tan arriesgado como seguir adelante. Lo mismo les ocurría a Sarah y Tansy; una vez que se hubieron puesto en marcha, tenían que continuar avanzando; el espacio era demasiado angosto para dar media vuelta. Brody dijo que nunca había tenido tanto miedo. Toda su vida pasó ante sus ojos. Una vez a salvo y fuera de la cornisa, de nuevo en el monte, la experiencia había permanecido en su interior. Dijo que se había sentado, débil y tembloroso, y se había preguntado: «¿A quién tengo yo?». ¿A qué persona podía considerar suya? Dijo que entonces se había dado cuenta de lo que significaba estar solo. No era que quisiera bajar a toda prisa de la montaña y correr en busca de la Mujer de su Vida; era que de repente había visto cómo podía ser su vida si nunca encontraba a nadie a quien amar.

El viento también convertía la cornisa en algo temible —lo habría sido en cualquier circunstancia, en todo momento—, era como el agua, las seguía, tiraba de ellas, las empujaba. Sarah se enrolló las riendas en las muñecas; consciente de que su cuerpo era más ligero que el de Tansy, pensó que, si el viento la arrastraba, la yegua quizá pesara lo suficiente para retenerla hasta que recuperara el equilibrio. Trató de borrar la imagen de Tansy y de sí misma dando volteretas en el aire, un caballo y su amazona en caída libre, una al lado de la otra. Pero no pudo detener las escenas que desfilaban por su mente: el cuerpo de Tansy estrellándose en las ramas ennegrecidas de los árboles de abajo, la brutalidad del animal con cascos enganchado, atrapado en las ramas carbonizadas de serbal, moribundo durante unos minutos, moviéndose, con la cabeza colgando, la cola y la crin desparramadas; en cambio, la forma humana de Sarah era, por alguna razón, un objeto menos extraño lanzado desde el cielo y caído sobre las copas de los árboles, ¿no podría una mano agarrarse a una rama? Como un mono. Un cuerpo que, si no estaba roto, desangrándose y con todas las articulaciones dislocadas, era capaz de aferrarse y bajar.

Bordearon la cornisa y salieron de nuevo al monte escarpado. Sin tiempo para meditar sobre una vida solitaria como había hecho Brody, no se detuvieron. Se dirigieron otra vez hacia el peñasco. Al llegar a la cumbre recorrieron el borde y

contemplaron la quebrada a sus pies. Sarah veía partes de la ladera de la montaña por donde habían subido. Divisó al equipo del cuerpo especial de policía en el monte.

Los cuatro hombres se habían dispersado y trepaban, agachados, agarrándose a brotes de árboles o a lo que fuera para ayudarse. Se habían remangado y la cara les brillaba de sudor bajo el casco. Un día duro en la oficina. ¿O acaso estaban disfrutando? Sarah tiró de las riendas para detener a Tansy. Siguió sentada en la silla y observó a los hombres que se acercaban a la base del peñasco. El viento le impedía oír su conversación. Se reunieron donde antes había estado ella, en el borde de la quebrada. Comentaron qué opciones tenían y miraron a su alrededor, sin saber por dónde había desaparecido Sarah. Uno se alejó en busca de huellas. Los otros tres recuperaron el aliento, con las manos apoyadas en las caderas. El que buscaba el rastro del caballo caminó en círculos. Miró hacia lo alto del peñasco y Sarah tiró rápidamente de las riendas para que Tansy retrocediera un par de pasos. Cuando ella volvió a asomarse, el hombre se había vuelto hacia los demás y señalaba en la dirección equivocada.

Brody no había tocado ni una sola vez a su caballo. Sarah nunca había salido de la caravana y le había encontrado en el establo, haciéndose amigo de Tansy y dándole palmaditas. Él la había tratado como debía hacerlo, con amable naturalidad. Era consciente de la presencia de la yegua y de lo que necesitaba, pero sus atenciones no pasaban de ahí. A Sarah le gustaba eso. Demostraba respeto. Si el perro de Brody hubiera estado vivo, ella no habría tratado de ganárselo.

Y Brody besaba muy bien. Lo cual no era tan irrelevante ni frívolo como podría parecer; cuando ella le había acusado de no contarle toda la verdad, no había tenido en cuenta los besos: todo lo que él no podía decir en voz alta, lo decía con ellos. Besar era su conversación secreta, donde las palabras no complicaban las cosas, las complejidades estaban ahí, las contradicciones eran perfectamente lógicas; complicado, inmoral, obsceno, idealista, romántico, él cerraba la boca y se lo contaba todo, despotricaba contra las normas, le pedía que saltara a bordo con él. Ella lo había hecho: le había besado a su vez y le había dicho todo lo que le costaba expresar con palabras.

Sarah podría haber continuado enumerando las cualidades de Brody y justificando su propio comportamiento, pero de repente el terreno se aplanó.

Tansy también se llevó una sorpresa. Acababa de subir con mucha dificultad un terraplén rocoso, haciendo un gran estruendo con los cascos y emitiendo quejidos desde lo más profundo de su ser, con las venas de la cara a punto de explotar, y de pronto entraba tambaleante en un terreno blando y una explanada poblada de eucaliptos grises. Caballo y amazona enderezaron el cuerpo. Se pararon y observaron el monte y el terreno llano. ¿Lo habían conseguido? Sarah sabía que aún quedaba un poco para llegar a la cabaña y el campamento, pero ¿había terminado el ascenso? Tansy resoplaba. Echaba espumarajos por la boca. Levantó la pata delantera, tocó el suelo con el casco y volvió a bajarla. Sarah se inclinó hacia delante en la silla. Las patas de Tansy habían recibido una paliza en el último tramo del camino, el más rocoso. Tenía arañazos en el cuello y los costados, cortes en el pelaje, una zona ensangrentada y amoratada sobre la cruz. La yegua resollaba.

—Eh. —Sarah la alentó dulcemente a seguir adelante—. Tranquila.

La pendiente por la que habían subido quedaba a su espalda. Sarah miró hacia atrás y se hizo una idea de cómo la habían escalado, de cómo lo había hecho Tansy.

—Estás bien —le dijo, preocupada por el hecho de que no fuera así. Puso una mano sobre el cuello de Tansy y le notó el corazón—. Calma, ya casi hemos llegado.

Las rachas de viento ayudarían a refrescar a la yegua.

Avanzaron a medio galope. Sarah cambiaba de opinión a cada kilómetro: primero pensó que Brody estaba en la cabaña, después pensó que no. Al cabo de un kilómetro se dijo que el lugar estaría abarrotado de policías, luego se dijo que no podían haber

subido por el camino tan rápido como ella, y que si no se oía el helicóptero era probable que al llegar al claro se encontrara a solas con Brody. Sus expectativas aumentaban, disminuían, se agitaban en su interior. Tenía la espalda muy dolorida por el peso del gato. Le dolían los hombros.

Delante de la linde del bosque de acacias negras, el camino de los tramperos desaparecía. Con los arbustos meciéndose, era imposible oír ningún sonido procedente del campamento. Sarah se inclinó sobre el lomo de Tansy y se colaron entre las ramas bajas y el denso follaje de las acacias negras. A juzgar por la posición del sol de la tarde, había estado fuera mucho más de dos horas.

Había otro corrimiento, y grande, delante del límite de la arboleda. El lodazal del que había sacado a Brody era ahora un agujero en el suelo. El tronco en el que él había estado sentado se encontraba cubierto de barro en el fondo del hoyo. La tierra, empapada, se había quebrado y se había desprendido de un lado del socavón. Mientras recorrían a galope moderado el perímetro del campamento, Sarah se dio cuenta de que la tierra se deslizaba en dos bloques: uno por encima de la cabaña, y este desgarrón anegado por encima del cobertizo. Este segundo corrimiento atravesaba el centro del helipuerto del monte. El helicóptero de la policía no había podido aterrizar. El espacio despejado estaba desgarrado y abierto, como los puntos sueltos de una herida infectada. Rezumaba agua sucia. No había rastro de nadie, ningún indicio de que alguien hubiera estado allí desde que ella se marchó.

Sarah cabalgó con creciente velocidad hasta la zona firme del campamento. Azuzó a Tansy para que galopara por la franja de tierra que hacía las veces de puente y llegó al cobertizo.

La chimenea de la cabaña no se había derrumbado. El viento barría el claro cuando Sarah desmontó. Parecía que la chimenea oscilaba; con suerte se trataba de una ilusión óptica creada por el movimiento del cielo detrás. La hierba se inclinaba mucho hacia un lado y luego hacia el otro. Sarah se apresuró a llevar a Tansy al establo. Lo cerró con el travesaño. El ruido del derrumbe de una roca y de su impacto contra la chapa le recordó el estruendo de los truenos el día de Navidad. El estampido fue una señal que la exhortó a moverse más aprisa. Se quitó la mochila y corrió con ella en los brazos.

Él no la oyó llegar. El viento silbaba entre las grietas de la cabaña desmoronada, agitaba el hierro suelto y zarandeaba las láminas rotas de madera contrachapada. Otra piedra floja se desprendió de la chimenea y aterrizó sobre la chapa con estrépito. Pero no fue el estruendo lo que le impidió oírla llegar: Brody no la oyó aproximarse porque se hallaba en estado de trance. Tenía los ojos cerrados, la espalda apoyada contra la mampostería de la chimenea, como si la presión de sus hombros fuera lo que la mantuviera en pie, y murmuraba para sí. El techo había descendido tanto que no podía llevar el casco, tenía el cuello torcido y la cabeza ladeada; apenas podía

moverse.

Cuando Sarah se acercó con sumo cuidado, oyó que no estaba rezando, sino mascullando la letra de una canción. Gateó hacia él y no pudo por menos que sonreír; Brody tarareaba animosamente canciones country. Cuando una tercera piedra aterrizó con un estruendo metálico sobre la chapa que estaba sobre su cabeza, dejó de cantar, escuchó por si caían más piedras y se preparó para el derrumbe enseñando los dientes, arrugando la nariz, gruñendo igual que un perro, como si odiara intensamente el viento, la cabaña, el techo que cedía sobre él, el modo en que las circunstancias le torturaban, un par de centímetros más abajo cada vez, una piedra detrás de otra, una ráfaga de viento detrás de otra; luego volvió a cantar, desafinando.

—Eh.

Él abrió los ojos de golpe.

—Te dije que volvería.

Bastó con accionar cinco veces la manivela del gato hidráulico. Él sacó el pie de un tirón, se lo tocó, lo movió y luego se deslizó de costado por el hogar de piedra. Parecía que hubiera dedicado las horas que había estado atrapado a decidir dónde colocaría exactamente los pies y cómo treparía en cuanto pudiera. Se detuvo.

—Sarah, déjala.

Ella estaba recogiendo la mochila.

—¡Déjala! —gritó él.

Además del azote del viento y de las piedras que caían, las vigas de madera crujían y se oía cómo el agua se escurría bajo las tablas del suelo.

—Venga —dijo él, sin dar crédito.

Era cuestión de minutos, de segundos. El terreno sobre el que se alzaba la cabaña se había convertido en barro líquido. Si el viento no derribaba la chimenea, el deslizamiento de tierra no tardaría en hacerlo. Brody la agarró de la muñeca y se la llevó de un tirón.

—¡No hay tiempo!

Sarah pensaba en los objetos abandonados mientras salían corriendo entre los escombros... hasta que oyó el crujido de la madera retorcida, el derrumbe de las piedras y el chirrido de la chapa. Notó que la madera y el hierro se escoraban, estaban encima del mar. La tierra se agitaba como un océano, los escombros cabeceaban como balsas en las olas. Con la precipitación y el pánico, de repente los pensamientos de Sarah se ordenaron y serenaron. Pensó que cuanta más vida se concentraba en un momento determinado, más irreal se volvía. Misticismo arremolinado en el barro líquido, y así como un segundo bastaba para sobrevivir, dos segundos bastaban para ponerse a salvo, todos y cada uno de los movimientos contaban, un parpadeo tenía importancia, una exhalación, un paso era inmenso.

Sobre la hierba, Brody tropezó y se tambaleó. Avanzó a gatas.

Sarah gateaba a su lado.

Treparon hasta el terreno firme por encima del deslizamiento. Brody se derrumbó de espaldas en la hierba. Posó una mano en su torso desnudo y dejó la otra junto al costado. En la carrera por salvarse había perdido la bota izquierda, la que Sarah le había atado sin apretar. Llevaba la lámpara de cabeza alrededor del cuello. El polvo le obstruía los orificios nasales. Tosió y carraspeó. Tenía polvo en las pestañas y manchas oscuras en el rabillo de los ojos. Levantó la mano del pecho y se la puso con cuidado sobre la cara. Frunció las cejas. Rompió a llorar.

El barranco de Sid actuaba como un embudo. La tierra se escurría poco a poco en su interior. La chimenea había caído. La parte de la cabaña que se encontraba debajo, donde Brody había quedado atrapado, estaba totalmente plana y varios metros más allá de donde se hallaba minutos antes. Tal vez él no hubiera muerto de haber continuado allí, no en el acto; quizá hubiera encontrado un hueco en los escombros, el techo de chapa le hubiera protegido de las piedras, la viga se hubiera deslizado de forma que le dejara libre el pie, en lugar de aplastárselo, y Brody hubiera logrado cavar una salida en el barro. Sin embargo, había tenido más posibilidades de ser enterrado vivo y morir.

Sarah estaba sentada con las rodillas dobladas. Miraba la construcción derrumbada. Brody no necesitaba contemplar la escena. Estaba tumbado a su lado. Alargó el brazo y la tocó. Tenía los dedos manchados de sangre por arañar la viga de madera. Ella le miró los otros cortes y rasguños, el estómago hundido y la prominente caja torácica, la pretina de los pantalones, más baja que nunca, los protuberantes huesos de la cadera.

—Quédate aquí si quieres. Yo voy a desensillar a Tansy.

—No vayas. —Él tenía la voz rasposa—. No vayas a ninguna parte.

—Solo voy al cobertizo.

Él entornó los ojos por el resplandor de las nubes y el cielo y se secó las lágrimas que le habían rodado por los lados de la cara.

—Me has salvado la vida.

—No parece demasiado sorprendido.

—¿Les has visto?

—Llegarán pronto. Al anochecer, creo. Si no les trae antes un helicóptero.

—¿Te han visto?

—He bajado al arroyo. Les he dicho que estabas atrapado.

—¿Has hablado con ellos?

—Desde el otro lado del río de las Truchas y cerca de la planicie.

Él se protegió los ojos para verle la cara y observó su expresión.

—¿Te han dejado venir?

—La verdad es que no.

Él iba a decir algo más, pero ella se puso de pie.

—Por cierto, Brody te pega mucho más que Heath.

Sarah le dejó solo para que asimilara los hechos. Frotó a fondo a Tansy. Le pellizcó debajo del cuello para ver si estaba deshidratada; la piel recuperó su forma. Echó un vistazo a las heridas de la yegua. Las lavó con agua caliente del hervidor y las secó con unas palmaditas.

Brody cojeaba mucho. Entró renqueando en el cobertizo y se sentó en el escalón

de la caravana. Estaba cubierto de polvo, ensangrentado y aturdido por la impresión; había perdido el brillo de los ojos. Tenía los pantalones rotos. Se quitó la única bota que llevaba puesta, la sostuvo entre las manos y se la quedó mirando, como si el zapato solitario lo resumiera todo perfectamente. La dejó en el suelo, junto al escalón.

Sarah le quitó la brida a Tansy y le limpió la cabeza y el cuello con un trapo.

—No sé si el terreno de esta zona es seguro —gritó a Brody.

—Iré a echar una ojeada. Dentro de un momento.

Ella dudaba que él pudiera salir y caminar para ver el deslizamiento, al menos sin su ayuda. Él también pareció darse cuenta de que no podría; se frotó la cara y bajó las manos por las mejillas, desesperado.

Sarah salió sola a evaluar el corrimiento. La mitad superior del terreno del campamento estaba plana. Para que el cobertizo empezara a deslizarse hacia el barranco de Sid haría falta que se desplazara no solo la capa superior del suelo; la propia cima de la montaña tendría que moverse e inclinarse. Lo cual no dejaba de ser posible; tras haber visto olas de lodo a miles de metros por encima del nivel del mar, Sarah no pensaba descartar nada. Pero si ese acontecimiento se producía, ninguna zona de la montaña sería segura.

Sarah llenó un cubo de hierba fresca para Tansy. Soplaban un viento feroz. Siguió echando una ojeada a los alrededores y se quedó junto al baño para resguardarse. Aquel punto de láser bailoteando entre las orejas de Tansy no era algo que olvidaría fácilmente.

Cuidar del caballo era importante, pero también era una forma de retrasar el momento de sentarse con Brody. Nada de lo que él tenía que decir sería bueno.

Sarah acercó una silla a él. Brody no se había movido del escalón de la caravana.

—Por lo que veo, el terreno aguantarán.

—No tengo ni idea de qué hacer —reconoció él—. ¿Qué te han dicho?

—Querían saber dónde estabas.

—¿Cuántos son?

Sarah intentó recordar.

—Seis, por lo que vi. Cuatro me siguieron montaña arriba y dos se quedaron junto al arroyo. Pero había más en la otra orilla, seguramente otros... tres o cuatro. ¿Son muchos?

—Más que una patrulla de tráfico.

—¿Te traigo ropa limpia y enciendo el fuego?

—No. ¿Te han visto en mi coche?

—Creo que no. Pero el helicóptero lo ha sobrevolado. Saben dónde está. Los cuatro que me siguieron deben de haber pasado a su lado. Subí por la pista de los tramperos. Así conseguí volver. Habían bloqueado el camino.

—¿Has subido con Tansy por la pista de los tramperos? —Echó un vistazo a la

yegua—. ¿Ella ha hecho eso?

—La mayoría de los caballos no podrían.

—¿Ha ido por esa cornisa?

Sarah asintió.

—Los policías no pudieron. Creo que dieron media vuelta y están subiendo por el camino. Quizá traten de llegar antes de que anochezca.

—¿Estás segura de que no te han visto en mi coche?

—Puede que sí me vieran. Estuve allí un rato. Encontré la cámara, la que habías escondido detrás. Las fotos son de ella, ¿verdad?

Él se humedeció los labios.

—Por eso subiste aquí.

—Ahora no importa.

—Yo creo que sí.

Él se encogió de hombros.

—¿Te la olvidaste sin darte cuenta y tuviste que volver a buscarla?

—No. Yo no sabía nada de las fotos. Tenían que ser una sorpresa. Ella había pasado la mañana anterior en el monte conmigo. Pensó que yo había estado recogiendo todas mis cámaras.

—¿Por qué saliste a buscarla?

—Ella oyó lo de la tormenta y me llamó para asegurarse de que yo la había cogido. —Miró fijamente al frente—. Intenté decirle que era más peligroso conducir hasta allí con ese tiempo que dejarla donde estaba.

—¿Miraste las fotos?

—Tenía demasiada prisa. Cogí la cámara, la metí detrás y... —pestañeó al recordarlo— se me partió la llave en la cerradura, y luego, por si fuera poco, me quedé atascado en el barro. —Se pellizcó el puente de la nariz y apretó, como si se obligara a recordar—. Ya no importa. Nada de eso importa.

—Yo me llevé la cámara.

Él bajó la mano y la miró.

—¿Qué quieres decir?

—Me la llevé. La metí en la mochila.

Brody echó una ojeada al suelo, en busca de la mochila; luego recordó y dirigió la mirada hacia la cabaña.

—Sabía el daño que podían causar esas fotos —prosiguió ella—. Seguramente lo hice por tu hermano más que por ti. No le desearía ese tipo de fotos a nadie. Después oí el helicóptero. Pensé que venía hacia aquí. Imaginé que llegaban, que registraban la caravana, sin saber que tú estabas en la cabaña, sin poder oírte, y que luego subían al helicóptero y se marchaban... Pero no me escucharon. Solo les preocupabas tú, pero no me escucharon cuando les dije que te salvaran.

Él se quedó callado un rato; cuando habló, lo que dijo fue lo último que Sarah esperaba oír.

—Tomemos una copa. Terminémos el whisky.

—Acabo de huir de unos policías del cuerpo especial. Me ha apuntado un francotirador. Me ha perseguido un helicóptero. ¿Y ya está? ¿No piensas decir nada más?

—Están a punto de llegar, Sarah. Todo ha terminado.

La miró de un modo que indicaba que Sid había ganado, que había ganado la montaña; ninguno de los dos había tenido la menor oportunidad; no deberían haber subido a la montaña la mañana de Navidad.

—Ya no estamos atrapados. Nos han cogido.

Sacó la botella de whisky del armario donde la había guardado, la inclinó y removió el alcohol para ver cuánto quedaba, se sentó a la mesa, se puso un vaso delante y empujó otro hacia Sarah. Le sonrió con tristeza cuando ella se sentó y le sirvió un buen par de dedos en el vaso.

—Estamos más seguros en la caravana que dando vueltas por fuera. Aquí dentro no pueden darnos si disparan al azar. La verdad es que no sé cómo habrán reaccionado después de que te escaparas. Probablemente te he metido en un lío. Me disculparía, pero no te gusta y lo comprendo; no puedo decir constantemente que lo siento.

Ella cogió el vaso que le ofrecía.

—Gracias otra vez por salvarme la vida. Estaba convencido de que iba a morir. Parecía cosa del destino... atrapado de ese modo. Pero volviste. Forzaste a tu caballo por mí, y te forzaste a ti misma. Era sincero cuando dije que nunca lo olvidaré. Puedo conseguir un terreno para Tansy. No nos dimos la mano, pero lo mantengo.

Le quedaba polvo de la cabaña en la garganta y tosió. Tosió más fuerte. Dejó el vaso de whisky y se escurrió en la silla, se levantó para acercarse a la pila y bebió de una botella de agua, que luego sostuvo pegada al pecho.

—Te creo —dijo ella.

Él tomó otro sorbo de agua. Ella le tendió su vaso de whisky. Él volvió a toser, lo rechazó con un gesto y bebió más agua. Sarah cogió su propio vaso. El alcohol se deslizó por su garganta. Un tónico. Nada podría haberle devuelto el ánimo más rápido. Inspiró y se lamió el whisky de los labios.

Brody se quitó del cuello la linterna de cabeza y la dejó en el banco.

—Mientras estaba atrapado, pensé en nosotros y en las cosas de las que habíamos hablado.

—Yo pensé en nosotros mientras cabalgaba.

Sarah se sirvió otro trago. Llenó hasta arriba el vaso que él no había tocado y volvió a tenderse. Él negó con la cabeza. Ella apuró la segunda copa. Como las ventanas de la caravana eran tintadas, habían dejado la puerta entreabierta como fuente de iluminación. Entraba una franja de cálida y radiante luz vespertina. El vendaval barría los restos de aquellas condiciones meteorológicas impropias de la estación. Brody llevaba el reloj de Sarah. Consultó la hora.

—¿Puedo quedármelo?

—Claro. ¿Qué hora es?

—Las cinco.

—¿Tanto he tardado en volver?

—A mí me pareció el doble.

Sarah se dio la vuelta en la silla para mirarle. Se le contrajeron los músculos de

ambos lados de la columna vertebral, el dolor la pilló por sorpresa y contuvo bruscamente la respiración. Se puso en una postura más cómoda, de lado, y se acercó la botella. Se sirvió una tercera copa. Él se desabrochó los pantalones de camuflaje y se los bajó junto con los calzoncillos.

—Debería aprovechar la oportunidad para cambiarme y lavarme —explicó.

Se sentó en el extremo de la cama y se puso unas bermudas y una camisa limpias. No se la abotonó, se sujetó a los tiradores de los armarios para levantarse y se apoyó en el banco para ir hacia la pila. Cualquier peso en la pierna le provocaba dolor, un verdadero sufrimiento. Sarah vio que tenía la rodilla izquierda tan hinchada que era el doble que la otra, y el tobillo izquierdo inflamado también, por culpa de la viga.

—Heatherton. Creo que conozco a tu padre y a tu madre.

—Ya lo pensé. —Brody se echó en las manos agua de la botella, se la tiró en la cara y se frotó para limpiarse. Cuando se dio la vuelta, tenía un gesto de ternura y dolor—. Me parece que Jamie y Kirsty llevaron a su hija a una de tus rutas ecuestres.

—Mia, sí, he visto su nombre escrito en un regalo en tu coche. Pensé entonces que me acordaba de ellos. Una niña muy dulce. —Sarah se terminó la tercera copa. Fue a coger otra vez el whisky y advirtió que la mano se le quedaba un momento en el aire antes de cerrarse alrededor del cuello de la botella.

Brody se sentó frente a ella.

—Seguramente te afecta más porque llevas un par de días sin probar el alcohol.

—Sí —reconoció ella al cabo de un momento.

—Lo has hecho muy bien, con mono y todo.

—Gracias. —Sarah se ruborizó.

A fin de dejar que ella superara su incomodidad, Brody bajó la mirada y, mientras se abrochaba la camisa, preguntó:

—¿Cuánto llegaste a beber?

—Una botella por la noche. Media durante el día.

—Ahora me siento culpable por volver a ponértelo delante.

—Circunstancias atenuantes. Estoy segura de que incluso en una reunión de Alcohólicos Anónimos se disculpa una recaída de este tipo. Supongo que... que me pareció conmovedor que me lo escondieras. Fue bonito que te preocuparas por mí.

Él asintió.

Sarah se movió en la silla para quedar de nuevo frente a él. La espalda le molestaba un poco menos, quizá por el alcohol. Parecía que el dolor disminuía.

—Deberías beber, te dolería menos la rodilla.

—Voy a vendármela. —Volvió a consultar el reloj.

El rollo de film transparente estaba en el extremo de la mesa, debajo de los croquis enrollados. Él lo cogió e inició el ritual de buscar el final de la lámina de plástico. Ya le había costado mucho abrocharse la camisa; con los dedos lastimados,

era incapaz de despegarla.

—Dame, déjame.

Sarah se lo quitó, pero ella también se peleó con el film transparente. Tenía los dedos bastante doloridos. Su capacidad de concentración estaba disminuyendo. Veía borroso. Hizo una mueca para centrar la vista y consiguió despegar el plástico. Se lo dio.

—Sé por qué viene la policía, Brody. No hace falta que me lo sigas ocultando.

Él dejó el film transparente en la mesa y apartó los dos vasos. Se inclinó hacia delante y le tomó las manos.

—¿Te dijeron algo?

—No. No hizo falta. —Sarah retiró una mano. Se tocó la frente—. Lo he tenido aquí.

—Todo irá bien.

—Lo dudo.

—Serás capaz de afrontarlo.

Sarah se tocó la nuca y luego apartó la mano.

—La policía viene a por mí. Disparé a mi marido.

—Les diré que estabas llena de golpes.

—Iré a la cárcel.

Él le apretó la mano.

—No eres una mala persona, Sarah; se darán cuenta.

—Tú lo supiste la primera noche, ¿verdad? En cuanto viste a Tansy lo supiste. ¿Cómo? ¿Cómo lo saben ellos?

—Eso no importa. Yo te ayudaré.

—Me acusarán de asesinato.

—Quizá no.

—Tú no les has visto. No me trataron como a alguien que había actuado en defensa propia. Me trataron como si fuera una asesina.

—Estaban aterrados porque lo único que llegué a decirles fue que habías encontrado el arma y que me preocupaba tener que retenerte. Entonces la cabaña se derrumbó y perdí la conexión. Quién sabe lo que creen que ha pasado.

—¿Has estado en contacto con ellos durante todo este tiempo?

—Solo al principio y al final. Yo no quería mentir, Sarah. Pero me pareció que era lo único que podía hacer. Les dije que no te acuerdas.

—Pero me acuerdo.

—Chiss.

—No entiendo cómo pudiste saberlo. ¿Cómo lo supiste tan rápido?

—Sarah —él se acercó más—, no hemos hablado de eso y no vamos a hacerlo ahora. Una de las primeras cosas que les dije fue que no te acordabas.

—¿Qué pasará cuando lleguen? ¿Qué le pasará a Tansy? ¿Qué harán con ella?

—Yo me ocuparé de Tansy. Escúchame, por favor. —La miró a los ojos—. No acordarte puede ser lo mejor para ti.

—No sabía hasta dónde podía contarte, no sabía qué sabías, ni cómo lo sabías. Al final me di cuenta de que sí, pero...

—Lo que intento decirte es: ¿no crees que está bien la forma como lo hicimos?

—Se llevarán a Tansy.

—Prometí que me ocuparía de ella y lo haré.

Sarah volvió a acercar la otra mano a la de Brody para que él la tomara y la apretara. Le rodaban lágrimas por las mejillas.

—Sé que hubo momentos en que me tuviste miedo.

—La verdad es que no.

—No querías decirme quién eras.

—Me entró el pánico, nada más.

—Creías que no podías decirme tu nombre siquiera.

—No, Sarah, estaba nervioso por la situación, no por ti.

—Estoy asustada.

—Todo irá bien.

—Le disparé.

—Chiss, esto es importante: no te acuerdas. Es lo único que has de decir.

Limítate a decir eso.

—No quería pensar en ello —gritó ella.

—Nadie querrá meterte en la cárcel.

—Intenté no mentir.

—Lo sé.

—Solo dije una mentira.

—Creo que, con todas las que yo he dicho, puedes permitirte unas cuantas.

—No tenía diecisiete años. Tenía catorce. Duró tres años.

Brody se quedó atónito. Instintivamente, quizá, apartó las manos, pero enseguida reprimió el acto reflejo y volvió a coger las de Sarah.

—Oh, Sarah...

Ella necesitaba una copa. Sacó una mano de debajo de las de Brody para coger la botella. La mano le falló. Sentía un hormigueo en los labios y los notaba hinchados. Tenía un sabor amargo en la parte posterior de la lengua. Miró la copa intacta de Brody.

Él volvió a cogerle las manos y se las acercó al cuerpo.

—Lo siento muchísimo. No sabía qué otra cosa hacer.

Junto a la puerta, en el suelo, estaban los blísteres vacíos, donde ella los había tirado. Pero Brody no se había deshecho de las pastillas; las había escondido y

conservado, igual que la cuerda bajo la cama, como medida de seguridad.

—Lo sé —murmuró Sarah para sí. En su cerebro caía la blanda nieve que tan bien conocía, copos adormecedores que se esparcían sobre sus pensamientos, un dulce polvo de Nordoxin que eliminaba por completo el dolor.

Brody estaba hablando. El silencio de la nieve impedía a Sarah oírle. La capa blanca era una manta demasiado gruesa; demasiadas pastillas disueltas en un cuarto de botella...

Rápidamente, mientras aún podía, Sarah soltó la mano de un tirón y se metió los dedos en la garganta. Vomitó en el suelo de la caravana.

Durante unos pocos minutos borrosos, Sarah estuvo en el sofá de su casa. La sequedad de la boca le resultaba familiar. Conocía muy bien el abotargamiento árido debido al exceso de pastillas, la piel pegajosa, el cuero cabelludo grasiento, el picor en los ojos, la rigidez de las extremidades; ni siquiera el olor a vómito era inusual. Estaba de costado. El sofá de su salón era estrecho y mullido. Las cortinas estaban corridas y la lámpara junto al televisor, encendida. Fuera soplaba el viento. Tansy estaría inquieta; no le gustaba el viento.

La realidad empezó a filtrarse en la mente de Sarah, la verdad apareció rápidamente en cuanto abrió los ojos, y el miedo la invadió al instante. Trató de incorporarse. Estaba tumbada en el banco acolchado frente a la mesa. La puerta de la caravana estaba cerrada. Brody no estaba.

Sarah se puso en pie tambaleándose. Pasó por encima del vómito. Era reciente. No había estado inconsciente mucho tiempo. A través del vidrio tintado de la ventana sobre la pila, distinguió la silueta de Tansy, inquieta en el corral. Vio las sillas vacías delante de la estufa. Abrió con cuidado la ventanita para ver mejor. Se frotó los ojos para fijar la mirada, los entornó y se concentró. Anocheecía. Tansy iba de un lado a otro del establo. Brody estaba con ella. Tenía en la mano la brida de la yegua. Sarah se apretó la cara con los dedos. Se masajeó la piel con brusquedad, se frotó para reanimarse, se restregó para librarse del letargo.

Recordó que tenía una bala.

Palpó un bolsillo. Sí.

Espabilado cuando se trataba de conservar la posesión del rifle, Brody lo había sacado de debajo del colchón. Sarah volvió a la ventana del fregadero de la cocina y vio el arma apoyada en la pared trasera del cobertizo, cerca de la entrada del establo.

A Brody le costaba atrapar a Tansy, que relinchaba para que la dejara en paz. Él la seguía cojeando. La yegua corrió al cercado. Sarah oyó a Brody maldecirla.

La sangre se le aceleró en las venas.

Si abría la puerta de la caravana, él la vería, de manera que se le ocurrió salir por la ventana por donde había entrado el día que llegó. Debía de haber adelgazado. Esta vez no le costó deslizar las caderas. Perdió el equilibrio, resbaló y cayó en el suelo de tierra; primero se golpeó la cara, luego el hombro, después el cuerpo y, por último, las manos, que había alzado en una reacción estúpida y tardía, como un borracho que se desplomara. Las ráfagas de viento y los relinchos furiosos de Tansy silenciaron el ruido de la caída. Los calmantes impidieron que notara el dolor del impacto. Se quedó quieta en el estrecho espacio, esperando a que dejara de darle vueltas la cabeza y desaparecieran las arcadas.

—Tansy —oyó gruñir a Brody.

Como si eso fuera a ayudarle a atraparla.

La habilidad de Sarah para moverse con sigilo era escasa. Avanzó con la mano apoyada en la chapa ondulada para mantener el equilibrio. Iba encorvada, con la cabeza gacha. Tansy la vio. Brody la vio, y también vio su oportunidad: aprovechó la distracción del caballo ante la extraña aparición de Sarah para echarle las riendas al cuello a modo de lazo.

Sarah corrió con torpeza hacia el rifle. Solo le separaba de él un compartimento. Le pareció un esfuerzo digno de una prueba de larga distancia. Brody se la quedó mirando y optó por retener a Tansy ahora que la había atrapado.

—Sarah —bramó.

Ella pensó que hablaba igual que su padre.

Cogió el arma. Recobró la compostura.

—No está cargada —le recordó él.

Con los hombros apoyados en la pared del cobertizo, Sarah sacó la bala del bolsillo y se la enseñó.

—Dios santo.

Parecía que estuviera más harto que otra cosa.

Ella cargó el rifle torpemente, como si fuera una niña de cinco años.

—No sabes lo que haces. Suéltalo.

Ella levantó el rifle y le apuntó.

—¡Te verán y te volarán la cabeza! Puede que ahora mismo estén ahí fuera. ¡Suéltalo!

—Te dije que no la tocaras.

—¿Qué? ¿Sarah? Me estoy ocupando de ella, ¿no te acuerdas? La he cogido para atarla. Para que esté a salvo. Quiero ayudarte.

—¿Drogándome?

—No... Intentaba mantenerte a salvo. —Brody estaba tan cerca de Tansy como podía, a modo de protección. La yegua tenía el cuello bien sujeto con las riendas. Sacudía la cabeza, retrocedía asustada, y él la seguía, se apoyaba en ella, permanecía a su lado y dejaba que tirara de él hacia donde fuera—. Sarah, si te vieron en mi coche habrán pensado que vas armada. Y ahora lo estás. Suéltalo. Estás confusa.

—¡No estoy confusa! —chilló ella—. No me digas eso. —Se apartó de la pared y caminó hacia el corral con el rifle levantado, apuntando a Brody—. Eres tú quien está confuso. Te dije que no tocaras a mi caballo.

Él reculó con Tansy.

—Por Dios, no sabes lo que dices...

—Lo sé perfectamente. Eres un mentiroso. Esas fotos...

—Esas fotos no son nada. Esto tiene que ver contigo.

—¿Engañar no es nada?

—Suelta el arma.

—¿Crees que engañar no es nada?

—Te dispararán.

—¿Quedarte con todo y luego quedarte con mi caballo? —Sarah lloraba.

—¿Qué me he quedado yo? ¿Qué estás diciendo? Sarah, yo no soy tu mari...

—No —le amenazó ella. Las lágrimas aumentaban el ofuscamiento provocado por los calmantes, y la emoción le oprimía el pecho hasta el punto de que le costaba respirar—. Sé quién eres. Sé lo que eres. —Se acercó más—. Eres un embustero y un tramposo.

—Por favor —dijo él, con pena en su rostro demacrado—, has de parar. Creo que una parte de ti sabe que has de parar. Yo te ayudaré.

—Lo siento —se disculpó ella, con ironía manifiesta—, pero no es tuya y no te la puedes quedar. —Apuntó el arma a la pierna de Brody más alejada de Tansy.

Él soltó las riendas y dio una palmada en la grupa de la yegua, que se lanzó hacia Sarah. Ella retrocedió, trastabilló y el arma se le escapó de las manos.

Un violento estampido resonó en la cima de la montaña. Tansy se detuvo en seco. El músculo superior de su pata izquierda se crispó y tembló. Durante unos segundos elásticos no pasó nada más. El viento cesó. Los envolvía el aire balsámico de una noche de verano. En el pelaje negro de Tansy no se veía nada. El impacto de la bala, el escozor, el dolor, la perplejidad se reflejaban en sus ojos. El olor acre que salía del rifle tirado en el suelo indicó a Sarah que el arma que se había disparado era la suya. Tansy no entendía nada. Cada vez le dolía más la pata. No era un balazo superficial. Era profundo, penetraba en su interior. Era un dolor expansivo, prolongado, desgarrador.

—Tansy...

La yegua se apartó de Sarah. Corrió hasta el otro extremo del cercado y dio coces al travesaño. Le resbalaron los cascos cuando echó a correr. El miedo se intensificaba a medida que se prolongaba el dolor, que empeoró. Soltó un relincho.

—No...

Tansy intentó saltar la cerca. Su tamaño y su fuerza eran formidables cuando trató de superar el travesaño superior y no lo consiguió. Cayó de espaldas en el cercado, con las musculosas patas en el aire, desprotegido el vientre redondeado, torcido el recio cuello.

—¡Tansy!

Se levantó espantada, pasó como una exhalación junto a Sarah, hacia el establo, calculó mal, o bien el miedo y el dolor le impidieron controlar el paso, y dio un bandazo hacia la pared del cobertizo. Abolló la chapa ondulada al estrellarse de cabeza contra ella, se tambaleó y cayó al suelo de tierra. Se vio algo rojo en el aire y sobre el hocico de la yegua, y una salpicadura de sangre en la pared. Se levantó tambaleante. Tenía un corte profundo sobre los ollares y, en lo alto de la pata, una

mancha oscura de sangre, de la que descendía un hilillo hacia el casco. Sarah trató de acercarse, pero ahora Tansy le tenía miedo.

—No, no, cariño... no pasa nada. No te haré daño.

Tansy no vio la puerta del establo abierta; echó a correr y embistió contra la cerca de madera; los sacos de mortero y cemento cayeron y se rompieron, y el polvo se dispersó. Tropezó y trastabilló con los tablones y los sacos abiertos. Sarah pasó por debajo de la valla y corrió para tratar de detenerla. Tansy patinó al alejarse de ella; la pata herida le fallaba y la hacía tambalearse. Se dirigió a trompicones hacia la zona de suelo firme.

Sarah la siguió, vociferando su rechazo a lo que estaba ocurriendo.

—¡No! ¡No!

Tansy se adentró en el monte. En mitad de la franja de tierra que servía de puente, Sarah aminoró el paso. Tenía los ojos muy abiertos y secos.

—No...

De la linde del monte surgían hombres con armas preparadas, un grupo coordinado, con los cascos puestos. Tras ellos se oía el zumbido del helicóptero.

Se agruparon en el borde del terreno firme. Para llegar al monte, a su caballo, Sarah habría tenido que correr entre ellos. No se lo permitirían. El grupo inició un avance táctico y profesional. Ver que se aproximaban como una manada detuvo a Sarah. Se le paralizaron las piernas.

Brody estaba en el cercado, con las manos abiertas a la altura de la cadera, enseñando las palmas vacías.

—Estamos los dos desarmados —gritó.

Los hombres seguían apuntando a Sarah. Se acercaron más.

Ella levantó automáticamente los brazos en señal de rendición. El llanto también fue automático. Una tristeza rápida, súbita... algo que tenía que ver con el aire, el mismo aire que respiraban los demás, el sol poniente, la luna, lo indefectible y absoluto, esas cosas infalibles que no ofrecían nada y aun así parecían lo único en lo que era posible confiar.

—¡De rodillas! —gritaron los hombres que se acercaban—. ¡Póngase de rodillas!

Sarah se arrodilló, con las manos abiertas encima de la cabeza. Miró a Brody detrás de ella.

—Todo irá bien —le dijo él.

El hombre que había aparecido en la bifurcación —caminaba con las piernas más separadas que los demás— se adelantó.

—¡No se mueva! —vociferó una y otra vez. Corrió hacia Sarah, la empujó hacia delante, sobre la hierba, y le clavó la rodilla en la zona lumbar amoratada.

# El Año Nuevo

Siempre que podía, la acusación mostraba la filmación de Sarah disparando a su marido. La pasaron otra vez antes de concluir su argumentación. Era una película en blanco y negro, grabada en los establos donde Dean había instalado a Tansy. Se veía el patio de hormigón ante la entrada principal de Establos Alice Joyce, con el nombre estarcido a ambos lados de las puertas de estilo rústico. Una luz de seguridad iluminaba la escena; lucía débilmente sobre las puertas. Se encendía un sensor luminoso y un resplandor brillante inundaba el espacio. Sarah aparecía en escena. Llevaba una gorra, que impedía verle la cara, y el rifle. Caminaba hacia la puerta y la abría. Vestía la misma ropa que la mañana del día de Navidad a primera hora. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo. Desaparecía en el establo. Unos faros bañaban de blanco la escena durante un momento. Aparecía el morro de un coche. El de Dean, un todoterreno Nissan Patrol. Se acercaba a las puertas. Sarah reaparecía en escena. La portezuela del conductor se abría. Los faros se apagaban. Dean salía. Llevaba una camisa de cuadros, vaqueros y botas. Tenía el pelo y la barba oscuros. Se parecía extraordinariamente a Brody cuando este estaba en la montaña: barba corta, cuerpo esbelto y musculoso. Se quedaba junto al vehículo y daba una palmada al capó. La filmación no tenía sonido. Dean gritaba. Sarah se acercaba con el arma en la mano, apuntando al suelo. Bajo la gorra, se veía que empezaba a gritar también. Dean no parecía asustado. Se inclinaba hacia ella y le chillaba en la cara. Discutían un momento. Él la empujaba. Sarah se tambaleaba hacia atrás. Recuperaba el equilibrio y le apuntaba con el arma. Él daba media vuelta alzando la vista al cielo y meneaba la cabeza en un gesto de incredulidad mientras sacaba el móvil del bolsillo.

La secuencia no mostraba el disparo ni dejaba claro dónde le había disparado (en la nuca); solo se veía a Sarah preparándose para el retroceso del arma, a él dejando caer el móvil y derrumbándose como una marioneta a la que hubieran cortado los hilos. Se plegaba sobre sí mismo fuera de cámara, detrás del vehículo. Sarah bajaba el rifle. Se quedaba inmóvil y luego se limpiaba algo de la parte inferior de la cara. Se daba la vuelta y entraba en el establo.

Un minuto después, salía con Tansy. La yegua estaba asustada e inquieta. Sarah llevaba el arma, con el cañón hacia abajo junto a la pierna. Conducía a Tansy por delante de la puerta abierta del coche y por encima del cadáver de Dean, y la llevaba hacia la oscuridad.

Durante el juicio Sarah llegó a conocer la cantidad y variedad de miradas que intercambiaban su defensora y su procuradora. Eran capaces de conversar entre sí sin pronunciar una sola palabra. No necesitaban pasarse notas. Sarah estaba en el

banquillo detrás de ellas. Advirtió que a la funcionaria de prisiones sentada a su lado también le resultaban fascinantes las miradas del equipo legal. Al entrar Brody en la sala, la defensora y la procuradora se lanzaron las miradas más ufanas que se habían dirigido hasta el momento. Sus sonrisitas de suficiencia se transformaron en gestos remilgados y ambas levantaron la cabeza a la vez fingiendo que observaban a Brody con frialdad, aunque por dentro se relamían de satisfacción. Adoptaron un aire de indiferencia que resultó más convincente.

Brody se dirigió hacia el estrado de los testigos. Todavía cojeaba, muy poco, apenas nada. En los vaqueros estrechos se apreciaba el bulto de una rodillera, que no conseguía empañar su aspecto general: camisa blanca por fuera de los vaqueros y botas marrones de piel, tez morena, pelo corto y muy oscuro, afeitado impecable. La juez le miró por encima de las gafas. Dos jóvenes del jurado, un chico gay y una chica, se miraron con gesto de aprobación. También contribuyó el hecho de que los medios de comunicación que estaban en la sala cobraran vida; se elevó un ronroneo entre ellos, se abrieron libretas, se oyó el clic de los bolígrafos. Hasta ese momento habían tenido que conformarse con Jamie Heatherton, como aperitivo y gancho, un atisbo del elusivo Brody. Cuando la sesión se había vuelto aburrida —un exceso de «señoría» había provocado el sueño en la tribuna—, la melé de periodistas había escrutado a Jamie, el guapo hermano del guapo superviviente, había tomado notas sobre él y dibujado su retrato.

Jamie ocupaba el mismo asiento todos los días, en la última fila de la tribuna, la más cercana al jurado, un sitio donde Sarah podía verle sin tener que moverse en el banquillo. Normalmente acudía solo. Ese día tenía al lado a su mujer, Kirsty, rubia y de ojos azules, vestida como si hubiera llegado directamente del gimnasio o acabara de salir de aquellas fotos de la cámara de vigilancia. Estaba cogida del brazo de Jaime con fuerza. Miró a Brody cuando este entró en la sala.

Justo detrás de Sarah estaban sus padres. Ella no les veía, a menos que volviera la cabeza. Se los representaba en la mente. Su madre había adelgazado. Tenía el doble de arrugas que antes. Su rostro había adquirido un permanente tono ceniciento. O bien la vergüenza la obligaba a encorvarse y mantener la mirada baja, o bien el padre de Sarah minaba su energía.

Brody se sentó en el estrado y miró a su hermano. Sarah advirtió que reprimía el impulso de mirarla a ella. La sala era grande. No quedaban demasiados asientos libres ese día, ya que testificaba Brody. Era una estancia moderna, sencilla, luminosa y diáfana. Él era el centro de atención. El alguacil le tomó juramento. Brody estaba nervioso, tenía la voz más aguda de lo normal. La abogada defensora se levantó.

Sarah desvió la vista. Brody no sería capaz de aguantar mucho más sin mirarla, y aún no estaba preparada para enfrentarse a él. Debía de haber visto la filmación donde aparecía ella en los establos. Debía de haberse formado su propia opinión.

Debía de haberla juzgado. Sarah enderezó el dobladillo de la falda por encima de las rodillas, retiró de la tela una hebra inexistente y pasó las manos sobre la prenda. Quizá tenían que hacerlo de esa manera, mirarse por turnos. Como en sus relaciones sexuales, el control siempre en manos de uno.

La mirada de Brody se posó en ella —Sarah lo notó—, en su pelo, descendió hacia los hombros, se entretuvo en las facciones, realzadas con un cuidadoso maquillaje, ni demasiado subido ni demasiado natural, nada de labios rojos ni tonos llamativos; ojos, labios y pómulos resaltados sutilmente, cejas bien delineadas, nada que el jurado pudiera criticar. Sarah advirtió que él apartaba la vista para no parecer demasiado absorto, pero que no podía reprimir el impulso de volver a mirarla.

Desde que había bajado de la montaña del Diablo, había examinado todas y cada una de las fotografías de Brody en los periódicos, se había inclinado sobre la pantalla del ordenador de la procuradora para ver vídeos en los que esquivaba a los reporteros. Lo único que él debía de haber visto de ella eran imágenes anteriores a su estancia en la montaña, la foto de boda de ella y Dean, que a los medios les encantaba publicar, y las imágenes granuladas desde el río de las Truchas (el vídeo de YouTube de Sarah gritando desde la orilla, con casi seiscientas mil visitas la última vez que lo había consultado; el conductor de la grúa debía de estar contento). Pero ahora, en el juzgado, era la primera vez que se veían en persona.

A Sarah se le había desbocado el corazón. Brody seguía provocándole esa reacción. Parecía que una parte de ella pudiera salir del cuerpo y estar con él en el estrado. Era consciente de la piel de él, de su cabello, de sus labios, del contorno de su cara, del peso de su cuerpo, del sonido de su respiración, le olía, percibía su sabor.

—Señor Heatherton, durante el juicio hemos conocido los hechos relacionados con su rescate y que usted estuvo atrapado en la montaña con mi cliente; sabemos que mi cliente le salvó la vida. Lo que yo...

El fiscal la interrumpió.

—Señoría, no es un hecho que la acusada salvara la vida del señor Heatherton. Hemos oído testimonios en sentido contrario. La acusada puso en peligro la vida del señor Heatherton al desviar el helicóptero y retrasar la misión de rescate.

—Por favor, absténgase de decir que la acusada salvó la vida del señor Heatherton.

—En mi opinión, señoría, si se me permite continuar, el relato personal del señor Heatherton sobre el tiempo que pasó atrapado en la montaña aclarará si mi cliente le ayudó o no en este sentido. Sin duda es quien mejor puede explicar qué sucedió.

Sarah echó un vistazo a Brody. Él también la miró. Ella mantuvo sereno el semblante. La procuradora le había advertido de que mostrara en todo momento una expresión afable. Sarah había tenido que ensayar delante del espejo. No debía sonreír, fruncir el ceño, bostezar ni llorar; debía procurar no estornudar ni toser, ni sorber por

la nariz, ni rascarse la cara, ni frotarse los labios, ni arreglarse el pelo ni retorcerse las manos. Brody apartó la vista. Sarah se frotó los labios. Tragó saliva, sorbió por la nariz, se la tocó. Se quedó quieta un momento, con la mente llena de pensamientos atropellados, y luego se alisó el pelo.

Tras reponerse de la fugaz pérdida de control fijando los ojos en el regazo, alzó la vista. Brody tenía la cabeza gacha y las manos entrelazadas en el regazo, como ella. Levantó la mirada. Desviaron la vista.

—Corté la cadena porque tenía las llaves en la oficina del guardabosque, que estaba cerrada durante las vacaciones de Navidad —dijo Brody.

—¿Por qué subió a la montaña el día de Navidad?

—Había estado trabajando allí arriba la víspera y me había dejado algunas herramientas. Oí que amenazaba tormenta y sabía que el río de las Truchas se desbordaría. Si no las recuperaba entonces, tardaría semanas en hacerlo.

—¿Herramientas de trabajo tan importantes como para cortar la cadena y enfrentarse a la tormenta el día de Navidad?

—Sí. Eran caras. Hacía poco que tenía el trabajo. Me preocupaba perderlo si no las recuperaba.

—¿En qué trabaja usted, señor Heatherton?

—Controlo la población de ciervos del bosque.

—Mitiga los efectos de las especies invasoras a fin de conservar la flora y fauna nativas —dijo la abogada defensora de Sarah.

—Sí.

—¿Qué pasó luego?

—Cuando subía, oí en la radio de la policía (la tenía puesta para conocer la evolución de la tormenta) que había habido un tiroteo en Lauriston. Informaban de que una mujer había disparado a un hombre, había robado un caballo e iba armada.

—Señor Heatherton, ¿estaba enterado del tiroteo antes de llegar a la cabaña y encontrar a mi cliente?

—Así es.

—Y cuando llegó al campamento, en aquellas condiciones meteorológicas extremas, después de que mi cliente le sacara de un barrizal, entró en el cobertizo y vio el caballo atado; ¿fue entonces cuando pensó que mi cliente podía ser la persona de la que hablaba la policía?

—Sí.

—¿Fue únicamente el caballo lo que provocó sus sospechas?

—Y ver que Sarah había recibido una paliza.

—Protesto. Señoría, el testigo no tiene forma de saber cómo se produjeron las contusiones de la acusada.

—Señor Heatherton —dijo la juez—, cíñase a los hechos, por favor, y evite hablarnos de esas cosas que imaginó que eran ciertas.

—Ella tenía muchos moratones. —Brody se tocó la barbilla y la boca—. Parecía que le habían pegado.

—¿Le alertó alguna otra cosa de la acusada?

—Su comportamiento. —Brody hizo una pausa antes de añadir—: Estaba alterada.

—¡Señoría!

—Señor Heatherton. —La juez se quitó las gafas. Las dejó sobre los documentos que tenía delante y se reclinó en la silla—. Usted no está aquí para darnos su opinión. —Dirigió una mirada de censura al estrado—. Deberían haberle explicado cuál es su papel como testigo.

—Pido perdón, señoría —dijo la defensora de Sarah—. Señor Heatherton, por favor, díganos concretamente qué hizo y cómo se comportó mi cliente esa noche.

—Estaba... —Brody se rascó la frente, miró a su hermano— dispersa, hacía preguntas raras, actuaba de forma extraña.

—¿Explicó usted a mi cliente cómo había acabado atrapado en la montaña?

—No —contestó él con voz más clara—. Al darme cuenta de quién era me asusté. No le conté casi nada. Solo pensaba en largarme en cuanto pudiera. Tenía intención de bajar al coche y esperar a que me rescataran.

—¿Por qué no se fue?

—Lo intenté. Cuando se quedó dormida llegué hasta el monte. Llamé a emergencias. Les dije que ella estaba allí y que creía que era la mujer implicada en el tiroteo. Me confirmaron que era ella al decirme su nombre de pila y darme una descripción suya y de Tansy, su yegua. Empezó a llover muchísimo otra vez. Me fallaba la rodilla. Se me terminó la batería del móvil. La única opción era quedarse.

—Cuando regresó al cobertizo y a la caravana, ¿habló a mi cliente de la llamada a la policía?

—No.

—¿Por qué?

—No me correspondía a mí decírselo. La policía no quería que volviera al campamento... me advirtieron de que posiblemente iba armada, me hablaron de la grabación de la cámara de seguridad. Pero yo no tenía otro sitio adonde ir.

—Señor Heatherton, ¿qué estaba haciendo ella cuando usted regresó al cobertizo?

—Cuando volví la encontré... dando vueltas; creía que el cobertizo estaba infestado de insectos.

—¿Y era así?

—Había unos cuantos. —Brody carraspeó—. Al parecer Sarah creía que estaban por todas partes.

—¿Qué quiere decir con «por todas partes»?

Brody miró al techo y agitó la mano ante sí.

—Por todas partes... suelo, paredes, por todas partes. Por lo visto pensaba que se trataba de una invasión.

—¿Una invasión de insectos?

—Sí.

—En realidad, ¿qué había... unos diez insectos que viera usted? ¿Cuántos?

—No los conté. No podría decirle la cantidad exacta.

—Pero no era una invasión de insectos.

—No.

—Señor Heatherton —dijo la abogada de Sarah—, ¿es cierto que una de las razones por las que no habló a mi cliente de la llamada es que no quería empeorar su estado mental, a todas luces perturbado?

—Así es.

De repente el alguacil dio un paso al frente y anunció el receso para el almuerzo.

Los barrotes de la ventana eran sutiles rejas decorativas pintadas de negro. Desde la acera, el palacio de justicia, que ocupaba la mayor parte de la manzana, se alzaba imponente. Aquellos bloques de arenisca parecían decir: «Vuestros delitos no me afectan». Por eso resultaba extraño que alguien hubiera decidido reducir, suavizar y domesticar el interior del edificio, convertirlo en algo más semejante a las oficinas de una empresa, con salas de justicia que parecían salas de juntas. Daba la impresión de que el delito combaba y deformaba las delgadas paredes actuales. El equipamiento moderno temblaba de verdad con cualquier cosa más grave que una infracción menor. En muchos sentidos, Sarah deseaba que su caso se hubiera juzgado en el interior del tribunal original, donde el señor juez presidía la sala sentado en una butaca de orejas enorme y el techo se elevaba sobre ellos, los pomos de las puertas repiqueteaban y las bisagras chirriaban y nada parecía tan poderoso como las austeras dimensiones.

La sala de los acusados donde estaba ella parecía un palco privado. Había reproducciones de Monet en las paredes, un escritorio, moqueta gris, alfombras, cojines mullidos en el sofá. La abogada defensora se estaba retocando el pintalabios. Hacía mohines a su imagen en el espejo. Cerró el estuche de maquillaje con un chasquido.

La abogada rondaba los sesenta. Costaba adivinarlo. Tenía buenos genes: una piel preciosa, el blanco de los ojos límpido, dentadura perfecta. Tenía estilo: traje pantalón entallado y corte de pelo moderno, zapatos de punta estrecha y tacón bajo y puntiagudo.

—¿Viste la cara de Wilson cuando entró Brody? —dijo.

—Le vi mirarle los zapatos —contestó la procuradora de Sarah.

—Mira los zapatos de todos los testigos. Cree que puede adivinar qué tipo de testigo es por el calzado.

—¿Zapatos buenos, buen testigo?

—Es más complejo; las correas significan una cosa, los tacones, otra.

—Yo sé lo que cree que significan las correas y los tacones.

Las mujeres recogieron de la mesa los enseres del almuerzo.

—Sarah, ¿cómo está?

Era la procuradora quien lo preguntaba. Se dio la vuelta y sonrió comprensiva. Sarah estaba sentada en el sofá pegado a la pared. Listas de la compra, horarios de salida del colegio y reservas para cenar, eso era lo que veía cada vez que la procuradora la miraba a los ojos. La mujer siempre llevaba la ropa un poco torcida y nunca iba bien peinada. Probablemente había sido una profesional apasionada en el pasado; ahora era ante todo madre y esposa. Los hijos, el marido, la casa, el coche, la colada, todo parecía imponerse ese día.

—Estoy bien.

—¿Le traigo otro té?

—No, gracias.

—No ha comido, ¿seguro que no tiene hambre?

—Estoy bien.

La funcionaria de prisiones estaba al otro lado de la puerta, hablando con una compañera. Sarah veía sus siluetas a través del vidrio esmerilado. Las oía reír.

—La sesión se reanuda —dijo la abogada defensora. Estaba revisando los papeles de la mesa—. Las cosas irán mucho mejor ahora que Brody está en el estrado.

—Señor Heatherton, ¿cuántos días estuvo atrapado con mi cliente en la montaña del Diablo?

—Siete.

—¿Qué día le quedó claro que mi cliente no era consciente de los hechos de la mañana del día de Navidad?

—Protesto. Señoría, es el jurado quien debe decidir si la acusada era o no consciente del crimen.

—Lo diré de otro modo. ¿Qué día quedó claro que mi cliente parecía no tener conocimiento de los hechos de la mañana del día de Navidad?

—Era como si no se acordara. El segundo día, el veintiséis, habló como si ni siquiera supiera por qué tenía el arma.

—Con respecto al arma, ¿tendría la bondad de explicar al jurado cómo la encontró y cómo acabó en su poder?

Brody bebió un sorbo de agua.

—Vi a Sarah mirar debajo de un palé que había en un rincón del cobertizo. Cuando estábamos construyendo el corral para Tansy, fui a mirar bajo el palé. Vi el rifle y lo saqué. Lo puse en lo alto de la caravana. Pensé que lo más prudente era cambiarlo de sitio.

—¿Se sintió amenazado por el hecho de que ella tuviera un arma?

—Dudaba que fuera a utilizarla. Me pareció que era responsabilidad mía quitarla de en medio.

—Pero debió de pensar en las consecuencias. Mi cliente se daría cuenta de que había desaparecido; ¿no le preocupaba lo que iba a decirle usted y lo que haría ella?

—Sarah estaba... —Brody alargó el brazo y tocó con los dedos el vaso de agua que tenía delante, rozó el borde un momento y luego apartó la mano—. Estaba confusa. Creía que quizá hubiera otra persona en la montaña.

—¿Creía que esa persona se había llevado el rifle?

—Preguntó si estaba ahí fuera, sí.

—¿Qué clase de persona creía ella que había ahí fuera?

—No estoy del todo seguro. Al parecer creía que yo estaba en la montaña

haciendo algo ilegal y que esa otra persona tenía algo que ver.

—¿Ella creía que usted tenía un cómplice escondido en el monte? ¿Qué creía ella que estaban haciendo usted y ese delincuente imaginario?

—No estoy seguro. También estaba muy nerviosa por su móvil.

—¿El móvil que se había mojado y no funcionaba?

—Debería aclarar eso —dijo Brody—. Yo había sacado la batería. Me preocupaba que el móvil volviera a funcionar, ella hiciera llamadas y saliera a la luz lo que estaba pasando. Trataba de evitar una confrontación de ese tipo. Pero la principal preocupación de Sarah era secar el interior.

—¿E intentó abrirlo con ese fin?

—Lo rompió para abrirlo.

—¿Podría mostrarnos lo que hizo, por favor?

—Ella... —Brody levantó la mano y la abrió como si sostuviera un móvil, golpeó el objeto imaginario contra la barandilla del estrado— le dio un montón de golpes.

—¿Para abrirlo?

—Sí. Lo destrozó.

—Señor Heatherton, ¿qué le dijo mi cliente sobre su caballo ese mismo día?

—Me contó la leyenda sobre las yeguas negras, que las yeguas negras son inmortales.

—¿Recuerda sus palabras?

—Dijo... que las yeguas negras no abandonan la tierra y que su espíritu pasa a la siguiente yegua negra que nace.

—¿Le dijo que su caballo era inmortal?

—Sí.

—Señor Heatherton, ¿tiene alguna experiencia con personas esquizofrénicas?

—Sí. —Brody calló un momento—. Mi hermano lo es.

—¿Su hermano es un esquizofrénico diagnosticado?

—Sí. —Brody volvió a acercar la mano al vaso. Rozó el borde con los dedos.

—¿Ha visto alguna vez a su hermano durante un episodio de esquizofrenia?

—Sí, le he visto.

—¿Vio usted alguna similitud entre el comportamiento de su hermano durante uno de esos episodios y el comportamiento de mi cliente el día de Navidad y los siguientes?

Absorto en el borde del vaso, Brody respondió:

—Vi muchas similitudes.

—Mientras mi cliente destrozaba el teléfono, un aparato que era de la máxima importancia estando los dos aislados y casi sin comida, una tabla de salvación que usted tenía la intención de tratar de arreglar, ¿le pareció que era consciente de lo que hacía y de que su conducta estaba mal?

—No, no me lo pareció.

—Señor Heatherton, ¿mi cliente le aclaró en algún momento qué tipo de delincuente creía que era usted?

—Alguna vez... —Brody carraspeó— me llamó Sid, el bandido que murió en la cabaña.

Se pellizcó la nariz y miró al suelo mientras se la frotaba. En ese momento, la sala del tribunal le pareció a Sarah más surrealista que nunca. Los ojos se le secaban porque intentaba no parpadear.

—¿Mi cliente no le llamó Brody, sino Sid, el bandido que murió en la cabaña hace ciento cincuenta años?

—Un par de veces —contestó Brody levantando la vista—. De hecho, casi nunca me llamó por mi verdadero nombre.

La pantalla instalada en la sala mostraba la fotografía policial de Sarah, tomada al día siguiente de su detención. No se había cambiado ni duchado cuando se la hicieron. Tenía el pelo alborotado alrededor de la cara; los ojos enrojecidos y entrecerrados; manchas del polvo de la cabaña en las mejillas. Los rasguños de la cabalgada se habían secado y convertido en rayitas de sangre en el cuello.

—Señor Heatherton, tenga la bondad de explicar qué pasó después de que mi cliente le sacara de la cabaña.

—Me dijo que había huido de la policía. Entonces supuse que los agentes actuarían con mayor contundencia cuando llegaran. Además, la había enviado a mi coche, que estaba repleto de armas. La primera vez que llamé a la policía, les expliqué que no había podido cerrar el cajón donde guardo las armas y que no estaban bajo llave. Insistieron en que no la dejara acercarse a mi coche. Yo sabía que si la habían visto rebuscando en él y metiéndose algo en la mochila... las cosas se descontrolarían. Decidí sedar a Sarah con los calmantes que ella había traído consigo.

—¿Le dio usted el alcohol y las pastillas para controlarla?

—Sí, así es.

—¿Qué pasó luego?

—No sirvió para nada. Empeoró las cosas. Estuvo inconsciente un rato, luego volvió en sí...; estaba desconcertada. Estaba aterrada. Mientras yo trataba de agarrar a Tansy ella recuperó el rifle y me apuntó.

—Le apuntó, pero ¿no acababa de salvarle la vida?

—Eso es. Estaba confusa. Estaba convencida de que yo quería llevarme el caballo. Yo intentaba amarrar a Tansy, pero Sarah no lo entendía. La culpa fue mía por drogarla. La culpa fue mía por enviarla allí abajo, a mi coche. La policía no habría sido tan contundente de no haber sido por mí.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Dejé ir a Tansy. A Sarah se le cayó el rifle. Se disparó. Hirió al caballo. Tansy echó a correr hacia el monte.

—Gracias, señor Heatherton. El oficial que estaba al mando aquel día ya ha explicado qué sucedió después.

Brody fue a coger el vaso de agua, pero apartó rápidamente la mano. Estaba temblando.

—Señor Heatherton, cuando mira hoy a mi cliente sentada en la sala, ¿le parece la misma mujer con quien se encontró el día de Navidad y la misma mujer con quien pasó siete días atrapado en la montaña?

Él la miró. Sarah no tuvo otro remedio que mirarle a su vez. Se sostuvieron la mirada.

—No —respondió Brody.

—No tengo más preguntas, señoría.

La abogada defensora de Sarah estaba sentada en el sofá con ella. La procuradora acercó una silla. El equipo se preparaba antes del último asalto.

—Hemos de repasar los puntos en los que creemos que se centrará mañana la acusación y prepararnos para los métodos con los que Wilson intentará confundir a Brody. Brody tiene unos antecedentes impecables. Ahí no encontrarán nada. Ha quedado demostrado que su hermano está enfermo, es una historia triste, no la sacarán. Un aspecto que me preocupa es... —la abogada dio unos golpecitos con la uña en la rodilla de Sarah— la cuestión de la complicidad... Usted y Brody... —Levantó la mano y frotó dos dedos entre sí—. Desde que él entró en la sala del tribunal, percibo algo.

—Yo también —dijo la procuradora—. Si nosotras lo notamos, a la acusación no le habrá pasado por alto. Haya o no haya algo, tenemos que hablar de ello. —Hizo una pausa—. ¿Hay algo de eso?

—El problema es —continuó la abogada antes de que Sarah pudiera contestar— que podría trastocarlo todo más que ninguna otra cosa. Hemos evitado lo de la pareja de supervivientes por ese motivo. Es mejor que el jurado piense en ustedes dos por separado. Usted le salvó la vida y puede que él se sienta en deuda y presente los hechos de forma favorable para usted. De momento no da esa impresión, lo cual es positivo. Necesitamos que él siga siendo creíble.

—En ese sentido, que sea tan guapo nos perjudica —señaló la procuradora—. La mitad de la gente de la sala piensa: «Siete días aislada con él... mmm».

—Cuando sube una persona atractiva al estrado, el sexo aflora siempre. Todo el mundo lo tiene en la cabeza. No habría ningún problema si él fuera feo. Ustedes son dos personas atractivas y empieza a resultar difícil negar lo obvio.

—Nosotras no sacamos el tema —dijo la procuradora—, pero Wilson lo hará. Cuando presione a Brody, y le presionará, ¿hay alguna posibilidad de que él conteste sí a la pregunta sobre el sexo?

—Yo no sé qué contestará él.

—¿Hubo algo de eso entre ustedes?

Sarah negó con la cabeza.

Las dos mujeres recurrieron a su sistema de comunicación silenciosa.

—Sarah... tenemos que saberlo. Hemos de estar preparadas. ¿Hubo sexo?

—Puede... que lo hubiera.

—¿Más de una vez?

—Quizá.

—¿Usted no habló con él del tiroteo en ningún momento?

—No.

—¿Le dijo él que la cámara de seguridad la había filmado llevándose a Tansy?

—Ya se lo he dicho: yo no tenía ni idea de la filmación hasta que bajé. Él no me dijo nada. No hablamos de eso.

—Pero de algo hablarían.

—No hablamos del tiroteo ni de la posibilidad de que hubiera un juicio. Ni de nada parecido. Nosotros solo... él solo... hablamos de otras cosas.

—¿Dijo él algo que diera a entender un conocimiento más profundo de la situación, o lo hizo usted?

Fueron los besos lo que acudió a la mente de Sarah, la forma en que él se movía, su energía, cómo la atraía hacia sí y la expresión de sus ojos cuando se besaban: «Lo sé». ¿Cómo podía Sarah explicar eso? La verdad estaba allí siempre que se tocaban.

—¿Sarah?

—No hablamos de eso.

La mujer mayor la miró fijamente a los ojos. No disimuló que la estaba escudriñando.

—¿Había algo tácito? ¿Una sensación de complicidad?

—No planeamos nada.

—No está enamorada de él, ¿verdad?

—No. —Sarah se apartó y se frotó la frente—. De todos modos, esas palabras no significan nada.

—¿Qué quiere decir?

—«Te quiero»: no significa nada. El hecho de que él lo dijera no lo convierte en verdadero.

Se estremeció en cuanto las palabras salieron de su boca.

La abogada se inclinó hacia atrás y suspiró. La procuradora dejó la taza de café. Las dos mujeres no se miraron. Nada confidencial y perspicaz pasó de una a la otra. Miraban en direcciones opuestas.

Al día siguiente Brody llevaba vaqueros ajustados y la rodillera por fuera, una camiseta debajo de una chaqueta beige y botas vaqueras. Subió al estrado. Entró la juez. Todo el mundo tuvo que ponerse en pie.

Bajo la peluca y la toga, Wilson, el fiscal, llevaba un traje viejo y unos zapatos gastados. Cuando la juez se sentó, él tomó asiento, puso una pierna encima de la otra y se reclinó en la silla. Era teatro. La mayor parte de lo que ocurría en la sala lo era. Se levantó de un salto y se acercó en dos zancadas a Brody, sentado en el estrado.

—Hola.

—Hola —contestó Brody.

—¿Quién cocinaba?

—¿Cómo?

—Cuando estaban atrapados en la montaña, ¿quién cocinaba?

—Sarah.

—¿Quién fregaba?

—Yo.

—¿Comían ante la estufa de leña?

—Sí.

—¿Quién encendía el fuego?

—¿Señoría? —La abogada de Sarah levantó la palma de la mano hacia el cielo.

—Lo siento, señoría, pero intento determinar la relación que tenían el testigo y la acusada. Por lo que hemos oído hasta ahora, se diría que los dos supervivientes estaban en la cima de montañas distintas y se hacían señales de humo.

La juez hizo un gesto circular con la mano.

—Continúe.

—Gracias, señoría. —El fiscal sonrió a Brody y esperó a que respondiera a la última pregunta—. El fuego —le recordó.

—Lo manteníamos encendido la mayor parte del tiempo.

—¿Se aseguraban juntos de que no se apagara? ¿O se encargaba usted solo?

—Ambos lo vigilábamos.

—¿Dónde dormía usted?

—En la caravana.

—¿Dónde dormía la acusada?

—En la caravana.

—¿En una cama de matrimonio?

—Sí.

—O sea, tenían comida, tenían fuego, tenían una caravana, habían pasado un verdadero suplicio hasta llegar allí. —El fiscal se frotó la cara y reflexionó un momento—. ¿Hacía frío? —dijo, como si se le hubiera ocurrido la pregunta sobre la marcha.

—¿Señoría? Creo que ya ha quedado claro que estaban en la cima de la misma montaña.

—Yo también lo creo.

—Sí, señoría. Señor Heatherton, ¿en qué consiste exactamente su trabajo?

—Controlo la población de ciervos del monte.

—Les dispara.

—Sí.

—¿Les acecha solo y les mata?

—Sí.

—¿Le gustan las criaturas indómitas?

—¿Los animales salvajes? Sí.

—¿Tiene pareja, señor Heatherton?

Brody miró a la juez, como si confiara en que la pregunta fuera improcedente.

Tardó en contestar.

—No.

—¿Tenía pareja en aquel momento?

—No.

—¿Cómo describiría su relación con la acusada?

Fue una pregunta inesperada. Sarah advirtió que Brody tardaba un momento en digerirla.

—Estábamos atrapados juntos.

—Una y otra vez, señor Heatherton, ha afirmado usted que la acusada le salvó la vida. Debe de estarle muy agradecido.

Brody asintió con un movimiento seco y brusco.

—Estoy buscando su caballo.

A continuación dirigió la vista hacia Sarah e intentó comunicarle algo. Su mirada fue intensa durante un par de segundos.

—¿Es su forma de darle las gracias? —preguntó el fiscal.

—Sí.

—El caballo recibió un disparo. ¿Quiere usted decir que está buscando en la sierra un caballo muerto?

—Un animal del tamaño de Tansy puede sobrevivir con una bala del calibre veintidós alojada en una zona muscular si la herida no se infecta. Yo creo que existe una posibilidad de que esté viva.

Estas palabras iban destinadas a Sarah, dirigidas a ella; en especial las dos últimas, pronunciadas con voz más suave, íntima.

Sarah frunció el ceño. Brody no le daría esperanzas de ese modo si no estuviera seguro, ¿verdad?

—La yegua pertenecía a la víctima —decía el fiscal—, usted mismo lo ha afirmado... oyó en la radio de la policía que la acusada la había robado. Si la encuentra, ¿la entregará a la familia de la víctima? Están en la sala, señor Heatherton. No me cabe la menor duda de que para ellos significaría mucho recuperar el caballo que le robaron a su ser querido.

Brody examinó la sala. Sarah vio que no sabía dónde buscar a los familiares de su difunto esposo, ni quiénes eran.

Al cabo de un momento él dijo:

—Para mí, Tansy es el caballo de Sarah.

—Señor Heatherton, ¿acaso prometió a la acusada que se ocuparía del caballo y está cumpliendo su palabra?

—No —mintió él.

En la pantalla aparecía Sarah junto al río de las Truchas, en la grabación del informativo de televisión. A diferencia del vídeo de YouTube, la imagen era nítida y se oía su voz. Habían eliminado los aullidos del viento y el rugido del agua. Sarah señalaba la cima de la montaña y gritaba que Brody estaba atrapado en la cabaña. La piel de Tansy brillaba de sudor. La yegua tenía pequeños arañazos y cortes en el cuerpo. Esos eran los momentos en que Sarah se desmoronaba por completo: al ver a su yegua. Se clavó las uñas en las manos. Parpadeó para reprimir las lágrimas.

El vídeo las mostraba a continuación subiendo al galope por el camino, mientras un agente gritaba: «¡Él no está localizado! ¡No disparen!».

La cámara rodeaba cautelosamente la excavadora y filmaba a la policía apuntando las armas hacia el otro lado del río.

El fiscal indicó que detuvieran la cinta en ese punto. Se volvió hacia Brody.

—Si la acusada era tan poco comunicativa y las ocasiones en que hablaba se expresaba de forma inconexa y difícil de entender, ¿puede explicarnos por qué arriesgó la vida, y la de su caballo, por usted?

Brody seguía mirando la imagen congelada en la pantalla.

—No, no puedo.

El fiscal se acercó al jurado.

—Irracional, psicótica, trastornada, paranoica, temerosa de que alguien la atacara en el monte, invasiones de insectos, bandidos, caballos inmortales, discursos sobre que el calentamiento global ha destruido la civilización... Sin embargo, cuando se enfrenta a un grupo de hombres armados que la están apuntando y todos sus miedos parecen haber resultado ciertos, no se comporta como una persona perturbada. Nos dice, con total lucidez, me parece a mí, que usted —se volvió hacia Brody otra vez— está atrapado y que hay que informar al helicóptero. Usted es su única preocupación. Y el caballo que ella robó y por el que asesinó...

—Protesto, señoría.

El fiscal rectificó por iniciativa propia.

—El mismo caballo que ella robó, y cuyo robo le costó la vida a su marido, de repente parece secundario comparado con usted, señor Heatherton. ¿Puede explicar eso?

—No, no puedo. —Él seguía mirando la pantalla. Bajó la vista hacia el fiscal—. Sin embargo, yo no diría que huir de la policía cuando te apuntan con sus armas sea comportarse de manera muy equilibrada.

La defensora y la procuradora de Sarah intercambiaron miradas de satisfacción.

—Usted mostró un asombroso grado de confianza en ella —replicó el fiscal— al enviarla abajo, para empezar. Debió de pensar que era más que probable que volviera. Si no, no le habría pedido que se marchara y le dejara a usted atrapado y solo, ¿verdad? Ella habría podido ayudarle a cortar la viga. Habría podido cavar y sacarle

si el desprendimiento de tierra llegaba a cubrirle. Podría haber hecho señas al helicóptero para que bajara y haberles llevado directamente hasta usted. Si ella se hubiera quedado, señor Heatherton, el helicóptero habría ido directamente hasta usted. En cambio, se destinaron todos los recursos a la bifurcación del camino para interceptar a la señorita Barnard. Le habrían sacado a usted en unas dos horas y media si ella se hubiera quedado.

—No habrían llegado hasta mí, el helipuerto estaba inservible; no podían aterrizar.

—No tenían que aterrizar, iban a lanzar a un grupo de agentes cuando les desviaron.

—Yo no lo sabía. Me dijeron que la fuerza del viento imposibilitaría el rescate.

—¿Y esa información le hizo pensar que el mejor plan era enviar abajo a una mujer supuestamente trastornada, ni siquiera en busca de ayuda, sino para que hurgara en su coche cargado de armas, esquivara a la policía y luego volviera a subir a caballo?

—Sí. Me di cuenta de que Sarah tenía muchas ganas de ayudar.

—¿Hasta qué punto querían ustedes dos ayudarse el uno al otro, señor Heatherton?

—Yo habría hecho lo mismo si ella hubiera estado atrapada, si se refiere a eso.

—¿Cómo construyó usted el corral teniendo la rodilla lesionada?

—Con dificultad.

—¿Cómo cavó los agujeros para los postes?

—No lo hice yo.

—¿Fue Sarah? ¿Le dio usted instrucciones?

—Señalé dónde debía cavar.

—Sobrevivir juntos les llevó a no separarse ni a sol ni a sombra, ¿y aun así afirma que no intimaron?

—Su enfermedad nos impidió intimar.

—¿Tuvieron usted y la acusada algún tipo de actividad sexual?

Brody parecía preparado para la pregunta.

—No.

—¿No hubo intimidad entre ustedes? ¿Caricias? ¿Abrazos?

—No.

—Señor Heatherton, supongo que es consciente del estado de la acusada.

En cuanto el fiscal dijo eso, Sarah supo qué se proponía. Funcionó. Brody la miró y, antes de que ella tuviera ocasión de decirle que no con un gesto, dirigió los ojos al vientre de Sarah.

Todos los presentes en la sala lo vieron, vieron la expresión de Brody: pánico.

La abogada y la procuradora de Sarah se miraron de reojo. «Allá vamos».

—Ejem... perdone... ¿señor Heatherton? —dijo el fiscal—. Me refería a las migrañas que sufre la acusada. ¿A qué estado creía que me refería?

Brody palideció. La sala estaba en silencio.

—¿Señor Heatherton?

Él se limitó a mover la cabeza. Sarah advirtió que todavía estaba reponiéndose de la idea de que estuviera embarazada. Comprendió que a Brody le habría gustado que todo se detuviera un segundo, que la juez señalara una pausa, que le permitiera acercarse a ella y hacerle la pregunta él mismo, a solas y respetuosamente, dejar clara la cuestión.

Sarah le sonrió con dulzura y le dijo, en voz muy baja: «No». Fue además una forma de compartir la carga. Ahora ambos la habían fastidiado. Se empezaron a oír susurros detrás de ella, personas que preguntaban qué había dicho.

—Se lo preguntaré otra vez, y le recuerdo que está bajo juramento... Señor Heatherton, ¿tuvieron usted y la acusada algún tipo de actividad sexual?

—Señoría, tengo más preguntas para el testigo.

—Sí, lo suponía —replicó la juez.

La abogada de Sarah se acercó al estrado. Brody tenía la mirada perdida y los brazos cruzados por debajo del pecho.

—Señor Heatherton, ha sido un día muy largo; seré breve.

Él permaneció en silencio.

—Ha declarado que usted y mi cliente practicaron diversas actividades sexuales en el transcurso de tres días. Comprendo que este tipo de interrogatorio es difícil. Tengo unas cuantas preguntas sobre la naturaleza del sexo. ¿Quién tomaba la iniciativa, señor Heatherton?

—Los dos —contestó él con voz monótona.

—¿Presionó usted a mi cliente para que mantuviera relaciones sexuales?

—No.

—¿Tendría la bondad de darnos un ejemplo en el que mi cliente tomara la iniciativa?

Él inspiró, mantuvo los brazos cruzados.

—Yo estaba tumbado en la cama, me acababa de despertar, ella me acariciaba.

—¿Le acariciaba... para consolarle, buscando consuelo?

—Me acariciaba.

—Ella participaba voluntariamente.

—Sí.

—Usted ha declarado que llegaron al coito una vez y que practicaron una combinación de sexo oral, penetración digital y masturbación mutua en varias ocasiones más. ¿Puede decirme cuántas veces realizaron actividades sexuales juntos?

—No me acuerdo.

—Ha declarado que dichas actividades tuvieron lugar solo durante tres días, señor Heatherton. ¿Lo hacían... una vez al día?

—No lo sé.

—¿Dos veces al día?

—No lo sé.

—Responda a la pregunta, señor Heatherton —advirtió la juez.

—Unas tres o cuatro veces.

—¿En total?

Brody apretó más los brazos. Aspiró entre los dientes.

—Al día —murmuró.

—Lo siento, más alto, para que lo oiga la sala...

—Teníamos relaciones sexuales tres o cuatro veces al día —dijo Brody alzando la voz.

Un zumbido de satisfacción surgió de la multitud de periodistas.

Sarah solo oyó un crujido detrás, donde estaban sentados sus padres. No le habría sorprendido que se hubieran marchado. No se dio la vuelta para averiguarlo por miedo a que siguieran allí, a ver en los ojos de su madre aquella mirada de fría reprobación.

—Y esos interludios ¿cuánto duraban?

—No los cronometré.

Brody miró a Sarah. Ella comprendió que él no solo temía haber arruinado la defensa, sino que además le preocupaba lo que su declaración significaba para su familia: los Heatherton habían protegido su privacidad durante los meses previos al juicio, habían mantenido su dignidad; eso les despojaba de ella. Los periodistas no eran capaces de anotar las respuestas de Brody tan rápido como querían.

—Estoy pensando —dijo la abogada de Sarah— que se les terminaba la comida, tenían hambre, el entorno era estresante, incómodo, llevaban días sin darse una ducha caliente... desde la perspectiva de una mujer, me cuesta imaginar algo menos propicio para el sexo. Aun así, mi cliente participaba voluntariamente en esa actividad sexual exagerada. Señor Heatherton, ¿al recordarlo le extrañan el sexo que compartieron y la cantidad? ¿Le parece raro?

Brody relajó la postura. Captó lo que pretendía la abogada.

—Sí —contestó—. Era raro.

—Señoría, no tengo más preguntas. Y desearía que volviera a subir al estrado un testigo anterior: la doctora Haynes.

La doctora Haynes había sido informada el día anterior de que quizá la citarían de nuevo. Había estado esperando a que la llamaran. El alguacil volvió a tomarle

juramento.

—Muchas gracias por comparecer otra vez, doctora Haynes.

—De nada.

—Le aseguro que no le robaremos mucho tiempo. Para recordárselo a la sala, ¿es usted especialista en los efectos, síntomas y tratamiento de la esquizofrenia?

—En efecto.

—Le pido pues su dictamen como experta: cuando una persona sufre un episodio psicótico grave, ¿cómo afecta eso a la libido?

—Puede afectar de distintas formas.

—¿Puede reducirla?

—Puede.

—¿Y aumentarla?

—Sí. Es más común que la aumente.

—¿En qué sentido?

—El afectado puede incurrir de repente en un comportamiento sexual desinhibido, agresivo u obsesivo. El sexo puede formar parte de un episodio psicótico igual que la alucinación o la paranoia.

La abogada de Sarah se volvió hacia el jurado.

—¿De manera que alguien que sufre un episodio de enfermedad mental grave puede buscar el sexo activamente y practicarlo de forma excesiva?

—Sí, y en muchos casos así ocurre.

—Gracias, doctora Haynes.

El último día el fiscal se había abrigado los zapatos. Bajo la parte inferior de la toga, el dobladillo de los pantalones caía a la altura perfecta. No llevaba la peluca manoseada que había lucido con garbo durante el juicio, sino una nueva y limpia. Su forma de hablar era más severa.

—Sarah Barnard asesinó a su ex marido a sangre fría. Lo sabemos porque contamos con la prueba. —Tenía en la mano imágenes fijas del tiroteo, que mostró de una en una al jurado—. La cámara de seguridad se colocó dos días antes de que se realizara esta filmación, el sistema de vigilancia se instaló a petición de la víctima, Dean Barnard. —Tenía una foto de Dean. La sostuvo en alto—. Hemos oído declarar que Dean temía que su ex esposa robara el caballo. La acusada ignoraba que se había instalado la cámara de seguridad. Sí sabía que su marido se alojaba en la finca de Alice Joyce, que dormía en la residencia, un edificio junto al cual la acusada tenía que pasar para ir a los establos. Llegó a las tres horas y cuarenta y siete minutos de la madrugada del día de Navidad. Ese día el personal del establo no trabajaba. La acusada salió de su casa con un arma no registrada, sin licencia, cruzó a pie el pueblo al abrigo de la oscuridad, un recorrido de dos kilómetros, pasó oportunamente junto a la ventana del dormitorio de la víctima, anduvo quinientos metros más hasta los establos y, una vez allí, después de haber despertado a Dean al pasar y de que él hubiera salido corriendo para detenerla, le asesinó y luego le robó el caballo. —Bajó la fotografía—. Dean Barnard, muerto a las cuatro horas y cinco minutos de la madrugada del día de Navidad.

»La acusada había descubierto, hacía pocos meses, las infidelidades de la víctima, había culpado a la víctima de la insolvencia de su negocio de rutas ecuestres, consideraba que su ex marido no tenía derecho a llevarse los caballos, y mucho menos la yegua negra. La acusada quería recuperar ese caballo. Tras asesinar a su marido y llevarse la yegua, Sarah Barnard la condujo a su casa, por las carreteras, sin dejar ningún rastro. Una vez en casa, intentó meterla en el remolque, pero el caballo no entró. Las huellas de neumáticos indican que Sarah trató de llevárselo en el remolque. Nosotros creemos que fue entonces, no en un momento anterior no especificado, cuando Sarah Barnard recibió los golpes en la cara. Sostenemos que en las imágenes de la cámara de seguridad, bajo la gorra, la acusada no presenta contusiones en la parte inferior de la cara; cuando se toca la mandíbula, no se encoge de dolor; se limpia la boca y la mandíbula con un gesto firme. Sangre —prosiguió el fiscal—, en la camisa de la acusada no se ve sangre en las imágenes de la cámara de seguridad. La sangre que se descubrió más tarde en la camisa es de una herida sufrida después del asesinato, y no antes. Y las contusiones se convierten en un problema para Sarah Barnard. Sacar discretamente de la ciudad al caballo en el remolque, volver antes de que salga el sol, comportarse durante el día de Navidad como si nada

hubiera ocurrido, de repente todo eso es imposible. Siempre será la principal sospechosa; una cara hinchada, amoratada, basta para dar la puntilla. Cambio de planes: se irá al monte con el arma y el caballo. Le entra el pánico. El sol está saliendo. Pronto encontrarán el cuerpo de la víctima. Sarah se ducha y se cambia de ropa. Mete las prendas sucias y ensangrentadas en la lavadora, incluso la gorra. Pero eso no elimina todos los restos de sangre de la víctima, ni la suya. Disponemos de esa prueba.

El fiscal se acercó al banquillo donde estaba sentada Sarah.

—Esta mujer sabía lo que hacía. Esta mujer se acuerda de todo. No tiene antecedentes de esquizofrenia ni de ninguna otra enfermedad mental tal como las entiende el tribunal. Sufrió una depresión cuando era adolescente. Empezó a beber en exceso tras la ruptura de su matrimonio. Sin embargo, ni la depresión ni la toxicomanía impiden que las personas conozcan la naturaleza de lo que hacen. —Se volvió hacia el jurado—. La acusada se ve atrapada por el mayor diluvio que se recuerda en la sierra de Mortimer. Sobrevive, busca refugio, enciende un fuego, fuerza una caravana, entra en calor, come, hierve agua y ayuda a un cazador curtido a ponerse a salvo. ¿Débil? ¿Perturbada? ¿Una mente trastornada? Se espera que solo con el testimonio de su compañero superviviente creamos que sufre un episodio psicótico. No se nos proporciona ninguna otra prueba que lo apoye. El testimonio de una sola persona. Todas las secuencias de vídeo que nos han enseñado, todas las pruebas que hemos visto, muestran a la acusada en pleno control de sus facultades. Y en cuanto al señor Brody Heatherton, compañero superviviente de Sarah Barnard, bueno... —El fiscal arqueó las cejas—. Seguro que lo que hicieron en la montaña tenía algo que ver con la supervivencia. ¿El joven que hemos visto en el estrado había perdido la fortaleza y la integridad moral hasta el punto de aprovecharse de una mujer que sufría un episodio de esquizofrenia? Su hermano padece esa misma enfermedad; cabría pensar que por lo tanto sabía que la acusada no estaba en el estado mental adecuado para iniciar una relación apasionada y basada en el sexo. ¿O acaso el conocimiento y la experiencia de la enfermedad de su hermano introdujeron un elemento interesante para esta pareja aislada y confinada? ¿La tristeza de la acusada tocó una fibra sensible? ¿El relato de las infidelidades de su marido provocó comprensión, que aumentó cuando la acusada salvó la vida del joven? ¿Era el sexo un signo de algo que todos en la sala podemos comprender: atracción, deseo y amor? ¿Por qué nos ocultaron el sexo, si era un ejemplo tan claro de comportamiento psicótico? Hemos de regirnos por los hechos que conocemos. Ignoramos qué pasó entre Sarah Barnard y Brody Heatherton en la montaña del Diablo desde el veinticinco de diciembre al primero de enero; solo ellos lo saben. Ignoramos el efecto que sobrevivir a una experiencia tan dura como esa tiene sobre dos personas, hasta qué punto les une. No podemos entenderlo. Y dudo que podamos analizar ese

vínculo. Hemos de dejarlo a un lado. Hemos de juzgar por lo que sabemos, por lo que tenemos delante. —Levantó la mano hacia la pantalla, donde aparecía congelada la imagen de Sarah disparando a Dean—. Esto es lo que tenemos delante. Sarah Barnard apretando el gatillo cuando su marido está de espaldas.

—Al fiscal le gusta que las cosas sean fáciles. Pero la enfermedad mental no es fácil. —La abogada de Sarah salió por detrás del banquillo y se acercó al jurado—. Despertar de una pesadilla e intentar recordar los detalles... esas son las palabras que mi cliente dijo a su psicoterapeuta. Y, al oír la declaración de diversos testigos, en efecto parece una pesadilla.

»La última persona que vio a Sarah antes de la mañana del día de Navidad, el mozo de cuadra, nos habló de la obsesión de Sarah por Tansy, la yegua negra. Un animal que ella creía inmortal: un caballo que no podía morir, uno de los pocos del mundo con un pelaje completamente negro, sin marcas identificativas, y que por lo tanto era la misma yegua negra a lo largo de los tiempos. Sarah se refería a sí misma como la “guardiana” de esa criatura mística y trascendente. La reacción de Sarah a la ruptura de su matrimonio, el descubrimiento de que la persona a la que amaba y en quien confiaba la había engañado, un hombre que, en un momento dado de su matrimonio, había llegado a acostarse con cinco mujeres distintas, que había desviado dinero para pagar habitaciones de hotel y estancias de toda una noche en burdeles, y que mentía sobre la situación económica de ambos; ante todo eso, la reacción de Sarah fue obsesionarse con ese caballo inmortal, preocuparse de forma desmedida por él. Cuando se lo arrebataron, no le arrebataron un caballo cualquiera, sino un animal que no estaba sujeto a las limitaciones terrenales y al que no se podía aplicar norma terrenal alguna. La enajenación mental de Sarah se había convertido en psicosis paranoica grave, que destruyó su capacidad de comprender lo que hacía.

»Creemos que Sarah se encontró con la víctima junto a la residencia de Alice Joyce antes de llegar a los establos la mañana del día de Navidad. Durante ese enfrentamiento se produjeron las heridas de Sarah. En la grabación de la cámara de seguridad, Dean Barnard no se sorprende al ver el arma. Es obvio que no se ha despertado de repente. Va completamente vestido. Se diría que ambos han discutido apenas unos minutos antes. Si Sarah se hallaba en plena posesión de sus facultades mentales, ¿por qué no mató a su marido cuando él la pegó? ¿Por qué marcharse? En las secuencias vemos que su esposo la empuja. Se encontró sangre de Sarah en la camisa que ella llevaba esa mañana. Es una esposa maltratada. Sin embargo, no alega defensa propia. Por el contrario, reconoce que no se acuerda. El propio círculo de Dean ha aportado pruebas del verdadero carácter de ese hombre. Dean Barnard alardeaba ante sus amigos de que engañaba a su mujer desde hacía tiempo. Presumía de haberse salido siempre con la suya durante su matrimonio. Testigos oculares han

explicado la cantidad de veces que le vieron amedrentarla, responderle a gritos si ella le preguntaba dónde había estado. Hemos oído a un testigo ocular contar que, al menos en una ocasión, la empujó con tanta violencia como en la grabación. El marido de Sarah la ridiculizaba, la amenazaba, la manipulaba, la maltrataba, y aun así ella solo piensa en el caballo.

La abogada fue hacia la tribuna. Sarah echó un vistazo por encima del hombro y vio que su padre seguía allí. El asiento contiguo estaba vacío. La letrada señaló al padre de Sarah y mantuvo el brazo en alto mientras hablaba.

—Dos horas después del tiroteo, el señor Lehman conversó con su hija durante diez minutos. Dos horas después del tiroteo, durante diez minutos... ¿les parece propio de una persona que tiene prisa por encubrir algo? —Bajó el brazo y se volvió hacia el jurado—. El señor Lehman declara que su hija hablaba, según sus propias palabras, «de forma incoherente». Al parecer no tenía claro qué día era. «Feliz Año Nuevo», le dijo Sarah. Lejos de maquinar y elegir un día adecuado para cometer un crimen, Sarah ni siquiera sabe que es el día de Navidad. No oculta sus huellas. Actúa ante una cámara de seguridad. Se comporta como una persona que no es consciente de lo que hace, que no es consciente de la magnitud de sus actos.

En la pantalla apareció una imagen de la cabaña derruida, seguida de una fotografía del baño anexo, otra de las duchas; había fotos del cobertizo, de la mesa y las sillas, de la estufa de leña, del interior de la caravana y, finalmente, de la cama. Eran imágenes sobreexpuestas, clara y deliberadamente desagradables.

—¿Un nido de amor? —dijo la abogada de Sarah al jurado—. El fiscal tiene razón al afirmar que es incapaz de imaginar lo que supone sobrevivir en una montaña. Yo miro esas fotos y lo imagino exactamente así. Hostil, duro, frío, sucio. El fiscal quiere que creamos que en este entorno Sarah y el señor Heatherton estaban tan perdidamente enamorados, tan embriagados de romanticismo, que se pasaban el día revolcándose, unidos en abrazos apasionados, susurrándose palabras tiernas y declarándose amor imperecedero. ¿Acaso él cree que antes tenían que retirar las chokolinas de la almohada y apagar las velas perfumadas? Me parece que quizá el fiscal necesite una ducha fría. Lo que resulta chocante de estas imágenes no es que sean lúgubres, sino que Sarah buscara sexo en ese entorno. No un contacto tranquilizador, sino sexo carnal, excesivo, y no una, sino numerosas veces al día durante tres días. Los otros cuatro días los pasó preocupada por la invasión de insectos, los forajidos del monte, la posibilidad de que el mar llegara a rodear la montaña, el mundo bajo el agua y el caballo inmortal. Si esos detalles nos desconciertan, ¿no constituyen una prueba más de su desequilibrio mental?

La defensora de Sarah levantó las manos como si fueran los platillos de una balanza, una al lado de la otra, abiertas y con las palmas hacia arriba. Volvió a juntarlas.

—Un veredicto de no culpabilidad no significa que Sarah Barnard quede libre, sino bajo vigilancia a criterio del Tribunal de Salud Mental. Un veredicto de no culpabilidad no elimina el dolor ni el miedo ni la devastación de una mente tan débil y perturbada que la llevó a quitarle la vida a otra persona. Un veredicto de no culpabilidad asegura que Sarah Barnard seguirá el tratamiento especializado que le permita ser la joven capaz que ven hoy en la sala.

—Buenas y malas noticias. —Ronald juntó las yemas de los dedos y dejó el cuaderno de notas y el bolígrafo un momento—. Primero las malas... Tu solicitud de un día de permiso ha sido rechazada.

El despacho del psiquiatra de Sarah daba a la rampa de entrada al recinto hospitalario. El perfil de la ciudad quedaba a la derecha, y el cinturón verde de la reserva ribereña se extendía abajo. A la izquierda, la zona residencial se escalonaba en las laderas de colinas semidomesticadas. Era un día cálido; sin embargo, hacía fresco en el despacho, a media luz y con aire acondicionado. Ronald llevaba sandalias, pantalones largos holgados y una camisa de manga corta; un pequeño pendiente en el lóbulo izquierdo y una melena gris y ondulada hasta los hombros. Era de esa generación: activista en el pasado, y en la actualidad cualquier cosa menos eso.

—¿Qué sientes? —Su voz también salía directamente de los años setenta. Igual de apacible.

¿Qué sentía? Se sentía aprisionada, encerrada, rodeada de personas con las que no podía identificarse y con quienes nunca se relacionaría, pacientes que jamás habían montado a caballo ni pasado temporadas en la montaña, o que si lo habían hecho no hablaban de ello, y enfermeras que podían malinterpretar cualquier conversación, pero especialmente las relativas a ese tema, e informar a Ronald de que estaba demasiado obsesionada con Tansy y la sierra. Pero ¿por qué no iba a añorar esas dos cosas? Tal vez el período de hospitalización le hacía algún bien: las emociones no solían desbordarla como antes. Era capaz de controlarlas. La terapia le había proporcionado sus propios límites; ahora tenía un tiempo atmosférico particular, un clima interior propio. Todo eso de charlar y compartir, el análisis, tenía el efecto de aislar; la había convertido en una isla, ¿o en una montaña quizá? Mejor no usar esa analogía con Ronald.

—Me lo esperaba —dijo ella—. Estoy decepcionada; pero no pasa nada. Sabíamos que era poco probable.

—Las cuestiones que ha tenido en cuenta el comité son las que ya esperábamos: falta muy poco para Navidad, ciertas cosas podrían desencadenar ideas y sentimientos. El comité preferiría que tu primer día de permiso fuera en un mes menos significativo. Y ahora las buenas noticias... Al denegar el permiso de un día, el comité ha demostrado su fe en otro método más importante. —El psiquiatra volvió a coger el cuaderno de notas y se lo puso sobre una rodilla. Sarah observó su peculiar modo de escribir, al revés, propio de un zurdo—. Han decidido trasladarte a un apartamento independiente. —Rodeó con un círculo algo que había escrito y levantó la vista—. Te sacan del pabellón, Sarah.

Ella llevaba un vestido de verano y zapatillas de lona, el pelo recogido en una cola de caballo y la cara sin maquillar. De repente le resultó difícil controlar sus

sentimientos. La invadió la emoción; se movió en la silla tratando de reprimirla.

—¿Cuándo?

—Consideran que es mejor que tengas cierto grado de independencia y responsabilidad durante el tiempo que te queda. Te trasladarán a la sección menos controlada la semana próxima. A tiempo para Navidad. —Ronald sonreía mientras escribía—. Tienes permiso para estar nerviosa.

Sarah se tapó la boca para ocultar su sonrisa de oreja a oreja.

—Hostia —dijo detrás de la palma de la mano.

—Efectivamente. Has trabajado mucho. Has impresionado al comité de evaluación. Esto es un voto de confianza enorme. Yo estoy de acuerdo con su decisión, naturalmente. Ellos confían, bueno, todos confiamos en que un entorno menos controlado será perfecto para que te conviertas en la persona más fuerte que puedes ser. Nos tendrás a mí y al personal del departamento, gozarás de la seguridad del recinto y dispondrás de tu propio espacio.

—Creo que voy a llorar. —De hecho ya se enjugaba los ojos.

—Debo decirte, Sarah —añadió Ronald mientras escribía— que nos impresionan tanto las veces en que te derrumbas como las veces en que digieres los acontecimientos tranquilamente. —Subrayó la última línea de lo que había escrito. Levantó la vista—. Deberías estar muy orgullosa de tus progresos.

La Clínica de Salud Mental Vera Hudson se componía de distintos edificios y departamentos independientes. Como paciente del Pabellón C en el edificio con un nivel de seguridad media (la «zona de precalentamiento» lo llamaba Sarah), no le habían proporcionado información clara sobre la estructura del recinto ni una visión general de la institución. Sarah había deducido por su cuenta cómo funcionaban las cosas oyendo lo que decían las visitas y el personal. El Pabellón C se extendía en el círculo interior, el sanctasanctorum (el vacío, más bien); había que pasar dos puestos de control, salvar un par de obstáculos y saltar unas pocas vallas para entrar y salir. En los diez meses que Sarah llevaba allí, era la primera vez que caminaba por los pasillos con Ronald. Se sentía como una alumna de primaria que se dirigiera con el director hacia la sala de profesores, a punto de conocer los entresijos del sistema. Andaba deprisa para no quedarse atrás; la cabeza le daba vueltas.

Recorrieron los largos pasillos y pasaron ante la zona del personal, donde una enfermera pulsó un botón para abrirles la primera puerta. Enfilaron otro pasillo largo, este con despachos y salas con rótulos que decían «Cuarto de Servicio 1», «Cuarto de Servicio 2», les abrieron otra puerta, pasaron por un detector de metales a cargo de un guardia de seguridad armado y entraron en la sala de visitas del Pabellón C. Parecía la sala común de una residencia de ancianos. Y olía igual. Había diversos sillones y sofás de dos plazas, en los que se sentaban, dispersos, pacientes aturridos y desaliñados, sobre cuyas cabezas flotaba un aire rancio. Sus visitantes, en

comparación, parecían conejitos a pilas: mejillas sonrosadas, piel resplandeciente, pelo sedoso; hablaban deprisa para llenar los silencios incómodos, desviaban sus ojos brillantes hacia las ventanas y de vez en cuando miraban las cámaras de seguridad colgadas en las esquinas del techo. Había un árbol de Navidad junto a la chimenea. El aroma fresco de las agujas de pino mitigaba un poco el fuerte olor de la sala.

Después de otra puerta cerrada con llave, otro detector de metales y otro guardia de seguridad armado, estaba el vestíbulo. Vera Hudson, la benefactora, debía de haber amasado una buena cantidad de dinero. El vestíbulo era impresionante, con columnas de mármol y una pequeña catarata sobre un estanque con peces. En el centro, debajo de una claraboya, había una losa de mármol y, sobre ella, una cuadriga dorada tirada por caballos dorados. ¿Los pacientes eran las cuadrigas impulsadas hacia delante por el poderoso corcel, el hospital? Sarah imaginó que quería simbolizar eso. La imagen de los caballos tirando de la cuadriga estaba estarcida en oro en las puertas de vidrio. Los jóvenes detrás del mostrador de recepción llevaban chaquetas oscuras con el mismo motivo bordado con hilo de oro en los bolsillos; parecían recepcionistas de un hotel y se comportaban como tales.

Ronald condujo a Sarah a través del vestíbulo y se detuvo ante una puerta blanca sencilla. Pasó una tarjeta para abrirla. Sarah notó al instante un cambio en el aire: entraron en un área del hospital donde la atmósfera era real, el aire estaba oxigenado y corría. Caminaron por delante de salas que tenían ventanas de las que se abrían. Ronald volvió a pasar la tarjeta, esta vez para acceder a un vestíbulo pequeño que daba entrada a otro pabellón, con una reproducción a escala menor de la cuadriga y los caballos dorados sobre el mostrador.

—Tú debes de ser Sarah —dijo la mujer corpulenta detrás del mostrador, y aplaudió emocionada con las manos bajo la barbilla, como una niña.

—Esta es Julia —la presentó Ronald—. Julia es la mamá gallina de aquí.

—Bienvenida, Sarah, el equipo tenía verdaderas ganas de que te unieras a nosotros.

Ronald dio media vuelta a Sarah para colocarla de cara a las puertas correderas de vidrio que daban al exterior. Ella vio una franja de césped y escalones que bajaban a un aparcamiento. La zona estaba rodeada de una alambrada alta. Había una caseta al final, junto a la barrera de acceso.

—Tendrás que explicar a tus visitas que los controles para acceder a este pabellón son igual de rigurosos, o más, que los de los pabellones principales. Pueden traerte ropa, comida, enseres domésticos, de manera que los registros han de ser concienzudos.

—¿Cuál es el horario de visitas?

—De diez a diez —respondió Julia.

—¿Todo el día?

—Y una visita puede quedarse a pasar la noche cada quince días.

—A pasar la noche.

—A todos les gusta la idea de tener compañía por la noche. —Julia se echó a reír.

—Lo entiendo.

Ronald condujo a Sarah alrededor del extremo del mostrador hasta una hilera de cuatro puertas de cristal. Julia apretó un botón que abrió la del final. En el vidrio grueso estaba grabado «Apartamento independiente 4». En letras blancas sobre una placa de plástico azul ponía SARAH LEHMAN.

Sarah cruzó el umbral y sintió el bochorno del día. El brusco golpe del calor le recordó la salida de las terminales de aeropuerto, esa impresión de realidad tras un tiempo pasado en aviones y salas de embarque con aire acondicionado, el viaje olvidado en ese instante, como si alguien diera a un interruptor y la vida tuviera luz verde para volver a empezar. Por encima de Sarah, una pareja de libélulas apareadas volaba bajo el techo de chapa. El viento caliente arrastraba pétalos de rosa sobre el cemento a sus pies. Estaba en una zona cerrada y cubierta, un callejón estrecho que conducía a su apartamento. Delante, a unos pocos metros, había una puerta azul con el número cuatro. Su apartamento era el último de una hilera de cuatro.

¿Vida independiente? ¿O alojamientos de una habitación en un barracón de ladrillo? No es que ella estuviera en posición de quejarse. El aire, el calor del verano, las libélulas y un atisbo del cielo, esas cosas no podían decepcionarla. La vida estaba tan cerca, al alcance de la mano, y llegaba hasta ella a través de la alambrada. Ruidos de autopista se filtraban en los terrenos del hospital. El canto de los pájaros era alegre. Ronald hacía todo lo posible por dar un tinte positivo a la entrada con barrotes y a las puertas carcelarias.

—Tienes acceso a un jardín y un huerto propios, y desde allí puedes pasear sin vigilancia por una amplia zona del recinto. Sé que eso te gustará.

Se oyó un zumbido al abrirse la puerta de su unidad. Sarah miró a sus espaldas. Una cámara de la pared estaba fija en ella y en Ronald.

—Las visitas pueden traerte vídeos, música y libros. O puedes pedirlos al servicio de biblioteca móvil. —Ronald se inclinó para recoger un periódico del felpudo—. Reparten el periódico todos los días. ¿Qué te parece?

—Un lujo —dijo Sarah.

Él entró y buscó el interruptor junto a la puerta. Solo había una ventana, por lo que ella veía, y las cortinas estaban corridas. Hacía calor y la habitación estaba a oscuras. Olía a desinfectante y a aspirador, como si el personal de limpieza se hubiera marchado cinco minutos antes. Un único globo en el centro esparció una luz débil.

Sarah tenía un banco, una cocina, un fregadero, un hervidor, un microondas, una mesa, una cama de matrimonio. Tenía un televisor colgado de la pared; una puerta estrecha daba acceso a una ducha y un lavabo. No había puerta trasera. Entró y

descorrió la cortina. El sol invadió el interior. Sarah entornó los ojos y sonrió ante la intensidad de la luz. Su piel se había vuelto pálida; absorbió los rayos. No había barrotes en la ventana, solo una malla de alambre, reforzada y bien atornillada. Sarah abrió la ventana de guillotina. Era una experiencia nueva; se echó a reír.

—No la cerraré nunca.

—Hay aire acondicionado —le indicó Ronald, sin entender a qué se refería.

Al otro lado de la ventana había una gran caída hasta un patio desierto y cerrado. Había elementos disuasorios por todas partes, pero no eran más que eso. Si de verdad quería, podía cortar el alambre, saltar por la ventana, encontrar el modo de salir del patio, huir al recinto, esquivar las cámaras, trepar por la alta alambrada, confiar en la suerte y sortear las alarmas... pero ¿por qué iba a hacerlo? La libertad era un hogar en ese momento. Al cabo de unos meses, de un año, podría marcharse y nunca volverían a arrastrarla y meterla, drogada, entre rejas.

Ronald dejó el periódico en la mesa.

—Creo que han traído lo necesario para preparar té. Nos tomamos una taza y resolvemos los trámites.

Mientras él llenaba el hervidor, Sarah continuó evaluando su nueva casa. Había un calentador eléctrico en la pared sobre la cama. El único espacio donde secar la ropa que vio era un tendedero plegado cerca de la ventana. Al parecer, una zona de estantes hacía las veces de armarios y cajones. En un estante había tazas y platos. Los cuchillos y tenedores estaban en un recipiente transparente al lado del fregadero. La Clínica de Salud Mental Vera Hudson no era partidaria de que sus pacientes tuvieran armarios, cajones, cajas, cómodas ni espacios privados. Todo tenía que quedar a la vista.

—¿Cuánto tiempo suelen estar aquí los pacientes?

—Depende.

—Pero ¿este es el último paso?

—No hay último paso, Sarah. Ya hemos hablado de eso; es un proceso continuo. Seguirás el tratamiento fuera de la clínica. Puede que esta unidad represente un cambio mayor de lo que imaginas. Cocinarás tú misma, te lavarás la ropa, organizarás tu horario. Tendrás que relacionarte y tratar con tus vecinos, empezarás a tener días de permiso...; todo eso puede resultar abrumador después del sistema del pabellón. Como siempre, tendrás que mostrarte sincera y abierta respecto a tus sentimientos y compartir cualquier incertidumbre.

Sarah dejó de escucharle. Había demasiado que ver por la ventana, demasiado placer en el calor pegajoso del día y en el sudor que brotaba de su piel.

Brody ya no cojeaba. Tenía una trama de cicatrices en la rodilla de todas las operaciones que había necesitado para conseguirlo. Sonrió al cerrar la puerta del apartamento y sacar de detrás de la espalda un pequeño cuenco cubierto con film transparente.

—Tal como prometí.

La cara le brillaba por la fina capa de sudor que la cubría. Llevaba pantalones cortos, una camisa y zapatillas de lona.

—No estaba segura de que fueras a traérmelo. ¿No era con la condición de que lograras bajar de la montaña «sin escándalo»?

—Supuse que podías discutir la definición de «escándalo».

Ella estaba sentada en el borde de la cama. Llevaba un vestido rojo de algodón y sandalias negras. Se había arreglado el pelo, maquillado y pintado las uñas de los pies. Había sido un día de Navidad caluroso, como los de antes, los que recordaba de la infancia. Lauriston debía de estar en alerta máxima. Los helicópteros del servicio contra incendios estarían sobrevolando la sierra.

Además del pudín de ciruelas, él tenía un obsequio para ella. Lo dejó sobre la mesa junto con el cuenco.

—Vaya, ¿está bien esto? —dijo mirando alrededor.

Una serie de toques finales habían transformado por completo la habitación. Sarah había cogido flores y las había puesto en un jarrón sobre la mesilla de noche, se había tragado el orgullo y le había suplicado a su padre que le llevara sábanas y toallas nuevas. Julia le había dado una alfombra de colores y varias plantas. Otro de los pacientes independientes le había entregado como regalo de bienvenida un juego de paños de cocina amarillos y verdes y un gran cuenco amarillo de vidrio. Brody echó un vistazo a todos los rincones del techo.

—¿No hay nada aquí? ¿Te están vigilando?

—No.

Él metió la cabeza en el cuarto de baño.

—¿Te volviste loca el primer día y estuviste dando vueltas desnuda?

—Volverse loca y dar vueltas desnuda está mal visto aquí.

—Ya. —Él se echó a reír—. ¿Qué hiciste?

—Vi la televisión.

—Yo sé lo que hubiera hecho. —Brody arqueó las cejas. Fue hacia la ventana abierta y tocó el alambre—. Esto se parece más a donde creí que estarías. Pensé que no te dejarían salir nunca del pabellón. Jamás entenderé cómo alguien consigue mejorar allí.

Se acercó y se sentó a su lado. Ella percibió el olor a crema solar, mezclada con sudor y la suciedad de la autopista. Brody tenía la ropa arrugada por el viaje en

coche. Como hacía demasiado calor para el contacto directo, optó por acariciarle el muslo a través del vestido y pasó el dorso de los dedos por la tela; una pista de lo que le gustaría hacerle a la piel desnuda de Sarah si no estuvieran a cuarenta grados.

—Perdona que haya llegado tarde. Dios, estás muy guapa. —Volvió a mirar si había cámaras de seguridad—. ¿Estás segura de que no nos observan?

—Si nos filman o nos graban tienen que decirlo.

Él sonrió y se inclinó hacia ella.

No fue nada parecido a los besos de hola y adiós que habían compartido en el pabellón. No tenía sentido fingir que no habían esperado y deseado eso. Además, Sarah no tenía relaciones sexuales desde la última vez que se habían besado de esa manera. La libido nunca le había planteado ningún problema en el pasado. Excepto los primeros meses que recibió medicación en el hospital, la abstinencia había figurado entre las Cinco Principales Desventajas de Vivir Encerrada a Cal y Canto (una lista que había elaborado en privado, no una de las muchas que Ronald le había aconsejado que escribiera).

—Quizá debería darme una ducha rápida —murmuró Brody al apartarse.

—Sí, quizá.

—Primero abre mi regalo. Te gustará.

Sarah notó que la contemplaba cuando se levantó y se acercó a la mesa; él observaba la caída de su cabello, sus hombros, su vestido, bajaba la mirada hasta los pies y volvía a subir. Siguió observándola mientras ella abría la nevera y ponía el pudín de ciruelas al lado de las natillas y la nata líquida. Los estantes del frigorífico estaban abarrotados de los alimentos habituales del día de Navidad: jamón empaquetado, lonchas de pavo asado, ingredientes de ensalada.

—¿Quieres algo de beber? ¿Zumo de manzana?

—Sí, gracias... Oye, esto es raro, ¿verdad?

En el breve período transcurrido desde que él había llegado, el sol había descendido y por la ventana abierta había empezado a entrar un viento del oeste más bien frío que refrescó la habitación; diversas tonalidades de naranja brillaban en la mesita cuadrada y en la sencilla cocina. Las estrecheces y el aislamiento al otro lado de la ventana resultaban familiares.

—¿Recuerda un poco a la montaña?

—Es verdad.

Sarah dejó la bebida y cogió su regalo.

—No lo rasgues sin más —dijo él poniéndose de pie. Se acercó, se lo quitó de las manos y le indicó que se sentara. Se colocó delante y dobló una rodilla. Por un momento ella creyó que iba a pedirle matrimonio. Pero él dijo—: Feliz Navidad, Sarah. —Y le entregó el regalo.

Por el tamaño y el tacto, ella supuso que era un CD de Nina Simone y, una vez

desenvuelto, vio que no se había equivocado.

—Ábrelo.

Pero el obsequio era más que música. Brody había escondido fotografías dentro de la caja del CD.

—No estaba seguro de que me dejaran traerte fotos de ella, así que pensé que era mejor ocultarlas.

Las palabras «de ella» bastaron para que a Sarah se le cayera el corazón a los pies y luego le saliera disparado hacia arriba. Apenas se atrevía a mirar las fotos por si lo había entendido mal y no eran lo que creía.

Sí eran lo que pensaba.

La cabeza le daba vueltas. Por un momento, perdió la noción del tiempo y del espacio. Cuando pestañeó, Brody se había acercado más y estaba sentado a su lado, poniendo en fila las fotografías con una sonrisa radiante; luego agachó la cabeza para mirarla a la cara. Ella seguía mareada y emocionada.

—No pasa nada, Sarah, puedes mirar... es ella, está viva.

Sobre la mesa había una serie de ocho fotografías tomadas con la cámara de vigilancia, imágenes de Tansy. Sarah meneó la cabeza. Sentía el corazón débil y alterado, una sensación muy parecida a la que experimentaba dos segundos antes de vomitar. Estaba helada y tenía la piel de gallina.

—La he encontrado —dijo Brody.

En la primera foto solo asomaba el hocico de Tansy; en las siguientes se la veía cada vez más, hasta que en dos aparecía de cuerpo entero, y luego volvía a desaparecer. La última solo mostraba las ancas y la cola. Sarah respiró con la boca abierta.

Cogió la mejor foto, con todo el cuerpo de Tansy bien encuadrado. No quería arriesgarse a besarla y mancharla, así que se la puso junto al pecho, pegada a la tela del vestido, y la apretó contra su corazón.

—Me han asaltado imágenes terribles de Tansy... sufriendo en el monte. Me han corroído. Eso me dolía más que creerla muerta: que sufriera y estuviera asustada. Y ya no tengo que pensar eso nunca más. —Por un momento se dejó llevar por el sentimentalismo.

Brody la abrazó. Le besó la coronilla.

—Por el aspecto que tiene, no está débil. —Brody, emocionado también, se apartó y bebió un sorbo de zumo de manzana—. Tiene el pelaje un poco enmarañado y está delgada. Esta es en la que se ve mejor la pata. —Señaló la foto que tenía Sarah—. A mí me parece que está curada.

—¿Dónde se hicieron las fotos?

—En un barranco, entre la cresta Pelada y el camino de los Guardabosques. No son de ninguna de mis cámaras. Todo el mundo la ha estado buscando. No te he dicho

cuántas veces la han avistado porque no quería darte esperanzas. Prefería aguardar a que hubiera una prueba y... —le dio un golpecito con el hombro— aquí está. ¿A que es increíble?

—Sí, la verdad es que sí.

En la parte inferior de las fotografías figuraba la fecha. Se habían tomado hacía pocas semanas.

—Me pareció que hoy era el día adecuado para dártelas.

Sarah levantó la vista de las fotos. Se enjugó las lágrimas.

—Gracias, Brody, ya sabes lo que esto significa para mí.

Él se terminó el zumo con avidez y se secó la boca.

—Dios, es una auténtica luchadora, ¿verdad? Cuando el tipo dijo que había conseguido unas imágenes de Tansy, no pude esperar; subí al coche y fui a verle esa misma noche, pensando que no podía ser ella, consciente de que me quedaría destrozado si no lo era.

—¿Qué pasará ahora?

—Reuniré un grupo y le seguiremos el rastro. Tengo un amigo veterinario que dice que nos acompañará y le disparará un dardo anestésico si se resiste demasiado a que la capturemos. Luego esperaremos a que despierte y nos la llevaremos caminando. Ya sé que no quieres que la transporten por el aire. Ya se lo he dicho a unos cuantos tipos que conozco. Están dispuestos a ayudar. Como estamos en Navidad, puede que tarde...

—No puedes formar un grupo, no debe saberlo un montón de gente.

—No te preocupes, son buenos chicos.

—Tienes que encargarte tú solo.

—La tratarán con cuidado. No apareceremos de pronto y la rodearemos a las bravas, ni mucho menos. Me aseguraré de que sea algo silencioso, tranquilo y organizado. Ella no dejará que me acerque y le eche el lazo al cuello después de haber pasado un año por ahí sola. Tendremos que cercarla con cautela.

Sarah apoyó los dedos en la mesa y los pasó por la fila de fotografías.

—No debe participar nadie más. No puede ser que todo el mundo sepa que está viva.

—Creo que no te das cuenta de la cantidad de cazadores y tramperos que te apoyan, Sarah. Están de tu parte. A la montaña ya han empezado a llamarla la montaña de la Yegua Negra.

—Pero la familia de Dean la reclamará.

Brody abrió las manos con un gesto tranquilizador.

—Debería habértelo dicho: si lo hacen, yo se la compraré. Legalmente. No tienes que preocuparte por eso.

—No te la venderán.

—Les haré una oferta que no podrán rechazar.

Sarah le dio la vuelta a la silla para mirarlo.

—Ninguna oferta será suficiente. Me desprecian, Brody. No me permitirán tenerla. Si esto acaba en un pleito, se la quedarán ellos. No hay forma de demostrar que es mía. Por eso Dean pudo llevársela. Será mi palabra contra la de ellos, y nadie me tomará en serio ahora. Si los Barnard no la reclaman, quizá lo haga el criadero. Pueden, porque tienen los papeles del pedigrí. Yo no tengo documentos que digan que ellos me la dieron.

Él tenía la mirada perdida, como si estuviera reflexionando. Fue a dejar el vaso en el fregadero.

—Hay un par de tíos de quienes me fío. Lo haremos discretamente. Nadie se enterará de que la hemos capturado. No pienso encontrarla para volver a perderla. No te preocupes, Sarah. —Se sentó en el borde del banco de la cocina—. Si le ponen su nombre a la montaña, es muy probable que todo el mundo crea que sigue corriendo por ahí. —Sonrió—. Veremos si después de que la atrapemos los avistamientos aumentan o disminuyen.

—¿No podríais hacerlo Jamie y tú solos?

Brody bajó la cabeza y la miró.

—Pedirle a Jamie que vaya a la sierra de Mortimer conmigo sería... pasarse un poco.

—¿Se lo has contado?

—Se enteró mientras nosotros estábamos allí arriba.

—¿Se enteró? ¿Sabía lo de la aventura?

—No todos los mensajes y llamadas perdidas que recibí en el móvil antes de que se derrumbara la cabaña rebosaban amor y preocupación por mí.

—¿Cómo se enteró?

—Lo dedujo. Kirsty era la única que sabía adónde había ido yo. Al ver que no podía ponerse en contacto conmigo, pensó lo peor. Tuvo que decirles que yo estaba allí arriba. Toda la familia se enteró, creo. Jamie siguió hostigándola incluso después de que los policías les llamaran y les dijeran que estaba vivo y atrapado.

—No me habías contado nada de todo eso.

—No he tenido ocasión. En el pabellón siempre había alguien vigilándome. Te interrogan sobre lo que dices y lo que no dices. Que mi hermano sabía lo de la aventura y quería matarme no me pareció una conversación «de hospital» apropiada.

—¿Se lo tomó muy mal?

—Mucho mejor de lo que podría habérselo tomado, eso seguro. Está enfadado, y eso es mejor que estar triste. Mamá dice que también contribuyó el hecho de que yo estuviera atrapado; de ese modo resultó un poco menos doloroso. Fue una temporada bastante tensa para ellos. Los medios de comunicación estaban acampados delante de

la granja. Cada día que pasaba sin que nos rescataran, más interés tenía la historia. Mi hermano es asombroso, Sarah. Mantuvo la cordura en el momento en que realmente habría podido perderla. Tú le viste en el juicio. Asistió por mí, sabiendo lo que yo había hecho. Estaba allí, ¿sabes? Creo que una vez te dije que no es fuerte; pues bien, desde luego que lo es. Creo que dije que no es como un hermano. —Brody movió la cabeza de lado a lado—. ¿Dónde has visto un comportamiento más fraternal que ese? Yo le hice daño, no puede perdonarme, le gustaría romperme la crisma de un puñetazo, pero me quiere.

—Tienes suerte de tenerle.

Brody se acercó y volvió a sentarse a la mesa. Colocó la silla de cara a la habitación, como la de ella.

—Yo me decía que entendía su enfermedad... que se trataba de una enfermedad, que no era culpa suya. Pero creo que en parte siempre me pregunté si no se dejaba caer él mismo, si no lo hacía para llamar la atención. Ahora ya no tengo ninguna duda. Es una persona mejor y más fuerte de lo que yo seré nunca. No sé si podré vivir con la conciencia tranquila si Kirsty y él no lo superan.

Los últimos rayos oblicuos de sol se desvanecían. La habitación se sumía en la oscuridad. Los aspersores habían cobrado vida en el recinto del hospital. Sonaban villancicos cerca.

—Me siento como quizá te sientes tú —prosiguió Brody—. Hice algo, cometí ese error terrible, y de algún modo tengo una segunda oportunidad.

Ella se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—No estoy segura de que lo que yo hice sea comparable.

—Jamie te ayudó a ti también —susurró Brody. Volvió a echar un vistazo alrededor en busca de cámaras—. Me dijo cómo expresar las cosas.

Sarah suspiró.

—¿Qué piensa de mí tu familia?

—Les he contado todo lo que hiciste, Sarah. Y, de no ser por ti, la aventura con Kirsty habría explotado como una bomba. O habría continuado en secreto y habría sido un cáncer para nuestra familia. Mamá dice eso, que tú nos has salvado. A mí me salvaste, eso está claro.

—Brody, no tienes que hacer esto. Has cumplido tus promesas. No lo prolongues por mí. No tienes que dejarme ir poco a poco, o algo así. Sé que nosotros no podemos tener nada real.

—¿No podemos?

—Fui a los establos con un arma.

—Ya lo sé.

—Si pienso en eso, empiezo a hacerme preguntas sobre mí misma. Hay noches en que me quedo despierta pensando: ¿cuántos insectos había? ¿Cuántas veces te llamé

Sid? ¿Fue justo el veredicto?

—Confía en alguien que sabe: Jamie. Él dice que sabe que piensa con coherencia en los momentos en que se interroga a sí mismo. Tú te interrogas constantemente; lo hacías en la montaña, lo haces ahora.

—Pero ¿y las cosas que hice? Durante un tiempo fui incapaz de recordarlo. No pensaba de forma coherente. Me llevé un rifle y pastillas junto con comida para hacer un picnic... En parte lo sabía y en parte no.

—Estabas conmocionada. Te habían agredido.

—Sí. Tansy me golpeó.

—No, Sarah, te agredió él. No hacía más que agredirte. Quería que te hundieras por completo para que no pudieras remontar. Se llevó a Tansy para rematarte.

Bajo la luz crepuscular, Sarah volvió a mirar las fotografías. Las acarició una por una, las juntó y dejó la mejor en lo alto de la pila.

—Él sabía que yo iría a buscarla. Las cámaras de seguridad no eran para impedírmelo; eran para cazarme. Iba vestido porque me estaba esperando. Sabía que el día de Navidad no habría nadie. Y sabía que yo no esperaría. Tansy no podía estar en un establo. Le daba miedo. Él se la llevó la víspera de Navidad porque sabía que yo iría a buscarla inmediatamente. En esa filmación, él estaba diciendo... que yo la había perdido para siempre, que iba a llamar a la policía y que yo no la recuperaría nunca.

—No tienes que explicarlo.

—¿No?

—A mí no.

—Incluso mis padres se resistirán a aceptarme.

—Porque no son buenos padres.

—Eso nunca desaparecerá. Piensa en la primera impresión que te causé. Lo vi en tu mirada. Te di miedo. No fue un buen comienzo. —Señaló la habitación con un gesto amplio—. Esto no es un buen comienzo.

—Mi primera impresión de ti fue cuando salí del lodazal. Donde fuiste esa salvadora empapada, sombría y sexy. Nunca has dejado de serlo.

—Pensaste que estaba loca.

—Pensé que estabas desesperada. Pensé que eras alguien sin nada que perder. A medida que pasaba el tiempo, eso fue cambiando. —Se inclinó hacia un lado y apoyó el codo sobre la mesa. Tenía la cara envuelta en sombras bajo la luz tenue—. Te diste cuenta de que tenías algo que perder.

—Yo no puedo encajar en tu vida, con tus amigos. No lo has pensado a fondo.

—Lo he pensado a fondo. De hecho... lo teníamos todo organizado sin saberlo siquiera, ¿te acuerdas, en la cabaña? —Brody sonrió—. Nuestro plan de llevar a Tansy a un lugar secreto, hacerte llegar una nota, e incluso que te pasaría a recoger en

un coche oscuro.

—Sí —contestó ella con dulzura—, lástima que no tuviéramos razón también en lo de los cinco millones en billetes sin marcar.

—Pero es que aún no te he hablado de las ofertas que me han hecho para que cuente mi historia.

No encendieron la luz. Se sentaron a la mesa a oscuras y se comieron el pudín de ciruelas de la madre de Brody. Los ruidos nocturnos de los jardines eran alegres y delicados a la vez. La temperatura había descendido. Cada uno estaba sentado en su lado de la mesa.

Él se levantó y recogió los cuencos del postre. Devolvió las natillas y la nata líquida a la nevera. La luz del frigorífico le iluminó. Sarah le miró. Cuando él había dicho que Jamie era más guapo, debía de ser solo porque su hermano era mayor, más experimentado y, por lo tanto, más varonil y más sabio. En el año transcurrido, Brody se había vuelto más experimentado y varonil, más sabio. Había atrapado a su hermano.

Bajo el resplandor de la luz de la nevera, él se irguió de repente.

—Oye, Sarah.

—Dime.

—¿Habías bebido aquella noche?

—Bebía todas las noches.

—¿Habías tomado también esos calmantes?

—Sé lo que estás pensando. Pero si estar borracha y hasta arriba de calmantes fuera una auténtica justificación, la ley lo tendría en cuenta, y no es así.

—De todas formas, te produjeron una reacción muy fuerte. ¿Recuerdas siquiera hasta qué punto te afectaron cuando en la montaña las mezclé con el whisky que bebiste? Estabas aturdida. Apenas sabías quién era yo. ¿Y aquella noche mezclaste las dos cosas? ¿Cuántos calmantes tomaste?

—Mi abogada dice que la toxicomanía no es una justificación.

—Pero ¿las tomaste con alcohol?

—Sí.

—¿Muchas?

—Más de las que aconseja la caja.

—Joder, Sarah. —Cerró la puerta de la nevera—. Bien, eso explica por qué cogiste el arma.

—Pero no es una excusa.

Él volvió a la mesa y permanecieron en silencio el uno frente al otro. En la montaña ¿todo habían sido puras conjeturas? ¿Qué pensaba realmente Brody de ella? ¿Qué sentía? ¿Cuál era la verdad? Durante un par de segundos Sarah incurrió en el

comportamiento de la montaña, se guardó sus pensamientos, contuvo la lengua, se protegió a sí misma. Luego recordó que esa parte ya había terminado. No tenían nada que esconder. Era libre para abrirse.

—Le he contado a mi padre lo del abuso sexual —dijo—. Mi psiquiatra me pidió que escribiera dos cartas, una para mamá y otra para papá, contando lo que pasó, cómo me había sentido. Sin culpar a nadie, solo exponiéndolo por escrito.

—¿Qué dijo tu padre?

—Dijo que los «manicomios» alteran los recuerdos y meten cosas en la cabeza de los pacientes, cosas que nunca han ocurrido, para justificar el trabajo de todos esos psiquiatras con sueldos desorbitados.

—Vale. ¿Y tu madre?

—No hizo el menor comentario.

—Vaya. —Brody parpadeó y abrió los ojos como platos un par de veces—. Realmente te tocó la lotería con esos dos, ¿eh?

—Tienes razón, Brody: en la montaña yo sabía que no podía perderte.

—No me perderás.

—¿Me quieres?

—Como un demonio.

Tumbados uno al lado del otro en la cama, en completa oscuridad, Sarah dijo:

—Te contaré algo que no pensaba contar a nadie, nunca. Había un ciervo en el puente con Tansy y conmigo cuando se produjo la riada. Estaba justo a nuestro lado cuando el agua llegó, junto a nosotras cuando saltamos, aterrizó con nosotras. Yo me lo quedé mirando y él me miró a mí, y fue como si nos entendiéramos mutuamente. Cuando estás en las últimas, hay muy poco que entender, solo lo básico. Sobrevivir. Vi una fotografía del ciervo en una de tus cámaras de vigilancia. Hubo un momento en el puente, cuando el agua se acercaba, en que estuve a punto de caerme del lomo de Tansy. El ciervo me miró. De repente lo vi claro. La confusión desapareció, la tristeza cambió. Aquel venado me enseñó que no es un pecado hacer lo que sea para seguir adelante. El pecado es dejar que el agua te lleve sin luchar. El ciervo, Tansy y yo escapamos. Instintivamente supimos qué debíamos hacer. Bajo todo aquel ruido y aquella confusión había sinceridad, la verdad absoluta. Nunca perdimos el contacto con lo que era real. Yo creo que lo mismo nos ocurrió a ti y a mí. Por debajo de todo aquello, nosotros sabíamos lo que era importante; sabíamos lo que estábamos haciendo. Sobrevivir. Supongo que por eso nunca nos pareció mal. Y por eso nos parece tan bien seguir adelante.



HONEY BROWN es la autora de suspense psicológico más reconocida en Australia, donde ya ha publicado cuatro novelas, dos de ellas premiadas, y cuenta cada vez con más lectores. *A solas con un extraño*, su último libro, surgió de una premisa inquietante: «Quería explorar la idea de verse obligada a sobrevivir junto a alguien a quien se teme. Si no hay posibilidad de escapar, si enfrentarte no es una opción, ¿a qué jugarías, cuánto mentirías para impedir que esa persona amenazante, oscura, descubra que le tienes miedo?».

El resultado es una historia con una atmósfera de peligro y atracción fatal creciente, que obliga a pasar las páginas cada vez más rápido. Una novela que ha recibido elogios por parte de la crítica, pero sobre todo de las lectoras que han dejado sus opiniones en internet.